Ana la de Álamos Ventosos
Serie Ana de las Tejas Verdes, 4

Por

Lucy Maud Montgomery



EL PRIMER AÑO

1

(Carta de Ana Shirley, bachiller en Artes, directora de la Escuela Secundaria de Summerside, a Gilbert Blythe, estudiante de medicina de Redmond College, en Kingsport).

Álamos Ventosos,

Calle del Fantasma,

Summerside

Lunes 12 de septiembre

Querido mío:

¿Qué te parece mi dirección? ¿Alguna vez oíste algo más delicioso? Álamos Ventosos es el nombre de mi nuevo hogar, y me encanta. También me gusta la Calle del Fantasma, que no existe legalmente. En realidad, se llama Calle Trent, pero nadie usa ese nombre, excepto el periódico Weekly Courier, las pocas veces que la menciona; cuando sucede las personas se miran entre sí y dicen: «¿Dónde está?». Es la Calle del Fantasma… aunque no podría decirte por qué motivo. Ya se lo he preguntado a Rebecca Dew, pero lo único que sabe decirme es que siempre se ha llamado Calle del Fantasma y que se contaba una historia, hace años, acerca de que estaba embrujada. Pero ella nunca ha visto nada raro allí, salvo a sí misma.

Pero no debo adelantarme con la historia. Todavía no conoces a Rebecca Dew. Pero la conocerás, claro que sí. Intuyo que Rebecca Dew figurará ampliamente en mi correspondencia futura.

Es la hora del crepúsculo, querido mío. (A propósito, ¿no es preciosa la palabra «crepúsculo»? Me gusta más que atardecer. Suena tan aterciopelada, llena de sombras y… y… crepuscular). De día pertenezco al mundo… por la noche, al sueño y a la eternidad. Pero a la hora del crepúsculo, estoy libre de ambos y me pertenezco sólo a mí misma… y a ti. De modo que reservaré esta hora sagrada para escribirte. Aunque ésta no va a ser una carta de amor. Tengo una pluma cuya punta salpica y no puedo escribir cartas de amor con una pluma así… ni con una pluma de punta afilada… ni de punta roma. Así que sólo recibirás esa clase de cartas cuando tenga la pluma adecuada. Mientras tanto, te hablaré acerca de mi nuevo domicilio y sus habitantes. Gilbert, son tan encantadores…

Vine ayer en busca de un lugar donde hospedarme. La señora Rachel Lynde me acompañó, en teoría para hacer compras, pero en realidad, lo sé, para elegirme un sitio donde vivir. A pesar de mi título de licenciada, la señora Lynde sigue pensando que soy una cosilla inexperta que necesita ser guiada, dirigida y supervisada.

Vinimos en tren y, oh, Gilbert, tuve una aventura de lo más graciosa. Has visto que las aventuras siempre vienen a mí, sin que las busque. Parecería que las atraigo.

Sucedió justo cuando el tren entraba en la estación. Me levanté y, al inclinarme para recoger la maleta de la señora Lynde (planeaba pasar el domingo con una amiga en Summerside), apoyé los nudillos pesadamente sobre lo que me pareció el brillante brazo de un asiento. Un segundo después, recibí un violento golpe que casi me hizo chillar. Gilbert, lo que creí que era el brazo del asiento era la cabeza calva de un hombre. Me estaba mirando con furia y era evidente que acababa de despertarse. Me disculpé sumisamente y bajé del tren lo más pronto que pude. Lo último que vi fue su mirada furibunda. ¡La señora Lynde estaba horrorizada y a mí todavía me duelen los nudillos!

No esperaba tener dificultades para encontrar alojamiento, pues la esposa de un tal Tom Pringle ha estado alojando a las distintas directoras de la Escuela Secundaria durante los últimos quince años. Pero por alguna razón desconocida, se había cansado de «las molestias» y no quiso admitirme. Varios lugares adecuados dieron excusas amables. Otros no eran adecuados. Vagamos por el pueblo toda la tarde, hasta quedar acaloradas, cansadas, desalentadas y con dolor de cabeza… al menos, yo quedé así. Ya estaba por darme por vencida… ¡y entonces, apareció la Calle del Fantasma!

Habíamos ido a ver a la señora Braddock (una vieja amiga de la señora Lynde), y ella dijo que creía que «las viudas» podrían alojarme.

«He oído que buscan una pensionista para poder pagar el sueldo de Rebecca Dew. Ya no pueden darse el lujo de tenerla, si no entra un poco de dinero extra. Y si se va Rebecca, ¿quién va a ordeñar esa vieja vaca rojiza?», la señora Braddock me dirigió una mirada fulminante, como si pensara que yo debía ordeñar la vaca rojiza, pero no me hubiese creído ni bajo juramento si yo hubiera dicho que sabía hacerlo.

«¿De qué viudas estás hablando?», quiso saber la señora Lynde.

«De la tía Kate y la tía Chatty, por supuesto», respondió la señora Braddock, como si todo el mundo, incluso una ignorante licenciada en Filosofía y Letras, tuviera que saberlo. «La tía Kate es la señora de Amasa MacComber, bueno, es la viuda del capitán, y la tía Chatty es la viuda de

Lincoln MacLean. Pero todo el mundo les dice "tías". Viven al fondo de la Calle del Fantasma».

¡Calle del Fantasma! Eso lo decidió. Comprendí que sencillamente tenía que alojarme con las viudas.

«Vayamos a verlas de inmediato», supliqué a la señora Lynde. Me parecía que si perdíamos un minuto, la Calle del Fantasma se esfumaría en el mundo de las hadas.

«Puedes verlas, pero será Rebecca Dew la que realmente decidirá si te quedas o no. Es Rebecca Dew la que tiene la sartén por el mango en Álamos Ventosos, te lo aseguro».

Álamos Ventosos. No podía ser cierto… no, no podía ser cierto. Tenía que estar soñando. Y en aquel momento, la señora Lynde estaba diciendo que era un nombre muy raro para una finca.

«Oh, se lo puso el capitán MacComber. Era su casa, ¿sabes? Plantó todos los álamos que la rodean y estaba muy orgulloso, aunque venía muy poco y nunca se quedaba mucho tiempo. La tía Kate solía decir que eso era poco conveniente, pero nunca pudimos saber si se refería a que estaba poco tiempo o a que volvía. Bien, señorita Shirley, espero que te alojen. Rebecca Dew es buena cocinera y un genio con las patatas. Si le caes en gracia, tendrás la vida solucionada. Si no… bueno, no. Tengo entendido que en el pueblo hay un banquero nuevo que está buscando alojamiento y quizás lo prefiera a él. Es curioso que la señora de Tom Pringle no te haya alojado. Summerside está lleno de Pringle y medio Pringle. Les dicen "la Familia Real" y tendrás que llevarte bien con ellos, señorita Shirley, o no durarás mucho en la escuela secundaria. Siempre han sido los mandamases por estos lares… Hay una calle que lleva el nombre del viejo capitán Abraham Pringle. Son toda una tribu, pero las dos ancianas de Maplehurst comandan el clan. Oí decir que te tienen rabia».

«¿Pero por qué?», exclamé. «Si ni siquiera me conocen».

«Bueno, una prima tercera suya había solicitado el cargo de directora, y todos ellos opinan que tendría que haberlo obtenido. Cuando te nombraron a ti, toda la jauría echó la cabeza hacia atrás y aulló de lo lindo. Bueno, la gente es así. Hay que tomarla como viene, lo sabes. Serán suaves como la seda contigo, pero te harán la vida imposible. No quiero desalentarte, pero mujer precavida vale por dos. Espero que te vaya bien aunque sólo sea para taparles la boca. Si las viudas te aceptan, tendrás que comer con Rebecca Dew; no te importará ¿verdad? No es sólo una criada. Es una prima lejana del capitán. No come en la mesa cuando hay invitados… entonces se pone en su sitio… pero si te alojaras allí, no te consideraría una invitada, por supuesto».

Le aseguré a la ansiosa señora Braddock que me encantaría comer con Rebecca Dew, y arrastré a la señora Lynde hacia la puerta. Tenía que adelantarme al banquero.

La señora Braddock nos siguió hasta la puerta.

«Y no hieras los sentimientos de la tía Chatty, ¿quieres? Es tan sensible, pobrecilla. Se ofende por nada. Verás, no tiene tanto dinero como la tía Kate… aunque ésta tampoco tiene demasiado. Y la tía Kate quería a su marido de verdad… a su propio marido, quiero decir… pero la tía Chatty no… no lo quería, al suyo, se entiende. Y no es de extrañarse. Lincoln MacLean era un viejo malhumorado… pero ella piensa que la gente se lo echa en cara. Tienes suerte de que sea sábado. Si hubiera sido viernes, la tía Chatty ni siquiera consideraría la posibilidad de alojarte. Se diría que la supersticiosa sería la tía Kate, ¿no? Los marinos son así. Pero es la tía Chatty… aunque su marido era carpintero. Era muy bonita en su juventud, pobrecilla».

Le aseguré a la señora Braddock que los sentimientos de la tía Chatty serían sagrados para mí; nos siguió por el sendero.

«Kate y Chatty no hurgarán tus pertenencias cuando salgas. Son muy escrupulosas. Puede que Rebecca Dew lo haga, pero no irá con cuentos sobre ti. Y si estuviera en tu lugar, no iría por la puerta principal. Solamente la usan para acontecimientos realmente importantes. No creo que haya sido abierta desde el funeral de Amasa. Prueba por la lateral. Guardan la llave debajo del macetero de la ventana, de modo que si no hay nadie, abre y pasa a esperar. Y por lo que más quieras, no se te ocurra alabar al gato; Rebecca Dew lo odia».

Prometí que no alabaría al gato y logramos escapar. Pronto nos encontramos en la Calle del Fantasma. Es una calle lateral muy corta que da a campo abierto, en lontananza, una colina azul le proporciona un hermoso telón de fondo. A un lado, no hay casas y la tierra cae suavemente hacia el puerto. Al otro hay solamente tres. La primera es una casa, nada más. La segunda es una mansión imponente, sombría, de ladrillos rojos, con una buhardilla plagada de ventanitas, una baranda de hierro alrededor de la parte plana de arriba y tantos pinos y abedules alrededor, que apenas se puede ver la casa. Debe de ser terriblemente oscura. Y la tercera y última es Álamos Ventosos, justo en la esquina, con la calle delante y un verdadero sendero campestre, sombreado de árboles, al otro lado.

Me enamoré de ella de inmediato. Has visto que hay casas que te impresionan desde un primer momento, por alguna razón que no puedes definir. Álamos Ventosos es justamente así. Podría describírtela como una casa de madera blanca… muy blanca… con persianas verdes… muy verdes… una «torre» en una esquina y una buhardilla a cada lado, un muro bajo de piedra que la separa de la calle, con álamos plantados a intervalos a lo largo, y un

gran jardín en la parte posterior, donde crecen flores y verduras en un desorden encantador… pero todo esto no te transmitiría su encanto. En resumen, es una casa con una personalidad deliciosa y con un dejo del sabor de Tejas Verdes.

«Este es el lugar para mí… estaba predestinado», suspiré, extasiada.

La señora Lynde parecía no creer mucho en la predestinación.

«Será una caminata muy larga hasta la escuela», comentó, vacilante.

«No me importa. Será un buen ejercicio. Oh, mire ese hermoso bosquecillo de abedules y arces del otro lado del camino».

La señora Lynde lo miró, pero solamente dijo:

«Espero que no te coman los mosquitos».

Yo también lo esperaba. Detesto los mosquitos. Un mosquito puede mantenerme despierta más que los remordimientos de conciencia.

Me alegré de no tener que usar la puerta principal. Se la veía tan solemne… una gran puerta de madera, de dos hojas, flanqueada por paneles de vidrio rojo con dibujos de flores. No parecía pertenecer en absoluto a la casa. La pequeña puerta verde lateral (a la que llegamos por un precioso sendero de baldosas enterradas parcialmente en la hierba) era mucho más amistosa y atrayente. El sendero estaba bordeado por tiras de hierba y bancales de lirios, azucenas, margaritas y buganvillas. Por supuesto, las plantas no estaban en flor en esta época, pero se veía que habían florecido, y bien. Había un cantero de rosales en un rincón, entre Álamos Ventosos y la casa sombría, cerca de una pared de ladrillos cubierta por enredaderas; por encima de una despintada puerta verde, había un enrejado arqueado. Ramas de hiedra cruzaban la puerta, así que era evidente que no había sido abierta en mucho tiempo. En realidad, era una media puerta, porque la mitad superior era solamente un óvalo abierto, a través del cual pudimos atisbar el tupido jardín del otro lado.

Justo cuando entrábamos por el portón del jardín de Álamos Ventosos, divisé una mata de trébol al lado del sendero. Un impulso me llevó a inclinarme y observarla. ¿Puedes creerlo, Gilbert? ¡Había tres tréboles de cuatro hojas! ¡Hablando de supersticiones! Ni siquiera los Pringle prevalecerán contra eso. Sentí que el banquero no tenía la más remota posibilidad.

La puerta lateral estaba abierta; era evidente que había alguien en la casa, así que no fue necesario buscar debajo de la maceta. Llamamos y Rebecca Dew se acercó a la puerta. Supimos que era Rebecca Dew porque no podía haber sido ninguna otra persona en el mundo y no podía haberse llamado de otra forma. Rebecca Dew tiene unos cuarenta años, y si a un tomate le creciera

el pelo negro hacia atrás desde la frente, tuviera chispeantes ojillos negros, una nariz diminuta con punta redondeada, y una boca en forma de ranura, tendría el mismo aspecto que ella. Todo en Rebecca es un poquitín corto: brazos, piernas, cuello y nariz; todo, menos la sonrisa. Es larga como para llegarle de oreja a oreja. Pero no le vimos la sonrisa en aquel momento. Su expresión era torva cuando pregunté si podía ver a la señora MacComber.

«¿Se refiere a la señora del capitán MacComber?», replicó seria, como si hubiera por lo menos una docena de señoras MacComber en la casa.

«Sí», asentí, sumisa.

Y de inmediato nos hizo pasar a la salita y nos dejó allí. Era una bonita habitación, un poco abarrotada de cubiertas tejidas en sofás y sillones, pero con una atmósfera serena, amistosa, que me gustó. Cada mueble tenía su sitio particular, que había ocupado durante años. ¡Cómo relucían aquellos muebles! No hay abrillantador que produzca ese brillo de espejo. Supuse que se debería a los brazos vigorosos de Rebecca Dew. Sobre la repisa del hogar, había una botella con un navío con velamen completo dentro que despertó el interés de la señora Lynde. No podía imaginar cómo habría ido a parar allí, pero opinó que le daba a la habitación «un aire náutico».

Entraron «las viudas». Me gustaron de inmediato. La tía Kate era alta, delgada y gris, un poco austera (del tipo exacto de Marilla), y la tía Chatty, en cambio, era baja, delgada y gris, un poco melancólica. Tal vez haya sido muy guapa alguna vez, pero no queda nada de su belleza salvo los ojos. Son preciosos: suaves, grandes y oscuros.

Expliqué mi situación y las viudas se miraron entre sí.

«Debemos consultar a Rebecca Dew», dijo la tía Chatty.

«Sin duda», acotó la tía Kate.

Llamaron a Rebecca Dew y vino desde la cocina. El gato entró con ella, un peludo gato maltés, con el pecho y el cuello blancos. Me hubiera gustado acariciarlo, pero recordé la advertencia de la señora Braddock y me abstuve.

Rebecca me miró sin un atisbo de sonrisa.

«Rebecca», dijo la tía Kate, que, según he descubierto, no malgasta palabras, «la señorita Shirley desea alojarse aquí. Creo que no podemos admitirla».

«¿Por qué?», preguntó Rebecca Dew.

«Sería demasiado trabajo para ti».

«Estoy acostumbrada al trabajo», respondió Rebeca Dew.

Gilbert, no se pueden separar esos nombres. Es imposible, aunque las viudas lo hacen. La llaman Rebecca cuando le hablan. No sé cómo lo logran.

«Estamos un poco viejas para el ajetreo de la juventud», insistió la tía Chatty.

«No generalice», replicó Rebecca Dew. «Sólo tengo cuarenta y cinco años y todavía estoy bien lúcida. Y mi opinión es que estaría bien tener a una persona joven durmiendo en la casa. Una chica sería mejor que un varón, sin duda. Un varón fumaría día y noche y nos pegaría fuego a la casa. Si van a coger un pensionista, mi consejo es que sea ella. Pero por supuesto, la casa es suya».

Habló y desapareció, como le gustaba decir a Homero. Comprendí que estaba todo resuelto, pero la tía Chatty dijo que debía subir y ver si encontraba adecuada la habitación.

«Le daremos el dormitorio de la torre, querida. No es tan grande como la habitación que está libre, pero tiene un hueco para el tubo de una estufa, para el invierno, y una vista mucho más bonita. Se puede ver el viejo cementerio desde allí».

Supe en ese momento que me encantaría la habitación. El nombre mismo, «dormitorio de la torre», me subyugaba. Me sentía como si viviera en esa vieja canción que solíamos cantar en la escuela de Avonlea, acerca de la doncella «que moraba en una alta torre junto al gris del mar». Resultó ser un sitio precioso. Subimos por una escalera curva que ascendía hacia allí desde el descansillo. Era algo pequeña, pero no tanto como el espantoso dormitorio que daba al pasillo, que me tocó en mi primer año de Redmond. Tenía dos ventanas tipo buhardilla: una que miraba al oeste, y una más grande que daba al norte; en la esquina formada por la torre había otra ventana de tres hojas que se abrían hacia afuera y estantes debajo, para mis libros. El piso estaba cubierto con alfombras redondas y la gran cama tenía dosel y un edredón. Se la veía tan lisa que me parecía una lástima tener que desordenarla durmiendo. Y, Gilbert, es tan alta, que para subirme a ella debo utilizar una escalerilla que durante el día se guarda debajo de la cama. Al parecer, el capitán MacComber compró el artefacto en algún lugar «extranjero» y lo trajo a casa.

En uno de los rincones había un bonito armario con estantes adornados con papel blanco festoneado y ramilletes de flores pintados en la puerta. Un almohadón azul redondo descansaba sobre el asiento bajo la ventana; un almohadón con un botón hundido en el centro, lo que le daba el aspecto de una gruesa rosquilla azul. Y había un lavabo con dos estantes; en el más alto cabían apenas una jarra y una jofaina azules y en el más bajo, una jabonera y una jarra para agua caliente. Tenía un cajoncito con tirador de bronce, lleno de toallas; encima del cajón descansaba una pequeña dama de porcelana blanca,

con zapatitos rosados, moño dorado y una rosa de porcelana roja en su pelo rubio.

La habitación entera estaba bañada por la luz dorada que entraba por entre las cortinas color maíz y las paredes encaladas lucían un tapiz extraordinario donde caían las sombras de los álamos de fuera: un tapiz viviente, trémulo y cambiante. Me pareció una habitación muy alegre. Me sentí la muchacha más rica del mundo.

«Estarás segura aquí, eso sí», afirmó la señora Lynde cuando nos íbamos.

«Supongo que algunas cosas me resultarán algo opresivas después de la libertad de Patty's Place», dije en broma.

«¡Libertad!», resopló la señora Lynde. «¡Libertad! No hables como una yanqui, Ana».

Me he mudado hoy, con mis bolsos y todo mi equipaje. Por supuesto que fue muy triste abandonar Tejas Verdes. Por más lejos que esté de allí, en cuanto llegan unas vacaciones, vuelvo a ser parte de ese lugar como si nunca me hubiera ido y mi corazón se desgarra cuando me voy. Pero sé que me gustará estar aquí. Y a la casa le caigo bien. Siempre he podido darme cuenta si le caigo bien a una casa, o no.

Las vistas desde mis ventanas son preciosas; hasta la del viejo cementerio, que está rodeado por una hilera de pinos oscuros y al que se llega por una calle sinuosa, bordeada por canales de desagüe. Desde la ventana que da al oeste, veo todo el puerto, y más allá, las costas lejanas y brumosas, con los bonitos veleros que tanto me gustan, y los buques que parten «hacia desconocidos puertos» … ¡qué frase! ¡Hay tanto lugar para la imaginación en ella! Desde la ventana del lado norte veo el bosquecillo de abedules y arces que está al otro lado de la calle. Sabes que siempre he sido devota de los árboles. Cuando estudiábamos a Tennyson en nuestro curso de inglés, en Redmond, siempre me identificaba con la pobre Enone, que penaba por sus pinos destrozados.

Más allá del bosque y el cementerio, hay un valle encantador con un camino que lo recorre como una cinta roja brillante y casitas blancas de tanto en tanto. Algunos valles son adorables… no podría decirte por qué. El solo hecho de mirarlos causa placer. Y al fondo de todo, está mi cerro azul. Lo llamaré Rey de las Tormentas… por eso de la pasión gobernante, etcétera. Puedo estar tan sola aquí, cuando quiero. Me gusta estar sola de cuando en cuando. El viento será mi amigo. Gemirá, suspirará y cantará alrededor de mi torre… los vientos blancos del invierno… los vientos verdes de primavera… los vientos azules del verano… los vientos carmesí del otoño… y los vientos salvajes de todas las estaciones; «viento de tormenta que cumple su promesa». Siempre me encantó esa frase bíblica, como si cada viento tuviera un mensaje

para mí. Envidio al muchacho que voló con el viento norte en ese precioso cuento de George MacDonald. Alguna de estas noches, Gilbert, abriré la ventana de la torre y treparé a los brazos del viento… y Rebecca Dew nunca sabrá por qué mi cama quedó intacta esa noche.

Amor mío, espero que cuando encontremos nuestra «casa de los sueños», haya vientos alrededor de ella. Me pregunto dónde estará esa casa desconocida. ¿Me gustará más a la luz de la luna o a la madrugada? Ese hogar del futuro donde tendremos amor, amistad y trabajo… y algunas aventuras graciosas para hacernos reír en la vejez. ¡La vejez! ¿Seremos viejos alguna vez, Gilbert? Me parece imposible.

Desde la ventana izquierda de la torre veo los tejados de la ciudad… este lugar donde viviré por lo menos durante un año. En esas casas viven personas que serán mis amigas, aunque todavía no las conozco. Y quizá mis enemigas. Pues gente de mala voluntad hay en todas partes, con diferentes nombres, y por lo que tengo entendido, los Pringle son huesos duros de roer. Mañana comienzan las clases. ¡Tendré que enseñar geometría! Sin duda, no puede ser peor que aprenderla. Ruego al cielo que no haya genios matemáticos entre los Pringle.

Hace solamente medio día que estoy aquí, pero siento como si hubiera conocido a las viudas y a Rebecca Dew toda la vida. Ya me han pedido que las llame «tía», y yo les he pedido que me llamen Ana. A Rebecca Dew la llamé «señorita Dew» una sola vez.

«¿Señorita, qué?», exclamó.

«Dew», repetí, sumisa—. «¿No se llama así?».

«Bueno, sí, pero no me han llamado señorita Dew en tanto tiempo que me pegué un buen susto. Será mejor que no lo vuelva a hacer, señorita Shirley, pues no estoy acostumbrada».

«Lo recordaré, Rebecca… Dew», respondí. Traté de no incluir el Dew, pero no lo logré, por supuesto.

La señora Braddock tenía razón al decir que la tía Chatty era sensible. Lo descubrí a la hora de la cena. La tía Kate había dicho algo acerca del «cumpleaños número sesenta y seis de Chatty». Por casualidad, miré a Chatty y vi que… bueno, no había estallado en llanto (ésa sería una expresión demasiado fuerte para su actitud). Sencillamente se desbordó. Las lágrimas se le formaron en los grandes ojos oscuros y cayeron sin esfuerzo y en silencio.

«¿Y ahora qué pasa, Chatty?», preguntó la tía Kate, con un dejo de aspereza.

«Es… es que sólo cumplí sesenta y cinco», respondió la tía Chatty.

«Perdóname, Charlotte», se disculpó la tía Kate… y el sol volvió a salir.

El gato es un precioso animal con ojos dorados, un elegante pelaje maltés e irreprochable linaje. Las tías Kate y Chatty lo llaman Dusty Miller, puesto que ése es su nombre, y Rebecca Dew lo llama «ese gato» porque le tiene encono y no le gusta tener que darle cinco centímetros cuadrados de hígado todas las mañanas y todas las noches, ni quitar los pelos del sillón de la salita con un viejo cepillo cada vez que él se sube allí, ni ir a buscarlo por las noches, cuando el gato se va de juerga.

«A Rebecca Dew nunca le gustaron los gatos», me contó la tía Chatty, «y detesta a Dusty. El perro de la vieja señora Campbell, tenía un perro en aquel entonces lo trajo en la boca, hace dos años. Supongo que pensó que no tenía sentido llevárselo a la señora Campbell. Pobre gatito, estaba mojado y muerto de frío, con los huesecillos asomándole por debajo de la piel. Ni un corazón de piedra le hubiera negado un refugio. Así que Kate y yo lo adoptamos, pero Rebecca Dew nunca nos lo perdonó. No estuvimos nada diplomáticas aquella vez. Tendríamos que habernos negado de inmediato a alojarlo. No sé si has notado…», agregó la tía Chatty, y echó una mirada cautelosa en dirección a la puerta que separaba el comedor de la cocina, «la forma en que manejamos a Rebecca Dew».

Yo sí la había notado, y era algo digno de verse. Summerside y Rebecca Dew pueden creer que ella tiene la sartén por el mango, pero las viudas saben cuál es la verdad.

«No queríamos tomar al banquero. Un hombre joven hubiera sido muy complicado; y habríamos tenido que preocuparnos si no iba a la iglesia con regularidad. Pero fingimos que sí queríamos y Rebecca Dew se negó a oír hablar del asunto. Me alegra tanto tenerte, querida. Estoy segura de que será un placer cocinar para ti. Espero que todas nosotras te caigamos bien. Rebecca Dew tiene muy buenas cualidades. No era tan limpia como ahora cuando llegó, hace quince años. Una vez Kate tuvo que escribir su nombre "Rebecca Dew" en el espejo de la sala para que ella viera que había polvo. Pero nunca tuvo que volver a hacerlo. Rebecca Dew sabe captar las insinuaciones. Espero que tu habitación te resulte cómoda, querida. Puedes abrir la ventana por las noches. Kate no aprueba el aire nocturno, pero comprende que los pensionistas deben tener privilegios. Ella y yo dormimos juntas y nos hemos puesto de acuerdo en que una noche dejamos la ventana cerrada, por ella, y a la noche siguiente, la abrimos, por mí. Siempre se pueden arreglar los problemas de ese tipo, ¿no crees? Si hay buena voluntad, siempre se encuentran soluciones. No te asustes si oyes a Rebecca recorriendo la casa de noche. Oye ruidos todo el tiempo y se levanta a investigar. Creo que por eso no quería que alojáramos al banquero. Tenía miedo de toparse con él en camisón. Espero que no te moleste que la tía Kate hable tan poco. Es su forma de ser. Y eso que debe de tener

muchas cosas para contar; anduvo por todo el mundo en su juventud, con Amasa MacComber. Ojalá yo tuviera tantos temas de conversación como ella, pero jamás salí de la isla Príncipe Eduardo. Muchas veces me he preguntado por qué habrá sido así. A mí me gusta hablar y no tengo nada para contar, y a ella no le gusta abrir la boca y podría hablar de cualquier cosa. Pero supongo que la Providencia sabe qué es lo mejor».

Si bien la tía Chatty es conversadora, de eso no hay duda, no dijo todo esto sin parar. Interpuse comentarios adecuados en los momentos debidos, pero eran cosas sin importancia.

Tienen una vaca que pasta en la propiedad del señor James Hamilton, un poco más arriba, y Rebecca Dew va hasta allí a ordeñarla. Hay cantidad de crema y tengo entendido que todas las mañanas y todas las tardes, Rebecca Dew le pasa un vaso de leche fresca por la abertura del portón a la «mujer» de la señora Campbell. Es para «la pequeña Elizabeth», que debe beberla por orden del médico. Quiénes son la «mujer» y «la pequeña Elizabeth» son cosas que todavía me quedan por descubrir. La señora Campbell es la ocupante y propietaria de la fortaleza de al lado que se llama «Siempreverde».

Creo que no dormiré esta noche; nunca duermo la primera noche en una cama desconocida, y ésta es la cama más rara que he visto en mi vida. Pero no me importará. Siempre me encantó la noche y no me importará quedarme tendida despierta, pensando en todo lo pasado, presente y futuro. Sobre todo en el futuro.

Ésta es una carta despiadada, Gilbert. No volveré a castigarte con una tan larga. Pero quería contarte todo, para que pudieras imaginar mi nuevo ambiente. Llega a su fin, ahora, pues lejos, más allá del puerto, la luna «se hunde en el reino de las sombras». Todavía me falta escribirle una carta a Marilla. La carta llegará a Tejas Verdes pasado mañana, y Davy la llevará a la casa desde el correo, y Dora y él se apretujarán alrededor de Marilla mientras ella la abre, y la señora Lynde abrirá las orejas… ¡Ayyyyyy! Esto me ha hecho sentir nostalgia. Buenas noches, mi amor, te desea alguien que es y será siempre, tuya, con todo cariño,

Ana Shirley

2

(Extractos de varias cartas de la misma remitente al mismo destinatario).

26 de septiembre

¿Sabes adónde voy a leer tus cartas? Al otro lado de la calle, al bosquecillo. Hay una hondonada donde el sol motea los helechos. Un arroyo la cruza; hay un tronco mohoso y retorcido sobre el cual me siento y una preciosa hilera de jóvenes abedules. De ahora en adelante cuando tenga un sueño especial… un sueño verde y dorado, surcado de rojo… un sueño de sueños… imaginaré que provino de mi hondonada secreta de abedules y que nació de una mística unión entre el abedul más esbelto y ligero y el arroyo susurrante. Me encanta sentarme allí y escuchar el silencio del bosque. ¿Has notado cuántos silencios diferentes existen, Gilbert? El silencio de los bosques… el de la costa… el de las praderas… el de la noche… el de las tardes de verano. Todos distintos, porque los tonos que subyacen en ellos son también diferentes. Estoy segura de que si fuera completamente ciega e insensible al calor y al frío, podría notar fácilmente dónde estaría, por la calidad del silencio que me rodea.

Hace dos semanas que empezaron las clases y tengo todo bastante bien organizado en la escuela. Pero la señora Braddock tenía razón: mi problema son los Pringle. Y todavía no veo bien cómo lo voy a resolver, a pesar de mis tréboles de la suerte. Como dice la señora Braddock, son suaves como la seda… e igual de resbaladizos.

Los Pringle son una especie de clan en el que todos se controlan mutuamente y se pelean, pero frente a un extraño, hacen frente hombro con hombro. He llegado a la conclusión de que hay solamente dos clases de personas en Summerside: los que son Pringle y los que no lo son. Mi aula está llena de Pringles, y muchos otros alumnos que tienen otros apellidos son de sangre Pringle, también. La jefa del grupo parece ser Jen Pringle, una chicuela de ojos verdes que es igual a lo que debe de haber sido Becky Sharp a los catorce años. Creo que está organizando una sutil campaña de insubordinación e irrespetuosidad con la que no me va a ser fácil lidiar. Tiene facilidad para hacer muecas irresistiblemente cómicas y cuando oigo risas ahogadas detrás de mis espaldas en la clase, sé perfectamente qué las ha provocado, pero hasta ahora, no he podido atraparla en el instante justo. Pero tiene cerebro, también, ¡la muy perversa! Escribe composiciones que son primas cuartas de la literatura, y es brillante en matemáticas… ¡por desgracia para mí! Todo lo que dice o hace tiene una cierta chispa y posee un sentido del humor que sería un lazo de unión entre las dos si no hubiera comenzado por odiarme. Tal como están las cosas, temo que pasará mucho tiempo antes de que Jen y yo podamos reír juntas de alguna cosa.

Myra Pringle, la prima de Jen, es la belleza de la escuela… y al parecer, carece de cerebro. Dice algunas burradas divertidas, no obstante, como cuando hoy, en la clase de historia, dijo que los indígenas creían que Champlain y sus hombres eran dioses o «alguna cosa inhumana». Socialmente, los Pringle son

lo que Rebecca Dew llama «la elite» de Summerside. Ya he sido invitada a cenar a dos hogares Pringle… porque invitar a una maestra nueva a cenar es lo que se debe hacer y los Pringle no van a omitir los gestos requeridos. Anoche fui a casa de James Pringle, el padre de Jen. Tiene aspecto de profesor universitario, pero en realidad es estúpido e ignorante. Habló mucho sobre la «disciplina», golpeando el mantel con un dedo cuya uña no estaba impecable, y masacrando la gramática de vez en cuando. La Escuela Secundaria de Summerside siempre había requerido una mano firme… un docente experimentado y, a ser posible, varón. Temía que yo fuera un poco demasiado joven: «un defecto que el tiempo remediará con prontitud», dijo con pesar. Yo no respondí, porque si hubiera dicho algo, quizás hubiese dicho demasiado. De manera que me mostré tan suave y sedosa como cualquier Pringle, y me conformé con mirarlo con candidez y pensar para mis adentros: «¡Viejo cascarrabias lleno de prejuicios!».

Jen debe de haber heredado la inteligencia de la madre, que me cayó bien. Jen, en presencia de los padres, fue un modelo de decoro. Pero si bien sus palabras eran corteses, el tono era insolente. Cada vez que decía «señorita Shirley», lograba que pareciese un insulto. Y cada vez que me miraba el pelo, yo sentía que era color zanahoria. Ningún Pringle, estoy segura, admitiría jamás que es castaño rojizo.

Me gustó más la familia de Morton Pringle, a pesar de que Morton Pringle nunca escucha nada de lo que dices. Te dice algo y luego, mientras le contestas, ya está pensando en el siguiente comentario.

La señora de Stephen Pringle, la viuda Pringle (en Summerside abundan las viudas), me escribió una carta ayer; una carta amable, cortés y venenosa. Millie tiene demasiados deberes; Millie es una criatura delicada que no debe cansarse. El señor Bell nunca le daba deberes. Es una chica sensible a la que hay que comprender. ¡El señor Bell la comprendía tan bien! La señora Pringle no duda de que yo también lo haré, ¡si me esmero!

Estoy segura de que la señora de Stephen Pringle piensa que yo hice sangrar la nariz de Adam Pringle hoy en clase, razón por la cual el niño tuvo que volverse a su casa. Y anoche me desperté y no pude volver a dormirme porque recordé que no le había puesto el punto a la i de una palabra que escribí en el pizarrón. Seguro que Jen Pringle lo notó y un susurro recorrerá todo el clan.

Rebecca Dew dice que todos los Pringle me invitarán a cenar (menos las ancianas de Maplehurst) y luego me ignorarán para siempre. Como ellos son «la elite», esto puede significar que quede socialmente excluida en Summerside. Bien, veremos. La batalla no ha sido ganada ni perdida. No obstante, todo el asunto me da un poco de tristeza. No se puede razonar con

los prejuicios. Sigo siendo igual que cuando era niña; no soporto que la gente no me quiera. No es agradable pensar que los familiares de la mitad de mis alumnos me odian. Y por algo que no es culpa mía. Lo que me duele es la injusticia. ¡Ahí van unas negritas! Pero unas cuantas palabras en negrita alivian los sentimientos.

Aparte de los Pringle, me gustan mis alumnos. Algunos son inteligentes, ambiciosos y trabajadores, y realmente están interesados en aprender. Lewis Allen paga su hospedaje haciendo las tareas domésticas de la pensión donde se aloja, y no se avergüenza de ello. Y Sophy Sinclair cabalga a pelo la vieja yegua de su padre, todos los días, diez kilómetros de ida y diez de vuelta. ¡Ahí tienes una chica tenaz! Si puedo ayudar a alguien como ella, ¿qué importancia pueden tener los Pringle?

El problema es que si no puedo ganarme a los Pringle, no tendré muchas posibilidades de ayudar a nadie.

Pero me encanta Álamos Ventosos. No es una pensión… ¡es un hogar! Y les caigo bien a todos… hasta a Dusty Miller, aunque a veces me censura y lo demuestra sentándose deliberadamente de espaldas a mí y dirigiéndome una ocasional mirada por encima del hombro para ver cómo lo estoy tomando. No lo acaricio mucho cuando Rebecca Dew está cerca, porque realmente le fastidia. De día es un animal tranquilo, hogareño, meditabundo… pero es decididamente una criatura extraña de noche. Rebecca opina que se debe a que nunca se le permite quedarse fuera una vez que ha oscurecido. Ella detesta salir al jardín a llamarlo. Dice que los vecinos se reirán de ella. Lo llama en tonos tan feroces y estentóreos, que en verdad deben de oírla por toda la ciudad en las noches serenas cuando grita: «Michi», «Michi». ¡Michi!… A las viudas les daría un berrinche si Dusty no estuviera dentro cuando se van a dormir.

«Nadie sabe lo que he pasado por culpa de "ese gato"… nadie», me ha asegurado Rebecca.

Con las viudas no voy a tener problemas. Cada día las quiero más. La tía Kate no aprueba la lectura de novelas, pero me ha informado que no tiene intención de censurar mi material de lectura. A la tía Chatty le encantan las novelas. Tiene un «escondite» donde las guarda (las trae de contrabando de la biblioteca pública) junto con un mazo de naipes para hacer solitarios y cualquier otra cosa que no desea que Kate vea. El escondite está en el asiento de una silla, que sólo ella sabe que no es meramente un asiento. Ha compartido el secreto conmigo porque sospecho que quiere que la ayude con el mencionado contrabando. En realidad, no tendría que haber necesidad de escondites en Álamos Ventosos, pues jamás vi una casa con tantos armarios misteriosos. Aunque desde luego, Rebecca Dew no les permite ser

misteriosos. Siempre está vaciándolos. «Una casa no se limpia sola», replica cuando alguna de las viudas protesta. Estoy segura de que no se andaría con rodeos si encontrara novelas o un mazo de naipes. Ambas cosas son un horror para su alma ortodoxa. Opina que los naipes son los libros del demonio, y las novelas, algo peor todavía. Lo único que lee Rebecca Dew, aparte de su Biblia, son las columnas sociales del Guardián de Montreal. Adora enterarse de lo referente a muebles, casas y actividades de los millonarios.

«Imagine lo que será remojarse en una bañera de oro, señorita Shirley», me comentó una vez, con melancolía.

Pero en realidad es un encanto. Hizo aparecer de algún lado un sillón cómodo tapizado en brocado descolorido, que se amolda justo a mi cuerpo, y dijo:

«Este es su sillón. Se lo guardaremos».

Y no deja que Dusty Miller duerma allí, por temor a que queden pelos en la falda que uso para la escuela, y que los Pringle tengan algo de qué hablar. Las tres están muy interesadas en mi anillo de perlas… y en lo que significa. La tía Kate me enseñó su anillo de compromiso (no lo puede usar porque le queda pequeño), con turquesas engarzadas. Pero la pobre tía Chatty me confesó con lágrimas en los ojos que nunca tuvo anillo de compromiso… su marido lo consideraba «un gasto innecesario». Ella estaba en mi habitación en aquel momento, humedeciéndose la cara con suero de leche. Lo hace todas las noches para protegerse el cutis, y me ha hecho jurar que guardaré el secreto, pues no quiere que se entere la tía Kate.

«Pensaría que es vanidoso y absurdo para una mujer de mi edad. Y estoy segura de que Rebecca Dew piensa que ninguna mujer cristiana debería tratar de ser hermosa. Solía bajar a la cocina a hacerlo, una vez que Kate se había dormido, pero siempre tenía miedo de que también bajara Rebecca Dew. Tiene oídos de gato incluso cuando duerme. Si pudiera subir aquí a hacerlo todas las noches… ¿Sí? Gracias, querida».

Hice algunas averiguaciones acerca de nuestras vecinas de Siempreverde. La señora Campbell (¡que era una Pringle!) tiene ochenta años. No la he visto, pero tengo entendido que es una anciana muy severa. Tiene una criada, Martha Monkman, casi tan anciana y severa como ella, a quien todos se refieren como «la mujer de la señora Campbell». Y la bisnieta, la pequeña Elizabeth Grayson, vive con ella. Elizabeth (a quien jamás he visto en los quince días que llevo aquí) tiene ocho años y va a la escuela pública «por atrás», un atajo por los jardines, de modo que nunca me la encuentro, ni a la ida ni a la vuelta. Su madre, que ha muerto, era nieta de la señora Campbell, que también la crio, pues sus padres habían muerto. Se casó con un tal Pierce Grayson, un yanqui, como diría la señora Lynde. Ella murió al nacer Elizabeth y como Pierce

Grayson tuvo que partir de inmediato de América para hacerse cargo de una rama de su empresa en París, enviaron a la niña a casa de la anciana señora Campbell. Según dicen, él no podía soportar ver a la niña, pues le había costado la vida a la madre, y nunca le ha prestado atención. Por supuesto, éstos pueden ser solamente chismes; la señora Campbell y la «mujer» jamás hablan de él.

Rebecca Dew opina que son demasiado severas con la pequeña Elizabeth, que no lo pasa demasiado bien con ellas.

«No es como las otras niñas; es demasiado madura para sus ocho años. ¡Dice cada cosa, a veces! "Rebecca", me dijo un día, "supón que justo cuando estás a punto de meterte en la cama sientes que te muerden el tobillo". Con razón tiene miedo de irse a dormir en la oscuridad. Y la obligan a hacerlo. La señora Campbell dice que no habrá cobardes en su casa. La vigilan como dos gatos a un ratón y se pasan el día dándole órdenes. Si hace el menor ruidito, les da un ataque. Chsss, Chsss, están todo el día. Le aseguro que con tanto "chsss, chsss" la van a matar, pobre chica. ¿Y qué se puede hacer al respecto? ¿Qué, realmente?».

Me gustaría verla. Me resulta un poco patética. La tía Kate dice que está bien cuidada desde el punto de vista físico. Lo que dijo realmente la tía Kate fue: «La alimentan y la visten bien», pero una criatura no puede vivir sólo de pan. Nunca olvido lo que fue mi propia vida antes de mi llegada a Tejas Verdes.

El viernes que viene voy a Avonlea, a pasar dos días maravillosos. El único inconveniente es que todos los que vea me preguntarán si me gusta enseñar en Summerside.

Pero piensa en Tejas Verdes ahora, Gilbert… el Lago de las Aguas Refulgentes cubierto por una manta de bruma azul… los arces del otro lado del arroyo comenzando a ponerse rojos… los helechos dorados en el Bosque Encantado… y las sombras del atardecer en la Senda de los Enamorados, ese lugar adorable. Descubro en mi corazón que desearía estar allí ahora con… con… ¿adivinas con quién? ¿Sabes, Gilbert, que hay momentos en que sospecho que te amo?

Álamos Ventosos,

Calle del Fantasma,

Summerside

10 de octubre.

Honrado y respetado señor:

Así comenzaba una carta de amor de la abuela de la tía Chatty. ¿No es

delicioso? ¡Qué sensación de superioridad debía de darle al abuelo! ¿No lo preferirías a «Queridísimo Gilbert, etcétera»? Pero pensándolo bien, me alegro de que no seas el abuelo… ¡ni un abuelo!

Es maravilloso pensar que somos jóvenes y tenemos toda la vida por delante… juntos… ¿no?

(Se omiten varias páginas, pues la pluma de Ana evidentemente no era ni puntiaguda, ni roma, ni estaba oxidada).

Estoy sentada en el asiento de debajo de la ventana de la torre, contemplando los árboles que se agitan contra un cielo color ámbar, y más allá, el puerto. Anoche di un hermoso paseo conmigo misma. Realmente tenía que ir a alguna parte, pues el ambiente estaba un poco sombrío en Álamos Ventosos. La tía Chatty lloraba en la sala porque sus sentimientos habían sido heridos, la tía Kate lloraba en su dormitorio porque era el aniversario de la muerte del capitán Amasa y Rebecca Dew lloraba en la cocina por algún motivo que no pude descubrir. Jamás la había visto llorar antes. Pero cuando traté, con mucho tacto, de averiguar qué pasaba, quiso saber si una persona no podía echarse a llorar cuando tenía deseos de hacerlo. De manera que desmonte la tienda y abandoné el campamento, y la dejé con su llanto.

Salí y me encaminé hacia el puerto. Había un delicioso aroma a octubre en el aire, mezclado con el olor de los campos recién arados. Anduve y anduve hasta que el atardecer se convirtió en una noche otoñal iluminada por la luna. Estaba sola pero no me sentía sola. Mantuve una serie de conversaciones imaginarias con camaradas imaginarlos y pensé tantos epigramas, que me sorprendí a mí misma. No pude evitar divertirme a pesar de mis preocupaciones por los Pringle.

El espíritu me mueve a proferir gemidos con respecto a los Pringle. Odio admitirlo, pero las cosas no van demasiado bien en la Secundaria de Summerside. No hay duda de que se ha organizado una maquinación en contra de mí.

Para empezar, ninguno de los Pringle ni de los medio Pringle hace jamás los deberes. Y es en vano apelar a los padres. Se muestran suaves, amables y evasivos. Sé que todos los alumnos que no son Pringle me aprecian, pero el virus Pringle de desobediencia está minando la moral de toda la clase. Una mañana encontré el escritorio patas arriba y con todo fuera. Nadie sabía quién lo había hecho, por supuesto. Y nadie pudo ni quiso decir quién, otro día, dejó sobre el mismo escritorio una caja de la cual salió una serpiente artificial cuando la abrí. Pero todos los Pringle de la escuela soltaron una carcajada al ver mi expresión. Supongo que puse cara de susto.

Jen Pringle llega tarde a la escuela la mitad de las veces, siempre con

alguna excusa a prueba de balas, pronunciada con tono cortés y sonrisita insolente. Pasa notas en clase, bajo mis narices. Hoy, al ponerme el abrigo, encontré una cebolla pelada en el bolsillo. Me encantaría encerrar a esa chica a pan y agua hasta que aprendiera a comportarse.

Lo peor, hasta la fecha, fue mi caricatura, que encontré una mañana en la pizarra hecha con tiza blanca y con pelo carmesí. Todos negaron haberla hecho, pero yo sabía que Jen era la única alumna del aula que sabía dibujar tan bien. Mi nariz (que como sabrás, siempre ha sido mi único orgullo) estaba curvada hacia abajo, y mi boca era la de una solterona avinagrada que había estado enseñando en una escuela llena de niños Pringle durante treinta años. Pero era yo. Esa noche me desperté a las tres de la madrugada retorciéndome ante el recuerdo. ¿No es curioso que todas las cosas por las que nos retorcemos de noche casi nunca son malas? Sólo son humillantes. Hacen correr todo tipo de rumores. Se me acusa de ponerle mala nota al examen de Hattie Pringle nada más que porque es una Pringle. Se dice que «me río cuando los chicos se equivocan». (Bueno, me reí cuando Fred Pringle definió a un centurión como «un hombre que había vivido cien años». No pude evitarlo).

James Pringle va diciendo por ahí que «no hay disciplina en el colegio, ninguna disciplina». Y circula un informe acerca de que soy una «huérfana abandonada».

Comienzo a toparme con el antagonismo Pringle en otras partes. Tanto en la vida social como en la educativa, Summerside parece estar bajo el dominio de los Pringle. Con razón los llaman «la Familia Real». No fui invitada al paseo organizado por Alice Pringle el viernes pasado. Y cuando la señora de Frank Pringle organizó un té para colaborar con un proyecto de la iglesia (Rebecca Dew me informó que las damas van a «construir» la nueva torre), fui la única chica de la iglesia presbiteriana que no fue invitada a ocupar una mesa. Tengo entendido que la esposa del ministro, que es nueva en Summerside, sugirió que me pidieran que cantara en el coro, y se le informó que todos los Pringle desertarían, si lo hacía. Eso dejaría un grupo tan magro, que el coro no podría seguir funcionando.

Por supuesto, no soy la única que tiene problemas con los alumnos. Cuando los otros maestros me envían a los suyos para que los «castigue» (¡cómo odio esa palabra!), la mitad son Pringle. Pero nunca hay quejas sobre ellos.

Hace dos días, retuve a Jen después de clase para que completara un trabajo que había dejado sin hacer. Diez minutos más tarde, el carruaje de Maplehurst se detuvo delante de la escuela y la señorita Ellen apareció en la puerta: una anciana elegantemente vestida, perfumada, sonriente, con guantes

de encaje negro y una delgada nariz aguileña. Parecía recién salida de una caja de sombreros de 1840. Lo lamentaba muchísimo, pero ¿podía llevarse a Jen? Iba a visitar a unos amigos en Lowvale y les había prometido llevarla. Jen partió, triunfante, y yo volví a tomar conciencia de las fuerzas desplegadas contra mí.

Cuando mi estado de ánimo es pesimista, pienso que los Pringle son una mezcla de los Sloane y los Pye. Pero sé que no es así. Siento que podría apreciarlos, si no fueran mis enemigos. Son, en su mayoría, un grupo franco, alegre y leal. Hasta podría apreciar a la señorita Ellen. No conozco a la señorita Sarah. Al parecer, hace diez años que no sale de Maplehurst.

«Demasiado delicada… o al menos, eso piensa ella» dice Rebecca Dew con desdén. «Pero a su orgullo no le pasa nada. Todos los Pringle son orgullosos, pero esas dos viejitas no tienen parangón. Debería oírlas hablar sobre sus antepasados. Bueno, su padre, el capitán Abraham Pringle, era un viejo refinado. Su hermano Myrom no lo era tanto, pero no se oye a los Pringle hablar de él. Ay, temo que vaya a pasarlo muy mal a causa de ellos. Cuando toman una decisión respecto de algo o de alguien, nunca la cambian. Pero mantenga erguida la cabeza, señorita Shirley… ¡Arriba esa barbilla!».

«Ojalá pudiera conseguir la receta de la torta que hace la señorita Ellen», suspiró la tía Chatty. «Me la ha prometido muchas veces, pero nunca llega. Es una antigua receta inglesa de la familia. Son tan exclusivos cuando se trata de sus recetas…».

En alocados sueños fantásticos, me veo obligando a la señorita Ellen a entregarle la receta a la tía Chatty, de rodillas, y dominando a la rebelde Jen. Lo que más me fastidia es que esto podría hacerlo perfectamente, si no fuera porque todo el clan la respalda en sus travesuras.

(Se omiten dos páginas).

Su obediente servidora,

ANA SHIRLEY

Posdata: Así firmaba sus cartas de amor la abuela de la tía Chatty.

15 de octubre.

Hoy nos enteramos de que anoche hubo un robo en el otro extremo de la ciudad. Entraron en una casa y robaron dinero y una docena de cucharas de plata. De manera que Rebecca Dew ha ido a casa del señor Hamilton para ver si puede conseguir que le preste un perro. ¡Lo atará en la galería trasera y me aconseja guardar bajo llave mi anillo de compromiso!

A propósito, averigüé por qué lloraba Rebecca Dew. Al parecer, hubo una convulsión doméstica. Dusty Miller «se había portado mal» otra vez, y

Rebecca Dew le dijo a la tía Kate que tendría que hacer algo con «ese gato». La tenía más que cansada. Era la tercera vez en el año que «se portaba mal», y ella sabía que lo hacía adrede. Y la tía Kate respondió que si Rebecca Dew lo soltara cada vez que maullaba, no habría peligro de que «se portara mal».

«Bueno, eso sí que es la gota que colma el vaso», dijo Rebecca Dew. En consecuencia, ¡lágrimas!

La situación con los Pringle se torna un poquito más tensa cada semana. Ayer encontré escrita una impertinencia en uno de mis libros y Homer Pringle salió por el pasillo dando vueltas de carnero a la hora del regreso a casa. Además, recibí una carta anónima hace poco, llena de mezquinas insinuaciones. No sé por qué, pero no culpo a Jen ni por lo del libro ni por la carta. Traviesa como es, hay cosas que no se rebajaría a hacer. Rebecca Dew está furiosa y me estremezco al pensar lo que haría con los Pringle si los tuviera en su poder. Los instintos de Nerón no son nada comparados con los suyos. En realidad, no la culpo, puesto que hay ocasiones en que con toda alegría daría a los Pringle un filtro envenenado, en el mejor estilo Borgia.

Creo que no te he contado mucho acerca de los otros maestros. Hay dos, sabes, la vicedirectora, Katherine Brooke, del Aula Intermedia y George MacKay, de la Preparatoria. De George tengo poco que decir. Es un muchacho tímido y amable de veinte años, con un delicioso y leve acento de las tierras altas, que sugiere pasturas ondulantes e islas brumosas (su abuelo era de la isla de Skye), y es muy capaz para enseñar en la Preparatoria. Lo aprecio, aunque lo conozco muy poco. Pero temo que me va a costar apreciar a Katherine Brooke.

Katherine es una joven de unos veintiocho años, aunque parece de treinta y cinco. Me han dicho que albergaba esperanzas de obtener la promoción al cargo de directora y supongo que debe de guardarme rencor por haberlo conseguido yo, sobre todo considerando que soy bastante menor que ella. Es una buena maestra (un poco sargento) pero nadie la quiere. ¡Y a ella no le importa en absoluto! No parece tener amigos ni parientes, y se aloja en una casa de aspecto sombrío que está en la deslucida calle Temple. Se viste muy mal, nunca sale y, según dicen, es «mala». Es muy sarcástica y sus alumnos temen ser el blanco de sus comentarios ácidos. Me han contado que la forma en que arquea las gruesas cejas negras y arrastra las palabras cuando se dirige a ellos los deja reducidos a gelatina. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo con los Pringle. Pero en realidad, no me gustaría gobernar por medio del miedo, como hace ella. Deseo que mis alumnos me quieran.

A pesar del hecho de que, aparentemente, no tiene problemas en mantenerlos a raya, todo el tiempo me los manda… sobre todo a los Pringle. Sé que lo hace con deliberación y tengo la triste certeza de que se alegra ante

mis dificultades y que le gustaría verme humillada.

Rebecca Dew opina que nadie puede entablar amistad con ella. Las viudas la han invitado varias veces a cenar los domingos (las queridas ancianas siempre hacen eso con la gente solitaria y siempre preparan una deliciosa ensalada de pollo) pero ella nunca venía. Así que se dieron por vencidas porque, como dice la tía Kate, «todo tiene su límite».

Corren rumores de que es muy inteligente y que sabe cantar y recitar, «declamar» es el término usado por Rebecca Dew, pero nunca hace ninguna de las dos cosas. La tía Chatty una vez le pidió que recitara en una cena a beneficio de la iglesia.

«Nos pareció que se negó de muy malos modos», afirmó la tía Kate.

«Gruñó, directamente», acotó Rebecca Dew.

Katherine tiene una voz profunda y grave, casi masculina, y realmente su voz se parece a un gruñido cuando no está de buen humor.

No es guapa, pero podría sacar más provecho de su físico. Es de tez morena, con un magnífico pelo negro siempre peinado hacia atrás y recogido en un rodete en la nuca. Los ojos no van con el pelo, pues son de un claro color ámbar que resalta bajo las cejas negras. Tiene orejas que no debería darle vergüenza mostrar y las manos más hermosas que he visto. Tiene una boca bien delineada, también. Pero se viste pésimamente. Parece tener el don de elegir los colores y estilos que no debería usar. Verdes apagados y grises tristes, cuando es demasiado oscura para esos tonos y rayas que hacen que su cuerpo alto y delgado lo parezca más todavía. Y siempre parece que hubiera dormido con la ropa puesta.

Su actitud es repelente, como diría Rebecca Dew, siempre anda buscando pelea. Cada vez que me la cruzo por las escaleras, siento que está pensando cosas horribles sobre mí. Cuando le hablo, me hace sentir que dije algo inadecuado. No obstante, me da mucha lástima… aunque sé que se enfurecería al saberlo. No puedo hacer nada para ayudarla, puesto que no quiere que la ayuden. Es realmente odiosa conmigo. Un día, cuando los tres maestros estábamos en el salón de profesores hice algo que, al parecer, transgredía alguna de las reglas no escritas de la escuela, y Katherine dijo, cortante: «Tal vez usted piense que está por encima de las reglas, señorita Shirley». En otro momento, cuando yo sugerí unos cambios que me parecía que redundarían en beneficio de la escuela, dijo, con una sonrisa desdeñosa:

«No me interesan los cuentos de hadas».

En una oportunidad, cuando hice algunos comentarios positivos sobre su trabajo y sus métodos, replicó:

«¿Y qué píldora hay debajo de tanta palabrería dorada?».

Pero lo que más me fastidió fue… bueno, un día, por casualidad cogí un libro suyo en el salón de profesores, eché un vistazo a la cubierta y dije:

«Qué suerte que escribe su nombre con K. Katherine es mucho más atractivo que Catherine… La K es una letra mucho más gitana que la prosaica C».

¡No respondió, pero la siguiente nota que me envió estaba firmada «Catherine Brooke»! Estornudé todo el camino de regreso a casa. Realmente abandonaría mis intentos de entablar amistad con ella, si no fuera porque intuyo, inexplicablemente, que por debajo de tanta aspereza y frialdad está hambrienta de compañía.

En fin, entre el antagonismo de Katherine y la actitud de los Pringle, no sé qué haría si no fuera por la querida Rebecca Dew y tus cartas… y por la pequeña Elizabeth.

Porque he conocido a la pequeña Elizabeth y es un encanto. Hace tres noches, llevé el vaso de leche al hueco en la pared y la pequeña Elizabeth estaba allí, esperando para recibirlo, en lugar de la «mujer». La cabeza le asomaba apenas por encima del portón y su carita quedaba enmarcada por la enredadera. Los ojos que me miraban a la luz del crepúsculo otoñal eran grandes y de un color castaño dorado. El pelo rubio plateado estaba peinado con raya al medio y le caía en ondas sobre los hombros. Llevaba un vestidito celeste de guinga y su expresión era la de una princesa del País de los Duendes. Tenía lo que Rebecca Dew llama «un aire delicado», y me dio la impresión de una criatura más o menos desnutrida… no en cuerpo sino en alma. Más parecida a un rayo de luna que a un rayo de sol.

«¿Y tú eres Elizabeth?», pregunté.

«Esta noche, no», respondió, seria. «Hoy soy Betty porque hoy me encanta todo lo que hay en el mundo. Anoche fui Elizabeth y mañana por la noche es probable que sea Beth. Todo depende de cómo me sienta».

Un alma gemela, como verás. Me recorrió un estremecimiento de emoción.

«Es bonito tener un nombre que puedes cambiar con tanta facilidad y seguir sintiendo que es tuyo».

La pequeña Elizabeth asintió.

«Puedo construir muchos nombres con él. Elsie, Betty, Bess, Elisa, Lisbeth y Beth… pero no Lizzie. Nunca me siento como Lizzie».

«¿Quién podría?», dije yo.

«¿Le parece una tontería de mi parte, señorita Shirley? Abuela y la "mujer"

opinan que lo es».

«No es una tontería… es muy inteligente y encantador», respondí.

La pequeña Elizabeth me miró con ojos como platos por encima del borde del vaso. Sentí que me estaba pesando en alguna balanza espiritual secreta y poco después comprendí, agradecida, que mi peso no había resultado insuficiente. Pues la pequeña Elizabeth me pidió un favor… y ella no pide favores a la gente que no le gusta.

«¿Le molestaría levantar al gato y permitirme acariciarlo?», preguntó tímidamente.

Dusty Miller se estaba restregando contra mis piernas. Lo levanté y la pequeña Elizabeth extendió una manita y le acarició la cabeza, encantada.

«Me gustan más los gatitos que los bebés», afirmó, mirándome con un curioso aire desafiante, como si supiese que me escandalizaría pero le resultara necesario decir la verdad, a pesar de todo.

«Supongo que nunca has tenido mucho que ver con bebés, y por eso no sabes lo dulces que son», dije, sonriendo. «¿Tienes un gatito?».

Elizabeth sacudió la cabeza.

«No, no. A mi abuela no le gustan los gatos. Y la "mujer" los detesta. Hoy ella ha salido, por eso pude venir a buscar la leche. Me encanta venir, porque Rebecca Dew es una persona muy agradable».

«¿Lamentas que no haya venido esta noche?», le pregunté, sonriendo. Sacudió la cabeza.

«No. Usted también es muy agradable. Tenía ganas de conocerla pero temía que no fuera a suceder antes de que llegara Mañana».

Nos quedamos allí, hablando, mientras Elizabeth bebía delicadamente la leche; me contó todo sobre Mañana. La «mujer» le había dicho que Mañana nunca llega, pero Elizabeth sabe que no es así. Sí que llegará. Algún hermoso amanecer sencillamente se despertará y descubrirá que es Mañana. No Hoy, sino Mañana. Y entonces sucederán cosas… cosas maravillosas. Tal vez hasta tenga un día para hacer todo lo que se le antoje, sin que nadie la vigile… aunque pienso que Elizabeth siente que eso es demasiado bueno hasta para suceder Mañana y quizá descubra lo que hay al final del camino del puerto… ese camino sinuoso como una bonita víbora roja que lleva, según Elizabeth, al fin del mundo. Tal vez allí esté la Isla de la Felicidad. Elizabeth está segura de que en alguna parte existe la Isla de la Felicidad, donde están anclados todos los buques que nunca vuelven y la encontrará cuando llegue Mañana.

«Y cuando llegue Mañana», dijo Elizabeth, «tendré un millón de perros y

cuarenta y cinco gatos. Se lo dije a la abuela cuando no quiso permitirme tener un gatito, señorita Shirley, y se enfadó y respondió: "No estoy acostumbrada a que me hablen de ese modo, señorita Impertinencia". Me enviaron a la cama sin cenar… pero no fue mi intención ser impertinente. Y no pude dormir, señorita Shirley, porque la "mujer" me dijo que había oído decir que una chica había muerto mientras dormía después de haber sido impertinente».

Cuando Elizabeth terminó la leche, se oyeron unos golpecitos fuertes en una ventana invisible detrás de los pinos. Pienso que nos habían estado observando todo el tiempo. Mi duendecito huyó; su cabecita dorada brilló por el oscuro pasadizo de pinos hasta que desapareció.

«Es una criatura fantasiosa», dijo Rebecca Dew cuando le conté mi aventura. (De verdad, Gilbert, tuvo algo de aventura, no sé por qué). Y agregó: «Un día me dijo: "¿Les tienes miedo a los leones, Rebecca Dew?". "Nunca vi uno, así que no podría decírtelo", respondí. "En Mañana habrá cantidad de leones", dijo ella, "pero serán leones bonitos y amistosos". "Chiquilla, te convertirás en un par de ojos si miras así", le dije. Miraba a través de mí, como si estuviera viendo algo en ese Mañana suyo. "Estoy pensando pensamientos profundos, Rebecca Dew", me dice. El problema de esa criatura es que no ríe lo suficiente».

Recordé que Elizabeth no había reído ni una vez durante nuestra charla. Me da la impresión de que no sabe. Esa casona es tan silenciosa, solitaria y carente de risas. Se la ve apagada y triste aun ahora, cuando el mundo es un alboroto de colores otoñales. La pequeña Elizabeth escucha demasiados susurros perdidos.

Creo que una de mis misiones en Summerside será la de enseñarle a reír.

Su más tierna y fiel amiga,

ANA SHIRLEY

Posdata: ¡Otra joya de la abuela de la tía Chatty!

3

Álamos Ventosos,

Calle del Fantasma,

Summerside

25 de octubre

Querido Gilbert:

¿Qué te parece? ¡Estuve cenando en Maplehurst!

La señorita Ellen en persona escribió la invitación. Rebecca Dew estaba entusiasmadísima… no creía que fueran a prestarme atención. Y estaba absolutamente segura de que no me habían invitado por amabilidad.

«¡Tienen algún motivo siniestro, no lo dudo!», exclamó.

Yo también pensaba algo parecido.

«No olvide ponerse lo mejor que tenga», me ordenó Rebecca Dew.

De modo que me puse el bonito vestido color crema con florecillas violetas, y me hice el nuevo peinado, con el mechón en la frente. Me sienta muy bien. Las damas de Maplehurst son decididamente encantadoras a su modo, Gilbert. Las adoraría, si me lo permitieran. Maplehurst es una mansión orgullosa y exclusiva que cierra su cortina de árboles y no entabla relación alguna con casas comunes. Tiene en el huerto una enorme figura de mujer, tallada en madera, proveniente del famoso navío del capitán Abraham, el Ve y Pregúntaselo; alrededor de los escalones del frente hay cascadas de abrótano, traído de Inglaterra hace más de cien años por el primer Pringle que emigró. Tienen otro antepasado que luchó en la batalla de Minden, y su espada cuelga en la pared de la salita, junto al retrato del capitán Abraham. El capitán Abraham era el padre de las ancianas, y es evidente que están muy orgullosas de él. Tienen elegantes espejos encima de las antiguas repisas negras de los hogares, una vitrina con flores de cera, cuadros de navíos antiguos, una corona tejida con cabellos de todos los Pringle conocidos, enormes caracolas y un edredón sobre la cama del dormitorio de huéspedes, con una labor de acolchado que forma abanicos diminutos.

Nos sentamos en la salita, en sillones Sheraton de caoba. Las paredes estaban cubiertas con un empapelado con rayas plateadas. Pesadas cortinas de brocado colgaban en las ventanas. Había mesas con tablero de mármol; sobre una de ellas se veía un hermoso modelo de un navío con casco rojo y velas blancas, el Ve y Pregúntaselo. Una enorme araña de cristal colgaba del techo. Había un espejo redondo con un reloj en el centro, traído por el capitán Abraham de «puertos lejanos». Era estupendo. Me gustaría algo así para nuestra casa de los sueños.

Hasta las sombras eran elocuentes y tradicionales. La señorita Ellen me mostró millones de fotografías de parientes Pringle; muchas eran daguerrotipos en estuches de cuero. Un gran gato con pelaje del color del caparazón de una tortuga entró y saltó sobre mis rodillas. De inmediato, lo echaron y la señorita Ellen lo llevo a la cocina, luego se disculpó conmigo. Pero creo que antes se había disculpado con el gato, en la cocina.

La señorita Ellen fue la que más habló. La señorita Sarah (una cosilla ínfima, triste, preciosa, suave, con vestido negro de seda, enagua almidonada, cabello blanco como la nieve y ojos negros como el vestido, manos delgadas y venosas apoyadas sobre las rodillas entre finos puños de encaje) parecía casi demasiado frágil para poder hablar. Y no obstante, me dio la impresión, Gilbert, de que todos los Pringle del clan, hasta la propia señorita Ellen, bailan al son de su gaita.

La cena estuvo deliciosa. El agua estaba helada, la mantelería era preciosa, los platos y la cristalería, elegantes. Nos sirvió una criada tan reservada y aristocrática como ellas. Pero la señorita Sarah fingía ser un poquito sorda cada vez que yo le hablaba, y yo tenía la sensación de que me atragantaría con cada bocado. El valor se me escurrió del cuerpo como agua. Me sentía como una pobre mosca atrapada en papel engomado. Gilbert, jamás podré conquistar a la Familia Real ni ganármela. Me veo renunciando en Año Nuevo. No tengo posibilidad alguna contra un clan como éste.

Pese a todo, no pude evitar sentir un dejo de compasión por las ancianas cuando eché una mirada a la casa. En un tiempo, la casa había vivido… había habido nacimientos, muertes, alegrías… sus habitantes habían conocido el sueño, la desesperación, el miedo, el gozo, la esperanza, el odio. Y ahora no tiene nada, salvo los recuerdos por los cuales ellas viven… y el orgullo que sienten por ellos.

La tía Chatty está muy afligida porque hoy, cuando desdobló sábanas limpias para mi cama, encontró una arruga con forma de diamante en el centro. Está segura de que anuncia una muerte en la casa. La tía Kate está disgustadísima con tanta superstición. Pero creo que a mí me gusta la gente supersticiosa. Le da color a la vida. ¿No sería aburrido el mundo, si todos fueran sabios, sensatos y buenos? ¿De qué hablaríamos?

Hace dos noches tuvimos una catástrofe. Dusty Miller pasó la noche afuera, a pesar de los enérgicos gritos de Rebecca en el jardín de atrás. Y cuando apareció por la mañana… ¡ay, qué aspecto! Un ojo estaba cerrado por completo y había una hinchazón grande como un huevo sobre su mandíbula. Tenía el pelo duro de barro y un mordisco en la pata. ¡Pero qué expresión triunfante y nada arrepentida se le veía en el ojo sano! Las viudas se horrorizaron, pero Rebecca Dew exclamó, jubilosa:

«"Ese gato" nunca había tenido una buena pelea en su vida. ¡Apuesto a que el otro gato quedó peor!».

Está entrando niebla desde el puerto, y difumina el camino rojo que la pequeña Elizabeth quiere explorar. En todos los jardines del pueblo se están quemando malezas y hojas y la combinación de humo y niebla convierte a la Calle del Fantasma en un sitio misterioso, fascinante, mágico. Se está

haciendo tarde y mi cama me dice: «Tengo sueños para ti». Me he acostumbrado a trepar los escalones hasta la cama y bajarlos por la mañana. Ay, Gilbert, no le he contado esto a nadie, pero es demasiado gracioso para seguir manteniéndolo en secreto. La primera mañana en Álamos Ventosos olvidé los escalones y bajé de la cama con un alegre salto. Me vine abajo como una tonelada de ladrillos, como diría Rebecca Dew. Por suerte no me rompí ningún hueso, pero tuve magulladuras que me duraron una semana. La pequeña Elizabeth y yo ya somos buenas amigas. Viene todas las noches a buscar la leche porque la «mujer» está postrada por lo que Rebecca Dew llama «bronquitis». Siempre me la encuentro en el portón, esperándome, llenos de luz sus ojazos. Conversamos por encima del portón, que no ha sido abierto en años. Elizabeth bebe la leche lo más lentamente posible, para poder extender la charla. Siempre, cuando termina la última gota, se oyen los golpes en la ventana.

He descubierto que una de las cosas que sucederá Mañana es que recibirá una carta de su padre. Nunca ha recibido ninguna, hasta ahora. Me pregunto en qué puede estar pensando ese hombre.

«Señorita Shirley, lo que pasa es que no podía soportar verme», me contó. «Pero tal vez no le importe escribirme».

«¿Quién te dijo que no podía soportar verte?», quise saber, indignada.

«La "mujer"».

Siempre que Elizabeth dice la «mujer», la veo como una gran censuradora, llena de ángulos y puntas.

«Y debe de ser cierto, de lo contrario vendría a verme alguna vez». Era Beth esa noche… solamente cuando es Beth habla de su padre. Cuando es Betty hace muecas detrás de las espaldas de su abuela y de la «mujer»; pero cuando se convierte en Elsie, se arrepiente y piensa que debería confesarlo, pero tiene miedo. Muy raras veces es Elizabeth, y en esos momentos, tiene la expresión de alguien que oye música de las hadas y sabe qué se susurran las rosas y los tréboles. Es encantadora, Gilbert… sensible como una de las hojas de los álamos ventosos, y la adoro. Me enfurece saber que esas dos espantosas ancianas la hacen irse a dormir a oscuras.

«La "mujer" dijo que ya tenía edad para dormir sin luz. Pero me siento tan pequeña, señorita Shirley, porque la noche es tan grande y terrible. Y en mi cuarto hay un cuervo embalsamado que me da miedo. La "mujer" me dijo que me sacaría los ojos, si lloraba. No la creí, desde luego, señorita Shirley, pero igual tengo miedo. Todo susurra tanto de noche. Pero en Mañana no tendré miedo de nada… ¡ni siquiera de que me rapten!».

«Pero no hay peligro alguno de que te rapten, Elizabeth».

«La "mujer" dijo que sí, si iba a algún lado sola o hablaba con personas desconocidas. Pero usted no es una desconocida, ¿verdad, señorita Shirley?».

«No, tesoro. Nos conocemos desde siempre en Mañana», le dije.

4

Álamos Ventosos,

Calle del Fantasma,

Summerside

10 de noviembre

Queridísimo:

No había persona que más odiara en el mundo que aquella que me arruinaba la plumilla. Pero no puedo odiar a Rebecca Dew, a pesar de su costumbre de usar mi pluma para copiar recetas cuando estoy en la escuela. Lo ha estado haciendo de nuevo, y en consecuencia, esta vez no recibirás una carta de amor ni una carta muy larga. (Amor mío).

Los grillos han cantado su última canción. Las tardes son tan frías ahora, que tengo una pequeña, regordeta y ovalada estufa de leña en mi habitación. Rebecca Dew me la trajo… le perdono lo de la pluma por eso. No hay nada que esa mujer no pueda hacer; y siempre la tiene encendida cuando llego de la escuela. Es una estufa diminuta… podría levantarla en mis manos. Parece un avispado perrito negro sobre sus patitas arqueadas de hierro negro. Pero cuando la llenas con pequeños troncos de madera dura, florece en color rojo y arroja un delicioso calor. No imaginas lo acogedora que es. Estoy sentada delante de ella ahora, con los pies frente al fuego, escribiéndote con el papel sobre las rodillas.

Todo el resto de Summerside, más o menos, está en el baile ofrecido por la familia de Hardy Pringle. A mí no me invitaron. Y Rebecca Dew está tan furiosa al respecto, que no me gustaría ser Dusty Miller. Pero cuando pienso en la hija de Hardy, Myra, bella y carente de cerebro, tratando de demostrar en su hoja de examen que los ángulos de la base de un triángulo isósceles son iguales, perdono a todo el clan Pringle. ¡Y la semana pasada incluyó, con toda seriedad, al «árbol genealógico» en una lista de árboles! Pero para ser justa, no todos los horrores se originan en los Pringle. Blake Fenton definió hace poco a un caimán como «una especie de insecto grande». ¡Éstos son ejemplos de los momentos de mayor emoción en la vida de una maestra!

Esta noche tengo la sensación de que nevará. Me gustan las noches así. El viento sopla «en torres y árboles» y mi habitación me resulta todavía más acogedora. La última hoja dorada caerá de los álamos esta noche.

Creo que a esta altura, ya he sido invitada a cenar a todas partes… me refiero a las casas de mis alumnos, tanto en la ciudad como en el campo. ¡Ay, Gilbert, querido, estoy harta de melocotón en almíbar! Nunca, nunca tengamos un frasco de melocotón en almíbar en nuestra casa de los sueños. En casi todas las casas donde he ido a cenar en este último mes, he comido M. en A. La primera vez me encantó, estaba tan dorado, que me parecía estar comiendo sol en almíbar, e inocentemente canté sus loas. Corrió la voz de que el M. en A. me gustaba mucho y comenzaron a servirlo especialmente en mi honor. Anoche estaba invitada a cenar en casa del señor Hamilton, y Rebecca Dew me aseguró que allí no habría M. en A. porque a ninguno de los Hamilton les gustaba. Pero cuando me senté a cenar, allí, en el aparador, estaba el inevitable frasco de cristal con M. en A.

«No tenía melocotón en almíbar en casa», explicó la señora Hamilton, mientras me servía una generosa porción, «pero me enteré de que a usted le gustaba muchísimo, de modo que cuando fui a ver a mi prima en Lowvale, el domingo pasado, le dije: "Viene la señorita Shirley a cenar esta semana y le gusta muchísimo el melocotón en almíbar. ¿Podrías darme un frasco para ella? Y me lo dio, aquí está, y puede llevarse a su casa lo que queda».

¡Deberías haber visto la cara de Rebecca Dew cuando llegué a casa con un frasco casi lleno de M. en A.! A nadie le gusta aquí, así que, en la oscuridad de la noche, lo enterramos en el jardín.

«¿No pondrá esto en una historia, verdad?», me preguntó Rebecca Dew, nerviosa.

Desde que descubrió que de tanto en tanto escribo algo de ficción para las revistas, vive con el temor (o la esperanza, no sé) de que volcaré en una historia todo lo que sucede en Álamos Ventosos. Quiere que «escriba sobre los Pringle y los aniquile». Pero, ay, son los Pringle los que me aniquilan, y entre ellos y mi trabajo en la escuela, es poco el tiempo que tengo para escribir ficción.

Sólo quedan hojas marchitas y tallos escarchados en el jardín, ahora. Rebecca Dew ha protegido los rosales con paja y bolsas de papas, y a la luz del crepúsculo, parecen un grupo de ancianos encorvados apoyados sobre bastones.

Recibí hoy una postal de Davy con diez besos representados por cruces, y una carta de Priscilla, escrita sobre un papel que le envió «un amigo desde Japón». El papel es sedoso, fino, con flores de cerezo, etéreas como fantasmas.

Comienzo a sospechar de ese amigo. Pero tu carta fue el regalo del día. La leí cuatro veces para gozar mejor de su sabor… ¡como un perro relamiendo el plato! Ésa sí que no es una comparación romántica, pero es la primera que se me ha ocurrido. De todos modos, las cartas, aun las mejores, no me satisfacen. Quiero verte a ti. Me alegro de que falten solamente cinco semanas para las vacaciones de Navidad.

5

Ana, sentada ante la ventana de la torre un atardecer de fines de noviembre, con la pluma en la boca y sueños en los ojos, contemplaba el mundo en penumbra. De pronto, sintió deseos de dar un paseo hasta el viejo cementerio. Todavía no lo había visitado, pues prefería el bosquecillo de abedules y arces o el camino hacia el puerto para sus paseos de la tarde. Pero en noviembre hay un tiempo, después de que se han caído las hojas, en el que sentía que era casi indecente meterse en el bosque… pues éste había perdido su gloria terrenal, y la gloria celestial de espíritu, pureza y blancura todavía no había caído sobre él. De manera que Ana se encaminó al cementerio. Su estado de ánimo era tan pesimista y carente de esperanzas, que pensó que un cementerio le resultaría agradable, en comparación. Además, estaba lleno de Pringle, según había dicho Rebecca Dew. Se habían hecho enterrar allí durante generaciones, prefiriéndolo al nuevo cementerio hasta «que ya no podían apretujarse más». A Ana le pareció que sería decididamente alentador ver cuántos Pringle había allí, donde ya no podían fastidiar a nadie.

Con respecto a los Pringle, Ana sentía que ya habían llegado al límite de lo tolerable. La situación se parecía cada vez a una pesadilla. La sutil campaña de insubordinación e irrespetuosidad organizada por Jen Pringle había acabado por explotar. Un día de la semana anterior, Ana había pedido a sus alumnos que escribieran una composición sobre «El acontecimiento más importante de la semana». Jen Pringle había escrito un texto brillante, la chiquilla era inteligente, sin ninguna duda, y había insertado en él una mordaz ofensa a su maestra, tan evidente, que era imposible pasarla por alto. Ana la envió a su casa y le dijo que tendría que disculparse antes de poder regresar. Ahora sí que quedaba declarada la guerra entre ella y los Pringle. Y la pobre Ana no dudaba sobre qué estandarte se posaría la victoria. La junta escolar apoyaría a los Pringle, y a ella le harían elegir entre dejar volver a Jen o presentar su renuncia. Sentía mucha amargura. Había dado lo mejor de sí y sabía que podría haber logrado un buen resultado, si hubiera tenido, por lo menos, la posibilidad de luchar.

«No es mi culpa», pensó con tristeza. «¿Quién podría tener éxito contra semejante falange y semejantes tácticas?».

¡Pero volver a Tejas Verdes derrotada! ¡Soportar la indignación de la señora Lynde y el júbilo de los Pye! Aun la compasión de los amigos resultaría angustiosa. Y con el fracaso de Summerside en su haber, nunca podría conseguir otro cargo en una escuela.

Pero al menos no se habían salido con la suya en el asunto de la obra de teatro. Ana rio con algo de malicia y los ojos se le llenaron de gozo travieso al recordarlo.

Había organizado un Club de Arte Dramático en la escuela secundaria y lo había dirigido en una obra montada rápidamente para conseguir fondos para uno de sus planes: comprar buenos grabados para las aulas. Se había obligado a pedirle ayuda a Katherine Brooke, puesto que ésta siempre parecía dejada de lado. Lo lamentó muchas veces, ya que Katherine se mostró más áspera y sarcástica que nunca. Casi no dejaba pasar un ensayo sin hacer algún comentario corrosivo y arqueaba las cejas sin cesar. Lo peor fue que Katherine insistió en darle el papel de María, Reina de Escocia, a Jen Pringle.

—No hay nadie más en la escuela que pueda representarlo —decretó Katherine con impaciencia—. Nadie tiene la personalidad necesaria.

Ana no estaba tan segura. Le parecía que Sophy Sinclair, que era alta, de ojos color avellana y hermoso pelo castaño rojizo, sería una mejor María que Jen. Pero Sophy ni siquiera era miembro del club y jamás había tomado parte en una obra.

—No queremos novatas en esto. No voy a mezclarme con nada que no sea un éxito —había dicho Katherine malhumorada y Ana había cedido.

No se podía negar que Jen era muy buena para el papel. Tenía talento natural para la actuación y aparentemente se esmeraba mucho. Ensayaban cuatro tardes por semana, y aparentemente, todo iba bien. Jen parecía tan interesada en su papel, que su conducta era adecuada en todo lo referente a la obra. Ana no se metía con ella, si no que la dejaba en manos de Katherine. De tanto en tanto, le parecía ver una expresión furtiva de triunfo en el rostro de Jen, y eso la desconcertaba. No podía adivinar qué significaba.

Una tarde, poco después del comienzo del ensayo, Ana encontró a Sophy Sinclair llorando en un rincón del guardarropa de las niñas. Al principio, Sophy parpadeó con fuerza y negó que estuviera llorando, pero luego el llanto la venció.

—Yo… tenía tantos deseos de actuar… de ser la reina María —sollozó—. No he tenido ninguna oportunidad. Papá no me dejó unirme al club porque

había que pagar y en casa cuenta cada centavo… Y no tengo experiencia. Es que… siempre me encantó la reina María… solamente su nombre me estremece hasta los huesos. No creo… jamás creeré que haya tenido algo que ver con el asesinato de Darnley. ¡Hubiera sido hermoso imaginarme que era ella por un rato!

Más tarde, Ana llegó a la conclusión de que fue su ángel guardián el que le sopló la respuesta.

—Te escribiré una copia del papel, Sophy, y te enseñaré a representarlo. Será un buen entrenamiento para ti. Y puesto que planeamos representar la obra en otros lugares, si todo va bien aquí, no nos vendrá mal tener una suplente, por si Jen no puede ir siempre. Pero no le contaremos nada a nadie.

Sophy memorizó el papel para el día siguiente. Todas las tardes, volvía a Álamos Ventosos con Ana después de clase y ensayaba en la torre. Se divertían mucho juntas, pues Sophy poseía una serena vivacidad. La obra se representaría el último viernes de noviembre; se hizo mucha propaganda y las localidades numeradas se vendieron en su totalidad. Ana y Katherine pasaron dos noches decorando el salón, se contrató a una banda y una conocida soprano vendría de Charlottetown para cantar en los entreactos. El ensayo general fue un éxito. Jen estuvo soberbia y el resto del elenco también se lució. El viernes por la mañana, Jen no fue a la escuela; por la tarde, su madre envió una nota para informar que Jen estaba enferma de la garganta; temían que fuera amigdalitis. Todos lo lamentaban mucho, pero de ninguna manera podría tomar parte en la obra esa noche.

Katherine y Ana se miraron; por una vez, el horror compartido las unía.

—Tendremos que aplazarlo —dijo Katherine—. Y eso es sinónimo de fracaso. En diciembre hay tantas cosas… Bien, desde el principio me pareció una tontería querer representar una obra en esta época del año.

—No vamos a aplazarlo —afirmó Ana, con los ojos de un verde más intenso que los de la propia Jen.

No se lo iba a comentar a Katherine Brooke, pero tenía la certeza absoluta de que Jen Pringle corría tan poco peligro de tener amigdalitis como ella. Estuvieran los Pringle al tanto o no, se trataba de una treta para arruinar la obra porque ella, Ana Shirley, la había patrocinado.

—¡Bueno, si lo dice de ese modo…! —se quejó Katherine, encogiéndose de hombros—. ¿Pero qué piensa hacer? ¿Buscar a alguien para que estudie el papel? Sería un desastre… María es toda la obra.

—Sophy Sinclair sabe el papel tan bien como Jen. El traje le irá bien y, por fortuna, lo tiene usted y no Jen.

La obra se representó esa noche ante un público numeroso. Una Sophy gozosa representó a María… fue María, como Jen Pringle no lo hubiera sido nunca… Se parecía a la reina, con los trajes de terciopelo, los cuellos altos y las joyas. Los alumnos de la Secundaria de Summerside, que nunca habían visto a Sophy enfundada en algo que no fueran sus sencillos y oscuros vestidos sin forma, sus abrigos desaliñados y sus sombreros raídos, se quedaron boquiabiertos, mirándola. Se decidió en el momento que Sophy se convirtiera en miembro permanente del Club de Arte Dramático (la propia Ana pagó la cuota de ingresó), y a partir de entonces, fue una de las alumnas que «contaban» en la escuela. Pero nadie sabía ni soñaba, y menos aún la propia Sophy, que esa noche había dado el primer paso en un camino que la llevaría al estrellato. Veinte años más tarde, Sophy Sinclair sería una de las principales actrices de América. Pero es probable que ningún aplauso haya sido nunca tan dulce para sus oídos como el que resonó esa noche en el Palacio Municipal de Summerside cuando cayó el telón.

La señora de James Pringle volvió a su casa con un relato que hubiera puesto verdes los ojos de Jen, si no hubieran sido ya de ese color. Por una vez, como dijo Rebecca Dew con sentimiento, Jen se había cocido en su propia salsa. Y el resultado final había sido el insulto en la composición sobre «El acontecimiento más importante de la semana».

Ana se encaminó al cementerio por un camino profundamente tallado entre altos y mohosos canales de desagüe de piedra, tachonados de helechos escarchados. De tanto en tanto, crecían delgados álamos que todavía conservaban algunas hojas a pesar de los vientos de noviembre y se destacaban contra el color amatista de las colinas lejanas; pero el viejo cementerio, con la mitad de las lápidas inclinadas en ángulos extraños, estaba rodeado por una hilera de sombríos y altos pinos. Ana no había pensado encontrar a nadie allí, y se sobresaltó al ver, justo en el portón, a la señorita Valentine Courtaloe, con su nariz larga y delicada, su boca delgada y delicada, sus hombros caídos y delicados y su aire de invencible femineidad. Conocía a la señorita Valentine, por supuesto, como todos en Summerside. Era «la» modista local y lo que no sabía ella sobre personas vivas o muertas no valía la pena de ser tomado en consideración. Ana habría querido deambular sola por el cementerio, leer los viejos epitafios y descifrar los nombres de olvidados amantes bajo los líquenes que crecían sobre ellos. Pero no pudo escapar cuando la señorita Valentine entrelazó su brazo con el suyo y procedió a hacer los honores del cementerio, donde era evidente que yacían tantos Courtaloe como Pringle. La señorita Valentine no tenía una gota de sangre Pringle en las venas y uno de los alumnos preferidos de Ana era sobrino suyo. De modo que no fue un esfuerzo mostrarse amable con ella; lo único que había que cuidar era no insinuar jamás que «se ganaba la vida cosiendo». Se decía que la señorita Valentine era muy susceptible al respecto.

—Me alegro de haber estado aquí esta tarde —le dijo a Ana—. Le puedo contar todo sobre los que están sepultados aquí. Siempre digo que hay que saber los detalles de los difuntos para poder disfrutar de un cementerio. Me gusta más caminar por éste que por el nuevo. Aquí están las familias verdaderamente antiguas. En el nuevo, en cambio, entierran a cualquier hijo de vecino. Los Courtaloe están en esta esquina. Hemos tenido gran cantidad de funerales en la familia.

—Supongo que les sucede lo mismo a todas las familias antiguas —comentó Ana, puesto que era evidente que la señorita Valentine esperaba que dijera algo.

—No, ninguna familia ha tenido tantos como nosotros —aseguró la señorita Valentine, celosa—. Somos de salud muy delicada. Muchos de los nuestros han muerto a causa de la tos. Ésta es la tumba de mi tía Bessie. Era una santa. Pero no hay duda de que su hermana, la tía Cecilia, era una interlocutora más interesante. La última vez que la vi me dijo: «Siéntate, querida, siéntate. Esta noche moriré, a las once y diez, pero ése no es motivo para que no tengamos un último intercambio de chismes». Lo curioso es, señorita Shirley, que murió esa noche a las once y diez. ¿Puede decirme usted cómo lo supo?

Ana no pudo.

—Mi tatarabuelo Courtaloe está sepultado aquí. Llegó en 1760 y se ganaba la vida fabricando ruecas. He oído que en el curso de su vida hizo mil cuatrocientas ruecas. Cuando murió, el ministro dio un sermón a partir del texto «Sus obras los siguen», y el viejo Myrom Pringle dijo que, en ese caso, el camino al cielo, detrás de mi tatarabuelo, estaría abarrotado de ruecas. ¿Le parece que fue un comentario de buen gusto, señorita Shirley?

De haber sido hecho por alguien que no hubiese sido un Pringle, Ana no hubiera respondido con tanta vehemencia:

—En absoluto.

En ese momento contemplaba una lápida adornada con un cráneo y huesos cruzados y también se preguntaba acerca de su buen gusto.

—Mi prima Dora está enterrada aquí. Tuvo tres maridos, pero todos murieron muy pronto. La pobre Dora no parecía tener suerte para elegir un hombre saludable. El último de sus maridos fue Benjamin Banning, que no está sepultado aquí; yace en Lowvale, junto a su primera mujer. No estaba reconciliado con la muerte. Dora le decía que iría a un mundo mejor. «Puede ser, puede ser», se quejaba el pobre Ben, «pero estoy medio acostumbrado a las imperfecciones de éste». Tomó sesenta y un medicamentos diferentes, pero a pesar de eso, duró bastante. Toda la familia del tío David Courtaloe está

aquí. Hay un rosal al pie de cada tumba, ¡y cómo florecen! Vengo aquí todos los veranos y junto un ramo de rosas para mi florero. Sería una pena dejarlas marchitar, ¿no cree?

—Sí…, creo que sí.

—Mi pobre hermana menor, Harriet, está aquí —suspiró la señorita Valentine—. Tenía una magnífica cabellera… de color parecido a la suya… no tan roja, quizá. Le llegaba a las rodillas. Estaba comprometida cuando murió. Me han dicho que usted está comprometida. Nunca tuve demasiados deseos de casarme, pero me hubiera gustado estar comprometida. Sí, claro, he tenido oportunidades… tal vez fui demasiado quisquillosa… pero una Courtaloe no podía casarse con cualquiera, ¿no?

Al parecer, no.

—Frank Digby… allí en ese rincón bajo los zumaques… quería casarse conmigo. Me arrepentí un poco por haberlo rechazado… ¡pero un Digby, querida! Se casó con Georgina Troop. Ella siempre llegaba un poco tarde a la iglesia, para lucir su ropa. Cómo le gustaba la ropa. La sepultaron con un precioso vestido azul. Yo se lo hice para una boda, pero al final lo usó para su propio funeral. Tenía tres hijitos encantadores. Acostumbraban sentarse delante de mí en la iglesia y yo siempre les daba caramelos. ¿Le parece mal darles caramelos a los niños en la iglesia, señorita Shirley? Los de menta no… ésos resultarían adecuados… hay algo religioso en los caramelos de menta, ¿no le parece? Pero a los niños no les gustan, pobrecillos.

Una vez agotadas las tumbas de los Courtaloe, los recuerdos de la señorita Valentine se tornaron más jugosos. No importaba tanto si no se era un Courtaloe.

—Aquí está la anciana señora de Russel Pringle. Con frecuencia me pregunto si estará en el cielo o no.

—¿Pero por qué? —exclamó una escandalizada Ana.

—Bueno, siempre detestó a su hermana, Mary Ann, que murió unos meses antes que ella. «Si Mary Ann está en el cielo, no me quedaré allí», decía. Y era una mujer que siempre cumplía su palabra… en el estilo Pringle. Era Pringle de soltera y se casó con su primo Russel. Esta es la señora de Dan Pringle… Janetta Bird. Murió a los setenta años. La gente dice que le hubiera parecido mal morir con más de setenta años, pues ése es el límite que da la Biblia. La gente dice cosas tan graciosas, ¿no cree? He oído comentar que morir fue lo único que se atrevió a hacer sin consultar al marido. ¿Sabe, querida, qué hizo el marido una vez que ella se compró un sombrero que a él no le gustaba?

—No puedo imaginarlo.

—Se lo comió —declaró la señorita Valentine, solemne—. Desde luego, era un sombrerito pequeño… encaje y flores… nada de plumas. De todos modos, seguro que debió haber sido difícil de digerir. Tengo entendido que tuvo dolores de estómago durante bastante tiempo. Por supuesto, yo no lo vi comérselo, pero siempre me han dicho que la historia es cierta. ¿Lo cree posible?

—Creería cualquier cosa de un Pringle —respondió Ana con amargura.

La señorita Valentine le apretó el brazo, compasiva.

—La compadezco… de veras. Es terrible la forma en que la están tratando. Pero Summerside no es todo Pringle, señorita Shirley.

—A veces me parece que sí —dijo Ana con una sonrisa lastimosa.

—No, nada de eso. Y hay muchas personas a las que les gustaría verla derrotarlos. No ceda, hagan lo que hagan ellos. Es nada más que Satanás, que se ha apoderado de ellos. Pero están muy unidos… y la señorita Sarah quería que su prima obtuviera el cargo en la escuela.

»Aquí están los familiares de Nathan Pringle. Nathan siempre creía que su mujer trataba de envenenarlo, pero nunca pareció importarle. Decía que volvía más emocionante la vida. Una vez sospechó que ella le había puesto arsénico en el potaje. Salió y se lo dio a un cerdo. El cerdo murió tres semanas después. Pero él dijo que quizá no había sido más que una coincidencia y que, de todos modos, no estaba seguro de que fuera el mismo cerdo. Al final, ella murió antes que el marido, y él dijo que había sido una buena esposa, con excepción de ese detalle. Pienso que sería caritativo creer que estaba equivocado al respecto.

—«En recuerdo de la señorita Kinsey» —leyó Ana, asombrada—. ¡Qué inscripción tan extraña! ¿No tenía otro nombre?

—Si lo tenía, nadie lo sabía —respondió la señorita Valentine—. Vino de Nueva Escocia y trabajó para la familia de George Pringle durante cuarenta años. Ella se presentaba como la señorita Kinsey y todo el mundo la llamaba así. Murió de forma repentina y entonces se descubrió que nadie conocía su nombre de pila y que no tenía parientes. De manera que escribieron eso sobre la lápida… La familia de George Pringle la hizo sepultar muy bien y pagó la lápida. Era una mujer leal y trabajadora, pero si usted la hubiera visto alguna vez, habría pensado que había nacido llamándose señorita Kinsey. Aquí están James Morley y su esposa. Estuve en sus bodas de plata. Qué alboroto… regalos, discursos y flores… todos los hijos en la casa… y ellos sonriendo y saludando, cuando en verdad se odiaban a muerte.

—¿Se odiaban?

—Venenosamente, querida. Todo el mundo lo sabía. Hacía años que se odiaban… casi desde que se casaron. Se pelearon al salir de la iglesia, después de la boda. A veces me pregunto cómo logran yacer aquí, uno al lado del otro, tan pacíficamente.

Ana se estremeció. ¡Qué terrible! Sentarse uno frente al otro a la mesa… acostarse uno al lado del otro por las noches… ir a la iglesia a bautizar a los bebés… odiándose. Debieron de amarse en un principio. ¿Acaso era posible que ella y Gilbert pudieran alguna vez…? ¡Qué tontería! Los Pringle le estaban alterando los nervios.

—Aquí yace el buen mozo de John MacTabb. Siempre se sospechó que Anetta Kennedy se ahogó por él. Los MacTabb eran todos apuestos, pero no se podía creer una palabra de lo que decían. En un tiempo, aquí había una lápida de su tío Samuel, supuestamente ahogado en alta mar hace cincuenta años. Cuando apareció con vida, la familia quitó la lápida. El hombre a quien se la habían comprado no quiso aceptar la devolución, de modo que la esposa de Samuel la utilizaba como tabla para amasar. La lápida era ideal para eso, según ella. Los chicos MacTabb siempre llevaban a la escuela galletitas con letras y números… marcas del epitafio. Convidaban a todos, pero yo nunca pude comerlas. Soy quisquillosa en ese aspecto.

»Aquí está Harley Pringle. Una vez, tuvo que llevar a Peter MacTabb por la calle principal en una carretilla, a causa de una apuesta sobre las elecciones. Y Peter llevaba puesto un bonete. Todo el pueblo salió a la calle a mirar… menos los Pringle, por supuesto. Ellos casi murieron de vergüenza. Aquí está Millie Pringle. Era bonita y esbelta como un hada. A veces pienso, mi querida, que en noches como ésta debe de salir de su tumba y danzar como solía hacerlo. Pero una mujer cristiana no tendría que pensar esas cosas.

»Ésta es la tumba de Herb Pringle. Era uno de los Pringle jocosos. Siempre hacía reír. Una vez rio muy fuerte en la iglesia, cuando un ratoncito cayó de entre las flores del sombrero de Meta Pringle, cuando ella se inclinó para orar. A mí no me dieron tantas ganas de reír. No sabía adónde había ido el ratón. Me levanté las faldas hasta los tobillos y las sostuve así hasta que salimos, pero el sermón quedó arruinado para mí. Herb estaba detrás de mí y profirió una carcajada fortísima. La gente que no pudo ver el ratón creyó que se había vuelto loco. Para mí, su risa no podía morir. Si él viviera, se pondría de su parte, señorita Shirley, con Sarah o sin ella.

»Éste, por supuesto, es el monumento del capitán Abraham Pringle.

Dominaba todo el cementerio. Cuatro plataformas retraídas de piedra formaban un pedestal cuadrado sobre el cual se erigía un enorme pilar de mármol rematado por una absurda urna drapeada; debajo de ésta, un querubín regordete tocaba una trompeta.

—¡Es horrible! —comentó Ana con candidez.

—¿Le parece? —La señorita Valentine parecía escandalizada—. Fue considerado muy imponente cuando se erigió. Se supone que ése es el arcángel Gabriel tocando la trompeta. Creo que le da un toque de elegancia al cementerio. Costó novecientos dólares. El capitán Abraham era un caballero. Es una lástima que haya muerto. Si viviera, no la perseguirían de ese modo. No me sorprende que Sarah y Ellen estén tan orgullosas de él, aunque en mi opinión, exageran un poco.

Al llegar al portón, Ana se volvió y miró hacia atrás. Un silencio extraño, pacífico, cubría la tierra sin viento. Los largos dedos de luna comenzaban a perforar los pinos oscuros, tocando una lápida aquí, otra allá y formando sombras entre ellas. Pero el cementerio no era un lugar triste, después de todo. Los que estaban allí parecían haber cobrado vida con los relatos de la señorita Valentine.

—He oído decir que escribe —dijo la señorita Valentine, nerviosa, mientras bajaban por el camino—. No pondrá en sus relatos las cosas que le he contado, ¿verdad?

—Puede estar segura de que no lo haré —prometió Ana.

—¿Cree que está mal… o que es peligroso… hablar mal de los muertos? —susurró la anciana con voz ansiosa.

—Creo que no es exactamente ninguna de las dos cosas —respondió Ana —. Sólo me parece… un poco injusto, como golpear a alguien que no puede defenderse. Pero no dijo nada horrible de nadie, señorita Courtaloe.

—Le conté que Nathan Pringle creía que su mujer trataba de envenenarlo…

—Pero a ella le dio el beneficio de la duda…

Y la señorita Valentine siguió su camino, ya más tranquila.

6

Esta tarde dirigí mi rumbo al cementerio —le escribió Ana a Gilbert después de volver a casa—. Me encanta la expresión «dirigir el rumbo» y la pongo cada vez que encuentro ocasión. Suena extraño decir que disfruté de mi paseo en el cementerio, pero es así. Las anécdotas de la señorita Courtaloe eran tan graciosas… La comedia y la tragedia se entremezclan en la vida, Gilbert. Lo único que me persigue todavía es la historia de los dos que

vivieron juntos cincuenta años, odiándose. No puedo creer que haya sido así. Alguien ha dicho que «el odio es solamente el amor que no encontró el camino». Estoy segura de que debajo del odio, en realidad se amaban (como te amaba yo todos esos años en los que creí odiarte) y que la muerte se lo habrá demostrado. Yo me alegro de haberlo descubierto en vida. Y he descubierto que hay Pringle honestos… aunque están muertos.

Anoche bajé a beber agua y encontré a la tía Kate en la despensa, poniéndose suero de leche en la cara. Me pidió que no se lo contara a Chatty… la creería tan tonta. Le prometí que no diría nada.

Elizabeth sigue viniendo a buscar la leche, aunque la «mujer» ya se repuso de la bronquitis. Me extraña que se lo permitan, sobre todo considerando que la anciana señora Campbell es una Pringle. El sábado pasado, Elizabeth (creo que era Betty esa tarde) entró corriendo y cantando después de haberme dejado y oí con claridad que la «mujer» le decía, en la puerta: «Estamos demasiado cerca del domingo para que cantes esa canción».

¡Estoy segura de que «esa mujer» le impediría cantarla cualquier día, si pudiera!

Elizabeth llevaba puesto un vestido nuevo, color carmesí (la visten bien, eso sí), y comentó con melancolía:

«Me pareció que estaba muy guapa cuando me lo puse, señorita Shirley, y deseé que mi padre pudiera verme. Desde luego, me verá en Mañana, pero a veces parece que falta tanto para que llegue… Ojalá pudiéramos apurar un poco el tiempo, señorita Shirley».

Ahora, Gilbert querido, tengo que ir a resolver unos ejercicios de geometría. Estos ejercicios han reemplazado lo que Rebecca llama mis «esfuerzos literarios». El espectro que me persigue ahora es el miedo de que aparezca en clase un ejercicio que no sepa resolver. Y qué dirían los Pringle entonces… ¡qué dirían!

Mientras tanto, si me amas a mí y a la especie gatuna, ruega por un pobre gato maltratado y triste. Un ratón pasó por encima del pie de Rebecca Dew en la despensa, el otro día, y desde entonces está que echa humo.

«Lo único que hace "ese gato" es comer, dormir y dejar que los ratones invadan todo. Ésta sí que es la gota que colma el vaso».

De manera que lo corre de un lado a otro, lo echa de su almohadón preferido y, lo sé, porque la he visto, lo ayuda con un puntapié a salir por la puerta.

7

Un viernes por la tarde, al terminar un día templado y soleado de diciembre, Ana fue a Lowvale; prepararían pavo para la cena. Wilfred Bryce vivía allí con sus tíos, y la había invitado tímidamente a ir con él después de la escuela a cenar en la iglesia y pasar el sábado en su casa. Ana aceptó, esperando poder ejercer su influencia sobre el tío para que permitiera a Wilfred seguir asistiendo a la escuela secundaria. Wilfred temía no poder volver después de Año Nuevo. Era un chico inteligente y ambicioso, y Ana se interesaba por él.

No podía decirse que disfrutara enormemente de la visita, salvo por el placer que causaba a Wilfred. Sus tíos eran una pareja extraña y rústica. La mañana del sábado amaneció ventosa y oscura, con lluvias y nevisca; Ana se preguntó cómo pasaría el día. Se sentía cansada y con sueño, pues la cena había terminado a altas horas; Wilfred tenía que ayudar con el trabajo y no había ni siquiera un libro a la vista. Entonces pensó en el desvencijado baúl marinero que había visto al fondo del corredor del piso de arriba y recordó la petición de la señora Stanton. La señora Stanton estaba escribiendo la historia del distrito y le había preguntado a Ana si tenía conocimiento de la existencia de viejos diarios o documentos que pudieran servirle, o si sabía quién pudiera tenerlos.

—Los Pringle, desde luego, tienen mucho material que me resultaría útil —le había comentado—. Pero no puedo pedírselo. Los Pringle y los Stanton nunca se llevaron bien.

—Yo tampoco puedo pedírselo —le había dicho Ana.

—Oh, no pretendo que lo haga. Sólo le pido que mantenga ojos y oídos abiertos cuando está de visita en otras casas, y si encuentra mapas o diarios viejos u oye hablar de ellos, trate de conseguírmelos prestados. No sabe las cosas interesantes que he encontrado en diarios viejos… trocitos de vida real que resucita a los pioneros. Quiero cosas así para mi libro, además de estadísticas y árboles genealógicos.

Ana le preguntó a la señora Bryce si tenía algo de eso. La señora Bryce negó con la cabeza.

—Que yo sepa, no. —Su rostro se iluminó—. Ah, pero está el baúl del viejo tío Andy, arriba. Quizás haya algo allí. Navegaba con el capitán Abraham Pringle. Iré a preguntarle a Duncan si puede revisar el baúl.

Duncan mandó decir que podía revisar el baúl y que si encontraba documentos, podía quedárselos. Tenía pensado quemar todo el contenido y usar el baúl como caja de herramientas. Ana lo revisó meticulosamente, pero

lo único que encontró fue un viejo y amarillento diario o cuaderno de bitácora, escrito, al parecer, por Andy Bryce durante sus años en el mar. Ana amenizó la tarde tormentosa leyéndolo, interesada y divertida. Andy era un marino avezado y había hecho varios viajes con el capitán Abraham Pringle a quien, resultaba evidente, admiraba muchísimo. Con muchos errores gramaticales y de ortografía, en las páginas del diario rendía tributo a la valentía e inteligencia del capitán, sobre todo en una loca hazaña por el Cabo de Hornos. Pero su admiración, al parecer, no se extendía a Myrom, el hermano de Abraham, que también era capitán, pero de otro navío.

«Hoy fuimos a casa de Myrom Pringle. Su esposa lo hizo enfurecer y él le arrojó un vaso de agua en la cara».

«Myrom está de vuelta. Su navío se quemó y tuvieron, que bajar los botes. Casi se mueren de hambre. Terminaron comiéndose a Jonas Selkirk, que se había pegado un tiro. Vivieron de Jonas hasta que el Mary G. los recogió. El propio Myrom me lo contó. Le parecía una buena broma».

Ana se estremeció ante esa última anotación, que parecía más horrorosa todavía por el descuido con que Andy narraba los hechos. Luego se puso a pensar. No había nada en el diario que sirviese a la señora Stanton pero ¿no les resultaría de interés a las señoritas Sarah y Ellen, puesto que hablaba tanto de su adorado padre? ¿Y si se lo enviaba? Duncan Bryce había dicho que podía hacer lo que deseara con él.

No, no lo haría. ¿Por qué iba a tratar de complacerlas o de alimentar su absurdo orgullo, que ya era bastante sin añadirle combustible? Se les había metido en la cabeza echarla de la escuela y lo estaban logrando. El clan la había derrotado.

Wilfred la llevó de regreso a Álamos Ventosos esa tarde; ambos estaban contentos. Ana había convencido a Duncan Bryce de que permitiera a Wilfred terminar el año en la escuela secundaria.

—Después me las arreglaré para ir a Queen's un año y así podré aprender y educarme —dijo Wilfred—. ¿Cómo podré agradecérselo, señorita Shirley? Mi tío no hubiera escuchado a ninguna otra persona, pero usted le cae bien. Cuando estábamos en el granero, me dijo: «Las pelirrojas siempre hicieron lo que quisieron conmigo». Pero no creo que haya sido su pelo, señorita Shirley, aunque es realmente hermoso. Fue… fue usted.

A las dos de la mañana, Ana despertó y decidió que enviaría el diario de Andy Bryce a Maplehurst. A pesar de todo, las ancianas le gustaban. Y tenían tan poco de que disfrutar en la vida… sólo el orgullo por su padre. A las tres despertó de nuevo y decidió que no lo haría. ¡La señorita Sarah se había hecho la sorda! A las cuatro estaba otra vez en la encrucijada. Al final decidió

enviarlo. No sería tan mezquina. Le horrorizaba ser mezquina… como los Pye.

Habiendo decidido enviárselo, Ana se durmió en paz, pensando en lo hermoso que era despertar por la noche y oír la primera tormenta de nieve del invierno alrededor de la torre, y luego acurrucarse bajo las frazadas y volver a dormirse.

El lunes por la mañana, envolvió el viejo diario con cuidado y se lo envió a la señorita Sarah con una notita:

Estimada señorita Pringle:

¿Le podría interesar este viejo diario? El señor Bryce me lo dio para la señora Stanton, que está escribiendo la historia del distrito, pero no me pareció que vaya a servirle. Pensé que a usted podría gustarle tenerlo. Atentamente,

ANA SHIRLEY

«Es una nota demasiado seca», pensó Ana, «pero no logro escribirles con naturalidad. Y no me sorprendería que me la enviasen de vuelta».

En el diáfano azul de una tarde de comienzos del invierno, Rebecca Dew se llevó el susto de su vida. El carruaje de Maplehurst avanzaba por la Calle del Fantasma, sobre la nieve en polvo, y se detenía junto al portón principal. Bajó la señorita Ellen y luego… ante el asombro de todos… la señorita Sarah, que no había salido de Maplehurst en diez años.

—Vienen hacia la puerta principal —jadeó Rebecca Dew, presa del pánico.

—¿Y por qué otro lugar entraría un Pringle? —replicó la tía Kate.

—Sí, claro… claro… pero se atasca —recordó Rebecca con aire trágico—. Esa puerta se atasca, lo sabe muy bien. Y no la hemos abierto desde que hicimos la limpieza general la primavera pasada. Ésta sí que es la gota que colma el vaso.

La puerta se atascó, pero Rebecca Dew logró abrirla con un tirón de desesperada violencia e hizo pasar a las damas de Maplehurst a la salita. «Gracias a Dios encendimos que habíamos encendido el fuego», pensó. «Lo único que espero es que "ese gato" no haya llenado de pelos el sofá. Si Sarah Pringle se ensuciara el vestido con pelos en nuestra salita…».

Rebecca Dew no se atrevía a imaginar las consecuencias. Llamó a Ana (que se hallaba en su habitación en la torre), pues la señorita Sarah había preguntado si estaba, y luego se fue a la cocina, enloquecida de curiosidad. ¿Qué podría traer a las ancianas a ver a la señorita Shirley?

—Si hay más persecución en el aire… —dijo Rebecca Dew con tono sombrío. Ana había bajado bastante nerviosa. ¿Habrían venido a devolver el diario con helado desdén?

Fue la diminuta, arrugada e inflexible señorita Sarah la que se levantó y habló sin preámbulos cuando Ana entró en la sala.

—Hemos venido a capitular —declaró con amargura—. No podemos hacer otra cosa. Usted lo supo, por supuesto, cuando encontró ese escandaloso relato sobre el pobre tío Myrom. No fue cierto… no podría ser cierto. Tío Myrom estaba haciendo una broma a Andy Bryce, Andy era tan crédulo… Pero todo el mundo, fuera de la familia, lo creerá con gusto. Usted sabía que nos convertiría en un hazmerreír… o algo peor. Oh, sí, es usted muy inteligente. Eso lo admitimos. Jen se disculpará y de ahora en adelante se comportará como corresponde… Se lo aseguro yo, Sarah Pringle. Si nos promete no contárselo a la señora Stanton… no contárselo a nadie… haremos cualquier cosa… cualquier cosa.

La señorita Sarah estrujaba el fino pañuelo de encaje entre sus pequeñas manos venosas. Estaba temblando.

Ana se quedó mirándola, desconcertada y horrorizada. ¡Pobres ancianas! ¡Creían que las había estado amenazando!

—Ay, pero es un terrible malentendido —exclamó, tomando las manos de la señorita Sarah—. Yo… nunca pensé que creerían que… Fue solamente porque me pareció que les gustaría conocer todos esos detalles interesantes sobre su magnífico padre. Jamás pensé en mostrar o contar ese otro asunto a nadie. No me pareció en absoluto importante. Y jamás hablaré de él.

Se produjo un silencio. Luego la señorita Sarah liberó sus manos con suavidad, se llevó el pañuelo a los ojos y se sentó; en su cara delicada y surcada de arrugas había un leve rubor.

—Sí… la hemos malentendido, querida. Y… nos hemos comportado en forma abominable con usted. ¿Puede perdonarnos?

Media hora más tarde (una media hora que casi causó la muerte de Rebecca Dew) las señoritas Pringle se fueron. Había sido una media hora de conversación amistosa sobre los puntos no explosivos del diario de Andy. En la puerta principal, la señorita Sarah (que no había tenido problemas de audición durante toda la visita) se volvió por un instante y sacó de su cartera un trozo de papel cubierto por prolija escritura.

—Casi lo había olvidado… Hace un tiempo le prometimos a la señora MacLean la receta de nuestra torta. ¿Le importaría entregársela? Y dígale que es muy importante el proceso de secado… indispensable, en realidad. Ellen, tu sombrero está caído sobre una oreja. Será mejor que te lo endereces antes de salir.

Ana les contó a las viudas y a Rebecca Dew que les había dado el diario de

Andy Bryce a las ancianas y que ellas habían venido a darle las gracias. Tuvieron que conformarse con esa explicación, aunque Rebecca Dew intuía que había algo más detrás del asunto… mucho más. El agradecimiento por un viejo diario manchado de tabaco no alcanzaba para traer a Sarah Pringle a la puerta de Álamos Ventosos. ¡La señorita Shirley era astuta… muy astuta!

—Después de esto, voy a abrir esa puerta una vez al día —juró Rebecca—. Nada más que para mantenerla en uso. Casi me caigo de espaldas cuando se abrió. Bien, tenemos la receta de la torta, de todos modos. ¡Treinta y seis huevos! Si se deshicieran de «ese gato» y me permitieran criar gallinas, quizá podríamos permitírnosla una vez por año.

Dicho esto, Rebecca Dew se marchó a la cocina y se vengó del destino dándole leche a «ese gato», cuando sabía que lo que él quería era hígado. El conflicto Shirley-Pringle llegó a su fin. Nadie, fuera de la familia Pringle, supo por qué, pero la gente de Summerside comprendió que la señorita Shirley, sola, había derrotado de algún modo misterioso a todos los miembros del clan, que desde ese día fueron mansos como una oveja con ella. Jen volvió a la escuela al día siguiente y se disculpó sumisamente ante Ana, delante de toda la clase. A partir de entonces fue una alumna ejemplar y el resto de los Pringle siguió su ejemplo. En cuanto a los adultos de la familia Pringle, su antagonismo desapareció como niebla bajo el sol. Ya no hubo quejas sobre la disciplina ni las tareas. Ya no hubo afrentas sutiles. Se pisaban unos a otros tratando de ser amables con Ana. Ningún baile ni fiesta de patinaje quedaba completo sin Ana. Porque si bien el fatal diario había sido arrojado a las llamas por la mismísima señorita Sarah, la memoria era la memoria y la señorita Shirley tenía algo para contar, si se le antojaba hacerlo. ¡De ninguna manera se podía permitir que esa chismosa de la señora Stanton se enterara de que el capitán Myrom Pringle había sido caníbal!

8

(Extracto de una carta a Gilbert).

Estoy en la torre y Rebecca Dew está en la cocina, cantando Si yo pudiera trepar. ¡Eso me recuerda que la esposa del ministro me ha pedido que cante en el coro! Por supuesto, se lo han dicho los Pringle. Quizá lo haga los domingos que no pase en Tejas Verdes. Los Pringle han extendido la mano de amistad con venganza… ¡me han aceptado hasta las últimas consecuencias! ¡Qué clan!

He asistido a tres fiestas Pringle. No quiero ser maliciosa, pero creo que todas las chicas Pringle están copiando mi modo de peinarme. Bueno, «la

imitación es la adulación más sincera». Y, Gilbert, de verdad los aprecio… como siempre supe que sucedería, si me daban la oportunidad. Hasta comienzo a sospechar que tarde o temprano sentiré afecto por Jen. Sabe ser encantadora cuando quiere, y es muy evidente que quiere serlo.

Ayer, al atardecer, fui hasta la cueva del león… en otras palabras, subí audazmente los escalones de la entrada de Siempreverde hasta el pórtico cuadrado con las cuatro urnas blanqueadas en las esquinas y toqué el timbre. Cuando vino la señorita Monkman a la puerta, le pregunté si podía llevarme a Elizabeth para ir a dar un paseo. Esperaba una negativa, pero después de entrar a conferenciar con la señora Campbell, «la mujer» volvió y dijo en tono agrio que Elizabeth podía ir, pero que por favor no la trajera tarde. Me pregunto si hasta la señora Campbell habrá recibido órdenes de la señorita Sarah.

Elizabeth bajó bailando la escalera oscura; parecía un duende con el abrigo rojo y el sombrerito verde; el júbilo casi la había hecho enmudecer.

«Estoy tan nerviosa y emocionada, señorita Shirley», susurró en cuanto nos alejamos. «Soy Betty… siempre soy Betty cuando me siento así».

Bajamos por «el camino que lleva al fin del mundo» todo lo que nos atrevimos y luego emprendimos el regreso. Esa tarde, el puerto, bajo un atardecer carmesí, parecía lleno de insinuaciones de tierras mágicas e islas misteriosas en mares desconocidos. Me emocioné y también lo hizo el duende que se aferraba a mi mano.

«Si corriéramos a toda velocidad, señorita Shirley, ¿podríamos meternos en el ocaso?», quiso saber.

Recordé a Paul y sus fantasías sobre «la tierra del ocaso».

«Tendremos que esperar a Mañana para poder hacerlo», respondí. «Mira, Elizabeth, esa isla dorada de nubes, justo encima de la boca del puerto. Imaginemos que es tu Isla de la Felicidad».

«Hay una isla por allí, en alguna parte» dijo Elizabeth con voz soñadora. «Se llama Nube Voladora. ¿No es un nombre precioso? ¿Un nombre salido de Mañana? La veo desde las ventanitas de la buhardilla. Pertenece a un caballero de Boston que tiene una casa veraniega allí. Pero yo me imagino que es mía».

En la puerta, me incliné y besé la mejilla de Elizabeth antes de que ella entrara. Jamás olvidaré la expresión de sus ojos. Gilbert, esa niña necesita cariño.

Hoy, cuando vino a buscar la leche, me di cuenta de que había estado llorando.

«Hicieron que… me lavara su beso, señorita Shirley», sollozó. «Yo no quería volver a lavarme la cara nunca más. Juré que no lo haría. Es que no

quería quitarme su beso. Esta mañana logré irme a la escuela sin lavármela, pero ahora la "mujer" me ha llevado al baño y me ha pasado la esponja por toda la cara».

Me mantuve seria.

«No podrías ir por la vida sin lavarte la cara de vez en cuando, tesoro. Pero no te preocupes por el beso. Te besaré todas las noches cuando vengas a buscar la leche y entonces no tendrá importancia que te laves la cara a la mañana siguiente».

«Usted es la única persona en el mundo que me quiere», dijo Elizabeth. «Cuando me habla, huelo a violetas».

¿Recibió alguien alguna vez un cumplido tan hermoso? Pero no pude dejar pasar la primera frase.

«Tu abuela te quiere, Elizabeth».

«No… Ella me odia».

«Eres un poco tonta, mi vida. Tu abuela y la señorita Monkman son ancianas, y los ancianos se preocupan y se afligen con facilidad. Por cierto, a veces las haces enfadar. Y desde luego, cuando ellas eran jóvenes, los niños eran criados con mucha más severidad que ahora. Se aferran a las viejas costumbres».

Pero me pareció que no lograba convencerla. Después de todo, no la quieren y ella se da cuenta. Miró hacia la casa para ver si la puerta estaba cerrada, y luego dijo, con deliberación:

«Abuela y la "mujer" son dos tiranas y cuando llegue Mañana me voy a escapar para siempre. No me verán más».

Creo que esperaba que yo me moriría de horror. Realmente pienso que lo dijo para escandalizarme. Reí y le di un beso. Espero que Martha Monkman lo haya visto desde la ventana de la cocina.

Veo Summerside desde la ventana izquierda de la torre. Ahora es un amistoso amontonamiento de techos blancos… amistoso, por fin, puesto que los Pringle son mis amigos. Aquí y allá brillan luces en las ventanas de las buhardillas. Aquí y allá hay una sombra de humo gris. Pesadas estrellas cuelgan sobre el pueblo. Es un pueblo que sueña. ¿No te parece bonita esa frase? ¿Recuerdas? «Por entre los pueblos que soñaban, Galahad pasó».

Me siento tan feliz, Gilbert. No tendré que volver a Tejas Verdes en Navidad, derrotada y desacreditada. La vida es bella… ¡deliciosa! Deliciosa es, también, la torta de la señorita Sarah. Rebecca Dew la hizo y la dejó «secar» según las indicaciones… lo que significa, sencillamente, que la

envolvió en varias capas de papel marrón y toallas y la dejó así tres días. Te la recomiendo.

9

Trix Taylor estaba acurrucada en un sillón de la torre, una noche de febrero, mientras remolinos de nieve silbaban contra las ventanas, y esa estufa absurdamente pequeña, al rojo vivo, ronroneaba como un gato negro. Trix le estaba contando sus problemas a Ana. Ana comenzaba a descubrirse receptora de toda clase de confidencias. Se sabía que estaba comprometida, de modo que las muchachas de Summerside no la consideraban una posible rival; y Ana tenía algo que las hacía sentir que sus secretos estarían a salvo con ella.

Trix había venido a invitar a Ana a cenar la noche siguiente. Era una criatura menuda, alegre, regordeta, con chispeantes ojos oscuros y mejillas rosadas, y no parecía que la vida cayera con pesadez sobre sus veinte años. Pero al parecer, tenía sus problemas.

—Mañana por la noche vendrá a cenar el doctor Lennox Carter. Por eso queremos invitarte. Es el nuevo jefe del Departamento de Lenguas Modernas de Redmond, un hombre inteligentísimo, así que queremos que haya alguien con cerebro para hablar con él. Sabes que yo no tengo demasiado y Pringle tampoco. En cuanto a Esme… bueno, te diré, Ana, Esme es dulcísima y muy inteligente, pero es tan tímida y vergonzosa, que ni siquiera puede hacer uso del cerebro que tiene cuando el doctor Carter está cerca. Está tan terriblemente enamorada de él… Es penoso. Yo le tengo mucho cariño a Johnny… ¡pero jamás me derretiría de ese modo por él!

—¿Esme y el doctor Carter están comprometidos?

—Todavía no… Pero, ay, Ana, ella espera que esta vez se le declare. ¿Vendría hasta la isla a visitar a su primo en medio de la temporada de estudios, si no tuviera esa intención? Espero que sea así, por Esme, porque sencillamente morirá, si él no lo hace. Pero entre nosotras, no me muero por tenerlo de cuñado. Es terriblemente quisquilloso, dice Esme, y ella teme que no nos dé su aprobación. Si no aprueba a la familia, Esme cree que no le propondrá matrimonio. Así que puedes imaginar lo ansiosa que está por que todo salga bien mañana por la noche. Y no veo por qué tendría que salir algo mal. Mamá es una cocinera maravillosa… tenemos una criada muy buena y he sobornado a Pringle con la mitad de lo que me dan cada semana para que se comporte como es debido. A él tampoco le cae bien el doctor Carter… dice que es muy engreído… pero quiere mucho a Esme. ¡Espero que papá no tenga

uno de sus ataques de malhumor!

—¿Tienes motivos para temerlo? —preguntó Ana. Todo el mundo en Summerside había oído hablar de los ataques de malhumor de Cyrus Taylor.

—Nunca se sabe cuándo le darán —se quejó Trix—. Hoy estaba alteradísimo porque no podía encontrar su nuevo camisón de franela. Esme lo había guardado en el cajón equivocado. Tal vez para mañana a la noche se le haya pasado el malhumor, o tal vez, no. En ese caso, nos hará quedar mal a todos, y el doctor Carter llegará a la conclusión de que no puede relacionarse con semejante familia. Al menos, eso es lo que dice Esme, y temo que pueda estar en lo cierto. Yo creo que Lennox Carter quiere mucho a Esme… cree que sería una «esposa muy adecuada» para él… pero no quiere dar ningún paso apresurado ni desperdiciar su maravillosa persona. He oído que le dijo a su primo que un hombre debe tener muchísimo cuidado con la clase de familia con la que se relaciona al casarse. Está justo en el punto donde una tontería podría inclinar la balanza hacia cualquiera de los dos lados. Y para serte franca, uno de los ataques de malhumor de papá no es precisamente una tontería.

—¿No le cae bien el doctor Carter?

—Oh, sí. Opina que sería un excelente candidato para Esme. Pero cuando papá tiene uno de sus arrebatos, nada puede ejercer influencia alguna sobre él. Ahí tienes el carácter Pringle, Ana. La abuela Taylor era una Pringle, sabes. No puedes imaginar lo que hemos pasado en nuestra familia. Papá no se enfurece, como el tío George. A la familia del tío George no le importan sus accesos de ira. Cuando se enfurece, estalla (puedes oírlo rugir desde tres manzanas más allá) y luego queda manso como un cordero y les compra a todos una prenda nueva como ofrenda de paz. Pero papá refunfuña y pone cara torva y a veces no habla con nadie en toda la comida. Esme dice que, después de todo, es mejor eso que lo que hace el primo Richard Taylor, que siempre formula comentarios sarcásticos en la mesa y ofende a su esposa; pero para mí, nada podría ser peor que esos terribles silencios de papá. Nos ponen muy mal y tenemos terror de abrir la boca.

»No sería tan grave si sólo fuera así cuando estamos a solas. Pero para él, que haya gente o no es lo mismo. Esme y yo estamos cansadas de tratar de explicar los silencios ofensivos de papá. A ella le da pavor que papá no haya superado lo del camisón para mañana por la noche… ¿Qué pensaría Lennox? Y ella quiere que te pongas tu vestido azul. Su vestido nuevo también es azul, porque a Lennox le gusta ese color. Pero papá lo detesta. Tu vestido puede reconciliar a papá con el de ella.

—¿No sería mejor que se pusiera otra cosa?

—No tiene ningún otro vestido adecuado para una cena con invitados, salvo el verde de popelín que papá le regaló para Navidad. El vestido en sí es bonito… a papá le gusta regalarnos vestidos lindos… pero no puedes imaginar nada más horrible que Esme vestida de verde. Pringle dice que la hace parecer tuberculosa. Y el primo de Lennox Carter le contó a Esme que él nunca se casaría con una persona delicada. Me alegra tanto que Johnny no sea tan quisquilloso…

—¿Le has contado a tu padre que estás comprometida con Johnny? —preguntó Ana, que estaba al tanto del romance de Trix.

—No —se lamentó la pobre Trix—. No puedo reunir suficiente valor. Ana, sé que hará un escándalo terrible. Papá nunca tuvo buena opinión de Johnny porque es pobre. Olvida que él era más pobre que Johnny cuando empezó con el negocio de herramientas. Por cierto, tendré que contárselo pronto… pero quiero esperar a que esté arreglado el asunto de Esme. Sé que papá no hablará con ninguno de nosotros durante semanas después de que se lo anuncie, y mamá se preocupará tanto… no soporta los ataques de malhumor de papá. Somos todos tan cobardes delante de él…

»Por supuesto, mamá y Esme son por naturaleza tímidas con todo el mundo, pero Pringle y yo tenemos bastante audacia. El único que nos amedrenta es papá. A veces pienso que si tuviéramos alguien que nos apoyara… pero no es así, y la verdad es que nos quedamos paralizados. No imaginas, Ana, querida, lo que es una cena con invitados en casa cuando papá está de malhumor. Pero si comporta bien mañana, le perdonaré cualquier otra cosa. Es muy agradable cuando quiere… papá es como esa niñita de Longfellow: «Cuando es buena, es muy, muy buena, y cuando es mala, es malvada». En ocasiones, ha sido la atracción de la velada.

—Estuvo muy amable la vez que cené con ustedes el mes pasado.

—Es que le caes bien, como te he dicho. Ése es uno de los motivos por los que queremos tanto que vengas. Tal vez seas una buena influencia para él. No estamos dejando nada de lado que pueda agradarle, pero cuando está con uno de esos arrebatos, nada ni nadie le viene bien. De todos modos, tenemos planeada una cena de primera, con un elegante postre de crema de naranja. Mamá quería hacer una tarta, pues dice que a todos los hombres del mundo, menos a papá, les gustan las tartas como postre, más que cualquier otra cosa… hasta a los profesores de lenguas modernas. Pero a papá no, así que no tendría sentido correr el riesgo mañana por la noche, cuando hay tantas cosas en juego. El postre de crema de naranja es el preferido de papá. En cuanto al pobre Johnny, calculo que tendré que fugarme algún día con él, y papá nunca me lo perdonará.

—Pienso que si reunieras valor suficiente para decírselo y aguantar sus

arrebatos de malhumor, descubrirías que se acostumbraría perfectamente a la idea y te ahorrarías meses de angustia.

—No conoces a papá —afirmó Trix en voz sombría.

—Tal vez lo conozca mejor que tú. Has perdido la perspectiva.

—¿Que perdí, qué? Ana querida, recuerda que no soy licenciada. Sólo hice el bachillerato. Me hubiera encantado ir a la universidad, pero papá no cree en la educación superior de las mujeres.

—Sólo quise decir que estás demasiado cerca de él para comprenderlo. Un desconocido podría verlo con más claridad… entenderlo mejor.

—Lo que yo entiendo es que nada puede convencer a papá de hablar si ha tomado la decisión de no hacerlo… nada. Se enorgullece de eso.

—¿Y entonces, por qué no habláis como si no sucediera nada?

—No podemos. Te he dicho que nos paraliza. Lo verás con tus propios ojos mañana, si no se le ha pasado el malhumor por lo del camisón. No sé cómo lo hace, pero es así. Pienso que no nos importaría lo que dijera, si solamente dijera algo. Lo que nos destroza es el silencio. Jamás perdonaré a papá si no colabora mañana, cuando hay tantas cosas en juego.

—Crucemos los dedos, entonces, querida.

—Es lo que estoy haciendo. Y sé que si estás allí, será todo más fácil. Mamá pensó que también deberíamos invitar a Katherine Brooke, pero me di cuenta enseguida de que no tendría buen efecto sobre papá. La detesta. No lo culpo, debo admitirlo. A mí tampoco me cae bien. No entiendo cómo puedes ser tan amable con ella.

—Me da pena, Trix.

—¡Pena! Pero si es culpa suya que nadie la quiera. Oh, bueno, hay toda clase de gente en el mundo… pero Summerside se las arreglaría muy bien sin Katherine Brooke. ¡Bruja amargada!

—Es una excelente maestra, Trix…

—¡Si lo sabré yo! Estuve en su clase. Sí, me metió a martillazos conocimientos en la cabeza, pero también me arrancó la piel de los huesos con su sarcasmo. ¡Y la forma en que se viste! Papá no soporta ver una mujer mal vestida. Dice que no las tolera y que está seguro de que Dios tampoco. Mamá se horrorizaría si supiera que te he contado esto, Ana. Disculpa a papá porque es hombre. ¡Si sólo tuviéramos que disculparle eso! Y el pobre Johnny ya casi ni se atreve a venir a casa porque papá es muy grosero con él. Las noches claras, me escapo y paseamos alrededor de la plaza, medio muertos de frío.

Ana dejó escapar un suspiro de alivio cuando Trix se fue; bajó para tratar de convencer, a Rebecca Dew de que le preparara algún bocadillo.

—¿De modo que va a ir a cenar a casa de los Taylor, eh? Pues espero que el viejo Cyrus se comporte. Si su familia no le tuviera tanto miedo cuando está con sus ataques de malhumor, no los tendría con tanta frecuencia, estoy segura. Juraría, señorita Shirley, que disfruta de su malhumor. Y ahora supongo que debo calentarle la leche a «ese gato». ¡Qué animal tan mimado!

10

Cuando Ana llegó a la casa de Cyrus Taylor la noche siguiente, sintió el frío de la atmósfera en cuanto traspuso la puerta. Una limpia criada la guio hasta la habitación de huéspedes, pero mientras Ana subía la escalera, atisbó a la señora de Cyrus Taylor corriendo del comedor a la cocina; la dueña de casa se estaba secando las lágrimas del rostro pálido y preocupado, pero todavía bonito. Resultaba evidente que Cyrus todavía no se había repuesto del asunto del camisón.

Se lo confirmó una atribulada Trix, que entró en la habitación y susurró, nerviosa:

—Oh, Ana, está de pésimo humor. Esta mañana parecía muy tranquilo y nos hicimos ilusiones. Pero Hugh Pringle le ganó una partida de damas esta tarde y papá no soporta perder a las damas. Y tenía que suceder hoy, por supuesto. Encontró a Esme «admirándose en el espejo», como dijo él, y la echó del cuarto y cerró la puerta. La pobre criatura sólo estaba preguntándose si estaría lo suficientemente guapa para agradar a Lennox Carter, doctor en Filosofía. Ni siquiera se pudo poner su collar de perlas. Y mírame a mí: no me atreví a rizarme el pelo, pues a papá no le gustan los rizos que no son naturales, y estoy espantosa. No es que tenga importancia, pero ya ves. Papá tiró las flores que mamá había puesto en el florero del comedor, y a ella le dolió muchísimo… se había tomado tanto trabajo con las flores. Y papá no la dejó ponerse sus aros de granate. No ha tenido un arrebato así desde que llegó de un viaje al Oeste la primavera pasada, y descubrió que mamá había puesto cortinas rojas en la sala, cuando él las prefería moradas. Oh, Ana, por favor, habla todo lo que puedas durante la cena, si él no lo hace. De lo contrario… será horrible.

—Haré todo lo que pueda —prometió Ana, que por cierto nunca había tenido problemas para encontrar algo que decir. Pero claro, jamás se había enfrentado a una situación como la que le salió al encuentro poco después.

Estaban todos reunidos alrededor de la mesa; una mesa muy bien puesta a pesar de las flores desaparecidas. La tímida señora Taylor, con un vestido de seda gris, estaba del mismo color que la prenda. Esme, la belleza de la familia, una belleza muy pálida, con pelo dorado pálido, labios rosados pálidos y pálidos ojos celestes, estaba más pálida que de costumbre, tanto, que parecía a punto de desmayarse. Pringle, habitualmente un regordete y alegre muchachito de catorce años, con ojos redondos, lentes y pelo de un rubio casi blanco, tenía aspecto de perro atado, y Trix estaba aterrada como una colegiala.

El doctor Carter, apuesto y distinguido, con su cabello oscuro, brillantes ojos castaños y lentes de borde plateado (Ana lo recordaba de sus días de profesor asistente en Redmond como un tanto pomposo y aburrido), parecía muy incómodo. Resultaba evidente que se daba cuenta de que había algún problema… una conclusión muy lógica cuando el anfitrión avanza hasta la cabecera de la mesa y se deja caer en la silla sin cruzar una palabra ni con los invitados ni con la familia. Cyrus no abría la boca ni siquiera para rezar. La señora Taylor, sonrojándose hasta las orejas, murmuró en voz apenas audible:

—Por lo que vamos a recibir, Señor, te damos gracias.

La cena tuvo un mal comienzo, pues la nerviosa Esme dejó caer el tenedor al suelo. Todos, salvo Cyrus, se sobresaltaron, pues estaban nerviosísimos. Cyrus fulminó a Esme con una mirada de sus saltones ojos azules. Luego fulminó a todos los demás y los dejó paralizados y mudos. Miró sombríamente a su esposa cuando sé sirvió salsa, y ella ya no pudo comer… a pesar de lo mucho que le gustaba. Tampoco Esme pudo probar bocado; ella y su madre jugueteaban con la comida en el plato. La cena prosiguió en un espantoso silencio, sólo interrumpido por espasmódicos comentarios de Trix y Ana sobre el tiempo. Con su mirada, Trix suplicaba a Ana que hablara, pero Ana, por una vez en la vida, no podía encontrar nada que decir. Sabía que debía hablar, pero lo único que le venía a la cabeza eran ideas de lo más tontas, cosas que sería imposible comentar en voz alta. ¿Acaso estaban todos hechizados? Era curioso el efecto que ese hombre malhumorado y obstinado tenía sobre los demás. Ana no lo hubiera creído posible. Y no cabía duda de que realmente disfrutaba al saber que ponía terriblemente incómodos a todos los comensales. ¿Qué le pasaba por la mente? ¿Saltaría si alguien lo pinchara con un alfiler? Ana sentía deseos de abofetearlo, pegarle en la mano, ponerlo en el rincón, tratarlo como la criatura malcriada que realmente era, a pesar de su hirsuta cabellera gris y sus bigotes truculentos.

Pero más que nada, quería hacerlo hablar. Intuía que nada en el mundo lo castigaría más que verse forzado a hablar cuando había decidido no hacerlo. ¿Y si ella se pusiera de pie y destrozara deliberadamente el enorme y espantoso florero que había sobre la mesa del rincón? Era un florero muy elaborado, cubierto de coronas, rosas y hojas, de las cuales era muy difícil

quitar el polvo, pero que debían de estar inmaculadamente limpias. Ana sabía que toda la familia lo odiaba, pero que Cyrus Taylor no quería saber nada de mandarlo al desván porque había pertenecido a su madre. Ana pensó que lo haría sin miedo, si tuviera la certeza de que con eso provocaría un estallido verbal de furia.

¿Por qué no hablaba Lennox Carter? Si lo hiciera, ella, Ana, también hablaría, y quizá Trix y Pringle escaparían del hechizó que los tenía mudos y sería posible entablar una conversación. Pero se quedaba sentado allí, comiendo. Quizá pensaba que era lo mejor que se podía hacer… tal vez tenía miedo de decir algo que pudiera exacerbar todavía más al encolerizado padre de su amada.

—¿Quiere, por favor, comenzar con los entremeses, señorita Shirley? —murmuró la señora Taylor.

Algo perverso despertó dentro de Ana. Comenzó con los entremeses… y con algo más. Sin permitirse pensar, se inclinó hacia adelante, con un brillo claro en sus grandes ojos grisáceos, y dijo, con voz suave:

—¿Tal vez se sorprendería, doctor Carter, al enterarse de que el señor Taylor quedó sordo de forma repentina la semana pasada?

Ana se echó hacia atrás en la silla una vez que hubo dejado caer la bomba. No podía decir con exactitud qué esperaba que sucediera. Si el doctor Carter creía que su anfitrión estaba sordo en lugar de ser presa de un arrebato de silencioso malhumor, quizá se le soltara la lengua. No había mentido… no había dicho que Cyrus Taylor era sordo. En cuanto a Cyrus Taylor, si Ana había esperado hacerlo hablar, no lo había logrado. Se limitó a fulminarla con la mirada, en silencio.

Pero el comentario de Ana tuvo un efecto inesperado sobre Trix y Pringle. Trix también hervía de furia silenciosa. Justo antes de que Ana hablara, había visto a Esme secándose una lágrima que había escapado de uno de sus atribulados ojos celestes. Ya no había esperanzas… Lennox Carter jamás le propondría matrimonio ahora, ya no importaba lo que se dijera o hiciera. Trix sintió de pronto un ardiente deseo de vengarse de su brutal padre. El comentario de Ana le proporcionó una extraña inspiración, y Pringle, un volcán de picardía reprimida, parpadeó un par de veces con sus blancas pestañas y de inmediato siguió su ejemplo. Nunca, en toda la vida, ni Ana ni Esme ni la señora Cyrus olvidarían el terrible cuarto de hora que siguió.

—Es una aflicción terrible para el pobre papá —dijo Trix, dirigiéndose al doctor Carter desde el otro lado de la mesa—. Y eso que sólo tiene sesenta y ocho años.

Dos hendiduras blancas aparecieron alrededor de las fosas nasales de

Cyrus Taylor cuando oyó que habían agregado seis años a su edad. Pero permaneció en silencio.

—Es un inmenso placer comer algo decente —dijo Pringle en voz clara y audible—. ¿Qué pensaría usted, doctor Carter, de un hombre que obliga a su familia a vivir de fruta y huevos, nada más que fruta y huevos, porque a él se le antoja?

—¿Su padre…? —comenzó a decir el doctor Carter, desconcertado.

—¿Qué pensaría de un marido que mordió a su mujer cuando ella puso cortinas que a él no le gustaban… que la mordió deliberadamente? —preguntó Trix.

—Hasta hacerle sangre —añadió Pringle, solemne.

—¿Me está diciendo que su padre…?

—¿Qué pensaría de un hombre que rasga un vestido de seda de su esposa nada más que porque no le gusta la hechura? —dijo Trix.

—¿Y qué pensaría de un hombre que no permite a su mujer tener un perro? —añadió Pringle.

—Cuando es lo que a ella más le gustaría —suspiró Trix.

Pringle comenzaba a divertirse como nunca.

—¿Y qué pensaría de un hombre que le regala a su esposa un par de chanclos para Navidad… nada más que un par de chanclos?

—Los chanclos no calientan el corazón, precisamente —admitió el doctor Carter.

Su mirada se encontró con la de Ana, y sonrió. Ana se dio cuenta de que nunca lo había visto sonreír. Su rostro mejoraba inmensamente. ¿Qué estaba diciendo Trix? ¿Quién hubiera pensado que podía ser tan diabólica?

—¿Alguna vez se ha preguntado, doctor Carter, lo terrible que debe de ser vivir con un hombre al que no le parece mal coger la carne, si no está perfectamente cocida, y arrojársela a la criada?

El doctor Carter echó una mirada temerosa en dirección a Cyrus Taylor, como si creyera que pudiera arrojarle a alguien los huesos del pollo. Luego pareció recordar, reconfortado, que el anfitrión era sordo.

—¿Qué pensaría de un hombre que cree que la Tierra es plana? —quiso saber Pringle.

Ana creyó que Cyrus hablaría. Un temblor le recorrió el rostro rubicundo, pero de su boca no brotaron palabras. No obstante, los bigotes le parecieron un

poco menos desafiantes.

—¿Qué pensaría de un hombre que deja que su tía… su única tía… vaya a parar al asilo para indigentes? —preguntó Trix.

—¿Y que hace pastar a su vaca en el cementerio? —agregó Pringle—. Summerside todavía no se repuso de ese espectáculo.

—¿Qué pensaría de un hombre que escribe en su diario, todos los días, lo que come en la cena? —dijo Trix.

—El gran Pepys lo hacía —respondió el doctor Carter, con otra sonrisa.

El sonido de su voz indicaba que ardía en deseos de reír. Quizá, después de todo, no era pomposo, pensó Ana; sólo joven, tímido y demasiado serio. Pero ella estaba horrorizada del todo. Jamás había querido que las cosas llegaran a este punto. Se daba cuenta ahora de que es mucho más fácil empezar algo que terminarlo. Trix y Pringle eran muy hábiles: no habían dicho que su padre hiciera ni una sola de todas esas cosas. Ana imaginaba a Pringle diciendo, con aire de inocencia y los redondos ojos muy abiertos: «Yo sólo le hacía las preguntas al doctor Carter para saber».

—¿Qué pensaría de un hombre que abre y lee las cartas dirigidas a su esposa? —continuó Trix.

—¿Y que va a un funeral… al funeral de su padre… en bata? —preguntó Pringle.

¿Qué inventarían ahora? La señora Taylor lloraba abiertamente. Esme se mostraba serena en su desesperación. Ya nada importaba. Se volvió y miró de lleno al doctor Carter, a quien había perdido para siempre. Por una vez en su vida, un impulso la llevó a decir algo realmente inteligente.

—¿Y qué pensaría de un hombre que pasa todo un día buscando los gatitos de una pobre gata a la que habían matado de un disparo, porque no podía soportar la idea de que muriesen de hambre? —preguntó en voz baja.

Un extraño silencio descendió sobre la habitación. Trix y Pringle parecían avergonzados de sí mismos. De pronto, la señora Taylor añadió su cuota, sintiendo que era su deber de esposa respaldar la inesperada defensa de Esme.

—Y teje tan bien… El año pasado hizo una hermosa alfombra para la mesa de la salita, cuando estaba inmovilizado por el lumbago.

Todos tienen un punto límite en su capacidad de tolerancia, y Cyrus Taylor había llegado al suyo. Dio a la silla un empujón hacia atrás tan violento que salió disparada sobre pulido suelo y golpeó la mesa sobre la que descansaba el florero. La mesa cayó y el florero se hizo añicos. Cyrus, con las hirsutas cejas blancas erizadas de furia, estalló, por fin:

—¡No sé tejer, mujer! ¿Acaso una mísera alfombrilla acabará con mi reputación para siempre? Me tenía tan mal ese lumbago, que ya no sabía lo que hacía. Y conque soy sordo, señorita Shirley, ¿eh? Soy sordo, ¿eh?

—No dijo que lo fueras, papá —exclamó Trix, que no temía a su padre cuando su furia era verbal.

—Oh, no, no lo dijo. ¡Nadie ha dicho nada! Tú no dijiste que yo tenía sesenta y ocho años, cuando apenas tengo sesenta y dos, ¿eh? Tú no dijiste que no le permitía a tu madre tener un perro. Por Dios, mujer, sabes perfectamente bien que puedes tener cuarenta mil perros, si quieres. ¿Cuándo te he negado algo que quisieras…? ¿Cuándo?

—Nunca, papá, nunca —sollozó, afligida, la señora Taylor—. Y nunca quise tener un perro. Ni siquiera pensé en querer tener un perro, papá.

—¿Cuándo te he abierto tus cartas? ¿Cuándo he tenido un diario? ¡Un diario, por favor! ¿Cuándo fui en bata al funeral de alguien? ¿Cuándo hice pastar a una vaca en el cementerio? ¿Cuál de mis tías está en el asilo para indigentes? ¿Alguna vez le arrojé la carne a alguien? ¿Alguna vez los hice vivir de fruta y huevos?

—Nunca, papá, nunca —lloró la señora Taylor—. Siempre fuiste generoso con nosotros, siempre.

—¿No me dijiste que querías chanclos la Navidad pasada?

—Sí, sí, claro que sí, papá. Y mis pies han estado tan calentitos todo el invierno…

—¡Entonces!

Cyrus lanzó una mirada triunfante alrededor de la habitación. Sus ojos se encontraron con los de Ana. De pronto, sucedió lo inesperado: Cyrus rio. En sus mejillas aparecieron hoyuelos que obraron milagros en su expresión. Acercó la silla a la mesa y se sentó.

—Tengo la mala costumbre de dejarme vencer por el malhumor, doctor Carter. Todos tenemos malos hábitos y ése es el mío. El único. Vamos, vamos, mamá, deja de llorar. Admito que merecía todo lo que recibí, salvo esa broma tuya acerca de la alfombra. Esme, hija, no olvidaré que fuiste la única que me defendió. Dile a Maggie que venga a limpiar ese desastre… Sé que todos se alegran de que se haya hecho pedazos ese maldito florero… Y traed el postre.

Ana nunca hubiera creído que una velada que comenzó tan mal pudiese terminar en forma tan agradable. Nadie podría haber sido más cordial ni entretenido que Cyrus, y fue evidente que no hubo represalias, pues cuando Trix fue a visitar a Ana, unos días después, fue para contarle que por fin se había atrevido a hablarle de Johnny a su padre.

—¿Se enfadó mucho, Trix?

—No… no se enfadó en absoluto —admitió ella, avergonzada—. Solamente bufó y dijo que ya era hora de que Johnny llegara a algo después de perseguirme durante dos años y no dejar acercarse a nadie más. Creo que se dio cuenta de que no podía caer en otro ataque de malhumor tan pronto después del otro. Y sabes, Ana, cuando está bien, papá es realmente un encanto.

—Y creo que es mucho mejor padre contigo de lo que mereces —afirmó Ana, muy a la manera de Rebecca Dew—. Lo que hiciste aquella noche fue realmente escandaloso, Trix.

—Bueno, fuiste tú la que empezó —se defendió Trix—. Y Pringle ayudó un poco. Bueno, todo ha terminado bien y eso es lo importante. Ah, y gracias a Dios, nunca más tendré que volver a limpiar ese florero.

11

(Extracto de una carta a Gilbert, escrita dos semanas más tarde).

El compromiso de Esme Taylor con el doctor Lennox Carter ha sido anunciado. Por lo que pude saber a través de chismes locales, creo que él decidió aquel viernes fatal que quería protegerla y salvarla de su padre y de su familia… ¡y quizás hasta de sus amigas! Su situación, al parecer, despertó su sentido de la caballerosidad. Trix insiste en pensar que fui yo la que desencadenó todo; es posible que haya aportado mi grano de arena, sí, pero jamás volveré a intentar un experimento así. Es como tomar un rayo por la cola.

Realmente no sé qué me pasó, Gilbert. Debe de haber sido algún resabio de mi antiguo rencor por todo lo que es el pringleísmo. Y me parece antiguo, ahora, sí. Ya casi lo he olvidado. Pero hay gente que todavía se pregunta qué habrá sucedido. He oído decir que la señorita Courtaloe afirma que no la sorprende en absoluto que me haya ganado a los Pringle, pues «tengo un no sé qué». Y la esposa del ministro cree que es una respuesta a su plegaria. ¿Quién sabe, no?

Jen Pringle y yo caminamos juntas parte del trayecto a casa, ayer, y hablamos de temas superficiales… de casi todo menos de geometría. Evitamos ese tema. Jen sabe que yo no soy experta en la materia, pero mi oscuro secreto sobre el capitán Myrom contrarresta ese hecho.

Le presté mi Libro de los mártires, de Foxe. Detesto prestar un libro que

amo (nunca me parece igual cuando me lo devuelven), pero al libro de Foxe lo quiero solamente porque la señora Allan me lo dio como premio en la escuela dominical, hace muchos años. No me gusta leer sobre mártires porque siempre me hacen sentir mezquina y avergonzada por admitir que detesto levantarme de la cama en las mañanas frías y que tiemblo ante la idea de una visita al dentista.

Bien, me alegra que Esme y Trix estén felices. Puesto que mi propio romance va viento en popa, me intereso más todavía en los de otras personas. Es un agradable interés, sabes… No es curiosidad ni malicia sino solamente alegría porque hay tanta felicidad repartida.

Todavía estamos en febrero y «sobre el techo del convento la nieve resplandece hacia la luna» … con la diferencia de que no es un convento, es sólo el techo del granero del señor Hamilton. Pero comienzo a pensar: faltan solamente unas semanas para la primavera… y unas más para el verano… las vacaciones… Tejas Verdes… el sol dorado sobre los prados de Avonlea… el golfo plateado al amanecer, azul como un zafiro al mediodía y rojo al atardecer… y tú.

La pequeña Elizabeth y yo tenemos infinidad de planes para la primavera. Somos muy buenas amigas. Le llevo la leche todas las tardes, y de tanto en tanto, le permiten salir a dar un paseo conmigo. Hemos descubierto que cumplimos años el mismo día y Elizabeth se sonrojó de placer al enterarse. Es tan dulce cuando se sonroja. Por lo general, está demasiado pálida y su color no mejora a pesar de la leche fresca. Sólo cuando volvemos de nuestros paseos al atardecer, bajo las brisas que traen la noche, tiene un precioso color rosado en las mejillas. Una vez me preguntó, muy seria:

«¿Tendré un precioso cutis cremoso como el suyo, cuando crezca, señorita Shirley, si me pongo suero de leche todas las noches?».

El suero de leche parece ser el cosmético más utilizado en la Calle del Fantasma. He descubierto que Rebecca Dew también lo usa. Me ha pedido que no diga nada a las viudas pues lo considerarían demasiado frívolo para su edad. La cantidad de secretos que tengo que guardar en Álamos Ventosos me está haciendo envejecer antes de tiempo. Me pregunto si un poco de suero de leche sobre la nariz me haría desaparecer las siete pecas. A propósito, señor, ¿se le ocurrió alguna vez que yo tenía «un precioso cutis cremoso»? Si fue así, jamás me lo dijiste. ¿Y has tomado conciencia de que soy «comparativamente hermosa»? Porque he descubierto que lo soy.

—¿Qué se siente al ser hermosa, señorita Shirley? — me preguntó Rebecca Dew el otro día… cuando tenía puesto mi nuevo vestido color beige.

—Con frecuencia me lo he preguntado —respondí.

—Pero usted es hermosa —dijo Rebecca Dew.

—Nunca pensé que podrías ser sarcástica, Rebecca —le reproché.

—No fue mi intención ser sarcástica, señorita Shirley. Usted es hermosa… comparativamente.

—¡Ah! Comparativamente —dije yo.

—Mire en el espejo del aparador —dijo Rebecca, señalando hacia allí—. Comparada conmigo, es hermosa.

¡Y lo era!

Pero no había terminado con Elizabeth. Una tarde tormentosa, cuando el viento aullaba por la Calle del Fantasma, no pudimos salir de paseo, de modo que subimos a mi habitación y dibujamos un mapa del País de las Hadas. Elizabeth se sentó sobre mi almohadón azul en forma de rosquilla, para estar más alta, parecía un pequeño gnomo muy serio, inclinada sobre el mapa. Nuestro mapa todavía no está terminado… todos los días se nos ocurre algo más para añadir. Anoche situamos la casa de la Bruja de la Nieve y dibujamos una colina triple, cubierta totalmente por cerezos silvestres en flor, por detrás. (Ah, Gilbert, me gustaría tener cerezos silvestres cerca de nuestra casa de los sueños). Desde luego, tenemos un Mañana en el mapa… al este de Hoy y al oeste de Ayer… y tenemos infinitos «tiempos» en el País de las Hadas. El tiempo de primavera, el tiempo largo, el corto, el tiempo de la luna nueva, el tiempo de las buenas noches, el tiempo de la próxima vez, pero no de la última vez, porque ése es demasiado triste para el País de las Hadas; tiempo viejo, tiempo nuevo, porque si hay un tiempo viejo, tiene que haber uno nuevo… tiempo de montañas (pues tiene un sonido tan fascinante), tiempo nocturno y tiempo de día… pero no tiempo de ir a la cama ni a la escuela; tiempo de Navidad; tiempo perdido (pues es tan lindo encontrarlo), tiempo de alguna vez, tiempo bueno, tiempo rápido, tiempo lento, tiempo de darse un beso, de volver a casa y tiempo inmemorial… que es una de las frases más hermosas del mundo. Y tenemos flechas rojas por todas partes, que apuntan a los diferentes tiempos. Sé que Rebecca Dew me cree muy infantil. Pero, ay, Gilbert, no seamos nunca demasiado adultos y circunspectos para el País de las Hadas. Estoy segura de que Rebecca Dew no está convencida de que yo sea una buena influencia en la vida de Elizabeth. Piensa que la aliento en sus «fantasías». Una tarde en que yo no estaba, Rebecca le llevó la leche y la encontró en el portón, contemplando el cielo con tanta concentración, que no oyó los pasos (cualquier cosa menos etéreos) de Rebecca.

«Estaba escuchando, Rebecca», explicó la niña.

«Pues escuchas demasiado», la reprendió Rebecca.

Elizabeth sonrió con expresión distante, austera. (Rebecca no utilizó esas palabras, pero sé exactamente cómo sonrió Elizabeth).

«Te sorprenderías, Rebecca, si supieras lo que oigo a veces».

El modo en que lo dijo hizo que a Rebecca se le erizaran los pelos… al menos, así lo afirmó.

Pero Elizabeth siempre está llena de magia, y ¿qué puede hacerse al respecto?

TU ANA MÁS ANA.

Posdata 1: Nunca, nunca olvidaré la expresión de Cyrus Taylor cuando su mujer lo acusó de tejer. Pero siempre le tendré cariño por recoger a esos gatitos. Y a Esme, por defender a su padre bajo la supuesta destrucción de todas sus esperanzas.

Posdata 2: Le he puesto plumilla nueva a la pluma. Y te quiero por no ser pomposo como el doctor Carter… y te quiero porque no tienes orejas de soplillo, como Johnny. ¡Y lo más importante de todo… te quiero por ser solamente Gilbert!

12

Álamos Ventosos,

Calle del Fantasma

30 de mayo

Querido y más que querido:

¡Es primavera!

Tal vez tú, metido hasta las cejas en un mar de exámenes en Kingsport, no te hayas dado cuenta. Pero yo sí, desde la cabeza hasta la punta de los dedos de los pies. Summerside se ha dado cuenta, también. Hasta las calles más feas se ven transfiguradas por brazos de flores que se extienden por encima de viejas cercas de madera y por una cinta de dientes de león en la hierba que adorna las aceras. Hasta la dama de porcelana de mi estante sabe que es primavera; sé que si me despertara de repente en la noche la pillaría bailando con sus zapatitos rosados de tacones dorados.

Todo alrededor anuncia la primavera… los risueños arroyos, las brumas azules sobre el Rey de las Tormentas, los arces del bosquecillo donde voy a leer tus cartas, los cerezos blancos a lo largo de la Calle del Fantasma, los

esbeltos y audaces petirrojos que desafían a Dusty Miller saltando en el jardín, la enredadera que cuelga por encima de la media puerta a la que viene la pequeña Elizabeth en busca de la leche, los pinos, orgullosos de sus agujas nuevas, alrededor del viejo cementerio… hasta el cementerio en sí, donde toda clase de flores plantadas alrededor de las tumbas se abren como para decir: «Aun aquí, la vida triunfa sobre la muerte». La otra noche di un paseo realmente agradable por el cementerio. (Estoy segura de que Rebecca Dew piensa que mi gusto por las caminatas es terriblemente morboso. «No entiendo cómo puede gustarle tanto andar por un lugar tan tenebroso», me dice). Merodeé por el cementerio en la penumbra perfumada y me pregunté si la esposa de Nathan Pringle realmente había tratado de envenenarlo. Su tumba tenía un aire tan inocente, con el césped nuevo y los lirios de junio, que llegué a la conclusión de que había sido calumniada.

¡Dentro de un mes estaré en casa para las vacaciones! Todo el tiempo pienso en el viejo huerto de Tejas Verdes, con los árboles florecidos de nieve… el puente sobre el Lago de las Aguas Refulgentes… el murmullo del mar en los oídos… una tarde de verano en la Senda de los Enamorados… y ¡tú!

Tengo la pluma adecuada, esta noche, Gilbert, así que…

(Se omiten dos páginas).

Esta tarde he ido de visita a casa de los Gibson. Marilla me pidió hace un tiempo que los buscara, pues los conoció cuando vivían en White Sands. Obedientemente, los busqué y desde entonces he ido a verles todas las semanas porque Pauline parece disfrutar de mis visitas; me da mucha pena. Es una esclava de su madre… que es una anciana insoportable.

La señora de Adoniram Gibson tiene ochenta años y se pasa los días en una silla de ruedas. Se mudaron a Summerside hace quince años. Pauline, que tiene cuarenta y cinco años, es la más joven de la familia; todos sus hermanos están casados y decididos a no tener a la madre en sus respectivas casas. Pauline se ocupa de la casa y atiende a su madre como si fuera una criada. Es una mujercita pálida, de ojos castaños y pelo castaño dorado y brillante. Su situación económica es bastante buena; si no fuera por la madre, Pauline podría disfrutar de una vida cómoda. Le encanta el trabajo de la iglesia y se conformaría encargándose de la Sociedad de Ayuda de las Damas y de la Sociedad Misionera, planeando cenas para la iglesia y acontecimientos sociales, y gozando triunfalmente de ser la poseedora de las plantas más bonitas del pueblo. Pero casi nunca puede escapar de la casa, ni siquiera para ir a la iglesia los domingos. No veo ninguna salida para ella, pues la anciana señora Gibson sin duda vivirá hasta los cien años. Y si bien no puede usar las piernas, su lengua goza de excelente salud. Siempre me llena de indignación e

impotencia estar allí sentada viendo como utiliza a Pauline de blanco para su sarcasmo. No obstante, Pauline me ha dicho que su madre «piensa muy bien» de mí y que se muestra mucho más amable con ella cuando estoy de visita. Si es así, me estremezco al pensar lo que debe de ser cuando no estoy.

Pauline no se atreve a hacer nada sin preguntárselo a la madre. Ni siquiera se compra ropa… ni un par de medias. Todo tiene que ser sometido a la aprobación de la señora Gibson; todo tiene que ser usado hasta haberlo dado vuelta dos veces. Hace cuatro años que Pauline usa el mismo sombrero.

La señora Gibson no soporta ruidos en la casa, ni una corriente de aire fresco. Se dice que nunca ha sonreído… Yo jamás la he visto hacerlo, en todo caso, y cuando la miro, me pregunto qué le sucedería a su cara si sonriera. Pauline ni siquiera puede dormir en un cuarto sola. Tiene que compartir la habitación con la madre y se pasa casi toda la noche levantada, masajeando la espalda de la señora Gibson o dándole alguna pastilla o preparándole la bolsa de agua caliente (¡caliente, no tibia!) o cambiándole las almohadas o investigando qué es ese ruido misterioso en el jardín trasero. La señora Gibson duerme por las tardes y pasa las noches inventando tareas para Pauline.

Sin embargo, Pauline no es en absoluto amargada. Es dulce, generosa y paciente; me alegra de veras que tenga un perro a quien querer. La única vez que se salió con la suya fue con respecto a conservar el perro, y eso solamente porque hubo un robo en alguna parte del pueblo y la señora Gibson pensó que el perro serviría de protección. Pauline no se atreve a dejar que su madre vea cuánto lo quiere. La anciana lo odia y se queja de que trae huesos a la casa, pero nunca llega a decir que tiene que irse, por su propio motivo egoísta.

Pero por fin tengo la oportunidad de darle algo a Pauline, y voy a hacerlo. Le voy a regalar un día, aunque eso significará renunciar a mi próximo fin de semana en Tejas Verdes.

Esta tarde, cuando fui, me di cuenta de que Pauline había estado llorando. La señora Gibson no tardó en contarme el porqué.

«Pauline quiere irse y dejarme, señorita Shirley», me dijo. «Qué hija tan buena y agradecida tengo, ¿no es cierto?».

«Sólo por un día, mamá», explicó Pauline, tragando un sollozo y tratando de sonreír.

«¡Sólo por un día, dice! Usted sabe cómo son mis días, señorita Shirley… todo el mundo lo sabe. Pero todavía no sabe, señorita Shirley, y espero que nunca lo sepa, cuán largo puede ser un día cuando se sufre».

Yo sabía que ahora la señora Gibson no sufría para nada, de modo que no intenté mostrarme compasiva.

«Conseguiría a alguien para que se quedara contigo, por supuesto», dijo Pauline. «Verá», me explicó a mí, «mi prima Louisa celebra sus bodas de plata en White Sands, el sábado próximo, y quiere que vaya. Fui dama de honor cuando se casó con Maurice Hilton. Me gustaría tanto ir, si mamá me lo permitiera».

«Si debo morir sola, lo haré», declaró la señora Gibson. «Lo dejo a cargo de tu conciencia, Pauline».

Supe que la batalla de Pauline estaba perdida no bien la señora Gibson lo puso a cargo de su conciencia. La anciana se ha salido con la suya toda su vida, dejando las cosas a cargo de las conciencias de los demás. He oído decir que hace años un hombre quiso casarse con Pauline, y la señora Gibson lo impidió dejándolo a cargo de su conciencia.

Pauline se secó los ojos, esbozó una sonrisa lastimera y cogió la prenda que estaba cosiendo; era un vestido de un horrible escocés verde y negro.

«Vamos, no refunfuñes, Pauline», ordenó la señora Gibson. «No soporto a la gente que refunfuña. Y asegúrate de ponerle un cuello a ese vestido. ¿Puede creer, señorita Shirley, que quiso hacer el vestido sin cuello? Esta chica usaría un vestido escotado, si yo se lo permitiera».

Miré a Pauline, con su cuello pequeño y esbelto (que sigue siendo bonito y relleno) enfundado en un cuello alto y tieso.

«Los vestidos sin cuello están de moda», dije.

«Los vestidos sin cuello son indecentes», declaró la señora Gibson.

(Nota: yo llevaba un vestido sin cuello).

«Además», siguió diciendo la anciana, como si fuera todo una misma cosa, «nunca me gustó Maurice Hilton. Su madre era una Crockett. Él nunca tuvo sentido del decoro… ¡siempre besaba a su esposa en lugares indecorosos!».

(¿Estás seguro de que me besas en lugares debidos, Gilbert? Temo que la señora Gibson consideraría la nuca, por ejemplo, como un lugar por demás indecoroso).

«Pero, mamá, sabes que eso fue el día en que ella se salvó por los pelos de que la pisara el caballo de Harvey Wither, que se había disparado por el jardín de la iglesia. Era natural que Maurice estuviera algo emocionado».

«Pauline, por favor, no me contradigas. Sigo pensando que los escalones de la iglesia eran un lugar indecoroso para besar a alguien. Pero claro, mis opiniones ya no interesan a nadie. Por supuesto, todos desean verme muerta. Bien, habrá sitio para mí en la tumba. Sé qué carga soy para ti. Bien podría morir, en realidad. Nadie me quiere».

«No digas eso, mamá», suplicó Pauline.

«Sí, lo diré. Aquí estás, decidida a irte a esas bodas de plata aunque sabes que no lo apruebo».

«Querida mamá, no iré. No se me ocurriría ir sin tu aprobación. No te pongas nerviosa…».

«Ah, ya ni siquiera puedo ponerme un poco nerviosa para alegrarme la vida, ¿eh? ¿Se va tan pronto, señorita Shirley?».

Sentí que si me quedaba más tiempo, me volvería loca o abofetearía la cara de cascanueces de la señora Gibson. De manera que dije que tenía exámenes que corregir.

«Oh, bueno, supongo que dos ancianas como nosotras no somos compañía entretenida para una joven», suspiró la señora Gibson. «Pauline no es muy alegre… ¿no es verdad, Pauline? No eres muy alegre. No me extraña que la señorita Shirley quiera irse».

Pauline salió al porche conmigo. La luna brillaba sobre su pequeño jardín y resplandecía sobre el puerto. Una brisa suave, deliciosa, conversaba con un manzano blanco. Era primavera… primavera… ¡primavera! Ni siquiera la señora Gibson puede impedir que florezcan los ciruelos. Y los ojos grisáceos de Pauline estaban bañados en lágrimas.

«Me gustaría tanto ir a la fiesta de Louie», murmuró con un suspiro de resignación.

«Pues irá», dije.

«No, querida, no puedo. La pobre mamá nunca dará su consentimiento. Me lo quitaré de la cabeza, sencillamente. ¿No es hermosa la luz de la luna?», añadió con voz fuerte y alegre.

«Nunca oí que surgiera nada bueno de mirar la luna», gritó la señora Gibson desde la sala. «Deja de conversar, Pauline, y ven a traerme las pantuflas con borde de piel. Estos zapatos me están torturando los pies. Pero claro, a nadie le importa mi sufrimiento».

A mí, la verdad, no me importaba. ¡Pobre Pauline! Pero tendrá su día libre y su fiesta de bodas de plata. Yo, Ana Shirley, lo he decidido.

Les conté todo a Rebecca Dew y a las viudas cuando volví y nos divertimos muchísimo pensando en las cosas ofensivas que podría haberle dicho a la señora Gibson. La tía Kate opina que no lograré que permita irse a Pauline, pero Rebecca Dew tiene confianza en mí.

«De cualquier modo, si usted no puede hacerlo, nadie podrá», dijo. Estuve cenando hace poco con la señora de Tom Pringle, la mujer que no quiso

aceptarme como pensionista. (Rebecca dice que soy la mejor pensionista que existe porque ceno fuera casi todos los días). Me alegro mucho de que no me alojara. Es agradable y suave y cocina maravillosamente, pero su casa no es Álamos Ventosos y no vive en la Calle del Fantasma y no es la tía Kate ni la tía Chatty ni Rebecca Dew. Las quiero a las tres y voy a alojarme aquí el año próximo y el siguiente. Mi sillón siempre recibe el título de «el sillón de la señorita Shirley», y la tía Chatty me contó que cuando no estoy, Rebecca Dew pone mi cubierto en la mesa «para que no parezca tan solitario». A veces, los sentimientos de la tía Chatty han complicado un poco las cosas, pero ella dice que ahora me comprende y sabe que jamás la heriría en forma intencionada.

La pequeña Elizabeth y yo salimos de paseo dos veces por semana. La señora Campbell ha dado su consentimiento, pero no debe ser con más frecuencia y nunca los domingos. Las cosas mejoran para la pequeña Elizabeth en la primavera. Entra un poco de sol en esa vieja casa sombría y por fuera hasta parece hermosa por las sombras danzantes de las copas de los árboles. De todas formas, a Elizabeth le gusta escapar cuando puede. De vez en cuando, vamos hasta el pueblo para que pueda ver los escaparates iluminados. Pero casi siempre tomamos por el «camino que lleva al fin del mundo» y doblamos las curvas con aire aventurero y expectante, como si fuéramos a encontrarnos con el Mañana; en la distancia, las colinas verdes se acurrucan juntas en el crepúsculo. Una de las cosas que Elizabeth va a hacer en Mañana es «ir a Filadelfia a ver el ángel en la iglesia». No le he dicho (ni le diré nunca) que la Filadelfia sobre la que escribía San Juan no era la Filadelfia del estado de Pennsylvania. Ya perdemos las ilusiones bastante pronto. Y de todas maneras, si pudiéramos meternos en el Mañana, ¿quién sabe qué encontraríamos? Ángeles por todas partes, tal vez.

A veces contemplamos los buques que entran en el puerto adelantándose al viento, sobre un camino de agua reluciente, por el aire transparente de la primavera y Elizabeth se pregunta si su padre estará a bordo de alguno de ellos. Se aferra a la esperanza de que pueda regresar algún día. No imagino por qué no lo hace. Estoy segura de que vendría si supiera qué tiene una hija tan adorable aquí, esperándolo. Supongo que no se da cuenta de que ya es toda una señorita… Debe de recordarla todavía como la pequeña que le costó la vida a su esposa.

Pronto habré terminado mi primer año en la escuela Secundaria de Summerside. El primer cuatrimestre fue una pesadilla, pero los dos últimos han sido muy agradables. Los Pringle son personas encantadoras. ¿Cómo pude alguna vez compararlos con los Pye? Sid Pringle me ha traído un ramo de flores, hoy. Jen va a ser líder de su clase y me han contado que la señorita Ellen dijo que soy la única maestra que ha sabido comprender a la muchacha. El único pinche en mi lecho de rosas es Katherine Brooke, que sigue

mostrándose antipática y distante. Ya no intentaré más ser su amiga. Al fin y al cabo, como dice Rebecca Dew, todo tiene su límite.

Ah, casi me olvido de contarte… Sally Nelson me ha pedido que sea una de sus damas de honor. Se casará a fines de junio en Bonnyview, la casa veraniega del doctor Nelson, en la costa. Se casa con Gordon Hill. Nora Nelson será la única soltera de las seis hijas del doctor. Jim Wilcox sale hace años con ella («intermitentemente», como dice Rebecca Dew), pero nunca llegan a nada y ya nadie piensa que lo harán. Le tengo mucho cariño a Sally, pero conozco muy poco a Nora. Es bastante mayor que yo, muy reservada y altanera. Pero me gustaría hacerme amiga suya. No es bonita ni brillante ni encantadora, pero tiene algo. Me da la impresión de que valdría la pena.

Hablando de casamientos, el mes pasado Esme Taylor se casó con su doctor en Filosofía. Como fue un miércoles por la tarde, no pude ir a la iglesia a verla, pero todos dicen que estaba bellísima y feliz y que Lennox tenía aspecto de saber que había hecho lo correcto y gozaba de la aprobación de su conciencia. Cyrus Taylor y yo somos grandes amigos. Con frecuencia habla de la cena, a la que ahora considera una gigantesca broma.

«Desde entonces, no me he atrevido a ponerme de malhumor», me confesó. «Mamá podría acusarme de coser edredones la próxima vez».

Y luego me encarga que le envíe saludos a «las viudas». Gilbert, la gente es deliciosa, la vida es deliciosa y yo soy, por siempre

¡Tuya!

Posdata: Nuestra vieja vaca rojiza, que está en lo del señor Hamilton, ha tenido un ternero manchado. Hace tres meses que le compramos la leche a Lew Hunt. Rebecca dice que ahora tendremos crema otra vez… y que siempre oyó decir que el pozo de los Hunt era inagotable… y que ahora lo cree. Rebecca no quería que naciera el ternero. La tía Kate tuvo que hacer que el señor Hamilton le dijera que la vaca era demasiado vieja para tener un ternero, para que ella diera su consentimiento.

13

—Ah, cuando sea vieja e inválida como yo, tendrá más compasión —se quejó la señora Gibson.

—Por favor, no piense que carezco de compasión, señora Gibson —dijo Ana, que después de media hora de esfuerzos vanos sentía deseos de estrangular a la anciana. Nada, excepto los ojos suplicantes de la pobre

Pauline, en el extremo de la habitación, le impedía darse por vencida y volver a casa—. Le aseguro que no se sentirá sola ni abandonada. Me quedaré todo el día aquí y me encargaré de que no le falte nada.

—Sí, ya sé que ya no sirvo para nada —afirmó la señora Gibson, a propósito de nada—. No necesita echármelo en cara, señorita Shirley. Ya estoy lista para irme… en cualquier momento. Pauline podrá pasear por todas partes, entonces. Ya no estaré aquí para sentirme maltratada. La juventud de hoy en día no tiene ningún sentido común. Son todos alocados… alocados.

Ana no sabía sí la joven alocada y sin sentido era ella o Pauline, pero intentó un último disparo.

—Es que, señora Gibson, usted sabe cómo hablará la gente si Pauline no va a las bodas de plata de su prima.

—¡Hablar! —exclamó la anciana—. ¿Y de qué van a hablar?

—Estimada señora Gibson… —«Que me perdonen el adjetivo», pensó Ana—. Señora Gibson, en su larga vida habrá aprendido, no lo dudo, lo que pueden decir las lenguas ociosas.

—No es necesario que me eche en cara mi edad —replicó con aspereza la señora Gibson—. Y no tiene por qué decirme que éste es un mundo de censura. Demasiado bien lo sé ya. Y tampoco necesito que me informe que este pueblo está lleno de chismosas. Lo que no me gusta es que hablen de mí… Sin duda, dirán que soy una vieja tirana. Pero yo no impido ir a Pauline. ¿Acaso no lo dejé a cargo de su conciencia?

—Es que tan poca gente creerá eso —dijo Ana, con fingido pesar. La señora Gibson chupó con ferocidad un caramelo de menta durante unos instantes y luego dijo:

—Tengo entendido que hay paperas en White Sands.

—Querida mamá, ya tuve paperas, lo sabes.

—Hay personas que las cogen dos veces. Seguro que te contagiarás, Pauline. Siempre pescabas todas las enfermedades que andaban dando vueltas por allí. ¡Las noches que pasé despierta por ti, creyendo que morirías antes del amanecer! Ah, pero los sacrificios de una madre se olvidan enseguida. Además, ¿cómo llegarías hasta allí? No te has subido a un tren en años. Y no hay ningún tren que vuelva el sábado por la noche.

—Podría ir en el tren del sábado por la mañana —sugirió Ana—. Y estoy segura de que el señor James Gregor la traerá de vuelta.

—Nunca me cayó bien Jim Gregor. Su madre era una Tarbush.

—Irá con su cabriolé el viernes, de lo contrario también la llevaría. Pero

Pauline no correrá peligro alguno en el tren, señora Gibson. Se sube en Summerside y baja en White Sands… No hay que hacer trasbordo.

—Hay algo detrás de todo esto —masculló la señora Gibson con aire suspicaz—. ¿Por qué está tan empeñada en que Pauline vaya, señorita Shirley? Dígamelo.

Ana le sonrió.

—Porque pienso que Pauline es muy buena hija con usted, señora Gibson, y necesita un día libre de vez en cuando, igual que todo el mundo.

A la mayoría de la gente le costaba resistirse a la sonrisa de Ana. Fue eso, o el temor a los chismes, lo que venció a la señora Gibson.

—Supongo que a nadie se le ocurre que a mí me gustaría tener un día libre de esta silla de ruedas, si fuera posible lograrlo. Pero no… sencillamente tengo que soportar mi enfermedad con paciencia. Bien, si tiene que ir, irá. Siempre ha sabido salirse con la suya. Si cae enferma de paperas o la envenenan mosquitos extraños, no me echen la culpa a mí. Tendré que arreglármelas como pueda. Sí, supongo que usted estará aquí, pero no está acostumbrada a mis hábitos, como lo está Pauline. Calculo que podré soportarlo por un día. Si no puedo… bueno, hace tiempo que estoy viviendo de prestado así que, ¿qué diferencia hay?

No estaba dando su consentimiento con elegancia y generosidad, pero era un consentimiento al fin. Ana, agradecida y aliviada, hizo algo que jamás hubiera imaginado que podría hacer: se inclinó y besó la mejilla curtida de la señora Gibson.

—Gracias —dijo.

—No me venga con sus artimañas —replicó la señora Gibson—. Cómase un caramelo de menta.

—¿Cómo podré agradecérselo, señorita Shirley? —dijo Pauline, mientras acompañaba a Ana unos metros por la calle.

—Yendo a White Sands con el corazón ligero y disfrutando de cada minuto del día.

—Oh, sí, lo haré. No sabe lo que significa esto para mí, señorita Shirley. No es solamente a Louisa a quien quiero ver. La vieja casa de los Luckley, que linda con su casa, se vende y quería verla por última vez antes de que pasara a manos de desconocidos. Mary Luckley (es la señora de Howard Flemming, ahora, y vive más hacia el oeste) era mi mejor amiga cuando éramos jóvenes. Éramos como hermanas. Yo pasaba mucho tiempo en su casa y adoraba ese lugar. Muchas veces soñé que volvía. Mamá dice que ya soy demasiado grande para soñar. ¿Lo cree así, señorita Shirley?

—Nadie es demasiado grande para soñar. Y los sueños nunca envejecen.

—Me alegra tanto oírla decir eso. Ay, señorita Shirley, pensar que volveré a ver el golfo. Hace quince años que no lo veo. El puerto es hermoso, pero no es el golfo. Me parece estar caminando sobre nubes. Y todo se lo debo a usted. Mamá me dejó ir nada más que porque usted le gusta. Me ha hecho feliz… usted siempre hace feliz a la gente. Cada vez que usted entra en una habitación, señorita Shirley, los que están allí se sienten más contentos.

—Ése es el cumplido más bonito que me han hecho, Pauline.

—Hay un problema, señorita Shirley… Lo único que tengo para ponerme es mi viejo vestido negro de tafetán. Es demasiado sombrío para una fiesta, ¿verdad? Y como he perdido peso, me queda muy grande. Hace seis años que lo compré, sabe.

—Hay que tratar de convencer a su madre para que le deje comprarse uno nuevo —propuso Ana, llena de esperanzas.

Pero resultó una tarea superior a sus poderes. La señora Gibson no quiso saber nada al respecto. El vestido negro de tafetán estaba muy bien para las bodas de plata de Louisa Hilton.

—Pagué dos dólares el metro hace seis años y tres más a Jane Sharp por confeccionarlo. Jane era una buena modista. Su madre era una Smiley. ¡Mira que querer algo «claro», Pauline Gibson! Iría vestida de rojo, de la cabeza a los pies, esta hija mía, si se lo permitiera, señorita Shirley. Está esperando que muera para hacerlo. Pronto te liberarás de todos los problemas que te causo, Pauline. Entonces podrás vestirte con todos los colores y modelos alocados que desees, pero mientras yo viva, te vestirás decentemente. ¿Y tu sombrero? Ya es hora de que uses sombrero todo el tiempo.

La pobre Pauline se horrorizaba ante la idea de usar sombrero con cintas, como las ancianas. Se pondría el sombrero viejo el resto de su vida antes de caer en eso.

—Me alegraré por dentro y olvidaré la ropa que llevo puesta —dijo a Ana, cuando salieron al jardín a recoger un ramo de azucenas para las viudas.

—Tengo un plan —susurró Ana, echando una mirada cautelosa hacia la casa, para asegurarse de que la señora Gibson no pudiera oírla, a pesar de que vigilaba por la ventana de la sala—. ¿Recuerda ese vestido mío de popelín? Se lo prestaré para las bodas de plata.

Pauline dejó caer la cesta de flores por la agitación; una alfombra de dulzura rosada y blanca se formó a los pies de Ana.

—Ay, querida mía, no podría… Mamá no me lo permitiría.

—No se enterará. Escuche. El sábado por la mañana, se lo pondrá debajo del vestido negro. Sé que le quedará bien. Es un poco largo, pero lo acortaré un poco. No tiene cuello y tiene mangas hasta el codo, de manera que nadie sospechará nada. En cuanto llegue a Gull Cove, quítese el vestido negro. Cuando termine el día, podrá dejar el vestido gris en Gull Cove y yo iré a buscarlo el fin de semana que viene, cuando vaya a casa.

—¿Pero no será demasiado juvenil para mí?

—¡En absoluto! El gris sienta bien a cualquier edad.

—¿Cree que sería correcto… engañar a mamá? —vaciló Pauline.

—En este caso, sí —declaró Ana descaradamente—. ¿Sabe, Pauline? No sería correcto ir vestida de negro a unas bodas de plata. Podría traer mala suerte a la novia.

—Oh, no haría eso por nada del mundo. Y mamá no se enterará de nada. Espero que pueda pasar bien el sábado. Temo que no quiera comer nada mientras no estoy… La última vez no probó bocado, cuando fui al funeral de la prima Matilda. La señorita Prouty me contó que no quiso comer nada; la señorita Prouty se quedó con ella. Estaba tan indignada con la prima Matilda por haberse muerto… me refiero a mamá, desde luego.

—Comerá… yo me encargaré de que así sea.

—Sé que sabe manejarla muy bien —admitió Pauline—. Y no olvidará darle la medicina a intervalos regulares, ¿no, querida? Oh, quizá no deba ir, después de todo.

—Has estado allí fuera lo suficiente para recoger cuarenta ramos —gritó la señora Gibson, fastidiada—. No sé para qué quieren tus flores las viudas. Si tienen todas las que puedan hacerles falta. Yo pasaría mucho tiempo sin flores, si esperara que Rebecca Dew me enviara algunas. Me muero por un trago de agua. Pero claro, yo no soy importante para nadie.

El viernes por la noche, Pauline telefoneó a Ana con una terrible agitación. Tenía dolor de garganta, y ¿creía la señorita Shirley que pudiera tratarse de paperas? Ana fue hasta allí de inmediato para tranquilizarla y llevó consigo el vestido gris, envuelto en papel marrón. Lo ocultó en el arbusto de lilas, y esa noche, tarde, Pauline, bañada en sudor frío, logró llevarlo arriba, al cuartito donde guardaba su ropa y se vestía, aunque nunca le permitían dormir allí. Pauline no estaba muy tranquila con respecto al vestido. Quizás el dolor de garganta fuera un castigo por el engaño. Pero no podía ir a las bodas de plata de Louisa con ese espantoso vestido negro de tafetán… no, no podía.

El sábado por la mañana, Ana llegó a casa de la señora Gibson muy temprano. Ana siempre estaba espléndida en las brillantes mañanas de verano.

Parecía relucir y se movía por el aire dorado como una esbelta figura sobre una vasija griega. La habitación más sombría brillaba cuando ella entraba.

—Camina como si fuera dueña de la Tierra —comentó la señora Gibson con sarcasmo.

—Y es así —respondió Ana, alegremente.

—Ah, es usted muy joven —pontificó la anciana.

—«No cierro mi corazón a ninguna alegría» —recitó Ana—. Lo dice la Biblia, señora Gibson.

—«El hombre nace para los problemas del mismo modo en que las chispas se elevan en el aire». Eso también está en la Biblia —replicó la señora Gibson. El hecho de haber respondido con tanta rapidez a la señorita Shirley, licenciada en Filosofía, la puso de relativo buen humor—. Nunca fui aduladora, señorita Shirley, pero el sombrero que lleva, con la flor azul, le queda muy bien. Su pelo no parece tan rojo, me da la impresión. ¿No admiras a una joven tan fresca como ella, Pauline? ¿No te gustaría ser una joven fresca, Pauline?

Pauline estaba demasiado feliz y entusiasmada para desear ser otra persona en aquel momento. Ana subió al cuartito con ella para ayudarla a vestirse.

—Es hermoso pensar en todas las cosas que sucederán hoy, señorita Shirley. La garganta ya no me duele y mamá está de muy buen humor. Quizás a usted no le parezca que es así, pero yo me doy cuenta porque habla, aunque lo haga con sarcasmo. Si estuviera enfadada o cansada, refunfuñaría y se quedaría callada. He pelado las patatas y el filete está en el refrigerador; el postre de mamá está abajo, en el sótano. Hay pollo enlatado para la cena y una torta en la despensa. Tengo tanto miedo de que mamá cambie de idea. No soportaría que eso sucediera. Ay, señorita Shirley, ¿le parece que debo ponerme el vestido gris… de veras?

—Póngaselo, ya —dijo Ana, con su mejor voz de maestra.

Pauline obedeció y… se transformó. El vestido gris le sentaba a la perfección. No tenía cuello y las mangas hasta el codo estaban adornadas con volantes de encaje. Una vez que Ana la hubo peinado, Pauline casi no se reconoció.

—Me horroriza tener que taparlo con ese espantoso vestido negro, señorita Shirley.

Pero era necesario hacerlo. El vestido de tafetán lo cubría ampliamente. Pauline se puso el viejo sombrero (que también sería descartado en cuanto llegara a casa de Louisa) y un par de zapatos nuevos. La señora Gibson le había permitido comprarse un par, aunque opinó que los tacones eran

«escandalosamente altos».

—Causaré sensación tomando el tren sola. Espero que la gente no piense que se trata de una muerte. No me gustaría que las bodas de plata de Louisa fueran relacionadas de ninguna forma con la idea de la muerte. ¡Oh, señorita Shirley, perfume! ¡Flor de manzano! ¡Qué delicia! Apenas un toque… siempre me pareció tan femenino. Mamá no me permite comprarlo. Ah, señorita Shirley, no olvidará darle de comer a mí perro, ¿verdad? Le dejé los huesos en la despensa, en un plato cubierto. —Pauline bajó la voz a un susurro—. Sólo espero… que no… se porte mal… dentro de la casa mientras usted está aquí.

Pauline tuvo que pasar la inspección de su madre antes de partir. La emoción por el paseo y la culpa por el vestido oculto hacían que sus mejillas tuvieran un tono rosado muy poco habitual. La señora Gibson la miró, disconforme.

—¡Vaya, vaya! ¿A Londres a ver a la Reina, eh? Tienes demasiado color. La gente creerá que vas pintada. No te habrás pintado, ¿verdad?

—Oh, no, mamá, no —exclamó Pauline, escandalizada.

—Compórtate como es debido, y al sentarte, cruza los tobillos con decoro. No te sientes en las corrientes de aire ni hables demasiado.

—No, mamá —prometió Pauline con vehemencia, echando una mirada nerviosa al reloj.

—Le envío a Louisa una botella de mi vino de zarzaparrilla para que brinden. Nunca me ha gustado Louisa, pero su madre era una Tackaberry. No olvides traerme la botella y no dejes que te regale un gatito. Louisa siempre regala gatitos a las personas.

—No, mamá.

—¿Estás segura de que no dejaste el jabón en el agua?

—Sí, mamá —respondió Pauline, con otra mirada angustiada al reloj.

—¿Tienes los cordones atados?

—Sí, mamá.

—Tienes un olor muy poco respetable… Estás empapada en perfume.

—Oh, no, mamá querida, apenas unas gotas…

—Dije empapada, y estás empapada. No tienes descosido el vestido debajo de la manga, ¿verdad?

—No, mamá.

—Déjame ver —dijo, inexorable.

Pauline temblaba. ¿Y si se veía la falda del vestido gris cuando levantaba el brazo?

—Bien, ve, entonces. —Un largo suspiro—. Si no estoy aquí cuando vuelvas, recuerda que quiero que me sepulten con el chal de encaje y los zapatos de raso negros. Y asegúrate de que tenga el pelo rizado.

—¿Te sientes peor, mamá? —El vestido de popelín había sensibilizado la conciencia de Pauline—. Si no estás bien… no iré…

—¿Qué? ¿Y tirar a la basura el dinero de los zapatos? ¡Claro que irás! Y no se te ocurra deslizarte por la baranda de la escalera.

Pauline se rebeló.

—¡Mamá! ¿Crees que haría una cosa así?

—Lo hiciste en la boda de Nancy Parker.

—¡Hace treinta y cinco años! ¿Crees que lo haría ahora?

—Ya es hora de que te vayas. ¿Para qué te quedas aquí conversando? ¿Quieres perder el tren?

Pauline partió a toda prisa, y Ana suspiró, aliviada. Había temido que la anciana señora Gibson, en el último momento, hubiera cedido al perverso impulso de retrasar a Pauline hasta que el tren hubiera partido.

—Bien, ahora un poco de paz —dijo la señora Gibson—. El desorden de esta casa es vergonzoso, señorita Shirley. Espero que se dé cuenta de que no siempre es así. Pauline no ha sabido quién era en estos últimos días. ¿Puede correr ese florero un centímetro a la izquierda? No, póngalo donde estaba. Esa pantalla está torcida. Sí, ahora está un poco más derecha. Pero la persiana está un centímetro más baja que la otra. Hágame el favor de emparejarlas.

Ana dio un desafortunado tirón a la persiana y ésta escapó de sus dedos y se enrolló hacia arriba.

—Ah, ya ve —dijo la señora Gibson.

Ana no veía, pero arregló meticulosamente la persiana.

—¿Y ahora no le gustaría que le preparara una rica taza de té, señora Gibson?

—Necesito algo, es cierto… Estoy agotada con tanto aspaviento y agitación. Mi estómago parece estar cayéndose del cuerpo —se quejó la anciana—. ¿Sabe preparar un té decente? A veces preferiría beber barro y no el té que preparan algunas personas.

—Marilla Cuthbert me enseñó a preparar el té. Ya verá. Pero primero la

llevaré al porche para que pueda disfrutar del sol.

—Hace años que no salgo al porche —objetó la señora Gibson.

—Sí, pero hoy está tan bonito, que nada le sucederá. Quiero que vea los árboles en flor. No se los ve, si no se sale. Y el viento sopla desde el sur, de modo que traerá el aroma a trébol del campo de Norman Johnson. Le llevaré el té y lo beberemos juntas. Luego traeré mi labor y nos quedaremos allí sentadas, criticando a todos los que pasan.

—No me gusta criticar a la gente —declaró la señora Gibson en tono virtuoso—. No es cristiano. ¿Le molestaría decirme si todo ese pelo es suyo?

—Hasta el último mechón —rio Ana.

—Qué lástima que sea rojo. Aunque últimamente el pelo rojo parece estar poniéndose de moda. Me gusta su risa. Esa risita nerviosa de Pauline siempre me pone los pelos de punta. Bien, si tengo que salir, supongo que no hay remedio. Es probable que me resfríe y me muera, pero la responsabilidad es suya, señorita Shirley. Recuerde que tengo ochenta años… ni un día menos, aunque he oído que el viejo Davy Ackham anda diciendo por todo Summerside que sólo tengo setenta y nueve. Su madre era una Watt. Los Watt siempre fueron envidiosos.

Ana sacó la silla de ruedas con destreza y demostró que tenía habilidad para acomodar los almohadones. Enseguida llevó el té y la señora Gibson se dignó aprobarlo.

—Sí, se deja beber, señorita Shirley. Ah, pobre de mí, durante un año tuve que vivir puramente de líquidos. Nunca creyeron que fuera a sobrevivir. Muchas veces pienso que hubiera sido mejor haber muerto. ¿Ésos son los árboles de los que hablaba?

—Sí… ¿No son preciosos, tan blancos contra el cielo azul?

—No me parece poético —fue el único comentario de la señora Gibson.

Pero se ablandó bastante después de dos tazas de té y la mañana fue pasando hasta que llegó el momento de pensar en el almuerzo.

—Iré a preparárselo y se lo traeré aquí, en una bandeja.

—No, señorita, nada de locuras ni de monerías. A la gente le parecería de lo más extraño vernos comer en público. No niego que está bastante bien aquí… aunque el olor a trébol siempre me provoca malestar… y la mañana ha pasado más rápido que de costumbre, pero no voy a almorzar fuera, de ninguna manera. No soy una gitana. Acuérdese de lavarse bien las manos antes de preparar el almuerzo. Vaya, la señora Storey debe de estar esperando más visitas. Tiene toda la ropa de cama del cuarto de huéspedes aireándose en

la cuerda. No es hospitalidad… sólo deseo de causar sensación. Su madre era una Carey.

El almuerzo preparado por Ana complació hasta la señora Gibson.

—No creía que alguien que escribiera para los periódicos supiera cocinar. Pero claro, Marilla Cuthbert, la crio. Su madre era una Johnson. Supongo que Pauline comerá hasta enfermarse en las bodas de plata. No sabe decir basta… igual que su padre. Lo he visto atiborrarse de fresas sabiendo que una hora más tarde se doblaría en dos por el dolor. ¿Le he enseñado su retrato, señorita Shirley? Suba al cuarto de huéspedes y tráigalo, ¿quiere? Lo encontrará debajo de la cama. No se ponga a revisar los cajones mientras está allí arriba, ¿eh? Pero fíjese si hay pelusa debajo del escritorio. No confío en Pauline… Ah, sí, es él. Su madre era una Walker. Ya no quedan hombres así. Ésta es una era de degeneración, señorita Shirley.

—Homero dijo lo mismo ochocientos años antes de Cristo —sonrió Ana.

—Algunos de esos escritores del Antiguo Testamento no hacían más que quejarse. Seguro que la escandaliza escucharme, señorita Shirley, pero mi marido tenía una mentalidad muy abierta. Tengo entendido que está comprometida… con un estudiante de medicina. Los estudiantes de medicina beben, he oído decir. Para poder soportar el aula de disección, me parece. No se case con un hombre que bebe, señorita Shirley. Ni con uno que no sepa ganarse el pan. De pan y cebolla no se vive, se lo aseguro.

»Lave bien el fregadero y enjuague las bayetas, por favor. No soporto las bayetas grasientas. Supongo que tendrá que darle de comer al perro. Está demasiado gordo, pero Pauline no hace más que cebarlo. A veces pienso que debería deshacerme de él.

—Oh, yo no haría una cosa así, señora Gibson. Siempre hay asaltos, sabe… y su casa está tan apartada, aquí. Realmente necesita protección.

—Bueno, como quiera. Prefiero cualquier cosa antes que discutir con la gente, sobre todo cuando siento esas palpitaciones en la nuca. Sin duda significan que estoy a punto de tener un ataque.

—Lo que necesita es su siesta. Una vez que haya dormido, se sentirá mejor. La arroparé bien y le reclinaré la silla. ¿Le gustaría dormir la siesta en el porche?

—¡Dormir en público! Eso es peor que comer. Usted tiene ideas de lo más extrañas. Póngame aquí en la sala, baje las persianas y cierre la puerta, para que no entren moscas. No dudo de que debe de desear un poco de tranquilidad usted también. Ha estado hablando sin parar.

La señora Gibson durmió una siesta larga, pero se despertó de malhumor.

No quiso que Ana la llevara al porche.

—Quiere que me muera en el aire nocturno, no lo dudo —gruñó, aunque eran solamente las cinco.

Nada le venía bien. La bebida que Ana le trajo estaba demasiado fría… la siguiente no estaba lo suficientemente fresca… por supuesto, a ella le traían cualquier cosa. ¿Dónde estaba el perro? Haciendo sus necesidades por toda la casa, sin duda. Le dolía la espalda… le dolían las rodillas… le dolía la cabeza… le dolía el pecho. Nadie se compadecía de ella, nadie sabía por lo que pasaba. La silla estaba demasiado alta… la silla estaba demasiado baja. Quería un chal para cubrirse los hombros, una manta para las rodillas y un almohadón para los pies. ¿Y se podía fijar la señorita Shirley de dónde venía esa espantosa corriente de aire? Le vendría bien una taza de té, pero no quería causar molestias y pronto estaría descansando en su tumba. Quizá la apreciaran cuando ya no estuviera.

«Sea corto o largo el día, llegará por fin el atardecer». Había momentos en que Ana creía que no llegaría nunca, pero llegó. Al caer el sol, la señora Gibson comenzó a preguntarse por qué no llegaba Pauline. Oscureció… y ni rastro de Pauline. Salió la luna a iluminar la noche y Pauline no aparecía.

—Lo sabía —mascculló la señora Gibson.

—Es imposible que vuelva hasta que el señor Gregor no decida marcharse, y por lo general, es el último en hacerlo —la tranquilizó Ana—. ¿No quiere que la acueste, señora Gibson? Está cansada… Sé que una se pone nerviosa cuando tiene a una desconocida al lado, en lugar de la persona a la que está acostumbrada.

Las arrugas alrededor de la boca de la señora Gibson se profundizaron en un gesto de obstinación.

—No voy a acostarme hasta que esa chica llegue a casa. Pero si está tan ansiosa por irse, váyase. Puedo quedarme sola… o morir sola.

A las nueve de la noche, la señora Gibson llegó a la conclusión de que Jim Gregor no volvería hasta el lunes.

—Nunca se pudo contar con que Jim Gregor no cambiara de idea en veinticuatro horas. Además, le parece mal viajar en domingo, aunque se trate de volver a su casa. Está en la junta de su escuela, ¿no es así? ¿Qué piensa de él y de sus opiniones sobre la educación?

Ana cedió a la picardía. Después de todo, ese día había soportado mucho, gracias a la señora Gibson.

—Pienso que es un anacronismo psicológico —declaró, muy seria. La señora Gibson no parpadeó.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo.

Pero después de eso, fingió quedarse dormida.

14

Pauline llegó, por fin, a las diez de la noche… una Pauline sonrosada, con ojos brillantes, diez años más joven, a pesar del vestido de tafetán negro y el viejo sombrero. Traía un hermoso ramillete que de inmediato entregó a la belicosa anciana.

—La novia te envió su ramo, mamá. ¿No es hermoso? Veinticinco rosas blancas.

—¡Qué disparate! No sé por qué a nadie se le ocurrió enviarme alguna miga de la tarta de bodas. Hoy en día nadie parece tener respeto por los parientes. Qué va, en mis tiempos…

—Pues sí, mamá, tengo un trozo grande aquí en el bolso. Y todos preguntaron por ti y te envían recuerdos.

—¿Lo pasó bien? —preguntó Ana.

Pauline se sentó sobre una silla dura porque sabía que su madre se enfadaría si se sentaba en una mullida.

—Muy bien —respondió, cautelosa—. La cena de bodas fue extraordinaria y el señor Freeman, el ministro de Gull Cove, casó de nuevo a Louisa y a Maurice…

—Eso es sacrilegio, en mi opinión.

—Y después el fotógrafo nos hizo una fotografía a todos. Las flores eran sencillamente maravillosas. La sala estaba llena de ramos…

—Como un funeral, no dudo…

—Y, mamá, Mary Luckley vino del Oeste… Ahora es la señora Fleming, ¿sabes? ¿Recuerdas qué buenas amigas éramos? Solíamos llamarnos Polly y Molly…

—Qué nombres más tontos…

—Y fue tan bonito verla de nuevo y conversar sobre los viejos tiempos. Estaba su hermana Em, también, con un bebé delicioso.

—Hablas como si se tratara de algo para comer —gruñó la señora Gibson —. Los bebés son vulgares y corrientes.

—Oh, no, los bebés no son nunca vulgares —dijo Ana. Había traído un recipiente con agua para las rosas de la señora Gibson.

—Cada uno es un milagro.

—Bueno, yo tuve diez y nunca les vi nada de milagroso. Pauline, hazme el favor de quedarte quieta. Me pones nerviosa. Veo que no preguntas cómo me fue a mí. Pero claro, no tengo por qué pretender que lo hagas.

—Me doy cuenta de cómo te fue sin necesidad de preguntártelo, mamá… Se te ve vivaz y alegre. —Pauline estaba todavía tan entusiasmada por el día que había pasado, que pudo permitirse una leve ironía con su madre—. No dudo de que tú y la señorita Shirley lo habéis pasado muy bien juntas.

—Bueno, no tan mal. La dejé hacer lo que quería. Admito que es la primera vez en años que oigo una conversación interesante. No estoy tan cerca de la tumba como dicen algunos. Por suerte no me quedé sorda ni me volví infantil. Bueno, y ahora supongo que en cualquier momento te irás a la luna. Y mi vino de zarzaparrilla no les gustó, ¿no?

—Oh, sí. Les pareció delicioso.

—Pues has tardado bastante en decírmelo. ¿Trajiste la botella o es demasiado pedir que te hayas acordado de hacerlo?

—La… la botella se rompió —vaciló Pauline—. Alguien la hizo caer del estante de la despensa. Pero Louisa me dio otra igual, mamá, así que no te preocupes.

—He tenido esa botella desde que comencé a ocuparme de la casa. La de Louisa no puede ser igual. Ya no hacen botellas así. Quiero que me traigas otro chal. Estoy estornudando… seguro que me he resfriado. Ninguna de las dos parece recordar que no debo respirar el aire frío de la noche. Con toda seguridad, volveré a tener neuritis.

Una vieja vecina llegó de visita en ese momento y Pauline aprovechó la oportunidad para acompañar a Ana hasta la calle.

—Adiós, señorita Shirley —dijo la señora Gibson con relativa amabilidad—. Le estoy muy agradecida. Si hubiera más gente como usted en este pueblo, sería mejor para todos. —Esbozó una sonrisa desdentada y atrajo a Ana hacia ella—. No me importa lo que diga la gente —susurró—. A mí me parece que usted es verdaderamente guapa.

Pauline y Ana caminaron por la calle en la noche fresca y verde, y Pauline se atrevió a soltarse, como no había podido hacer delante de su madre.

—Ay, señorita Shirley, fue maravilloso. ¿Cómo podré agradecérselo? Nunca pasé un día tan hermoso. Viviré del recuerdo durante años. Fue tan

divertido volver a ser dama de honor. Y el capitán Isaac Kent era el testigo. Él… bueno, era un pretendiente… bueno, no tanto, creo que en realidad nunca tuvo intenciones serias, pero paseábamos juntos. Me hizo dos cumplidos. Dijo: «Recuerdo lo bonita que estabas en la boda de Louisa, con ese vestido color granate». ¿No es maravilloso que haya recordado el vestido? Y también me dijo: «Tu pelo está tan brillante y suave como siempre». No tiene nada de malo que me haya dicho eso, ¿verdad, señorita Shirley?

—Nada en absoluto.

—Lou, Molly y yo cenamos juntas después de que todos se fueron. Yo tenía tanto apetito… creo que hace años que no estaba tan hambrienta. Fue muy agradable poder comer lo que quería, sin que nadie me advirtiera que tal o cual cosa no me caería bien al estómago. Después de la cena, Mary y yo fuimos a su antigua casa y paseamos por el jardín, hablando de los viejos tiempos. Vimos los arbustos de lilas que plantamos hace años. Pasamos unos hermosos veranos cuando éramos chicas. Después, al anochecer, fuimos a la costa y nos sentamos en silencio sobre una roca. Abajo, en el puerto, sonaba una campana; fue hermoso volver a sentir el viento del mar en la cara y ver las estrellas temblando en el agua. Había olvidado lo hermosas que podían ser las noches en el golfo. Cuando oscureció, volvimos y el señor Gregor ya estaba listo para partir… y así, «la anciana volvió a su casa esa noche» —concluyó Pauline, riendo.

—Me gustaría… desearía que no lo pasara tan mal en su casa, Pauline…

—Pero querida señorita Shirley, ahora no me importará —se apresuró a decir Pauline—. Después de todo, la pobre mamá me necesita. Y es bonito sentirse necesitada, querida.

Sí, era lindo sentirse necesitada. Ana pensó en eso en su habitación de la torre; Dusty Miller había escapado de las viudas y de Rebecca Dew y se había acurrucado sobre su cama. Ana pensó en Pauline, trotando de nuevo hacia sus cadenas, pero animada por «el espíritu inmortal de un día feliz».

—Espero que alguien siempre me necesite —dijo Ana a Dusty Miller—. Y es hermoso, Dusty Miller, poder darle alegría a alguien. Me ha llenado de alegría poder regalarle este día a Pauline. Pero, ay, Dusty Miller, ¿crees que algún día seré como la señora Gibson, si llego a los ochenta? ¿Lo crees, Dusty?

Dusty Miller, con ronroneos profundos y aterciopelados, le aseguró que no lo creía.

Ana fue a Bonnyview la noche del viernes, antes de la boda. Los Nelson daban una cena para algunos amigos e invitados que llegaban por barco. La amplia casa, residencia veraniega del doctor Nelson, estaba construida entre pinos sobre un largo entrante, con la bahía a ambos lados, y detrás, una extensión de dunas doradas que sabían todo lo que había que saber sobre vientos.

A Ana le gustó en cuanto la vio. Una antigua casa de piedra siempre tiene aspecto sosegado y digno. No teme los embates de la lluvia ni del viento ni del paso del tiempo. Y aquella tarde de junio, bullía de vida y emoción, con las risas de las chicas, los saludos de amigos, carruajes que entraban y salían, niños que corrían. A cada momento llegaban regalos; todos estaban atrapados en la vertiginosa alegría de una boda. Los dos gatos negros del doctor Nelson, que ostentaban los nombres de Barnabas y Saul, estaban sentados sobre la baranda de la galería y contemplaban todo como dos imperturbables esfinges peludas.

Sally se apartó de un grupo y llevó a Ana arriba.

—Te hemos guardado la habitación que da al norte. Tendrás que compartirla con otras tres chicas, desde luego. Esto es un caos. Papá está haciendo levantar una carpa para los chicos, entre los pinos, y más tarde pondremos catres en la galería cerrada de atrás. Y podremos poner a la mayoría de los niños en el granero, desde luego. Ay, Ana, estoy tan entusiasmada. Casarse es realmente de lo más divertido. Mi vestido ha llegado hoy de Montreal. Es un sueño… de seda color crema, con encaje y bordados de perlas. Y hemos recibido regalos preciosos. Ésta es tu cama. Las otras son para Mamie Gray, Dot Fraser y Sis Palmer. Mamá quería poner aquí a Amy Stewart, pero no se lo permití. Amy te odia porque ella quería ser dama de honor. Pero ¿cómo iba a poner a una joven tan gorda y desaliñada, no te parece? Además, el color verde Nilo la hace parecer enferma. Ay, Ana, vino la tía Sabueso. Llegó hace unos minutos y estamos aterrados. Hubo que invitarla, por supuesto, pero creímos que no llegaría hasta mañana.

—¿Quién es la tía Sabueso?

—La tía de papá, la señora de James Kennedy. En realidad, es la tía Grace, pero Tommy la apodó tía Sabueso porque siempre mete las narices en todo y averigua cosas que no queremos que sepa. No hay forma de escaparse de ella. Hasta se levanta temprano por la mañana para no perderse nada, y de noche, es la última en acostarse. Pero eso no es lo peor. Si hay algo inadecuado para decir, con toda certeza lo dirá y no aprende que hay preguntas que no se deben hacer. Papá llama a sus discursos las «delicias de la tía Sabueso». Estoy segura de que arruinará la cena. Uy, aquí viene.

Se abrió la puerta y entró la tía Sabueso… una mujercita regordeta, castaña, de ojos saltones, que se movía en una atmósfera de naftalina y mostraba una expresión de preocupación crónica. De no ser por la expresión, se parecía bastante a un sabueso.

—Así que usted es la señorita Shirley, de la que tanto he oído hablar. No se parece nada a una señorita Shirley que conocí. Ella tenía unos ojos preciosos. Bien, Sally, así que por fin te casas. Pobre Nora, es la única que queda. Bueno, tu madre tiene suerte por haberse quitado de encima a cinco hijas. Hace ocho años le dije: «Jane, ¿crees que alguna vez vas a lograr casar a todas esas chicas?». Bueno, los hombres no traen otra cosa que problemas, a mi entender, y de todas las cosas inseguras, el matrimonio es la menos segura, ¿pero qué otra cosa hay para una mujer en este mundo? Es lo que acabo de decirle a la pobre Nora. «Presta atención, Nora», le dije, «no es nada divertido quedarse solterona. ¿En qué está pensando ese Jim Wilcox?», le dije.

—Ay, tía Grace, Jim y Nora se pelearon en enero, y desde entonces él no ha vuelto por aquí.

—Yo creo que se debe decir lo que se piensa. Las cosas hay que decirlas. Me enteré de esa pelea. Por eso le pregunté por él. «Tienes que saber», le dije, «que sale a pasear con Eleanor Pringle». Se sonrojó, se puso furiosa, y salió corriendo. ¿Qué hace Vera Johnson aquí? No es de la familia.

—Vera siempre fue muy amiga mía, tía Grace. Va a tocar la marcha nupcial.

—¿Ah, sí? Bueno, lo único que espero es que no se equivoque y toque la marcha fúnebre, como hizo la señora de Tom Scott en la boda de Dora Best. Qué mal presagio. No sé dónde van a poner a dormir a toda la gente que hay aquí. Algunos tendremos que dormir colgados de la cuerda de la ropa, supongo.

—Buscaremos sitio para todos, tía Grace.

—Bueno, espero que no cambies de idea a último momento, Sally, como hizo Helen Summers. Se arma tanto alboroto. Tu padre está muy entusiasmado. Nunca me gustó buscar problemas, pero lo único que espero es que no le vaya a dar un ataque. Lo he visto suceder.

—Papá está muy bien, tía Grace. Sólo un poco emocionado.

—Ah, eres demasiado joven, Sally, para saber todo lo que puede suceder. Tu madre me contó que la ceremonia será mañana al mediodía. La moda en cuanto a bodas está cambiando, como todo lo demás, y no para mejor. Yo me casé por la tarde. Ah, cielos, ya no es como antes. ¿Qué le pasa a Mercy Daniels? Me la encontré en la escalera y vi que se le ha puesto la tez barrosa.

—«La misericordia no se fuerza» —rio Sally, mientras se ponía el vestido para la cena.

—No cites la Biblia con tanta frivolidad —replicó la tía Sabueso—. Debe disculparla, señorita Shirley. Sencillamente no está acostumbrada a casarse. Bueno, espero que el novio no tenga una expresión espantada, como suele suceder. Supongo que se sienten aterrados, pero no tienen por qué mostrarlo tan claramente. Y espero que no se olvide los anillos, como Upton Hardy. Flora y él tuvieron que casarse con una argolla de las cortinas. Bueno, iré a echar otro vistazo a los regalos. Tienes muchas cosas bonitas, Sally. Espero que no te sea muy difícil mantener brillantes todas las cucharas.

Aquella noche, la cena en la amplia galería cerrada fue muy alegre. Había faroles chinos colgados por todas partes; la suave luz colorida que arrojaban se posaba sobre los bonitos vestidos, el pelo brillante y las frentes lisas de las muchachas. Barnabas y Saul, sentados sobre los anchos brazos del sillón del doctor, parecían estatuas de ébano; él los alimentaba con migajas.

—Casi peor que Parker Pringle —afirmó la tía Sabueso—. Él hace sentar al perro a la mesa, con silla y servilleta propias. Bueno, tarde o temprano, se hará justicia.

Había una nutrida concurrencia, pues estaban todas las chicas Nelson con sus maridos, además de los testigos y las damas de honor; hubo mucha algarabía, a pesar de las «delicias de la tía Sabueso» o quizás a causa de ellas. Nadie la tomaba demasiado en serio. Era evidente que la juventud la consideraba una broma. Cuando al presentarle Gordon Hill dijo: «Vaya, vaya, no eres lo que imaginaba. Creí que Sally elegiría a un hombre alto y apuesto», se oyeron risas ahogadas por todo el porche. Gordon Hill, que era más bien bajo y solamente «de aspecto agradable», según sus mejores amigos, supo que harían bromas al respecto hasta el final de sus días. Después, la tía Sabueso dijo a Dot Fraser: «Cielos, cada vez que te veo tienes un vestido nuevo. Espero que el presupuesto de tu padre resista todavía algunos años». Dot pudo haber hervido de furia, pero algunas de las otras chicas encontraron graciosas las palabras de la anciana. Y cuando la tía Sabueso murmuró en tono sombrío: «Sólo espero que todos reciban las cucharitas de recuerdo. En el casamiento de Gertie Paul faltaron cinco. Nunca aparecieron», la señora Nelson, que había pedido prestadas tres docenas, adoptó una expresión angustiada, igual que sus cuñadas, a las que se las había pedido. Pero el doctor Nelson lanzó una carcajada.

—Haremos que todos den vuelta sus bolsillos antes de irse, tía Grace.

—Sí, ríe si quieres, Samuel, pero no es ninguna broma que pase una cosa así en la familia. Alguien debe de tener esas cucharitas. Siempre que voy a algún lado me fijo a ver si están. Las reconocería en cualquier parte, a pesar de

que han pasado veintiocho años. La pobre Nora era un bebé en aquel entonces. ¿Recuerdas, Jane, que la tenías con un vestidito blanco? ¡Veintiocho años! Ah, Nora, cómo pasa el tiempo. Aunque con esta luz, no demuestras tu edad.

Nora no participó de la risotada general. Parecía a punto de echar rayos por los ojos. A pesar del vestido amarillo y las perlas en el pelo oscuro, a Ana la hacía pensar en una mariposa nocturna. En contraste directo con Sally, que era rubia y pálida, Nora Nelson tenía un precioso pelo negro, ojos oscuros, cejas negras y aterciopeladas mejillas rosadas; la nariz era un poco aguileña. Nora nunca había sido considerada guapa, pero Ana sentía una curiosa atracción hacia ella, a pesar de su expresión torva y furibunda. Intuía que, como amiga, preferiría a Nora antes que a la risueña Sally.

Después de la cena hubo baile; de las ventanas bajas de la antigua casa de piedra brotaron risas y música. A las diez, Nora había desaparecido. Ana estaba algo cansada del ruido y la algarabía. Salió por el vestíbulo a una puerta posterior que daba a la bahía y bajó por una escalera de peldaños rocosos hasta la costa, atravesando un bosquecillo de pinos. ¡Qué hermoso era el fresco aire salado después del calor de la tarde! ¡Cuán exquisitos los dibujos trazados por la luna sobre la bahía! ¡Qué magia tenía la embarcación que había zarpado al anochecer y ahora se acercaba al puerto! Era una noche en la que resultaba posible toparse con un baile de sirenas.

Nora estaba sentada a la sombra de una roca, junto al agua, con expresión más tormentosa que nunca.

—¿Puedo sentarme contigo unos minutos? —preguntó Ana—. Estoy un poco cansada de bailar y no quiero perderme esta noche maravillosa. Cómo envidio esta bahía que tenéis como jardín.

—¿Cómo te sentirías en un momento así, si no tuvieras novio? —preguntó Nora de pronto, con aspereza—. ¿Ni posibilidades de tenerlo?

—Creo que es culpa tuya, si no lo tienes —respondió Ana, y se sentó a su lado.

Nora se descubrió contándole sus problemas a Ana. Había algo en ella que hacía que la gente le confiará sus problemas.

—Lo dices por cortesía, desde luego. No es necesario. Sabes tan bien como yo que no soy una chica de la que se enamoran los hombres… soy «la feúcha de las Nelson». La verdad es que no es mi culpa que no tenga a nadie. No soportaba estar más tiempo allí dentro. Sentí necesidad de venir aquí y permitirme sentirme desdichada. Estoy cansada de sonreír y mostrarme agradable con todos y fingir que no me importa cuando me hacen bromas por ser soltera. Ya no voy a fingir más. Me importa, y mucho… muchísimo. Soy la única que queda. Cinco de mis hermanas están casadas, o lo estarán para

mañana. Has oído a la tía Sabueso echarme en cara mi edad cuando cenábamos. Y la oí decirle a mamá antes de la cena que yo «había envejecido» bastante desde el verano pasado. Claro que he envejecido. Tengo veintiocho años. Dentro de doce años, tendré cuarenta. ¿Cómo soportaré la vida a los cuarenta, Ana, si no tengo raíces propias a esa altura?

—Yo no me preocuparía por las tonterías de una anciana.

—Ah, ¿no? Pues no tienes una nariz como la mía, dentro de diez años, parecerá un pico de ave, como la de papá. Y supongo que tampoco te importaría haber esperado años a que un hombre se te declarara… y no lo hiciera nunca.

—Ay, sí, eso sí me importaría.

—Bueno, ésa es precisamente mi situación. Sí, sé que has oído hablar de Jim Wilcox. Es una historia muy antigua. Ha estado detrás de mí durante años, pero nunca dijo nada de casarnos.

—¿Le quieres?

—Claro que lo quiero. Siempre fingí que no lo amaba, pero como te dije, estoy harta de fingir. Y no se me acerca desde enero. Nos peleamos… bueno, hemos tenido cientos de peleas. Antes siempre volvía… pero esta vez no. Ya no quiere volver. Mira, aquélla es su casa, al otro lado de la bahía, brillando bajo la luna. Debe de estar allí… y yo aquí… con todo el puerto entre nosotros. Así será, siempre. Es… ¡es terrible! Y no hay nada que pueda hacer.

—Si lo llamaras, ¿no vendría?

—¡Llamarlo! ¿Crees que haría eso? Antes preferiría morir. Si quiere venir, no hay nada que se lo impida. Si no quiere, yo no quiero que venga. Sí… ¡sí, quiero! Lo amo… y quiero casarme con él. Quiero tener un hogar propio y ser la «señora» de alguien y cerrarle la boca a la tía Sabueso. ¡Ojalá pudiera ser Barnabas o Saul por unos momentos nada más que para dedicarle unos cuantos insultos! Si me vuelve a llamar «la pobre Nora», le arrojaré una olla. Pero bueno, al fin y al cabo, dice solamente lo que todos piensan. Mamá ya ha perdido las esperanzas de que me case, así que me deja tranquila, pero el resto me tortura. Odio a Sally… sé que soy una arpía… pero la odio. Tendrá un buen marido y una casa preciosa. No es justo que ella tenga todo y yo nada. No es mejor ni más inteligente ni mucho más guapa que yo… sólo tiene más suerte. Supongo que me crees horrorosa… aunque en realidad no me importa lo que pienses.

—Creo que estás muy, muy cansada luego de tantas semanas de preparativos y tensión. Las cosas que siempre fueron difíciles, de pronto se han vuelto imposibles de tolerar.

—Me comprendes… sí, me comprendes. Siempre pensé que lo harías. Tenía ganas de ser amiga tuya, Ana Shirley. Me gusta tu risa. Siempre deseé poder reír así. No soy tan sombría como parezco… son las cejas. De veras pienso que son lo que ahuyenta a los hombres. Nunca tuve una verdadera amiga. Pero siempre tuve a Jim. Hemos sido… amigos… desde niños. Yo solía poner un farol en la ventanita del desván cuando quería que viniera por algún motivo, y él venía navegando de inmediato. Íbamos juntos a todas partes. Ningún otro chico tuvo posibilidades de acercarse a mí… aunque no creo que ninguno haya querido hacerlo, tampoco. Y ahora todo ha terminado. Se cansó de mí y se alegró de encontrar la excusa de la pelea para quedar libre. ¡Ay, cómo voy a odiarte mañana porque te he contado estas cosas!

—¿Por qué?

—Siempre se odia a las personas que nos arrancan los secretos, supongo —respondió Nora, tristemente—. Pero hay algo en las bodas que te remueve todo… y no me importa. Nada me importa. Ay, Ana Shirley, ¡me siento tan triste! Préstame tu hombro para llorar un buen rato. Mañana tendré que sonreír y mostrarme feliz todo el día. Sally cree que no quise ser su dama de honor por superstición: trae mala suerte ser dama de honor tres veces, ¿sabes?, pero no fue por eso. No hubiera soportado estar a su lado y escucharla decir: «Sí, quiero», sabiendo que yo nunca podría decírselo a Jim. Me hubiera puesto a aullar como un lobo. Quiero vestirme de novia y tener un ajuar, ropa blanca con monogramas y hermosos regalos. Hasta el platito de manteca de plata de la tía Sabueso. Siempre regala lo mismo a todas las novias… una mantequera espantosa con tapa parecida a la cúpula de San Pedro. Podríamos haberla puesto sobre la mesa del desayuno nada más para que Jim se riera. Ay, Ana, creo que me estoy volviendo loca.

El baile había terminado cuando las chicas volvieron a la casa, cogidas de la mano. Los invitados se repartían en las diferentes habitaciones. Tommy Nelson se estaba llevando a los gatos al granero. La tía Sabueso seguía sentada en el sofá, pensando en todas las cosas horrorosas que esperaba no sucedieran al día siguiente.

—Espero que nadie se levante y dé un motivo por el cual no deberían casarse. Eso sucedió en el casamiento de Tillie Hatfield.

—Gordon no va a tener tan buena suerte —dijo el testigo del novio.

La tía Sabueso le dirigió una mirada pétrea.

—Jovencito, el matrimonio no es una broma.

—Claro que no —replicó él, sin amilanarse—. Hola, Nora, ¿cuándo vamos a tener la oportunidad de bailar en tu boda?

Nora no respondió con palabras. Se acercó al muchacho y lo abofeteó, primero en una mejilla y luego en la otra. Después, subió sin mirar atrás.

—Esa chica —declaró la tía Sabueso— está al borde de una crisis nerviosa.

16

La mañana del sábado transcurrió en un torbellino de preparativos de último momento. Ana, envuelta en uno de los delantales de la señora Nelson, la pasó en la cocina, ayudando a Nora con las ensaladas. Nora estaba irritable; era evidente que se arrepentía, como había dicho, de sus confidencias de la noche anterior.

—Quedaremos agotados para un mes —se quejó—. Además, papá no puede permitirse realmente todo este despilfarro. Pero Sally estaba decidida a tener lo que llama «una linda boda» y papá cedió. Siempre la ha malcriado.

—Estás celosa —dijo la tía Sabueso, asomando la cabeza desde la despensa, donde estaba enloqueciendo a la señora Nelson con sus malos presagios.

—Tiene razón —confesó Nora a Ana, amargamente—. Es verdad. Estoy celosa y avinagrada… odio ver a la gente feliz. Pero no me arrepiento de haber abofeteado a Jud Taylor anoche. Lamento no haberle pellizcado la nariz, también. Bien, las ensaladas están terminadas. Han quedado muy bien. Me encanta arreglar las cosas cuando estoy bien. En realidad, espero que todo salga bien y que Sally sea feliz. En el fondo, la quiero mucho, aunque en este momento me parece que odio a todo el mundo y a Jim Wilcox más que a nadie.

—Espero que el novio no desaparezca justo antes de la ceremonia. —Las palabras llegaron flotando desde la despensa en el tono lúgubre de la tía Sabueso—. Austin Creed lo hizo. Se olvidó que se casaba ese día. Los Creed siempre fueron olvidadizos, pero eso ya es demasiado.

Las dos muchachas se miraron y lanzaron una carcajada. La cara de Nora se transformó por la risa: cobró luz, color y brillo. En ese momento, alguien entró para decirle que Barnabas había vomitado en la escalera… demasiados hígados de pollo, sin duda. Nora corrió a reparar los daños, y la tía Sabueso salió de la despensa diciendo que esperaba que no desapareciera la tarta de bodas, como había sucedido en la boda de Alma Clark, hacía diez años.

Al mediodía, todo estuvo inmaculadamente listo: la mesa puesta, las camas

adornadas con primor, cestos con flores en todas partes y en la gran habitación que daba al norte, Sally y sus tres damas de honor, temblorosas y espléndidas. Ana, con su vestido verde Nilo y sombrero a juego, se miró en el espejo y deseó que Gilbert pudiera verla.

—Estás guapísima —dijo Nora, con un dejo de envidia.

—Tú también, Nora. Ese vestido azul y ese sombrero dan mucho brillo a tu cabello y hacen resaltar el color de tus ojos.

—A nadie le importa si estoy bien o no —se quejó Nora con amargura—. Bien, Ana, mira mi sonrisa. No voy a ser una aguafiestas. Tengo que tocar la marcha nupcial, después de todo. Vera tiene una jaqueca terrible. Casi preferiría tocar la marcha fúnebre, como dijo la tía Sabueso.

La anciana, que había merodeado por la casa toda la mañana, interfiriendo en todo, enfundada en un viejo quimono no demasiado limpio y un marchito sombrerito, apareció resplandeciente en un vestido oscuro e informó a Sally que una de las mangas no le quedaba bien y que esperaba que a nadie se le vieran las enaguas debajo del vestido, como había sucedido en la boda de Annie Crewson. La señora Nelson entró en la habitación y lloró al ver a Sally tan bonita con su vestido de novia.

—Vamos, vamos, no te pongas sentimental, Jane —la tranquilizó la tía Sabueso—. Todavía te queda una hija… y es probable que te acompañe hasta la vejez. Las lágrimas traen mala suerte en las bodas. Bueno, lo único que espero es que nadie caiga muerto de repente, como le pasó al viejo tío Cromwell en la boda de Roberta Pringle, en plena ceremonia. La novia pasó dos semanas en cama, por el susto.

Después de estas optimistas palabras, el grupo bajó la escalera al son de la marcha nupcial tocada por Nora, y Sally y Gordon se casaron sin que nadie cayera muerto ni olvidara los anillos. El grupo era realmente bonito y hasta la tía Sabueso dejó de preocuparse por el universo por unos instantes.

—Después de todo —le dijo a Sally más tarde— aunque no seas muy feliz en tu matrimonio, peor te sentirías soltera.

Nora tenía una mirada sombría desde su lugar frente al piano, pero se acercó a Sally y le dio un fuerte abrazo.

—Bien, hemos terminado —dijo Nora, cansada, cuando el almuerzo concluyó y los novios y la mayoría de los invitados se fueron. Echó una mirada a la habitación, que tenía el aspecto triste y desordenado del final de una fiesta: un ramillete pisoteado yacía en el suelo, las sillas estaban por cualquier parte, un trocito de encaje roto, dos pañuelos, migas desparramadas por los niños, una mancha en el techo, donde se había filtrado el agua de una

jarra volcada por la tía Sabueso en una de las habitaciones.

—Tengo que limpiar esto —añadió Nora con vehemencia—. Muchos de los jóvenes esperan el barco y otros se quedarán hasta el domingo. Terminarán con una fogata en la playa y un baile a la luz de la luna. Imaginas las ganas que tengo de bailar bajo la luna. Me iría a la cama a llorar.

—Después de una boda, la casa parece triste, es verdad —dijo Ana—. Pero te ayudaré a limpiar y luego tomaremos un té.

—Ana Shirley, ¿crees que el té es remedio para todo? Eres tú la que tendría que ser solterona, no yo. No importa. No quiero ser mala, pero supongo que es mi naturaleza. Detesto la idea del baile en la playa más que la boda. Jim siempre venía a nuestros bailes en la playa. Ana, he tomado la decisión de estudiar para enfermera. Sé que lo odiaré (y que el cielo ayude a mis futuros pacientes) pero no me quedaré en Summerside soportando las burlas de todos. Bien, ataquemos este montón de platos sucios e imaginemos que nos gusta lavarlos.

—A mí me gusta… siempre me gustó lavar platos. Es divertido ver cómo las cosas sucias vuelven a quedar resplandecientes.

—Ay, deberías estar en un museo —le espetó Nora.

Cuando salió la luna, todo estaba listo para el baile en la playa. Los muchachos habían encendido una gran fogata en la punta y las aguas del puerto relucían bajo la luna. Ana esperaba divertirse a lo grande, pero al ver la expresión de Nora, cuando la muchacha bajó con una cesta de bocadillos, se puso a pensar. «Qué infeliz se siente. Si pudiera hacer algo por ella…».

Una idea se formó en la mente de Ana. Siempre había sido una criatura de impulsos. Corrió como una flecha a la cocina, cogió un farol encendido que había sobre una mesa y subió a toda velocidad por la escalera posterior y luego otra vez hasta el desván. Puso el farol en la ventana que daba al puerto. Los árboles la ocultaban de los bailarines.

«Es posible que la vea y venga. Supongo que Nora se, pondrá furiosa conmigo, pero eso no tendrá importancia, si él viene. Y ahora, a envolver un poco de tarta de bodas para Rebecca Dew». Jim Wilcox no fue. Ana dejó de buscarlo después de un rato y lo olvidó en la algarabía de la velada. Nora había desaparecido y la tía Sabueso, por suerte, se había ido a dormir. Eran las once cuando terminó el jolgorio y los cansados bailarines subieron, bostezando. Ana estaba tan cansada, que olvidó por completo la luz en la ventana del desván. Pero a las dos de la mañana, la tía Sabueso entró en el dormitorio y acercó una vela a las caras de las muchachas.

—Por Dios, ¿qué pasa? —exclamó Dot Fraser, sentándose en la cama.

—Chsss… —advirtió la tía Sabueso, con ojos desorbitados—. Creo que hay alguien en la casa… estoy segura. ¿Qué es ese ruido?

—Parece el maullido de un gato o el ladrido de un perro —respondió Dot, presa de un ataque de risa.

—Nada de eso —replicó la tía Sabueso con severidad—. Sé que hay un perro ladrando en el granero, pero no fue eso lo que me despertó. Ha sido un golpe… un golpe fuerte, claro.

—Señor líbranos de fantasmas, monstruos, bestias de piernas largas y cosas que golpean en la noche —murmuró Ana.

—Señorita Shirley, no es una broma. Hay ladrones en la casa. Voy a despertar a Samuel.

La tía Sabueso desapareció y las chicas se miraron entre sí.

—¿Acaso creen…? Todos los regalos están abajo, en la biblioteca… —dijo Ana.

—Yo me levanto —dijo Mamie—. Ana, ¿has visto alguna vez algo parecido al rostro de la tía Sabueso cuando bajó la vela y quedó medio en sombras, con los mechones de pelo alrededor de la vela? ¡Estaba igual a la bruja de Endor!

Cuatro muchachas en bata salieron al pasillo. La tía Sabueso se acercaba, seguida por el doctor Nelson, con bata y pantuflas. La señora Nelson, que no encontraba su bata, asomaba un rostro aterrado por la puerta.

—Ay, Samuel, no corras riesgos… Si son ladrones, podrían disparar.

—¡Tonterías! Estoy seguro de que no hay nada —replicó el doctor.

—Te estoy diciendo que oí un golpe —insistió la tía Sabueso.

Un par de muchachos se unió al grupo. Bajaron sigilosamente la escalera con el doctor delante y la tía Sabueso, vela en mano y atizador en la otra, cerrando la retaguardia.

Era indudable que de la biblioteca provenían ruidos. El doctor abrió la puerta y entró.

Barnabas, que se las había arreglado para esconderse en la biblioteca cuando se habían llevado a Saul al granero, estaba sentado en el respaldo del sofá Chesterfield, parpadeando, divertido. Nora y un joven estaban de pie en medio de la habitación, iluminada apenas por una vela parpadeante. El joven rodeaba el cuerpo de Nora con un brazo y le apoyaba un gran pañuelo blanco en la cara.

—¡Le está aplicando cloroformo! —chilló la tía Sabueso, y dejó caer el

atizador con gran estruendo.

El joven se volvió y dejó caer el pañuelo, abochornado. Era un muchacho de aspecto agradable, con chispeantes ojos oscuros, pelo castaño rojizo, ondulado, y un mentón que anunciaba a los cuatro vientos que era un mentón.

Nora levantó el pañuelo y se lo llevó al rostro.

—Jim Wilcox, ¿qué significa esto? —preguntó el doctor, en tono excesivamente severo.

—Yo no lo sé, se lo aseguro —aseguró Jim, con tono sombrío—. Lo único que sé es que Nora me envió la señal. No vi la luz hasta que volví a casa, a la una. Había ido a un banquete masónico en Summerside. De inmediato me vine navegando.

—Yo no te envié la señal —replicó Nora, ofuscada—. Por Dios, papá, no pongas esa cara. No estaba durmiendo… Estaba sentada frente a mi ventana, todavía no me había desvestido… y vi a un hombre que subía desde la costa. Cuando se acercó a la casa, me di cuenta de que era Jim, así que bajé corriendo y… choqué contra la puerta de la biblioteca, lo que me hizo sangrar la nariz. Jim ha estado tratando de detener la sangre.

—Entré por la ventana y tiré ese banco…

—Les dije que había oído un golpe —dijo la tía Sabueso.

—Y ahora Nora dice que no me envió la señal, de manera que los libraré de mi molesta presencia, con disculpas hacia todos los involucrados.

—Es realmente una pena que te hayas molestado en cruzar la bahía por nada —dijo Nora en tono gélido, mientras trataba de encontrar un trozo limpio de pañuelo.

—Sí, es una lástima —dijo el doctor, mirando fijamente a su hija.

—Prueba pasándote una llave por la espalda —sugirió la tía Sabueso.

—Fui yo la que puso el farol en la ventana —confesó Ana, avergonzada—. Y después lo olvidé por completo.

—¡Tú! —exclamó Nora—. ¡No te lo perdonaré nunca!

—¿Se han vuelto todos locos? —quiso saber el doctor, fastidiado—. ¿Qué es todo este asunto, de todos modos? Por el amor de Dios, Jim, cierra esa ventana… Sopla un viento frío que cala hasta los huesos. Nora, echa la cabeza hacia atrás y la nariz dejará de sangrar.

Nora derramaba lágrimas de furia y vergüenza. Mezcladas con la sangre que le manchaba la cara, le conferían un aspecto aterrador. Jim Wilcox parecía estar deseando que se abriera el piso y lo dejara caer al sótano.

—Bien —declaró la tía Sabueso en tono beligerante—, lo único que puedes hacer ahora es casarte con ella, Jim Wilcox. Jamás conseguirá marido, si se corre el rumor de que fue hallada aquí contigo a las dos de la mañana.

—¡Casarme con ella! —exclamó Jim con impaciencia—. ¡Pero si no he deseado otra cosa en mi vida que casarme con ella!

—¿Y por qué no lo has dicho antes? —preguntó Nora, volviéndose hacia él.

—¿Decírtelo? Me has tenido a distancia y te has burlado de mí durante años. Nunca dejabas de demostrarme cuánto me despreciabas. Me parecía que no tenía sentido que te lo pidiera. Y en enero pasado, dijiste…

—¡Me obligaste a decir…!

—¡Yo te obligué! ¡Ja! ¡Ésta si que es buena! Buscaste pelea nada más que para deshacerte de mí…

—No… Yo…

—Y no obstante, fui tan tonto como para venir navegando en medio de la noche porque pensé que habías puesto la vieja señal en la ventana, pues me necesitabas. ¡Pedirte que te cases conmigo! Bien, te lo pediré ahora y me quitaré el asunto de encima. Así podrás divertirte rechazándome delante de toda esta gente. Nora Edith Nelson, ¿quieres casarte conmigo?

—¡Claro! ¡Claro que sí! —exclamó Nora, tan desvergonzadamente, que hasta Barnabas se sonrojó por ella.

Jim le dirigió una mirada incrédula… y se abalanzó hacia ella. Tal vez la nariz hubiera dejado de sangrar, tal vez no. De todos modos, no importaba.

—Me parece que han olvidado que es la mañana del domingo —dijo la tía Sabueso, que acababa de recordarlo—. Me vendría bien una taza de té, si alguien quisiera prepararla. No estoy acostumbrada a demostraciones de esta naturaleza. Lo único que espero es que la pobre Nora lo haya atrapado, por fin. Por lo menos, tiene testigos.

Se dirigieron a la cocina, y la señora Nelson se dispuso a preparar té para todos… menos para Jim y Nora, que permanecieron encerrados en la biblioteca vigilados por Barnabas. Ana no volvió a ver a Nora hasta bien entrada la mañana… una Nora diferente, diez años más joven, sonrosada de felicidad.

—Todo te lo debo a ti, Ana. Si no hubieras puesto la luz… ¡aunque anoche, durante dos minutos y medio, te hubiera comido las orejas!

—Y pensar que no me desperté y me perdí todo —se lamentó Tommy Nelson, desconsolado.

Pero la última palabra la tuvo la tía Sabueso.

—Bien, espero que no sea un caso de boda apresurada y arrepentimiento lento.

17

(Extracto de una carta a Gilbert).

Hoy han terminado las clases. ¡Dos meses de Tejas Verdes, helechos húmedos y aromáticos junto al arroyo y perezosas sombras moteadas en la Senda de los Enamorados, fresas silvestres en la pastura del señor Bell y la hermosa penumbra de los pinos en el Bosque Encantado! mi alma tiene alas.

Jen Pringle me trajo un ramo de lirios del valle y me deseó felices vacaciones. Vendrá a pasar un fin de semana conmigo en algún momento. ¡Eso sí que es un milagro!

Pero la pequeña Elizabeth está desconsolada. Quise que viniera a visitarme, también, pero la señora Campbell «no lo consideró recomendable». Por suerte, yo todavía no le había dicho nada a Elizabeth, de modo que no sufrió la decepción.

«Creo que seré Lizzie durante todo el tiempo que usted no esté, señorita Shirley», me informó. «Me sentiré Lizzie, por lo menos».

«Pero piensa en cómo nos divertiremos cuando vuelva», le dije. «Claro que no serás Lizzie. No existe una Lizzie dentro de ti. Y te escribiré todas las semanas, pequeña Elizabeth».

«¡Ay, señorita Shirley! ¿De veras? Jamás recibí una carta en mi vida. ¡Qué divertido será! Y yo le escribiré, si me dan un sello. Si no es así, sabrá que estoy pensando en usted, de todos modos. He bautizado Shirley a la ardilla del jardín… en honor a usted. No le importa, ¿verdad? Al principio pensé llamarla Ana Shirley, pero me pareció que sonaba irrespetuoso y además Ana no es un buen nombre para una ardilla. Tal vez sea una ardilla masculina, en todo caso. Qué preciosas son las ardillas, ¿verdad? Pero la "mujer" dice que se comen las raíces de los rosales».

«¡Muy característico de ella!», respondí.

Le pregunté a Katherine Brooke dónde pasaría el verano y me respondió secamente: «Aquí. ¿Adónde creía que iría?».

Sentí que tendría que haberla invitado a Tejas Verdes, pero no pude. De todos modos, no creo que hubiese venido. Y es tan aguafiestas. Arruinaría

todo. Pero cuando pienso en ella, sola en esa pensión poco atractiva todo el verano, la conciencia me da desagradables tirones.

Dusty Miller trajo una víbora viva, el otro día, y la dejó caer en el suelo de la cocina. Si Rebecca Dew hubiera podido ponerse pálida, 1o hubiera hecho. «¡Esto sí que es la gota que colma el vaso!», exclamó. Es que Rebecca no está de muy buen humor estos días porque tiene que pasar todo el tiempo libre quitando los insectos de los rosales y arrojándolos dentro de una latita con queroseno. Opina que hay demasiados insectos en el mundo. «Sencillamente, un día de éstos se lo tragarán», predice en tono sombrío.

Nora Nelson se casará con Jim Wilcox en septiembre. Una boda muy íntima, sin alboroto ni invitados ni damas de honor. Nora me dijo que ésa era la única forma de salvarse de la tía Sabueso, y se niega a que la tía Sabueso esté presente en su boda. Estoy invitada, sin embargo, en forma no oficial. Nora dice que Jim no hubiera vuelto, si yo no hubiera puesto el farol en la ventana. Iba a vender la tienda y marcharse al Oeste. Bien, cuando pienso en todos los casamientos que me adjudican haber arreglado…

Sally asegura que se pelearán todo el tiempo, pero que serán más felices peleando entre ellos que mostrándose de acuerdo con cualquier otra persona. Pero no creo que peleen… tanto. Creo que la causa de la mayoría de los problemas del mundo son los malentendidos. Tú y yo, ahora, con tanto tiempo para nosotros…

Buenas noches, queridísimo. Tus sueños serán dulces, si ejercen alguna influencia los deseos de

«tu amada».

Posdata: La última frase es cita textual de una carta de la abuela de la tía Chatty.

****

EL SEGUNDO AÑO

1

Álamos Ventosos,

Calle del Fantasma

14 de septiembre

No puedo reconciliarme con la idea de que nuestros hermosos dos meses han pasado. Han sido hermosos, ¿verdad, mi amor? Y ahora faltan solamente dos años para…

(Se omiten varios párrafos).

Pero me ha dado un gran placer volver a Álamos Ventosos… a mi torre privada, a mi sillón, a mi cama alta… y a Dusty Miller, reposando sobre el alféizar de la ventana de la cocina. Las viudas se alegraron al verme y Rebecca Dew dijo con franqueza: «Es bueno tenerla de vuelta». La pequeña Elizabeth sintió lo mismo. Tuvimos un emocionante reencuentro en el portón verde.

«Temí que hubiese llegado al Mañana antes que yo», me dijo.

«¿No es una tarde preciosa?» comenté.

«Donde está usted siempre es una tarde preciosa, señorita Shirley», dijo la pequeña Elizabeth.

¡Vaya cumplido!

«¿Cómo pasaste el verano, tesoro?», le pregunté.

«Pensando en todas las cosas bonitas que sucederán en el Mañana», me respondió con voz suave.

Después subimos a la torre y leímos un cuento de elefantes. La pequeña Elizabeth está muy interesada en los elefantes últimamente.

«Hay algo mágico en la palabra elefante, ¿no cree?» preguntó, muy seria, sosteniéndose la barbilla con las manitas en un gesto característico suyo. «Sin duda, conoceré muchos elefantes en Mañana».

Pusimos un parque de elefantes en nuestro mapa del País de las Hadas. No pongas cara desdeñosa y superior, Gilbert, como sé que pondrás cuando leas esto. No sirve de nada. En el mundo siempre habrá hadas. No puede arreglárselas sin ellas. Y alguien tiene que proveerlas.

Me alegra haber vuelto a la escuela, también. Katherine Brooke no está ni más amistosa ni más amable, pero mis alumnos se alegraron de verme, y Jen Pringle me pidió que la ayude a hacer las aureolas de latón para las cabezas de los ángeles de un concierto de la escuela dominical.

Creo que los estudios de este año serán mucho más interesantes que los del año pasado. La Historia de Canadá ha sido incluida en el programa. Mañana tengo que dar una pequeña charla sobre la Guerra de 1812. Parece tan extraño releer las historias de esas viejas guerras… cosas que no pueden volver a suceder nunca. Creo que ninguno de nosotros tendrá algo más que un interés académico por las «batallas de tiempos lejanos». Es imposible pensar en Canadá involucrado nuevamente en una guerra. Me alegro de que esa etapa de

la historia haya pasado.

Vamos a reorganizar el Club de Arte Dramático y pedir una suscripción a todas las familias relacionadas con la escuela. Lewis Allen y yo vamos a recorrer el camino a Dawlish el sábado que viene por la tarde. Lewis tratará de matar dos pájaros de un tiro, puesto que compite por un premio ofrecido por Country Homes a la mejor fotografía de una granja. El premio son veinticinco dólares, con los que Lewis se comprará un traje y un abrigo nuevos, cosa que necesita mucho. Trabajó en una granja todo el verano y este año hace las tareas de la casa y sirve la mesa en la pensión donde se aloja. Debe de odiar ese trabajo, pero nunca se le escucha una queja. Me gusta mucho Lewis, es tan valiente y ambicioso, y en lugar de sonrisa, tiene una mueca traviesa y encantadora. No es un muchacho muy robusto; el año pasado temí que se viniera abajo. Pero el verano en el campo parece haberlo fortalecido. Éste es su último año en la escuela y luego espera poder asistir un año a Queen's. Las viudas van a invitarlo a cenar los domingos por la noche este invierno, siempre que puedan. La tía Kate y yo tuvimos una conversación sobre temas económicos y logré convencerla de que me dejara colaborar con los gastos adicionales. Por supuesto, no tratamos de convencer a Rebecca Dew. Sencillamente le pregunté a la tía Kate, delante de Rebecca, si me permitía invitar a Lewis Allen los domingos por la noche, al menos dos veces al mes. La tía Kate respondió con frialdad que temía que no podrían permitírselo, además de la muchacha solitaria que venía habitualmente.

Rebecca Dew emitió una exclamación angustiada.

«Esto sí que es la gota que colma el vaso. ¡Pobres como para no poder darle un poco de comida a un muchacho humilde y trabajador que está tratando de educarse! Más caro sale el hígado de "ese gato", que encima está rechoncho hasta casi estallar. Bien, quítenme un dólar de mi salario e invítenlo».

El Evangelio según Rebecca Dew fue aceptado. Lewis Allen vendrá y ni el hígado de Dusty Miller ni el salario de Rebecca Dew sufrirán modificaciones. ¡La querida Rebecca Dew!

La tía Chatty vino sigilosamente a mi habitación anoche y me contó que quería comprarse una capa con aplicaciones de cuentas, pero que la tía Kate pensaba que era demasiado anciana para eso; se sentía muy herida.

«¿Lo cree así, señorita Shirley? No quiero perder la dignidad, pero siempre deseé tanto tener una capa con cuentas. Siempre me parecieron elegantes… y ahora están de moda otra vez».

«¡Demasiado anciana! Claro que no, querida», le aseguré. «Nadie es demasiado anciano para usar lo que desea. Si fuera demasiado anciana, no

tendría deseos de usarla».

«Me la compraré y desafiaré a Kate», declaró la tía Chatty, en un tono que era cualquier cosa menos desafiante.

Pero creo que lo hará y yo sé cómo reconciliar a la tía Kate con la idea. Estoy sola en la torre. Afuera la noche está silenciosa y aterciopelada. Ni siquiera los álamos se mueven. Acabo de asomarme por la ventana y arrojar un beso en dirección a alguien que está a menos de ciento cincuenta kilómetros de Kingsport.

2

El camino Dawlish era un camino sinuoso y la tarde estaba hecha para caminantes… o al menos eso pensaban Ana y Lewis mientras lo recorrían, deteniéndose de vez en cuando para disfrutar de un repentino atisbo azul del estrecho entre los árboles, o tomar una fotografía de un panorama particularmente bonito o una casita pintoresca en una hondonada. Tal vez no fuera tan agradable visitar las casas y pedir suscripciones a beneficio del Club de Arte Dramático, pero Ana y Lewis se turnaban para hablar… él se encargaba de las mujeres y Ana convencía a los hombres.

—Encárguese de los hombres si va a ir con ese vestido y ese sombrero —le había aconsejado Rebecca Dew—. He tenido mucha experiencia en pedir dinero en mis tiempos, y siempre quedó demostrado que cuanto mejor vestida se está y mejor aspecto se tiene, más dinero, o promesas de dinero, se consiguen, si se ataca a los hombres. Pero si se trata de mujeres, hay que ponerse lo más viejo y feo que se tiene.

—¿No es interesante un sendero, Lewis? —preguntó Ana en tono soñador—. No un camino recto, sino uno con curvas y desvíos que pueden ocultar toda clase de sorpresas y cosas bellas. Siempre me encantaron las curvas en los caminos.

—¿Adónde lleva este camino Dawlish? —preguntó Lewis con sentido práctico, aunque en ese mismo momento pensaba que la voz de la señorita Shirley siempre le hacía pensar en la primavera.

—Podría ser una horrible maestra ciruela, Lewis, y decirte que no lleva a ningún lado… que se queda aquí mismo. Pero no lo haré. ¿A quién le importa adónde lleva o hacia dónde va? Al fin del mundo y vuelta, tal vez. Recuerda lo que dice Emerson: «Ay, qué debo hacer con el tiempo». Ese será nuestro lema de hoy. Supongo que el universo seguirá su curso, si lo dejamos en paz por un rato. Mira esas sombras de nubes… y esa tranquilidad de valles verdes… y esa

casa con un manzano en cada una de las esquinas. Imagínala en primavera. Éste es uno de los días en que las personas se sienten vivas y cada viento del mundo es un hermano. Me alegra que haya tantos helechos aromáticos a lo largo del camino, con brillantes telarañas encima. Me recuerda los días cuando fingía… o creía… realmente pienso que lo creía… que las telarañas relucientes eran los manteles de las hadas.

Encontraron un manantial a la vera del camino, en una hondonada dorada, y se sentaron sobre un musgo que parecía hecho de diminutos helechos, a beber de un tazón que Lewis hizo con corteza de abedul.

—No se conoce la verdadera emoción de beber hasta que se está muerto de sed y se encuentra agua. Aquel verano que trabajé en el Oeste, en las vías de ferrocarril que estaban construyendo, me perdí en el campo un día de mucho calor y vagué durante horas. Creí que moriría de sed y de pronto llegué a la choza de un colono y encontré un manantial como éste entre unos sauces. ¡Cómo bebí! Desde entonces, me ha sido más fácil comprender la Biblia y su amor por las aguas buenas.

—Vamos a recibir agua de otro lado —dijo Ana, nerviosa—. Está por caer un chaparrón y… Lewis, me encantan los chaparrones, pero tengo puesto mi mejor sombrero y mi segundo mejor vestido. Y no hay una casa a menos de un kilómetro de distancia.

—Hay una vieja fragua de herrero abandonada, por allí —respondió Lewis —, pero tendremos que correr.

Corrieron y desde el refugio disfrutaron del chaparrón como habían disfrutado de todo lo demás en aquella tarde gitana y despreocupada. Un silencio velado había caído sobre el mundo. Las brisas que habían susurrado y revoloteado con tantos aires de importancia por el camino Dawlish, habían plegado sus alas y se habían quedado calladas e inmóviles. Ni una hoja se movía, ni una sombra se agitaba. Las hojas de los arces, en la curva del camino, mostraban el lado del revés, haciendo que los árboles parecieran pálidos de miedo. Una enorme sombra fresca parecía tragárselos como una ola verde… la nube los había alcanzado. Llegó la lluvia, con un remolino de viento. El chaparrón repiqueteó sobre las hojas, bailó por el humeante camino rojo y golpeó alegremente el techo de la vieja fragua.

—Si dura mucho… —dijo Lewis.

Pero no duró. Así como llegó, pasó, y el sol brilló otra vez sobre los árboles mojados, relucientes. Aparecieron resplandecientes trozos de cielo azul entre las desgarradas nubes blancas. En la lontananza podían ver una colina todavía borrosa de lluvia, pero debajo de ellos, la hondonada del valle parecía rebosar de niebla color melocotón. Los bosques de los alrededores

tenían un brillo primaveral; un pájaro comenzó a cantar sobre el gran arce cercano a la fragua, como si realmente creyera que era primavera, tan fresco y dulce parecía el mundo de pronto.

—Exploremos esto —dijo Ana, cuando reanudaron la caminata.

Se detuvieron ante una senda secundaria que corría entre dos antiguas cercas tapadas por arbustos.

—No creo que viva nadie por allí —vaciló Lewis—. Debe de ser solamente una senda que lleva al puerto.

—No importa. Recorrámosla. Siempre tuve debilidad por los caminos secundarios… algo que se desvía del recorrido habitual, perdido, verde y solitario. Huele la hierba mojada, Lewis. Además, mis huesos me dicen que hay una casa por allí, una casa especial… y muy «fotogénica».

Los huesos de Ana no la engañaban. Pronto llegaron a una casa… digna de ser fotografiada, además. Era una casa pintoresca, antigua, de aleros bajos, con ventanas cuadradas de vidrios pequeños. Grandes sauces extendían brazos patriarcales sobre ella, y una aparente selva de arbustos y plantas perennes se apretujaba a su alrededor. Estaba oscurecida por el tiempo y destartalada, pero los grandes graneros que había detrás estaban arreglados y tenían aspecto próspero, modernos en todos los aspectos.

—He oído decir, señorita Shirley, que cuando los establos de un hombre son mejores que su casa, es signo de que las entradas superan los gastos —comentó Lewis, mientras avanzaban por el sendero lleno de raíces y cubierto de hierba.

—Diría que es señal de que piensa más en sus caballos que en su familia —rio Ana—. No creo que consigamos una suscripción aquí, pero es la casa que más puede acercarse al premio. El tono grisáceo no quedará mal en una fotografía.

—Este camino no parece ser recorrido por mucha gente —comentó Lewis—. Es evidente que la gente que vive aquí no es muy sociable. Temo que ni siquiera sabrán lo que es un Club de Arte Dramático. En fin, me aseguraré la fotografía antes de que despertemos a estas personas de su madriguera.

La casa parecía desierta, pero una vez que hubieron tomado la fotografía, abrieron un portón blanco, cruzaron el jardín y golpearon a una descolorida puerta posterior azul; era evidente que la principal era como la de Álamos Ventosos, más para adorno que para otra cosa, si podía decirse que una puerta oculta por la hiedra pudiera ser de adorno. Esperaban al menos la cortesía con la que se habían encontrado hasta ahora, estuviera o no respaldada por la generosidad. En consecuencia, quedaron muy sorprendidos cuando se abrió la

puerta y en el umbral apareció, no la sonriente esposa del granjero o la hija a las que habían esperado ver, sino un hombre alto, fornido, de unos cincuenta años, con pelo rizado y cejas hirsutas, que les preguntó sin rodeos:

—¿Qué quieren?

—Vinimos a ver si podíamos interesarlo en nuestro Club de Arte Dramático de la Escuela Secundaria… —comenzó a decir Ana en tono vacilante.

Pero el hombre le ahorró posteriores esfuerzos.

—Nunca lo he oído nombrar. Ni quiero tener nada que ver con él —fue la interrupción lisa y llana, y la puerta se les cerró en las narices.

—Me da la impresión de que nos han rechazado —bromeó Ana mientras se alejaban.

—Un caballero agradable y amistoso, sin duda —sonrió Lewis—. Pobre esposa, si es que la tiene.

—No creo que la tenga, pues lo hubiera civilizado un poco —dijo Ana, tratando de recuperar la compostura—. Ojalá tuviera que lidiar con Rebecca Dew. Pero sacamos la fotografía y presiento que obtendrá el premio. ¡Diantre! Me entró una piedrecita en el zapato; voy a sentarme en el dique de piedra de nuestro caballero, con su permiso o sin él, para quitármela.

—Por suerte estamos fuera de vista de la casa —dijo Lewis.

Ana acababa de volverse a atar el cordón cuando oyeron un ruido en la jungla de arbustos a la derecha. Apareció un niñito de unos ocho años, que se quedó observándolos con timidez; entre sus manos regordetas, sostenía con fuerza un pastel de manzana. Era un niño muy guapo, con brillantes rizos oscuros, grandes y confiados ojos castaños y facciones delicadamente modeladas. Tenía un aire refinado, a pesar del hecho de que tenía la cabeza descubierta y vestía una gastada camisa de algodón azul y un par de deshilachados pantalones hasta las rodillas. Parecía un principito disfrazado.

Detrás de él, había un gran perro negro de Newfoundland, cuya cabeza llegaba casi al hombro del muchachito.

—Hola, hijito —lo saludó Lewis—. ¿De dónde has salido?

El niño se acercó, sonriendo, y extendió la mano con el pastel.

—Esto es para ustedes —dijo tímidamente—. Papá lo hizo para mí, pero prefiero dárselo a ustedes. Tengo alimentos de sobra.

Lewis, sin demasiado tino, se disponía a rechazar el pastel del niño, cuando recibió un codazo de Ana. Captando la insinuación, lo aceptó solemnemente y

se lo entregó a Ana, que con la misma solemnidad, lo partió en dos y le dio la mitad. Sabían que debían comerlo y dudaban de las habilidades culinarias de «papá», pero el primer bocado los tranquilizó. Papá podía no ser muy amable, pero sabía hacer pasteles.

—Está delicioso —dijo Ana—. ¿Cómo te llamas, tesoro?

—Teddy Armstrong —respondió el pequeño benefactor—. Pero papá siempre me llama Muchachito. Soy lo único que tiene, saben. Papá me quiere mucho y yo le quiero mucho a él. Sé que piensan que mi papá es muy descortés porque les dio con la puerta en las narices, pero no fue su intención ofenderlos. Oí que pedían algo para comer.

«No, pero no importa», pensó Ana.

—Estaba en el jardín, detrás de las plantas, así que pensé en traerles mi pastel porque siempre siento mucha pena por los pobres que no tienen suficiente comida. Mi papá es un excelente cocinero. Tendrían que ver los budines de arroz que prepara.

—¿Con pasas de uva? —preguntó Lewis, con ojos chispeantes.

—Muchísimas. Mi papá no es malo.

—¿No tienes mamá, tesoro? —preguntó Ana.

—No. Mi mamá murió. La señora Merrill una vez me dijo que se había ido al cielo, pero mi papá dice que ese lugar no existe, y él entiende de esas cosas. Mi papá es muy sabio. Ha leído miles de libros. Cuando sea grande, seré exactamente igual a él… pero le daré comida a la gente cuando me pidan. A mi papá no le gusta demasiado la gente, saben, pero es muy bueno conmigo.

—¿Vas a la escuela? —quiso saber Lewis.

—No. Mi papá me da lecciones en casa. Pero los del Consejo Escolar le dijeron que el próximo año tendré que ir. Me gustaría ir a la escuela y jugar con otros niños. Claro, tengo a Carlo, y papá es estupendo para los juegos cuando tiene tiempo. Mi papá es un hombre muy ocupado, saben. Tiene que llevar la granja y mantener limpia la casa. Por eso no le gusta que venga gente… Cuando sea grande, podré ayudarlo mucho y entonces tendrá más tiempo para ser amable con las personas.

—Ese pastel estaba delicioso, Muchachito —le dijo Lewis, tragando la última miga.

Los ojos del Muchachito brillaron.

—Me alegro tanto de que les haya gustado —dijo.

—¿Te gustaría que te tomásemos una fotografía? —preguntó Ana,

sintiendo que no sería correcto ofrecer dinero a ese corazón generoso—. Si quieres, Lewis puede hacértela.

—¡Pues claro! —exclamó el niño, encantado—. ¿Con Carlo, también?

—Desde luego, con Carlo también.

Ana los hizo posar delante de unos arbustos; el niño tenía un brazo alrededor del cuello de su peludo compañero; ambos parecían muy contentos. Lewis tomó la fotografía con la última placa.

—Si sale bien, te la enviaré por correo —prometió—. ¿Qué dirección tendré que poner?

—Teddy Armstrong, a cuidado del señor James Armstrong, Glencove Road —dijo el Muchachito—. ¡Qué divertido será recibir algo por el correo! Me siento muy orgulloso. No le diré nada a papá y le daré una estupenda sorpresa.

—De acuerdo. Recibirás el paquete dentro de dos o tres semanas —dijo Lewis, mientras se despedían.

Ana se inclinó de pronto y besó la carita bronceada. Había algo en él que le tironeaba el corazón. Era tan dulce, tan valiente… ¡tan desamparado sin su madre!

Se volvieron para mirarlo antes de tomar una curva y lo vieron de pie sobre el dique, junto al perro, saludándolos con la mano. Como era de esperar, Rebecca Dew estaba enterada de todo lo referente a los Armstrong.

—James Armstrong nunca se recuperó de la muerte de su esposa, hace cinco años —le contó a Ana—. No era tan hosco antes de eso, aunque sí algo ermitaño. Es su naturaleza. Vivía dedicado a su esposa; ella era veinte años menor que él. Su muerte fue un golpe terrible, al parecer. Se convirtió en un hombre amargado y malhumorado. No quiso ni siquiera buscar un ama de llaves… cuidaba él solo de la casa y del niño. Vivió solo durante años antes de casarse, de manera que tenía experiencia.

—Pero no es vida para el niño —acotó la tía Chatty—. El padre nunca lo lleva a la iglesia ni a ninguna parte para que vea gente.

—Adora al chico, según dicen —dijo la tía Kate.

—«No antepondrás ningún otro dios a mí» —citó Rebecca Dew repentinamente.

Pasaron casi tres semanas antes que Lewis tuviera tiempo de revelar las fotografías. El primer domingo que fue a cenar a Álamos Ventosos, las llevó consigo. Tanto la casa como el Muchachito habían salido espléndidamente. El Muchachito sonreía desde la fotografía «tan real como la vida» según Rebecca Dew.

—¡Pero mira, se parece mucho a ti, Lewis! —exclamó Ana.

—Sí, es cierto —asintió Rebecca Dew, escudriñando la fotografía con aire juicioso—. En cuanto la vi, me hizo pensar en alguien, pero no podía decir quién.

—Los ojos… la frente… la expresión… son los tuyos, Lewis —declaró Ana.

—Cuesta creer que haya sido un niño tan bonito —dijo Lewis, encogiéndose de hombros—. Tengo una fotografía mía en alguna parte, tomada cuando tenía ocho años. La buscaré y las compararé. Le daría risa verla, señorita Shirley. Estoy muy serio, con rizos largos y cuello de encaje, tieso como una vara. Supongo que debo de tener la cabeza apretada dentro de uno de esos aparatos con tres garras que solían usar. Si el niño de esta fotografía se parece a mí, debe de ser solamente una coincidencia. El Muchachito no puede ser pariente mío. No tengo parientes en la Isla… ahora.

—¿Dónde naciste? —quiso saber la tía Kate.

—En New Brunswick. Mi padre y mi madre murieron cuando tenía diez años, y vine aquí a vivir con una prima de mi madre… yo la llamaba tía Ida. Murió, también, hace cosa de tres años.

—Jim Armstrong vino de New Brunswick —dijo Rebecca Dew—. No es un verdadero isleño… de serlo, no tendría ese carácter tan espantoso. Tenemos nuestras peculiaridades, pero somos civilizados.

—No sé si me gustaría descubrir un parentesco con el amable señor Armstrong —rio Lewis, mientras atacaba las tostadas con canela de la tía Chatty—. De todos modos, creo que cuando tenga la fotografía terminada y montada la llevaré yo mismo a Glencove Road e investigaré un poco. Tal vez sea un primo lejano, o algo así. En realidad, no sé nada de la familia de mi madre, si es que tiene parientes con vida. Siempre tuve la impresión de que no tenía. De mi padre, estoy seguro de que no quedan familiares.

—Si llevas la fotografía tú mismo, ¿no se desilusionará el Muchachito por no tener la emoción de recibirla por correo? —dijo Ana.

—Lo compensaré enviándole alguna otra cosa.

La tarde del sábado siguiente, Lewis apareció por la Calle del Fantasma conduciendo un carro anticuado, tirado por una yegua todavía más añeja.

—Voy a Glencove a llevarle la fotografía al pequeño Teddy Armstrong, señorita Shirley. Si mi elegante carruaje no le provoca un paro cardíaco, me gustaría que viniera, también. Creo que no perderemos ninguna rueda.

—¿De dónde sacaste esa reliquia, Lewis? —quiso saber Rebecca Dew.

—No se burle de mi gallardo corcel, señorita Dew. Tenga un poco de respeto por la edad. El señor Bender me prestó carro y caballo con la condición de que le hiciera una diligencia por el camino Dawlish. Hoy no tenía tiempo de caminar hasta Glencove y volver.

—¡Tiempo! —exclamó Rebecca Dew—. ¡Podrías llegar allí y volver más rápido que esa yegua!

—¿Y traerle una bolsa de patatas al señor Bender? ¡Qué maravilla de mujer!

Las mejillas rubicundas de Rebecca Dew se sonrojaron aún más.

—No está bien burlarse de los mayores —replicó, altanera. Luego, se ablandó—: ¿Te vendrían bien unas rosquillas, antes de salir?

La yegua tordilla, sin embargo, desarrolló sorprendentes poderes de locomoción cuando enfilaron el camino. Ana reía para sus adentros mientras trotaban hacia Glencove. ¿Qué dirían la señora Gardiner o la tía Jamesina si la vieran ahora? No le importaba. Era un magnífico día para un paseo por esa tierra que celebraba el ritual del otoño, y Lewis era un buen compañero. El muchacho alcanzaría sus objetivos. Ningún otro conocido suyo, pensó Ana, se atrevería a invitarla a pasear en el carro de Bender detrás de la yegua de Bender. Pero a Lewis en ningún momento se le ocurrió que podía tener algo de particular. ¿Qué diferencia había en el modo de viajar siempre y cuando se llegara a destino? Cualquiera fuera el vehículo utilizado, las colinas no dejaban de ser azules, los caminos, rojos, y los arces, bellísimos. Lewis era un filósofo y se preocupaba tan poco por lo que pudiera decir la gente, como cuando algunos de los alumnos de la secundaria le decían «mujercita» porque hacía las tareas domésticas de la pensión. Algún día, la risa estaría del otro lado. Sus bolsillos podían estar vacíos, pero su cabeza no, por cierto. Mientras tanto, la tarde era preciosa y verían otra vez al Muchachito. Le contaron al cuñado del señor Bender adónde se dirigían, cuando éste cargó la bolsa de patatas en la parte posterior del carro.

—¿Estás diciéndome que tienes una fotografía del pequeño Teddy Armstrong? —exclamó el señor Merrill.

—Sí, y muy buena, además. —Lewis la desenvolvió y se la mostró con

orgullo—. Ni un fotógrafo profesional hubiera podido tomar una mejor.

El señor Merrill se palmeó una pierna con fuerza.

—Vaya, es increíble. El pequeño Teddy Armstrong ha muerto…

—¡Muerto! —exclamó Ana, horrorizada—. Ay, señor Merrill… no… no me diga eso… un niño tan adorable…

—Lo siento, señorita, pero es un hecho. Y su padre está enloquecido y se siente todavía peor porque no tiene ninguna fotografía ni retrato de él. ¡Y ahora aparecen ustedes con una! Vaya…

—Parece imposible… —dijo Ana, con los ojos llenos de lágrimas. Estaba viendo a la pequeña figura saludando desde el dique.

—Lamento decir que es verdad. Murió hace casi tres semanas. Neumonía. Sufrió mucho, pero dicen que se mostró paciente y valeroso como el que más. No sé qué será de Jim Armstrong, ahora. Tengo entendido que parece haber perdido la razón… anda de un lado a otro, murmurando para sí. «Si al menos tuviera una fotografía de mi Muchachito», no para de decir.

—Ese hombre me da pena —dijo la señora Merrill de pronto. No había hablado hasta el momento; estaba de pie junto a su marido, una mujer demacrada, fornida, con un delantal por encima del viejo vestido—. Está en buena situación económica y siempre me pareció que nos miraba con desdén porque éramos pobres. Pero tenemos a nuestro hijo… y no importa lo pobre que se es, siempre y cuando se tenga alguien a quien amar.

Ana la miró con nuevo respeto. La señora Merrill no era atractiva, pero cuando sus hundidos ojos grises se toparon con los de Ana, ambas reconocieron cierta afinidad entre ellas. Ana nunca la había visto antes, ni la volvería a ver, pero siempre la recordaría como una mujer que había descubierto el secreto último de la vida. Nunca se era pobre mientras se tuviera alguien a quien amar.

El día dorado quedó arruinado para Ana. De algún modo, el Muchachito le había conquistado el corazón en aquel breve encuentro. Lewis y ella se dirigieron en silencio a Glencove Road y luego recorrieron el sendero cubierto de hierba. Carlo estaba tendido sobre las piedras, delante de la puerta azul. Se levantó y se acercó a ellos mientras descendían del carro; lamió la mano de Ana y la miró con ojos tristes, como pidiéndole noticias de su compañerito de juegos. La puerta estaba abierta; en la habitación en penumbra, vieron a un hombre con la cabeza inclinada sobre la mesa.

Cuando Ana llamó, el hombre se levantó y fue hacia la puerta. Ella se horrorizó al ver lo cambiado que estaba. Tenía las mejillas hundidas, estaba macilento y sin afeitar; los ojos hundidos ardían con un fuego enfermizo.

Ana esperaba que los rechazara, pero él pareció reconocerla, pues dijo, en voz apagada:

—Ha vuelto, ¿eh? El Muchachito me contó que le habló y lo besó. Usted le cayó bien. Lamenté haberlos recibido tan mal aquel día. ¿Qué desean?

—Queremos enseñarle algo —dijo Ana con suavidad.

—¿Quieren pasar y sentarse? —preguntó, sombrío.

Sin decir una palabra, Lewis sacó la fotografía del Muchachito de su envoltorio y se la alcanzó. Él se la arrebató de la mano, la devoró con la mirada y luego se dejó caer en la silla y estalló en llanto y sollozos. Ana nunca había visto llorar así a un hombre. Lewis y ella permanecieron en piadoso silencio hasta que él recuperó la compostura.

—No saben lo que significa esto para mí —pudo decir por fin—. No tenía fotografías de él. Y no soy como otras personas… no recuerdo las caras… no puedo ver las caras en la mente, como otra gente. Ha sido terrible para mí no poder recordar el aspecto del Muchachito. Y ahora me han traído esto, después que fui tan grosero con ustedes. Siéntense… siéntense. Ojalá pudiera expresar mi gratitud de alguna forma. Creo que me han salvado la razón… y hasta la vida. Ay, señorita, ¿no está igual a como era? Si hasta parece que fuera a hablar. ¡Mi Muchachito querido! ¿Cómo podré vivir sin él? Ya no tengo motivos para vivir. Primero su madre… ahora él.

—Era un niño adorable —dijo Ana con ternura.

—Sí, lo era. El pequeño Teddy… Theodore, lo llamó su madre… dijo que era su «regalo de Dios». Y tuvo tanta paciencia, en ningún momento se quejó. En una oportunidad, me sonrió y dijo: «Papi, creo que te has equivocado en algo… solamente en una cosa. ¿Hay un cielo, no es así, papi?». Y le dije que sí, que el cielo existía. Que Dios me perdone por haber tratado de enseñarle otra cosa. Me sonrió de nuevo, contento, y dijo: «Papi, iré allí y estarán mamá y Dios, de manera que me las arreglaré muy bien. Pero me preocupas tú. Estarás tan solo sin mí. Pero haz lo mejor que puedas y sé amable con la gente, y con el tiempo te reunirás con nosotros». Me hizo prometer que lo intentaría, pero cuando se fue no pude soportarlo. Me hubiera vuelto loco, si no me hubiesen traído esto. Ahora ya no será tan duro.

Habló de su Muchachito durante un tiempo, como si encontrara alivio y placer al hacerlo. Parecía haberse deshecho de su reserva y frialdad como de una prenda. Finalmente, Lewis extrajo la pequeña y descolorida fotografía de sí mismo, y se la mostró.

—¿Le resulta parecido a alguien, señor Armstrong? —preguntó Ana.

El señor Armstrong la escudriñó, desconcertado.

—Al Muchachito, por todos los cielos —dijo por fin—. ¿Quién podría ser?

—Yo, cuando tenía siete años —dijo Lewis—. Fue por el curioso parecido con Teddy por lo que la señorita Shirley me hizo traerla para mostrársela a usted. Pensé que tal vez usted y yo, o el Muchachito y yo pudiéramos ser parientes lejanos. Mi… nombre es Lewis Allen; mi padre era George Allen. Nací en New Brunswick.

James Armstrong sacudió la cabeza. Luego dijo:

—¿Cómo se llamaba tu madre?

—Mary Gardiner.

James Armstrong se quedó mirándolo en silencio.

—Era mi medio hermana —dijo, por fin—. Casi no la conocí… la vi solamente una vez. Me crie en la casa de un tío después de la muerte de mi padre. Mi madre volvió a casarse y se fue lejos. Una vez vino a verme y trajo a su hijita. Ella murió poco tiempo después y nunca volví a ver a mi hermanastra. Cuando vine a vivir a la isla, le perdí el rastro por completo. Eres mi sobrino y primo del Muchachito.

Ésta era una noticia sorprendente para un joven que se había creído solo en el mundo. Lewis y Ana pasaron toda la tarde con el señor Armstrong y descubrieron que era un hombre inteligente y culto. A ambos les resultaba agradable. La frialdad con que los había recibido la primera vez quedó olvidada, y ahora pudieron ver el verdadero valor de la personalidad que se ocultaba bajo el caparazón de rudeza.

—El Muchachito no lo habría querido tanto, si no hubiese sido así —dijo Ana a Lewis cuando volvían a Álamos Ventosos al anochecer.

A la semana siguiente, cuando Lewis Allen fue a visitar a su tío, éste le dijo:

—Muchacho, ven a vivir conmigo. Eres mi sobrino y puedo ocuparme de ti… como lo habría hecho con el Muchachito. Estás solo en el mundo, como yo. Te necesito. Volveré a ponerme resentido y agrio, si me quedo aquí solo. Quiero que me ayudes a cumplir la promesa que le hice a mi Muchachito. Su lugar ha quedado vacío. Ven y llénalo.

—Gracias, tío. Lo intentaré —dijo Lewis, estrechándole la mano.

—Y trae a esa maestra tuya de tanto en tanto. Me gusta esa chica. Al Muchachito le agradaba. «Papi», me dijo, «siempre creí que no me gustaría que nadie me bese, salvo tú, pero me gustó que ella lo hiciera. Había algo en sus ojos, papi».

4

—El viejo termómetro del porche marca cero, y el nuevo que está junto a la puerta lateral marca diez sobre cero —comentó Ana, una fría noche de diciembre—. Así que no sé si llevar o no el manguito.

—Mejor guíese por el termómetro viejo —sugirió Rebecca Dew con cautela—. Debe de estar más acostumbrado a nuestro clima. ¿Adónde piensa ir con este frío, de todos modos?

—A Temple Street, a invitar a Katherine Brooke a pasar las vacaciones de Navidad conmigo, en Tejas Verdes.

—Se arruinará las vacaciones, entonces —declaró Rebecca Dew en tono solemne—. Ésa sí que trataría mal hasta a los ángeles… es decir, si se dignara a entrar en el cielo. Y lo peor es que está orgullosa de sus malos modales… ¡cree que demuestran su fortaleza de mente, sin duda!

—Mi cerebro está totalmente de acuerdo con usted, pero mi corazón, no —dijo Ana—. Siento que, a pesar de todo, Katherine Brooke no es más que una muchacha tímida y triste debajo de ese caparazón desagradable. No llego a nada con ella en Summerside, pero si puedo hacerla ir a Tejas Verdes, creo que el hielo se derretirá.

—No lo logrará. Ella no irá —predijo Rebecca Dew—. Es probable que considere ofensiva la invitación… creerá que le ofrece caridad. Nosotras la invitamos aquí una vez a la cena de Navidad… el año antes de que usted llegara… ¿recuerda, señora MacComber? Fue el año que nos regalaron dos pavos y no sabíamos cómo hacer para comerlos…, y lo único que dijo fue: «No, gracias. Si hay algo que detesto, es la palabra Navidad».

—¡Pero eso es terrible! ¡Odiar la Navidad! ¡Hay que hacer algo, Rebecca Dew! Voy a invitarla, y algo me dice que aceptará.

—No sé por qué —declaró Rebecca Dew de mala gana—, cuando usted dice que algo sucederá, una cree que así será. ¿No es vidente, verdad? La madre del capitán MacComber tenía el don de la videncia. Me daba escalofríos.

—No creo que tenga nada que pueda darle escalofríos. Es sólo que… hace tiempo que tengo la sensación de que Katherine Brooke está casi enloquecida de soledad bajo esa capa externa de amargura, y mi invitación llegará en el momento psicológico justo, Rebecca Dew.

—No soy Licenciada en Filosofía y Letras —dijo Rebecca con impresionante humildad— y no le niego el derecho de utilizar palabras que no

siempre entiendo. Tampoco niego que hace lo que quiere con la gente. Mire cómo conquistó a los Pringle. Pero sí digo que la compadezco, si se lleva a esa mezcla de témpano y rallador a su casa para Navidad.

Mientras caminaba hacia Temple Street, Ana no sentía tanta confianza como fingía. Katherine Brooke realmente había estado insoportable últimamente. Una y otra vez, Ana, desairada, había dicho con furia, como el cuervo de Poe: «Nunca más». El día anterior, Katherine, en una reunión de maestros, había estado decididamente ofensiva. Pero en un momento en que bajó la guardia, Ana había visto algo en los ojos de la muchacha… algo intenso, desesperado, algo de criatura enjaulada enloquecida de disconformidad. Ana pasó la primera mitad de la noche tratando de decidir si debía o no invitar a Katherine Brooke a Tejas Verdes. Terminó por dormirse con la decisión tomada de modo irrevocable.

La casera de Katherine hizo pasar a Ana a la salita y encogió los hombros carnosos cuando ella preguntó por la señorita Brooke.

—Le diré que está aquí, pero no sé si bajará. Está de mal humor. Le dije durante la cena que la señora Rawlins dice que es un escándalo la forma en que se viste, como maestra de la escuela secundaria. Lo tomó muy mal, como de costumbre.

—Pienso que no debería haberle dicho eso a la señorita Brooke —la reprochó Ana.

—Pues me pareció que debería saberlo —replicó la señora Dennis con un dejo de malicia.

—¿También le pareció que debería saber que el inspector dijo que era una de las mejores maestras del distrito? —preguntó Ana—. ¿O acaso no lo sabía?

—Sí, lo oí. Pero ya es lo bastante orgullosa como para empeorarla. Con la palabra «orgullosa» no alcanza, aunque de qué está orgullosa, no sé. Además, ya se había enfadado cuando le dije que no podía tener un perro. Se le metió la idea en la cabeza de que quería un perro. Dijo que le pagaría la comida y se encargaría de que no molestara. ¿Pero qué haría yo con el perro, mientras ella está en la escuela? Me puse firme. «No acepto perros en la pensión», dije.

—Ay, señora Dennis, ¿por qué no le permite tenerlo? No sería tanta molestia para usted. Podría ponerlo en el sótano mientras ella no está. Y un perro le serviría de protección para la noche. Dígale que sí, señora Dennis, por favor.

Siempre había algo en los ojos de Ana Shirley, cuando decía «por favor», que a la gente le resultaba difícil de resistir. La señora Dennis, a pesar de los hombros regordetes y la lengua maliciosa, no era mala, en el fondo. Katherine

Brooke la sacaba de quicio, a veces, con sus modales altaneros.

—No sé por qué tendría que preocuparle tanto a usted que tenga o no un perro. No sabía que fuesen tan amigas. Ella no tiene amigos. Nunca tuve una pensionista tan poco sociable.

—Creo que por eso quiere un perro, señora Dennis. Ninguno de nosotros puede vivir sin compañía.

—Pues es el primer rasgo humano que le he notado —afirmó la señora Dennis—. No sé si tengo objeciones terribles en cuanto a un perro, pero me fastidió la forma en que me lo preguntó: «Supongo que diría que no, si le pidiera permiso para tener un perro, señora Dennis», me dijo, muy altiva. ¡Ajá! «Pues supone muy bien», le respondí, tan altiva como ella. No me gusta echarme atrás, como a nadie, pero si quiere, dígale que puede tener un perro, si me garantiza que no hará sus necesidades en la sala.

Ana pensó que la sala no desmejoraría demasiado si el perro ensuciaba allí. Echó una mirada a las sucias cortinas de encaje y a las horribles rosas violetas de la alfombra, y se estremeció.

«Compadezco a cualquiera que tenga que pasar Navidad en una pensión como ésta», pensó. «No me extraña que Katherine deteste la palabra Navidad. Me gustaría ventilar bien este lugar… huele a cientos de cenas. ¿Por qué Katherine sigue hospedándose aquí, si tiene un buen sueldo?».

—Dice que puede subir —fue el mensaje que trajo de vuelta la señora Dennis, pues la señorita Brooke había sido fiel a sí misma.

La escalera empinada y estrecha era repelente. Rechazaba a las personas. Nadie la subiría, si no fuese absolutamente necesario. El linóleo del corredor estaba gastado y roto. El diminuto dormitorio de atrás, donde Ana se encontró al cabo de unos minutos, era aún más lúgubre que la sala. Estaba iluminado por una única lámpara de gas, sin pantalla. Había una cama de hierro hundida en el medio y una ventanita estrecha, con cortinas mezquinas que daba a un jardín trasero sembrado de latas. Pero más allá, se veía un cielo maravilloso y una hilera de álamos delineados contra las colinas distantes, violetas.

—Ay, señorita Brooke, mire esa puesta de sol —exclamó Ana, extasiada, desde la desvencijada mecedora sin almohadón donde Katherine le había dicho que se sentara.

—He visto muchas puestas de sol —dijo esta última con frialdad, sin moverse de su lugar.

«Haciéndose la condescendiente conmigo», pensó amargamente.

—Pero no ha visto ésta. No hay dos que sean iguales. Siéntese aquí y dejemos que nos penetre el alma —dijo Ana, mientras pensaba: «¿Alguna vez

dirá algo agradable?».

—No sea ridícula, por favor.

¡Nada más ofensivo! Y dicho en tono de desdén, además. Ana dejó de contemplar la puesta de sol y miró a Katherine; sentía deseos de levantarse e irse. Pero había algo raro en los ojos de Katherine. ¿Habría estado llorando? Imposible. No se podía imaginar a Katherine Brooke llorando.

—No me hace sentir muy bienvenida —dijo Ana, despacio.

—No sé fingir… no tengo su notable don de hacerse la reina y decir a cada uno la palabra adecuada. No es bienvenida. ¿Cómo se puede dar la bienvenida a alguien en una habitación como ésta?

Katherine hizo un gesto de desprecio que abarcaba las despintadas paredes, las sillas viejas y la cómoda destartalada con la carpeta de muselina arrugada.

—No es una habitación bonita pero ¿por qué se queda aquí si no le gusta?

—¿Por qué? Usted no lo entendería. No tiene importancia. No me importa lo que pueda pensar. ¿Qué la trajo por aquí? Supongo que no habrá venido a contemplar el crepúsculo.

—Vine a invitarla a pasar las vacaciones de Navidad en Tejas Verdes, conmigo.

«Ahora», pensó Ana, «otra bocanada de sarcasmo. ¿Por qué no se sienta, al menos? Se queda de pie, como esperando a que me vaya».

Pero hubo silencio durante un momento. Luego, Katherine dijo lentamente:

—¿Por qué me invita? No es porque yo le agrade; ni siquiera usted podría fingir eso.

—Porque no puedo soportar la idea de que un ser humano pase la Navidad en un sitio como éste —respondió Ana con franqueza.

Entonces llegó el sarcasmo.

—Ah, comprendo. Un arrebato de caridad navideña. No soy candidata para eso todavía, señorita Shirley.

Ana se levantó. Había perdido la paciencia con esta criatura extraña y distante. Atravesó la habitación y miró a Katherine a los ojos.

—Katherine Brooke, no sé si lo sabe, pero lo que usted necesita es una buena paliza.

Se quedaron mirándose un instante.

—Debe de haber sido un alivio para usted decirme eso —dijo Katherine.

Pero ya no había sarcasmo en su voz. Hasta un atisbo de sonrisa le curvaba la boca.

—Lo es —declaró Ana—. Hace tiempo que quería decírselo. No la invité a Tejas Verdes por caridad… lo sabe perfectamente bien. Le dije mi verdadero motivo. Nadie tendría que pasar la Navidad aquí… la sola idea resulta indecente.

—Me invita nada más que porque me tiene lástima.

—Sí, le tengo lástima. Porque ha dejado fuera la vida y ahora la vida la está dejando fuera a usted. Basta, Katherine. Abra sus puertas a la vida… y la vida entrará.

—La versión Ana Shirley del trillado dicho: «Si acercas una cara sonriente al espejo, encontrarás una sonrisa» —dijo Katherine, encogiéndose de hombros.

—Como todos los dichos trillados, es absolutamente cierto. Bien, ¿viene a Tejas Verdes o no?

—¿Qué diría si aceptase… para sus adentros, no en voz alta?

—Diría que muestra el primer atisbo de sentido común desde que la conozco —replicó Ana.

Ante la sorpresa de Ana, Katherine rio. Caminó hasta la ventana, dirigió una mirada torva al rayo carmesí que era lo único que quedaba de la desairada puesta de sol, y luego se volvió.

—Muy bien… iré. Ahora puede decirme que está encantada y que nos divertiremos mucho.

—Estoy encantada, sí. Pero no sé si usted se divertirá o no. Dependerá de usted, señorita Brooke.

—Me comportaré como es debido, no tema. Se sorprenderá. Podré no ser una invitada alegre, pero prometo no comer con el cuchillo ni ofender a la gente cuando me digan que es un día precioso. Seré franca con usted: el único motivo por el que voy es porque ni siquiera yo soporto la idea de pasar las fiestas aquí, sola. La señora Dennis se irá a Charlottetown a pasarlas con su hija. Me aburre pensar en prepararme la comida. Soy una pésima cocinera. Ahí tiene el triunfo de la materia sobre la mente. Pero ¿me dará su palabra de honor de que no me deseará una feliz Navidad? Sencillamente, no quiero sentirme feliz en Navidad.

—No lo haré. Pero no puedo ofrecer garantías por los mellizos.

—No voy a pedirle que se siente aquí… se congelaría, pero veo que hay una bonita luna en lugar de su puesta de sol. La acompañaré hasta su casa y la

ayudaré a admirarla, si quiere.

—Sí, quiero —respondió Ana—, pero permítame dejar grabado en su mente que tenemos lunas mucho mejores en Avonlea.

—¿De modo que irá, eh? —dijo Rebecca Dew mientras llenaba la botella de agua caliente de Ana—. Bien, señorita Shirley, espero que nunca trate de convencerme de que me convierta en mahometana… porque temo que lo lograría. ¿Dónde está «ese gato»? De juerga por Summerside, con la temperatura a cero.

—No, si le creemos al termómetro nuevo. Y Dusty Miller está acurrucado sobre la mecedora junto a la estufa, en mi cuarto, roncando, feliz.

—Ah, bien, entonces —dijo Rebecca Dew. Se estremeció y cerró la puerta de la cocina.

—Ojalá todos en el mundo estuvieran tan abrigados y protegidos como nosotras, esta noche.

5

Ana no sabía que una melancólica Elizabeth observaba desde una de las buhardillas de Siempreverde mientras ella se alejaba de Álamos Ventosos… una Elizabeth con lágrimas en los ojos, que sentía que todo lo que hacía que la vida valiera la pena de ser vivida se alejaba de ella por un tiempo, convirtiéndola en la más Lizzie de las Lizzies. Pero cuando el trineo desapareció de su vista por la esquina de la Calle del Fantasma, Elizabeth fue a arrodillarse junto a su cama.

—Querido Dios —susurró—. Sé que no tiene sentido pedirte una feliz Navidad para mí, porque abuela y la «mujer» no parecen muy felices pero, por favor, haz que mi querida señorita Shirley tenga una muy, muy feliz Navidad, y tráemela de vuelta sana y salva cuando hayan terminado las vacaciones.

»Bien —dijo, al tiempo que se levantaba—. He hecho todo lo que estaba a mi alcance.

Ana ya estaba saboreando la alegría navideña. Resplandecía cuando el tren partió de la estación. Las feas calles iban quedando atrás… iba camino a casa… a Tejas Verdes. Fuera, en el campo, el mundo era blanco dorado y violeta claro, entretejido aquí y allá con la magia oscura de los abetos y la desnuda delicadeza de los abedules. El sol, bajo detrás de los bosques pelados, parecía correr entre los árboles como un dios espléndido, a medida que el tren avanzaba. Katherine estaba en silencio, pero no parecía ofuscada.

—No espere que me ponga a conversar —le había advertido secamente a Ana.

—No. Espero que no piense que soy una de esas horribles personas que le hacen sentir que hay que hablarles todo el tiempo. Hablaremos cuando tengamos ganas. Admito que es probable que tenga ganas de hablar gran parte del tiempo, pero no tiene obligación de prestarme atención alguna.

Davy las esperaba en Bright River con un gran trineo de dos asientos cargado de mantas de piel… y un fuerte abrazo para Ana. Las dos muchachas se apretujaron en el asiento trasero. El viaje desde la estación hasta Tejas Verdes siempre había sido una parte muy agradable de los fines de semana que Ana pasaba en casa. Siempre recordaba su primer viaje desde Bright River, con Matthew. Había sido en primavera, y ahora era diciembre, pero a lo largo del camino, todo parecía decirle: «¿Recuerdas? ¿Recuerdas?». La nieve crujía bajo el trineo; la música de las campanillas tintineaba por entre las hileras de pinos puntiagudos, cargados de nieve. La Vía Láctea de Alegría estaba festoneada de estrellas enredadas en los árboles. Y desde la penúltima colina, vieron el gran golfo, blanco y místico bajo la luna, pero todavía sin hielo.

—Hay un punto del camino donde siempre siento que he llegado a casa —dijo Ana—. Es en la cima de la próxima colina, desde donde veremos las luces de Tejas Verdes. Estoy pensando en la cena que tendrá lista Marilla para nosotras. Ya me parece que puedo olerla. Ay, ¡qué bonito es estar en casa otra vez!

En Tejas Verdes, cada uno de los árboles del jardín parecía darle la bienvenida… todas las ventanas iluminadas la llamaban. ¡Y qué aroma delicioso había en la cocina de Marilla cuando abrieron la puerta! Hubo abrazos, exclamaciones y risas. Hasta Katherine parecía, no una desconocida, sino un miembro de la familia. La señora Rachel Lynde había colocado su preciada lámpara sobre la mesa y la había encendido. En realidad, era un artefacto horrendo, con un espantoso globo rojo, pero ¡qué agradable luz rosada arrojaba! ¡Cuán acogedoras y amistosas eran las sombras! ¡Qué bonita se estaba poniendo Dora! Y Davy parecía casi un hombre.

Había novedades que contar. Diana tenía una hijita… Josie Pye tenía novio… y Charlie Sloane, al parecer, estaba comprometido. Todo era tan emocionante como si fueran noticias del imperio. La nueva colcha de retazos de la señora Lynde, recién terminada, hecha con cinco mil pedazos, estaba en exhibición y recibió las debidas alabanzas.

—Cuando vuelves a casa, Ana —dijo Davy—, todo parece cobrar vida.

—Ah, así debería ser la vida —ronroneó el gatito de Dora.

—Nunca pude resistirme a la seducción de una noche de luna —dijo Ana

después de la cena—. ¿Qué le parecería un paseo con zapatos para nieve, señorita Brooke? Creo haber oído que sabe usarlos.

—Sí… es lo único que sé hacer… pero hace seis años que no lo hago —dijo Katherine, encogiéndose de hombros.

Ana buscó sus zapatos en el desván y Davy corrió a Orchard Slope a pedir prestado un viejo par perteneciente a Diana, para Katherine. Tiraron por el sendero de los Enamorados, lleno de hermosas sombras de árboles y cruzaron praderas donde pequeños pinos bordeaban las cercas; luego se adentraron en bosques que parecían a punto de susurrar sus secretos, pero nunca lo hacían, y atravesaron claros como estanques de plata.

No hablaban ni sentían necesidad de hacerlo. Era como si temieran hablar por temor a arruinar algo hermoso. Pero Ana nunca se había sentido tan cerca de Katherine Brooke. Por alguna magia propia, la noche invernal las había unido… casi, no del todo.

Cuando salieron al camino principal y un trineo pasó como un rayo, haciendo sonar campanillas y risas, las dos muchachas dejaron escapar un suspiro involuntario. Ambas tenían la impresión de que dejaban atrás un mundo que no tenía nada en común con aquel al cual volvían… un mundo donde el tiempo no existía, un mundo con juventud eterna, donde las almas estaban en comunión mutua en un medio que no necesitaba palabras.

—Ha sido maravilloso —dijo Katherine, en voz tan baja, que Ana no se atrevió a responder.

Bajaron por el camino y subieron por el sendero de Tejas Verdes, pero justo antes de llegar al portón, se detuvieron, movidas por un mismo impulso, y se quedaron en silencio, apoyadas contra la cerca mohosa, contemplando la casona maternal que se veía a través del velo de árboles. ¡Qué hermosa era en una noche invernal!

Más abajo, el Lago de las Aguas Refulgentes estaba atrapado bajo el hielo, con sombras en las orillas. Por todos lados había silencio, quebrado por el ruido de un caballo sobre el puente. Ana sonrió al recordar con cuánta frecuencia había oído ese ruido, tendida en su cama del piso alto, imaginando que era el galope de caballos pertenecientes a hadas.

De pronto, otro ruido quebró el silencio.

—¡Katherine! No estarás… ¡no me digas que estás llorando!

Era imposible pensar en Katherine llorando. Pero lloraba. Y sus lágrimas la volvían humana. Ana ya no se sintió amedrentada.

—Katherine… Katherine, querida… ¿qué sucede? ¿Puedo ayudarte?

—Ay… ¡es que no puedes entender! —sollozó Katherine—. Las cosas siempre han sido fáciles para ti. Pareces vivir en un círculo mágico de belleza y romance. «Me pregunto qué encantador descubrimiento haré hoy». Ésa parece ser tu actitud hacia la vida, Ana. En cuanto a mí, he olvidado cómo vivir… no, nunca supe vivir. Soy… soy como una criatura atrapada. No puedo salir… y es como si alguien siempre estuviera atizándome con palos por entre las rejas. Y tú… tú tienes más felicidad de la que puedes necesitar… amigos por todas partes… ¡un novio! Yo odio a los hombres, pero si muriera esta noche, nadie me echaría de menos. ¿Cómo te sentirías sin ningún amigo en el mundo? —La voz de Katherine se quebró en otro sollozo.

—Katherine, dices que te gusta la franqueza, de manera que seré franca. Si careces de amigos, como dices, es por culpa tuya. He querido ser amiga tuya, pero eras como un erizo.

—Lo sé… lo sé. ¡Cómo te odié cuando llegaste! Presumiendo de tu anillo de perlas…

—¡Katherine! ¡Nunca presumí de mi anillo!

—No, creo que no. Es mi resentimiento. Bueno, pero parecía presumir el solo… aunque en realidad, no te envidiaba el novio; nunca he querido casarme. Ya tuve bastante con mis padres. Detestaba que estuvieras por encima de mí, siendo menor que yo. Me alegraba cuando los Pringle te causaban problemas. Parecías tener todo lo que yo no tenía… encanto, amistades, juventud. ¡Juventud! Yo tuve una juventud de necesidades… no puedes imaginarlo. No sabes lo que es no tener nadie en el mundo que te quiera. ¡Nadie!

—¡Cómo que no lo sé! —exclamó Ana.

En unas pocas frases punzantes, le describió su infancia antes de llegar a Tejas Verdes.

—Me hubiera gustado saberlo —dijo Katherine—. Hubiera significado mucho para mí. Me parecías una muchacha mimada por la suerte. La envidia me ha estado carcomiendo las entrañas. Tenías el puesto que yo quería… Sí, sé que tienes mejores aptitudes que yo, pero, bueno, ahí está. Eres guapa… al menos, haces que la gente crea que eres guapa. Mi primer recuerdo es de alguien que decía: «¡Qué niña más fea!». Entras en una habitación de modo encantador… Sí, recuerdo cómo entraste en la escuela aquella primera mañana. Pero creo que el verdadero motivo por el que te he odiado tanto es que siempre parecías tener una alegría secreta, como si cada día de la vida fuera una aventura. A pesar de mi odio, había veces en que tenía que admitir que parecías salida de otro planeta.

—Por favor, Katherine, me quitas el aliento con tantas alabanzas. Pero ya

no me odias, ¿verdad? Ahora podemos ser amigas.

—No lo sé… Nunca tuve amigas, mucho menos de edad similar a la mía. No pertenezco a ningún sitio. Creo que no sé ser amiga de nadie. No, ya no te odio. No sé qué siento por ti… debe de ser tu famoso encanto, que comienza a ejercer efecto sobre mí. Sólo sé que siento que me gustaría contarte cómo ha sido mi vida. Nunca lo hubiera hecho si no me hubieras hablado de tu vida antes de llegar a Tejas Verdes. Quiero que comprendas lo que me ha hecho ser como soy. No sé por qué quiero que lo entiendas, pero me parece importante.

—Cuéntame, Katherine, querida. Realmente quiero comprenderte.

—Tú sabes lo que es no ser querida, lo admito, pero no lo que es saber que tus padres no te quieren. Los míos me odiaron desde el momento en que nací o antes… y se odiaban entre ellos. Sí, es cierto. Peleaban sin cesar; peleas tontas, mezquinas, maliciosas. Mi infancia fue una pesadilla. Murieron cuando yo tenía siete años, y fui a vivir con la familia de mi tío Henry. Ellos tampoco me querían. Me despreciaban porque «vivía de su caridad». Recuerdo cada uno de sus desaires. No recuerdo ni una sola palabra amable. Tenía que usar la ropa que descartaban mis primas. Recuerdo un vestido en particular; me hacía parecer un hongo. Y ellas se burlaban cada vez que me lo ponía. Un día me lo arranqué de encima y lo arrojé al fuego. Tenía que usar una gorra horrible para ir a misa durante el invierno. Nunca tuve ni siquiera un perro… y lo deseaba tanto.

»Era estudiosa y deseaba el título de Licenciada, pero, claro, era como desear la luna. No obstante, el tío Henry accedió a permitirme estudiar en Queen's, si yo le devolvía el dinero en cuanto consiguiera un puesto en una escuela. Me pagó alojamiento en una miserable pensión de tercera categoría, donde me dieron un cuartucho sobre la cocina, que era helado en invierno y un horno en verano; siempre olía a comida. ¡Y la ropa que tenía que usar en Queen's! Pero conseguí la licenciatura de maestra y la segunda aula de la Secundaria de Summerside; fue la única vez que tuve suerte. Desde entonces, he estado juntando centavo sobre centavo para devolverle lo gastado al tío Henry… no sólo lo que le costaron mis estudios sino también mi alojamiento en su casa durante todos los años que viví con ellos. Estaba decidida a no deberle un centavo. Por eso me alojaba con la señora Dennis y me vestía con ropa tan fea. Y acabo de terminar de pagarle. Por primera vez en la vida, me siento libre.

»Pero mientras tanto, he desarrollado una personalidad desagradable. Sé que no soy sociable; nunca se me ocurre el comentario adecuado para una situación. Y tengo plena conciencia de que es mi culpa que siempre me pasen por alto en los acontecimientos sociales. He convertido en un arte el ser desagradable. Sé que soy sarcástica y que mis alumnos me consideran una

tirana; me consta que me odian. ¿Crees que no me duele saberlo? Siempre me miran con miedo… odio a la gente que me mira como si me tuviera miedo. Ay, Ana… el odio me consume como una enfermedad. Quiero ser como las otras personas… y ahora nunca podré. Eso es lo que me vuelve tan amarga.

—¡Pero sí que puedes! —exclamó Ana, pasando un brazo por los hombros de Katherine—. Puedes desterrar el odio de tu mente… curarte de él. La vida está comenzando para ti, ahora, puesto que por fin eres libre e independiente. Y nunca se sabe lo que puede haber detrás de la próxima curva en el camino.

—Te he escuchado decirlo antes… y me he reído de tu «curva en el camino». Pero el problema es que no hay curvas en mi camino. Lo veo extenderse delante de mí hasta el horizonte, en interminable monotonía. ¿Te asusta la vida alguna vez, Ana, por su aburrimiento, su mar de gente fría y egoísta? No, claro que no. Tú no tienes que seguir enseñando el resto de tu vida. Y pareces encontrar interesantes a todos, hasta a ese ser redondo y rojizo al que llamas Rebecca Dew.

»La verdad es que odio enseñar… y es lo único que sé hacer. Una maestra es sencillamente esclava del tiempo. Sí, sé que a ti te encanta… no te entiendo. Ana, quiero viajar. Es lo único que he deseado hacer en la vida. Recuerdo el único cuadro que había en mi habitación, en el desván de la casa del tío Henry… un viejo grabado desteñido que habían sacado de alguna otra habitación con desdén. Mostraba unas palmeras alrededor dé un oasis, con una hilera de camellos en la distancia. Me resultaba absolutamente fascinante. Siempre quise viajar y encontrarlo… ver la Cruz del Sur, el Taj Mahal y las columnas de Karnak. Quiero saber, no solamente creer que el mundo es redondo. Y jamás podré hacerlo con un sueldo de maestra. Tendré que seguir hablando toda la vida de las esposas de Enrique VIII y de los recursos inagotables del Imperio.

Ana rio. Ahora podía reír, pues la voz de Katherine había perdido su amargura. Sonaba solamente melancólica e impaciente.

—De todos modos, seremos amigas… y pasaremos diez alegres días aquí para comenzar con nuestra amistad. ¡Siempre quise hacerme amiga tuya, Katherine con K! Desde el principio intuí que debajo de tantas espinas habría algo que haría que ser amiga tuya valiese la pena.

—¿Realmente pensabas eso de mí? Con frecuencia me lo he preguntado. Bien, el leopardo tendrá que intentar sacarse las manchas, si es posible. Quizá lo sea. En esta Tejas Verdes tuya, puedo creer casi cualquier cosa. Es el primer lugar que visito donde me siento como en casa. Me gustaría ser de otra forma… si es que todavía hay tiempo. Hasta ensayare una bonita sonrisa para ese Gilbert tuyo cuando llegue mañana por la noche. He olvidado cómo conversar con hombres, por supuesto, si es que alguna vez lo supe. Sin duda,

me creerá una solterona tonta. Me pregunto si cuando me acueste esta noche, me sentiré furiosa conmigo misma por haberme quitado la máscara y haber dejado que atisbes dentro de mi alma marchita.

—No, nada de eso. Pensarás: «Me alegro de que haya descubierto que soy humana». Nos acurrucaremos bajo las frazadas suaves y calentitas, probablemente con dos bolsas de agua caliente, pues sin duda Marilla y la señora Lynde pondrán una cada una, por temor a que la otra lo olvide. Y te sentirás deliciosamente soñolienta después de esta caminata por la nieve bajo la luna, y cuando quieras darte cuenta, será la mañana y te sentirás como si fueras la primera persona que descubre que el cielo es azul. Y aprenderás a hacer tarta de ciruelas, porque me ayudarás a preparar una para el martes… una bien grande y esponjosa.

El aspecto de Katherine asombró a Ana cuando entraron. Tenía la piel radiante después del paseo por la nieve y el color en las mejillas la cambiaba por completo.

«Sería muy llamativa, si usara los sombreros y vestidos adecuados», reflexionó, tratando de imaginar a Katherine con un sombrero de terciopelo rojo oscuro sobre su pelo negro, recogido sobre los ojos color ámbar. Había visto un sombrero así en una tienda de Summerside. «Tengo que ver qué se puede hacer al respecto».

6

El sábado y el lunes fueron días de alegre actividad en Tejas Verdes. La tarta de ciruelas quedó lista y trajeron el árbol de Navidad. Katherine, Ana, Davy y Dora fueron a buscarlo al bosque… un pino precioso que Ana accedió a cortar nada más que porque estaba en un claro del señor Harrison, que iba a ser arado en la primavera.

Pasearon, recogieron ramas y hojas para coronas y hasta algunos helechos que se mantenían verdes durante todo el invierno, que crecían en una hondonada del bosque. El día se convirtió en la tarde sobre las colinas blancas, y volvieron triunfalmente a Tejas Verdes… para encontrarse con un joven alto, de ojos castaños y una sombra de bigotes que lo hacían parecer tan adulto, que por un momento Ana dudó de que fuera Gilbert.

Katherine, con una sonrisa que intentó ser sarcástica sin lograrlo, los dejó en la sala y jugó con los mellizos en la cocina. Asombrada, descubrió que se divertía. Y qué agradable fue bajar al sótano con Davy y descubrir que todavía quedaban en el mundo cosas como manzanas almibaradas. Katherine nunca

había estado antes en un sótano de casa de campo y no sabía qué podía ser un lugar encantador y fantasmagórico. La vida ya le parecía más cálida. Por primera vez, tomó conciencia de que podía ser hermosa, aun para ella.

Davy hizo suficiente ruido como para despertar a los Siete Durmientes, la mañana de Navidad, haciendo sonar un viejo cencerro por las escaleras. Marilla se horrorizó de que hubiera hecho una cosa así cuando había un huésped en la casa, pero Katherine bajó riendo. Una curiosa camaradería había nacido entre ella y Davy. Como le dijo a Ana con franqueza, no simpatizaba demasiado con la impecable Dora, pero Davy era más afín con ella.

Abrieron la sala y distribuyeron los regalos antes del desayuno, puesto que de otro modo, los mellizos no hubieran podido probar bocado. Katherine, que no había esperado recibir nada, salvo, quizá, un regalo de compromiso de parte de Ana, se encontró recibiendo presentes de todos. Una bufanda tejida, de la señora Lynde; una bolsita de raíz de lirio perfumada, de parte de Dora; un abrecartas, de Davy; una cesta llena de frascos de dulce y jalea, de Marilla… y hasta un pisapapeles de bronce, en forma de gato, de parte de Gilbert.

Y, atado debajo del árbol, acurrucado sobre una mantita de lana, un precioso cachorrito de ojos castaños, con orejas sedosas y alertas y cola simpática. En una tarjetita que le colgaba del collar, leyó: «Para Katherine, de Ana, que, después de todo, se atreve a desearle feliz Navidad».

Katherine cogió el cuerpecito movedizo en brazos y habló con voz temblorosa.

—Ana… ¡es hermoso! Pero la señora Dennis no me permitirá tenerlo. Le pregunté si podía tener un perro, y me dijo que no.

—Ya arreglé todo con la señora Dennis. Ya verás como no pondrá objeciones. Y en cualquier caso, Katherine, no estarás allí mucho tiempo. Tienes que buscarte un sitio decente donde vivir, ahora que has terminado de pagar lo que considerabas tus obligaciones. Mira la preciosa caja de papel para escribir cartas que me envió Diana. ¿No es fascinante mirar las hojas en blanco y preguntarse qué se escribirá sobre ellas?

La señora Lynde se sentía agradecida de que fuera una Navidad blanca, pero para Katherine la Navidad fue violeta, roja y dorada. Y la semana que le siguió fue igualmente hermosa. Con frecuencia, Katherine se había preguntado amargamente lo que significaría ser feliz, y ahora lo había descubierto. Floreció de un modo asombroso. Ana se encontró disfrutando de su compañía. «¡Y pensar que temía que me arruinara las vacaciones!», pensó, maravillada.

«Y pensar», se dijo Katherine, «que estuve a punto de no venir cuando Ana me invitó».

Dieron largos paseos… por el sendero de los Enamorados y por el Bosque Embrujado, donde hasta el mismo silencio resultaba amistoso… por las colinas, donde la nieve ligera revoloteaba en mágicos bailes invernales… por los viejos huertos bañados en sombras violáceas… por la gloria de los bosques al atardecer. No había trinos de aves ni susurro de arroyos ni chismes de ardillas. Pero el viento tocaba una música ocasional que suplía en calidad lo que le faltaba en cantidad.

—Siempre se encuentra algo bonito para mirar o escuchar —dijo Ana.

Hablaban de todo, se contaban sueños e ilusiones y volvían a casa con un apetito que ponían a prueba incluso la despensa de Tejas Verdes. Hubo un día de tormenta en el que no pudieron salir. El viento del este golpeaba alrededor de las vigas y el golfo gris rugía. Pero hasta una tormenta tenía encanto especial en Tejas Verdes. Resultaba acogedor sentarse junto a la estufa y contemplar con ensueño la luz del fuego bailar en el techo, disfrutando de deliciosas manzanas y dulces. ¡Qué alegre era la cena con la tormenta aullando afuera!

Una noche, Gilbert las llevó a visitar a Diana y a su bebé.

—Nunca había cogido a un bebé en mi vida —dijo Katherine cuando regresaban—. Por un lado, nunca tuve deseos de hacerlo, y además, temía que pudiera desintegrarse entre mis manos. No pueden imaginar cómo me sentí… tan grande y torpe con esa cosilla diminuta y deliciosa en los brazos. Sé que la señora Wright pensaba que se me caería en cualquier momento. Vi que se esforzaba heroicamente por ocultar su terror. Pero significó algo para mí… el bebé, digo. Todavía no he podido decidir qué.

—Los bebés son criaturas tan fascinantes —comentó Ana, soñadora—. Como oí decir a alguien en Redmond, son «magníficos manojos de posibilidades». Piénsalo, Katherine… Hornero debió de haber sido bebé en algún momento… un bebé con hoyuelos y grandes ojos luminosos. No sería ciego en aquel entonces, desde luego.

—Qué pena que su madre no hubiera sabido que él sería Homero —reflexionó Katherine.

—Pero creo que me alegra que la madre de Judas no haya sabido que él sería Judas —murmuró Ana—. Espero que nunca se haya enterado.

Hubo un concierto en el salón, una noche, con una fiesta en casa de Abner Sloane después, y Ana convenció a Katherine de que asistiera a ambos.

—Me gustaría que nos leyeras algo, Katherine. He oído decir que lees estupendamente.

—Solía recitar… me gustaba hacerlo. Pero hace dos veranos recité en un

concierto organizado por un grupo de veraneantes… y luego los oí riéndose de mí.

—¿Cómo sabes que se reían de ti?

—¿De quién, si no? No había ninguna otra cosa que causara risa.

Ana disimuló una sonrisa y siguió insistiendo con la lectura.

—Podrías recitar Ginebra. Me han dicho que te sale de maravilla. La señora de Stephen Pringle me contó que no pegó un ojo la noche después de haberte escuchado.

—No. Ginebra nunca me gustó. Está en el programa de la escuela, así que en ocasiones trato de mostrarle a la clase cómo leerlo. Realmente no tengo paciencia con Ginebra. ¿Por qué no gritó cuando descubrió que estaba encerrada? Si estaban todos buscándola, alguien la hubiera oído, sin duda.

Katherine por fin accedió a la lectura, pero se mostró indecisa en cuanto a la fiesta.

—Iré, desde luego. Pero nadie me invitará a bailar y me sentiré sarcástica, malhumorada y avergonzada. Siempre me siento mal en las fiestas… en las pocas a las que he ido, quiero decir. Nadie parece pensar que podría gustarme bailar… y has visto que bailo bastante bien, Ana. Aprendí en casa del tío Henry, porque una pobre criada que tenían había querido aprender, también, y las dos bailábamos juntas en la cocina por las noches, al son de la música de la sala. Creo que me gustaría bailar… con un compañero adecuado, por supuesto.

—No lo pasarás mal en esta fiesta, Katherine. No estarás del lado de fuera, mirando hacia dentro. Ahí está toda la diferencia, sabes: entre estar dentro mirando hacia fuera, y estar fuera mirando hacia dentro… Tienes un pelo precioso, Katherine. ¿Te molestaría que intentara hacerte un peinado nuevo?

Katherine se encogió de hombros.

—No, hazlo. Sé que mi peinado es horroroso, pero no tengo tiempo de estar rizándome el pelo todo el tiempo. No tengo vestido de fiesta. ¿Podré ir con el verde de tafetán?

—Tendrá que ser ése, aunque el verde es justamente el color que no deberías usar, querida Katherine. Pero te pondrás un cuello rojo de gasa que te he hecho. Sí, lo harás. Tendrías que tener un vestido rojo, Katherine.

—Siempre detesté el rojo. Cuando fui a vivir con el tío Henry, la tía Gertrude me hacía usar delantales color rojo intenso. Los otros niños de la escuela gritaban «¡Fuego!», cuando yo entraba con uno de esos delantales. Además, no tengo paciencia para la ropa.

—¡Que Dios me dé paciencia a mí! La ropa es muy importante —dijo Ana

en tono severo, mientras trenzaba y recogía el cabello de Katherine. Observó su trabajo y vio que era bueno. Pasó un brazo alrededor de los hombros de Katherine y la hizo volverse hacia el espejo—. ¿No te parece que somos un par de muchachas bonitas? —rio—. ¿No es lindo pensar que la gente encontrará algo de placer al mirarnos? Hay tanta gente desabrida que realmente cambiaría muchísimo si hiciera un esfuerzo…

»Hace tres domingos, en la iglesia… ¿Recuerdas el día en que el pobre señor Milvain dio el sermón y estaba tan resfriado, que no se le entendió nada? Bien, pasé el tiempo embelleciendo a las personas que me rodeaban. Le puse a la señora Brent una nariz nueva, ricé el pelo de Mary Addison, y al de Jane Marsden le di un enjuague con limón. Vestí a Emma Dill de azul en lugar de marrón, a Charlotte Blair la vestí con rayas en lugar de cuadros, quité unos cuantos lunares y afeité los bigotes caídos de Thomas Anderson. No los hubieras reconocido cuando terminé con ellos. Y salvo lo referente a la nariz de la señora Brent, ellos mismos podrían haber hecho lo que hice yo. Katherine, tus ojos son color té… té ambarino. Bien, esta noche tienes que estar tan resplandeciente, clara y alegre como un arroyo.

—Todo lo que yo no soy.

—Todo lo que has sido esta última semana. Así que puedes ser de ese modo.

—Eso es solamente la magia de Tejas Verdes. Cuando vuelva a Summerside, habrán tocado las doce para Cenicienta.

—Te llevarás la magia contigo. Mírate. Así tendrías que estar todo el tiempo.

Katherine contempló su imagen en el espejo, como si dudara de su identidad.

—Es verdad que parezco mucho más joven —admitió—. Tenías razón… la ropa ayuda mucho. Sé que parecía mayor de lo que era y no me importaba. ¿Por qué iba a importarme? A nadie le importaba. Y no soy como tú, Ana. Aparentemente naciste sabiendo cómo vivir. Yo de eso no sé nada… ni siquiera el abecedario. Me pregunto si será demasiado tarde para aprender. He sido sarcástica tanto tiempo que no sé si puedo dejar de serlo. El sarcasmo me parecía la única forma de impresionar a la gente. Y me parece, también, que siempre tuve miedo, cuando estaba en compañía de otras personas, de decir alguna tontería o de que se burlaran de mí.

—Katherine Brooke, mírate en ese espejo y llévate contigo esa imagen… una magnífica cabellera enmarcando tu cara, en lugar de estar peinada hacia atrás, ojos brillantes como estrellas oscuras, mejillas levemente sonrosadas de entusiasmo. No sentirás miedo. Vamos, llegaremos tarde, pero por suerte todos

los que actúan tienen asientos «preservados», como oí decir a Dora.

Gilbert las llevó al salón. Cuán similar a los viejos tiempos… sólo que ahora Katherine estaba con ella, en lugar de Diana. Ana suspiró. Diana tenía tantos otros intereses, ahora. Las fiestas y conciertos habían terminado para ella.

¡Qué velada! ¡Cuán plateados y sedosos parecían los caminos con un cielo verde pálido en el oeste después de una ligera nevada! Orión se abría paso majestuoso por los cielos, y las colinas, los campos y los bosques yacían en perlado silencio.

La lectura de Katherine capturó al público desde el primer renglón, y en la fiesta no le alcanzaron las piezas para todos los que querían bailar con ella. De pronto se encontró riendo sin amargura ni sarcasmo. Luego, otra vez a Tejas Verdes, a calentarse los pies junto al fuego de la sala, a la luz de dos velas amistosas sobre la repisa. La señora Lynde entró en el dormitorio, a pesar de la hora tardía, para preguntarles si querían otra frazada y asegurar a Katherine que su perrito estaba abrigado dentro de una cesta, en la cocina.

«Miro la vida con nuevos ojos», pensó Katherine, soñolienta. «No sabía que había personas como éstas».

—Ven a visitarnos de nuevo —dijo Marilla cuando llegó el momento de partir.

Marilla jamás se lo decía a nadie, a menos que realmente lo deseara.

—Claro que volverá —dijo Ana—. Los fines de semana… y varias semanas durante el verano. Encenderemos fogatas y trabajaremos en el jardín… recogeremos manzanas e iremos a buscar las vacas. Remaremos en el estanque y nos perderemos en el bosque. Quiero enseñarte el jardín de Hester Gray, Katherine, y la Cabaña del Eco y el Prado de Violetas cuando esté lleno de violetas.

7

Álamos Ventosos,

5 de enero.

La calle donde caminan (o deberían caminar) los fantasmas

Mi estimado amigo:

Eso no es nada que haya escrito la abuela de la tía Chatty. Es algo que

hubiera escrito, si se le hubiese ocurrido.

Mi propósito del Año Nuevo ha sido escribir cartas de amor sensatas. ¿Crees que algo así sea posible?

He dejado la querida Tejas Verdes, pero he vuelto a la querida Álamos Ventosos. Rebecca Dew había encendido la estufa de la torre y me había calentado la cama con una bolsa de agua caliente.

Me alegra tanto que me guste Álamos Ventosos. Sería espantoso vivir en un sitio que no me gustara, que no me resultara amistoso, que no me dijera: «Me alegro de que hayas vuelto». Álamos ventosos me lo dice. Es un poco anticuada y mojigata, pero me quiere.

Y me alegré de ver a las tías Kate y Chatty y a Rebecca Dew. No puedo dejar de ver sus aspectos graciosos, pero con todo, las quiero mucho. Ayer, Rebecca Dew me dijo algo muy lindo.

«La Calle del Fantasma ha sido un lugar diferente desde que usted llegó, señorita Shirley».

Me alegra que te haya caído bien Katherine, Gilbert. Estuvo sorprendentemente amable contigo. Es asombroso lo agradable que puede ser cuando se esfuerza. Y creo que ella está tan sorprendida como cualquiera. No tenía idea de que pudiese ser tan fácil.

Va a ser tan diferente en la escuela tener una vicedirectora con la que realmente se puede trabajar. Se mudará de pensión y ya la he convencido de que se compre ese sombrero de terciopelo; no he perdido las esperanzas de convencerla de que cante en el coro. Ayer vino el perro del señor Hamilton y persiguió a Dusty Miller.

«Esto sí que es el colmo», declaró Rebecca Dew.

Y con las mejillas más rojas que nunca y la espalda regordeta sacudiéndose de furia, tan apurada que se puso el sombrero al revés, avanzó calle arriba y le cantó cuatro frescas al señor Hamilton. Puedo imaginar perfectamente bien su cara bonachona, tonta, mientras escuchaba a Rebecca.

«No aprecio a "ese gato"», me dijo ella, «pero es nuestro y ningún perro Hamilton va a venir aquí a faltarle el respeto en su propio jardín».

«Pero sólo lo corrió para divertirse», explicó Jabez Hamilton.

«Pues la forma de divertirse de los Hamilton es distinta de la de los MacComber, de la de los MacLean o, si es por eso, de la de los Dew», rebatió ella.

«Vamos, vamos, debe de haber comido coles para el almuerzo, señorita Dew», dijo él.

«No», replicó Rebecca, «pero podría haberlo hecho. La señora del capitán MacComber no vendió todas sus coles el otoño pasado y no dejó sin ninguna a su familia porque el precio está alto. Aunque hay algunas personas que no pueden oír nada a causa del tintineo en sus bolsillos».

Y lo dejó masticando eso.

«Pero ¿qué se puede esperar de un Hamilton?», me preguntó. «¡Gentuza de la peor calaña!».

Hay una estrella roja colgando sobre el Rey de las Tormentas. Ojalá estuvieras aquí para contemplarla conmigo. Si estuvieras, creo que sería más que un momento de estima y amistad.

12 de enero

La pequeña Elizabeth vino dos noches atrás para ver si podía explicarle qué clase de cosa eran las bulas papales y para contarme, con lágrimas en los ojos, que su maestra le había pedido que cantara en un concierto organizado por la escuela, pero que la señora Campbell dijo que no y no quiso oír hablar más del asunto. Cuando Elizabeth intentó insistir, la señora Campbell dijo:

«Hazme el favor de no contestarme, Elizabeth».

La pequeña Elizabeth lloró lágrimas amargas en la torre esa noche y aseguró que quedaría convertida en Lizzie para siempre. Ya nunca podría ser ningún otro de sus nombres.

«La semana pasada amaba a Dios, esta semana, no», dijo, desafiante.

Toda su clase iba a participar en el programa y ella se sentía como un «leopardo». Creo que la pobrecilla quiso decir un «leproso», y eso es horrible. La preciosa Elizabeth no debe sentirse así. De manera que la tarde siguiente, me inventé algo que hacer en Siempreverde. La «mujer», que realmente parece antediluviana, me miró con frialdad y me hizo pasar a la salita, mientras iba en busca de la señora Campbell para informarle que yo había preguntado por ella.

Creo que ni ha entrado sol en esa sala desde que construyeron la casa. Había un piano, pero estoy segura de que nunca ha sido tocado. Contra la pared había sillas duras, tapizadas en brocado de seda… todos los muebles estaban contra la pared, salvo una mesa de mármol que ocupaba el centro; ninguna de las piezas parecía conocer a las demás.

Entró la señora Campbell. Nunca la había visto antes. Tiene una cara refinada, como esculpida, que podría haber sido de hombre, con ojos negros y cejas hirsutas bajo un pelo muy blanco. No ha renunciado a todos los adornos corporales, puesto que llevaba grandes aros de ónix que le llegaban hasta los hombros. Se mostró penosamente cortés conmigo y yo implacablemente cortés

con ella. Intercambiamos trivialidades acerca del tiempo por unos minutos, ambas, como dijo Tácito hace unos miles de años, «con expresiones ajustadas a la ocasión». Le dije que había ido a ver si me prestaba las Memorias del reverendo James Wallace Campbell por un tiempo, puesto que tenía entendido que había bastante información sobre la historia de la isla, que yo quería utilizar en la escuela.

La señora Campbell se ablandó notablemente y llamó a Elizabeth para que subiera a su cuarto y trajera las Memorias. Pude ver que Elizabeth había estado llorando y la señora Campbell me explicó que se debía a que la maestra de la niña había enviado otra nota en la que le suplicaba que le permitieran cantar en el concierto, y que ella, la señora Campbell, había escrito una respuesta tajante que la pequeña Elizabeth tendría que llevar a la maestra a la mañana siguiente.

«No estoy de acuerdo con que niñas de la edad de Elizabeth canten en público», dijo la anciana. «Se vuelven descaradas y atrevidas».

¡Como si hubiera algo que pudiese volver descarada y atrevida a la pequeña Elizabeth!

«Pienso que quizá tenga razón, señora Campbell», dije en mi tono más condescendiente. «En cualquier caso, cantará Mabel Phillips, y me han dicho que tiene una voz tan maravillosa, que opacará a todos los demás. Sin duda, es mucho mejor que Elizabeth no compita con ella».

La expresión de la señora Campbell era un cuadro. Puede ser Campbell por afuera, pero por dentro es Pringle hasta la médula. No dijo nada, sin embargo, y yo reconocí el momento psicológico y callé. Le di las gracias por las Memorias y me fui.

La tarde siguiente, cuando la pequeña Elizabeth vino hasta el portón a buscar la leche, su carita pálida resplandecía. Me contó que la señora Campbell le había dicho que podría cantar, después de todo, si se cuidaba bien de no volverse vanidosa.

¡Sucede que Rebecca Dew me había contado que los clanes Phillips y Campbell siempre han rivalizado en cuanto a quienes tienen las mejores voces!

Le regalé a Elizabeth un cuadrito para Navidad, para que lo colgara sobre su cama… un sendero en el bosque, moteado por el sol, que conduce colina arriba hacia una pintoresca casita entre unos árboles. La pequeña Elizabeth dice que ahora ya no tiene tanto miedo de irse a dormir a oscuras, porque en cuanto se acuesta, imagina que está caminando por el sendero hacia la casa, y que cuando entra, está toda iluminada y su padre la espera allí.

¡Pobre tesoro! ¡No puedo evitar detestar a ese padre suyo!

19 de enero

Anoche hubo un baile en casa de Carry Pringle. Katherine fue con un vestido de seda color rojo oscuro, con frunces a los costados y el pelo peinado por un peluquero. ¿Puedes creer que cuando entró, personas que la han conocido desde que vino a enseñar en Summeside se preguntaban mutuamente quién era? Pero en mi opinión, no era tanto el vestido ni el pelo lo que la volvía diferente, sino un cambio en ella misma.

Antes, cuando estaba con gente, su actitud parecía ser: «Estas personas me aburren. Yo debo de aburrirlos también. Mejor así». Pero anoche fue como si hubiera encendido velas en todas las ventanas de la casa de su vida.

Me ha costado mucho ganarme la amistad de Katherine. Pero nada que valga la pena se consigue con facilidad, y siempre pensé que ser amiga de ella valdría la pena.

La tía Chatty ha estado en cama por dos días, con catarro y fiebre, y piensa que lo mejor será que venga a verla el médico mañana, por si acaso se le convierte en una neumonía. De modo que Rebecca Dew, con la cabeza envuelta en una toalla, ha estado limpiando la casa frenéticamente todo el día, para tenerla en perfecto orden antes de la posible visita del doctor. Ahora está en la cocina, planchando el camisón blanco con canesú de croché de la tía Chatty, a fin de que esté listo para que se lo ponga por encima del de franela. Estaba inmaculadamente limpio antes, pero Rebecca Dew consideró que no tenía buen color por haber estado guardado en el cajón de la cómoda.

28 de enero

Hasta ahora, enero ha sido un mes de fríos días grises, con alguna que otra tormenta entrando desde el puerto y golpeando la Calle del Fantasma con viento y nieve. Pero anoche hubo un deshielo plateado y esta mañana salió el sol. Mi bosquecillo de arces era un sitio de esplendores inimaginables. Hasta los detalles más comunes se habían vuelto preciosos. Las cercas de alambre eran una maravilla de encaje cristalino. Esta tarde, Rebecca Dew estuvo hojeando una de mis revistas, en la que había un artículo sobre «Distintos tipos de mujeres bellas», ilustrado por fotografías.

«¿No sería maravilloso, señorita Shirley, si alguien pudiera agitar una varita mágica y volver hermoso a todo el mundo?», preguntó con melancolía. «¡Imagine mis sentimientos, señorita Shirley, si de pronto me descubriera hermosa! Pero, por otra parte…», dijo, con un suspiro, «si todas fuéramos bellas, ¿quién haría el trabajo?».

8

—Estoy tan cansada… —se quejó la prima Ernestina Bugle, dejándose caer en su silla, frente a la mesa de Álamos Ventosos, donde estaba servida la cena—. A veces no quiero sentarme por temor a no poder volver a levantarme nunca más.

La prima Ernestina, prima tercera del difunto capitán MacComber (pero, como decía la tía Kate, demasiado cercana), había venido de visita desde Lowvale esa tarde. No puede decirse que ninguna de las viudas le haya dado una calurosa bienvenida, a pesar de los sagrados lazos de sangre. La prima Ernestina no era una persona alegre; era uno de esos seres desafortunados que se preocupan constantemente no sólo por sus asuntos sino por los de los demás, y no se dan descanso ni se lo dan a los demás. Bastaba con verla, declaró Rebecca Dew, para sentir que la vida era un valle de lágrimas.

La prima Ernestina no era bella, por cierto, y resultaba dudoso que hubiera podido serlo en su juventud. Tenía una carita seca, fruncida, y descoloridos ojos celestes; varios lunares mal ubicados y una voz quejumbrosa. Llevaba un viejo vestido negro y un decrépito cuello estilo Hudson que no quería quitarse ni para cenar, por temor a las corrientes de aire.

Rebecca Dew podría haberse sentado a la mesa con ellas de haberlo deseado, puesto que las viudas no consideraban a la prima Ernestina como «visita». Pero Rebecca siempre decía que no podía «saborear sus vituallas» en compañía de esa vieja amargada. Prefería comer en la cocina. Pero eso no le impedía meterse en la conversación mientras servía la mesa.

—Debe de ser la primavera que se le está metiendo en los huesos —comentó, sin compasión alguna.

—Ay, espero que no sea más que eso, señorita Dew. Pero temo ser como la pobre señora de Oliver Gage. Comió hongos el verano pasado, pero debe de haber habido algún ejemplar extraño entre ellos, pues nunca volvió a sentirse como antes.

—Pero no puedes haber estado comiendo hongos en época tan temprana —objetó la tía Chatty.

—No, pero por desgracia, he comido otra cosa. No trates de alegrarme, Charlotte. Tienes buenas intenciones, pero no sirve de nada. He pasado por demasiadas cosas. ¿Estás segura de que no hay una araña en esa jarra de crema, Kate? Creo haber visto una cuando me serviste.

—Jamás hay arañas en nuestras jarras —declaró Rebecca Dew en tono ominoso, y cerró con estrépito la puerta de la cocina.

—Tal vez haya sido sólo una sombra —se corrigió la prima Ernestina sumisamente—. Mis ojos no son lo que eran. Temo que pronto quedaré ciega. Eso me recuerda… pasé a ver a Martha MacKay esta tarde y se sentía mal y estaba cubierta de una especie de sarpullido. «Me parece que tienes sarampión», le dije. «Es probable que quedes prácticamente ciega. Toda tu familia tiene mala vista». Me pareció que debía estar preparada. Su madre tampoco está bien. El médico dice que es indigestión, pero yo temo que sea un bulto. «Y si vas a operarte con cloroformo, temo que no saldrás de la operación. Recuerda que eres una Hillis, y los Hillis siempre tuvieron corazones débiles. Tu padre murió de un ataque cardíaco, sabes».

—¡Sí, a los ochenta y siete años! —resopló Rebecca Dew, mientras se llevaba un plato.

—Y tres veintenas más diez es el límite que pone la Biblia —comentó la tía Chatty alegremente.

La prima Ernestina se sirvió una tercera cucharada de azúcar y revolvió el té sombríamente.

—Así dijo el rey David, Charlotte, pero me temo que no era un buen hombre en algunos aspectos.

Ana captó la mirada de la tía Chatty y rio antes de poder contenerse.

La prima Ernestina la miró con desaprobación.

—Había oído que usted era una chica de lo más risueña. Bien, espero que le dure, pero temo que no será así. Temo que descubrirá demasiado pronto que la vida es un asunto melancólico. Bueno, yo también fui joven una vez.

—¿De veras? —preguntó Rebecca Dew en tono sarcástico. Traía una fuente de bollos—. Me parece que siempre debe de haberle temido a la juventud. La juventud requiere valor, se lo aseguro, señorita Bugle.

—Rebecca Dew tiene una forma tan curiosa de decir las cosas —se quejó la prima Ernestina—. No es que me moleste, desde luego. Y está muy bien reír mientras se puede hacerlo, señorita Shirley, pero temo que está tentando a la providencia mostrándose tan alegre. Se parece mucho a la tía de la esposa de nuestro último presbítero… estaba siempre riendo y murió de un ataque paralítico. El tercero es fatal. Mucho me temo que nuestro nuevo presbítero en Lowvale tenga inclinaciones frívolas. En cuanto lo vi, le dije a Louisy: «Temo que un hombre con piernas como ésas sea adicto al baile». Supongo que habrá renunciado a hacerlo desde que se convirtió en ministro, pero lamentablemente, la tendencia volverá a aparecer en su familia. Su esposa es muy joven y dicen que está escandalosamente enamorada de él. No puedo reconciliarme con la idea de que alguien se case con un ministro por amor. Me

temo que es terriblemente irreverente. Sus homilías son bastante buenas, pero por lo que dijo sobre Elías el domingo pasado, temo que sea demasiado liberal en sus interpretaciones de la Biblia.

—Vi en los periódicos que Peter Ellis y Fanny Bugle se casaron la semana pasada —comentó la tía Chatty.

—Ah, sí. Temo que será un caso de matrimonio rápido y arrepentimiento lento. Se conocieron hace solamente tres años. Temo que Peter descubrirá que aunque la mona se vista de seda, mona queda. Lamentablemente, Fanny es muy perezosa. Plancha las servilletas solamente del lado del derecho. No se parece en nada a la santa de su madre. Ésa sí que era una mujer hecha y derecha. Cuando estaba de luto, usaba camisones negros. Decía que se sentía tan mal de noche como de día. Estuve en casa de Andy Bugle, ayudándolos con la cocina, y cuando bajé, la mañana de la boda… allí estaba Fanny, comiendo un huevo para el desayuno… ¡e iba a casarse ese mismo día! Supongo que no me creerán… yo no lo creería, si no lo hubiera visto con mis propios ojos. Mi difunta hermana, pobrecilla, no comió nada durante tres días, antes de su boda. Y después que su marido murió, temimos que no volviera a probar bocado. Hay veces en que siento que ya no puedo comprender a los Bugle. En otros tiempos, una sabía que estaba con sus parientes, pero ya no es así.

—¿Es cierto que Jean Young se volverá a casar? — preguntó la tía Kate.

—Me temo que sí. Fred Young ha sido dado por muerto, desde luego, pero temo muchísimo que aparezca en cualquier momento. Nunca se pudo confiar en ese hombre. Ella se casará con Ira Roberts. Me temo que él se casa solamente para hacerla feliz. Su tío Philip, en una oportunidad, quiso casarse conmigo, pero le dije: «Bugle nací y Bugle moriré. El matrimonio es un salto al vacío», le dije, «y no me obligarán a darlo». Ha habido un sinfín de bodas en Lowvale este invierno. Temo que habrá funerales todo el verano, para compensar. Annie Edwards y Chris Hunter se casaron el mes pasado. Temo que dentro de unos años, no se querrán como se quieren ahora. Ella quedó embobada con sus modales galantes. Su tío Hiram estaba loco… se creyó un perro durante años.

—Si lo que hacía era ladrar, nadie tendría que haberle arruinado su diversión —dijo Rebecca Dew, que había traído confitura de peras y tarta.

—Nunca oí que ladrara —objetó la prima Ernestina—. Sólo mordía huesos y los enterraba cuando nadie lo miraba. Su esposa se ponía muy mal.

—¿Dónde está la señora Lily Hunter este invierno? —preguntó la tía Chatty.

—Lo ha estado pasando con su hijo, en San Francisco, y temo que haya

otro terremoto antes que pueda salir de allí. De todos modos, seguro que intentará traer mercadería de contrabando y tendrá problemas en la frontera. Cuando se viaja, si no es una cosa es la otra. Pero la gente se enloquece por viajar. Mi primo Jim Bugle pasó el invierno en Florida. Me temo que se está volviendo rico y frívolo. Le dije antes de que partiera, le dije… recuerdo que fue la noche antes de que muriera el perro de los Coleman… ¿o no? Sí, fue entonces. «El orgullo va delante de la destrucción, y un espíritu altanero, delante de una caída», le dije. Su hija enseña en la escuela del Camino Bugle y no puede decidir a qué pretendiente aceptar. «Hay una cosa que te puedo asegurar, Mary Anatta», le dije, «y es que nunca conseguirás al que más quieres. De modo que te conviene aceptar al que te quiera, si tienes la seguridad de que te quiere». Espero que elija mejor que Jessie Chipman. Me temo que se casará con Oscar Green porque es gordo. «¿Eso es lo que elegiste?», le pregunté. Su hermano murió de tuberculosis. «Y no te cases en mayo», le advertí, «pues es un mes que trae mala suerte».

—¡Qué alentadora! —exclamó Rebecca Dew. Había traído un plato de pastelillos.

La prima Ernestina pasó por alto el comentario de Rebecca Dew, y se sirvió una segunda porción de peras.

—¿Pueden decirme si una calceolaria es una flor o una enfermedad? —preguntó.

—Una flor —dijo la tía Chatty.

La prima Ernestina pareció decepcionada.

—Bueno, sea lo que fuere, la viuda de Sandy Bugle la tiene. La oí contándole a su hermana, el domingo pasado en misa, que por fin tenía una calceolaria. Tus geranios están muy pelados, Charlotte. Temo que no los fertilizas lo suficiente. La señora de Sandy ha dejado el luto a sólo cuatro años de la muerte del pobre Sandy. Hoy en día se olvida enseguida a los muertos. Mi hermana llevó luto por su esposo durante veinticuatro años.

—¿Sabía que tiene abierta la parte superior de la falda? —preguntó Rebecca Dew, mientras dejaba una tarta de coco delante de la tía Kate.

—No tengo tiempo de estar mirándome en el espejo todo el tiempo —replicó la prima Ernestina en tono ácido—. ¿Y qué pasa si la tengo abierta? Llevo puestas tres enaguas, para que sepan. Me dicen que hoy en día las chicas usan solamente una. Me temo que el mundo se está poniendo terriblemente audaz y frívolo. Me pregunto si alguna vez piensan en el día del juicio.

—¿Cree que el día del juicio nos preguntarán cuántas enaguas tenemos puestas? —preguntó Rebecca Dew, y escapó a la cocina antes de que nadie

pudiera adoptar una expresión de horror. Hasta la tía Chatty pensaba que Rebecca Dew se había sobrepasado.

—Supongo que habrán visto en el periódico que la semana pasada murió el viejo Alex Crowdy —suspiró la prima Ernestina—. Su esposa murió hace dos años, literalmente llevada a la tumba por sus amarguras, pobrecilla. Dicen que él se ha sentido muy solo desde la muerte de ella, pero me temo que eso es demasiado bello para ser cierto. Y temo que los problemas no han terminado para él, aun a pesar de que está muerto. Al parecer, no quiso redactar un testamento y temo que habrá terribles disputas por la herencia. Dicen que Annabel Crowdy se va a casar con un aprendiz de todo y oficial de nada. El primer marido de su madre también lo era, así que quizá sea hereditario. Annabel ha tenido una vida dura, pero me temo que pasará de Guatemala a Guatepeor, aun si no resulta que él ya tiene otra esposa.

—¿Qué es de la vida de Jane Goldwin? —quiso saber la tía Kate—. No ha venido al pueblo en muchísimo tiempo.

—Ah, pobre Jane. Se está consumiendo misteriosamente. No saben qué es. Temo que resulte algo espantoso. ¿De qué se está riendo Rebecca Dew en la cocina, como una hiena? Me temo que terminarán ocupándose de ella. En la familia Dew hay muchos problemas mentales.

—Me enteré de que Thyra Cooper tuvo un bebé —comentó la tía Chatty.

—Ah, sí, pobrecita. Uno solo, por fortuna. Temía que fueran mellizos. Los Cooper tienen tantos antecedentes de mellizos…

—Thyra y Ned son una pareja tan agradable —afirmó la tía Kate, decidida a rescatar algo del colapso del universo.

Pero la prima Ernestina no estaba dispuesta a admitir que había algo bueno en Gilead, mucho menos en Lowvale.

—Ah, pero tuvo suerte de atraparlo, finalmente. Hubo un tiempo en que temía que él no regresara del Oeste. Se lo advertí. «Puedes estar segura de que te decepcionará», le dije. «Siempre decepciona a todo el mundo. Todos esperaban que muriera antes de cumplir un año, pero como verás, sigue vivo». Cuando él compró la casa de los Holly, le volví a advertir: «Me temo que ese pozo está lleno de tifus», le dije. «El empleado de los Holly murió allí de tifus hace cinco años». No podrán culparme a mí si sucede algo. Joseph Holly tiene un problema en la espalda. Lo llama lumbago, pero me temo que es el comienzo de una meningitis espinal.

—El anciano tío Joseph Holly es uno de los mejores hombres del mundo —dijo Rebecca Dew, trayendo la tetera llena, por segunda vez.

—Sí, es bueno —declaró la prima Ernestina en tono lúgubre—.

¡Demasiado bueno! Me temo que sus hijos se echarán a perder. Sucede así con mucha frecuencia. Parecería como que hay que establecer un promedio. No, gracias, Kate, no beberé más té… Bueno, un pastelillo, quizá. No son pesados para el estómago, pero temo que he comido demasiado.

»Debo ir partiendo, porque me temo que oscurecerá antes de que llegue a casa. No quiero mojarme los pies; le tengo mucho miedo a la neumonía. He tenido algo que me baja desde el brazo hasta las piernas todo el invierno. Noche tras noche me he quedado despierta a causa de eso. Ah, nadie sabe por lo que he pasado, pero no soy una de esas personas que se queja. Estaba decidida a venir a verlas, pues puede que la próxima primavera ya no me encuentre aquí. Pero ustedes dos están muy avejentadas, de modo que es posible que se vayan antes que yo. Bueno, es mejor irse cuando todavía queda alguien de la familia para sepultarnos.

»¡Cielos, qué viento se ha levantado! Temo que si se convierte en temporal, se nos volará el techo del granero. Hemos tenido mucho viento esta primavera; me temo que el tiempo está cambiando. Gracias, señorita Shirley… —dijo a Ana, que la ayudaba a ponerse el abrigo—. Cuídese. Tiene aspecto muy descolorido. Me temo que los pelirrojos nunca tienen buena salud.

—Mi salud está muy bien —sonrió Ana, y le entregó a la prima Ernestina un indescriptible sombrero con una deshilachada pluma de avestruz colgando de la parte de atrás—. Me duele un poco la garganta, esta noche, nada más, señorita Bugle.

—¡Ah! —La prima Ernestina tuvo otro de sus oscuros presentimientos—. Tenga cuidado con el dolor de garganta. Los síntomas de difteria y amigdalitis son iguales hasta el tercer día. Pero hay un consuelo… si muere joven, se ahorrará un montón de sufrimientos.

9

Habitación de la Torre,

Álamos Ventosos.

20 de abril

Mi pobre querido Gilbert:

He dicho de la risa, es locura, y de la alegría, ¿qué logra? Temo que tendré canas de muy joven… temo que terminaré en el asilo para pobres… temo que ninguno de mis alumnos pasará los exámenes finales. El perro del señor Hamilton me ladró el sábado por la noche, y temo que enfermaré de

hidrofobia… temo que mi paraguas se doblará cuando vaya a ver a Katherine esta noche… Me llevo tan bien con Katherine ahora, que temo que en el futuro nos pelearemos… me temo que después de todo, mi pelo no es castaño… temo que tendré un lunar en la punta de la nariz cuanto tenga cincuenta años. Temo que la escuela se incendie… temo encontrar un ratón en la cama esta noche… mucho me temo que te comprometiste conmigo nada más que porque me veías todo el tiempo…

No, amor mío, no estoy loca… todavía no. Es que la prima Ernestina Bugle contagia.

Ahora sé por qué Rebecca Dew siempre la llamó «la señorita Mucho-me-temo». La pobre ha tomado prestados tantos problemas, que debe de estar terriblemente endeudada con el destino.

Hay tantos Bugle en el mundo, no todos tan sumidos en su «buglismo» como la prima Ernestina, quizá, pero hay tantos aguafiestas que temen disfrutar del hoy por lo que pueda traer el mañana.

Gilbert, mi vida, no tengamos nunca miedo de las cosas. Es una esclavitud tan terrible. Seamos osados, aventureros y expectantes. Salgamos bailando al encuentro de la vida y de lo que nos pueda traer, aunque nos traiga montañas de problemas, tifus ¡y mellizos!

Hoy fue un día salido de junio y caído en abril. La nieve ha desaparecido y los prados y las colinas doradas cantan la primavera. El Rey de las Tormentas estaba embanderado con una ligerísima bruma violeta. Hemos tenido mucha lluvia últimamente y disfruté mucho sentada en la torre durante las silenciosas horas mojadas de los atardeceres. Pero esta noche es una noche apresurada… hasta las nubes que corren por el cielo tienen prisa, y la luz de la luna que asoma entre ellas está apurada por inundar al mundo.

Supongamos, Gilbert, que esta noche estuviéramos caminando, tomados de la mano, por uno de los largos caminos de Avonlea…

Gilbert, me temo que estoy escandalosamente enamorada cíe ti. ¿No te parece irreverente, verdad? Pero, bueno, no eres un ministro de la Iglesia.

10

—Soy tan distinta —suspiró Hazel.

Era realmente terrible ser tan distinta de los demás… y sin embargo, maravilloso a la vez, como si uno fuera un ser de otro planeta. Hazel por nada del mundo hubiera preferido ser una del montón… a pesar de cómo sufría por

ser diferente.

—Todos somos distintos —dijo Ana, divertida.

—Está sonriendo. —Hazel entrelazó un par de manos muy blancas y con hoyuelos, y miró a Ana con adoración. Remarcaba por lo menos una palabra de cada frase que pronunciaba—. Tiene una sonrisa tan fascinante… tan mágica. En cuanto la vi, me di cuenta de que comprendería todo. Estamos en el mismo plano. A veces creo que debo de ser adivina, señorita Shirley. Siempre sé en forma tan instintiva, cuando conozco a alguien, si me caerá bien o no. Sentí de inmediato que usted comprendería. Es tan dulce sentirse comprendida. Nadie me comprende, señorita Shirley… nadie. Pero cuando la vi, una voz interna me susurró: «Ella entenderá… con ella puedes ser tú misma». Ay, señorita Shirley, seamos verdaderamente como somos. Señorita Shirley, ¿me quiere un poquito, una pizca, aunque más no sea?

—Creo que eres un encanto —respondió Ana, riendo y despeinando los rizos dorados de Hazel con sus dedos delgados. Era muy fácil sentir cariño por Hazel.

Hazel había estado desnudando su alma ante Ana en la habitación de la torre, desde donde podían ver una luna joven colgando sobre el puerto, y el crepúsculo de mayo llenando las copas rojas de los tulipanes bajo las ventanas.

—No encendamos las luces todavía —había suplicado Hazel, y Ana había estado de acuerdo.

—Es hermoso cuando la oscuridad es tu amiga, ¿no crees? Cuando enciendes la luz, la oscuridad se vuelve tu enemiga… y te mira con resentimiento.

—Puedo pensar cosas como ésas, pero nunca puedo expresarlas de manera tan bella —se quejó Hazel, extasiada—. Habla el idioma de las violetas, señorita Shirley.

Hazel no podría haber explicado a qué se refería con eso, pero no tenía importancia. Sonaba tan poético.

La habitación de la torre era el único lugar tranquilo en la casa. Rebecca Dew había dicho esa mañana, con expresión agobiada:

—Hay que empapelar la sala y el dormitorio libre antes de la reunión de la Sociedad de Damas. —Y había procedido a sacar todos los muebles de ambas habitaciones para dejar lugar al empapelador, que luego se negó a venir hasta el día siguiente. Álamos Ventosos era una selva de confusión, con un solo claro de quietud en la torre.

Hazel Marr tenía un notorio enamoramiento juvenil hacia Ana. Los Marr eran nuevos en Summerside; se habían mudado allí desde Charlottetown

durante el invierno. Hazel era una «rubia de octubre», como le gustaba describirse, con pelo color bronce y ojos castaños. Según Rebecca Dew, ya no había servido para nada desde que había descubierto que era guapa. Pero Hazel gozaba de mucha popularidad, sobre todo entre los muchachos, que encontraban irresistible la combinación de su pelo y sus ojos. A Ana le resultaba simpática. Más temprano esa tarde, se había sentido cansada y algo pesimista, vencida por las actividades de la escuela, pero ahora se sentía descansada, aunque no podría haber dicho si se debía a la brisa de mayo, cargada de perfume de flores de manzano y que entraba por la ventana, o a la charla de Hazel. Tal vez a ambas cosas. De algún modo, Hazel le recordaba su propia juventud temprana, con todos sus éxtasis, ideales y visiones románticas.

Hazel tomó la mano de Ana y presionó los labios sobre ella, con gesto reverente.

—Odio a las personas a quienes quiso antes que a mí, señorita Shirley. Odio a las personas a quienes quiere ahora. Quiero que sea exclusivamente mía.

—¿No te parece poco razonable, tesoro? Tú quieres a otros, además de quererme a mí. ¿Qué hay de Terry, por ejemplo?

—¡Ay, señorita Shirley! De eso quiero hablarle. Ya no puedo seguir soportándolo en silencio… no puedo. Tengo que hablar con alguien, con alguien que comprenda. Antenoche salí y di vueltas y vueltas al estanque toda la noche… bueno, casi… hasta las doce, de todos modos. He sufrido lo indecible.

Hazel adoptó todo el aspecto trágico que le permitían una carita redonda, rosada, ojos de largas pestañas y una aureola de rizos.

—Pero Hazel, querida, creí que Terry y tú erais muy felices… que todo estaba arreglado.

No se podía culpar a Ana por pensar de ese modo. Durante las tres semanas anteriores, Hazel había derramado en sus oídos palabras extasiadas sobre Terry Garland, pues para Hazel, ¿qué sentido tenía tener un pretendiente, si no se podía hablar con alguien de él?

—Todos piensan eso —replicó Hazel en tono cargado de amargura—. Ay, señorita Shirley, la vida está tan llena de problemas desconcertantes. A veces siento deseos de acostarme en alguna parte… en cualquier parte… cruzar las manos y nunca volver a pensar.

—¿Pero qué ha sucedido, querida?

—Nada… y todo. Ay, señorita Shirley, ¿puedo hablarle de ello? ¿Puedo contarle todo?

—Claro que sí, chiquilla.

—No tengo ante quién desnudar mi alma —declaró Hazel con aire patético —. Salvo en mi diario, por supuesto. ¿Me permitirá mostrarle mi diario algún día, señorita Shirley? Es una autorrevelación. Y sin embargo, no puedo escribir lo que me quema el alma. Me… ¡me ahoga!

Hazel se aferró el cuello teatralmente.

—Claro que me gustaría verlo, si es lo que quieres. Pero ¿qué ha pasado entre Terry y tú?

—¡Terry! Ay, señorita Shirley, ¿me creerá si le digo que Terry es como un desconocido para mí? ¿Alguien a quien nunca vi antes? —agregó, como para que no quedaran dudas.

—Pero, Hazel… creí que lo amabas… dijiste…

—Sí, lo sé. Yo también creía amarlo. Pero ahora sé que fue todo un terrible error. Ay, señorita Shirley, no puede imaginar lo difícil que es mi vida… lo imposible…

—Sí, te entiendo —dijo Ana, compasivamente, recordando a Roy Gardiner.

—Ay, señorita Shirley, estoy segura de que no lo amo lo suficiente como para casarme con él. Ahora lo comprendo… ahora que es demasiado tarde. Me dejé encandilar hasta creer que lo amaba. De no haber sido por la luna, estoy segura de que le hubiera pedido tiempo para pensarlo. Pero me dejé llevar… ahora lo veo muy bien. ¡Ay, tendré que escapar… tendré que hacer algo desesperado!

—Pero Hazel, querida, si sientes que te has equivocado, por qué no decírselo…

—¡Ay, señorita Shirley, no podría! Lo mataría. Me adora, sencillamente. No hay escapatoria. Y Terry está comenzando a hablar de casamiento. Piénselo… una chiquilla como yo… apenas tengo diecisiete años. Todas mis amigas a las que les he contado el secreto de mi compromiso me felicitaron… y es todo una farsa. Creen que Terry es un gran partido porque heredará diez mil dólares cuando cumpla veinticinco años. Se los dejó su abuela. ¡Como si me importara algo tan sórdido como el dinero! Ay, señorita Shirley, ¿por qué es éste un mundo tan mercenario? ¿Por qué?

—Supongo que es mercenario en algunos aspectos, pero no en todos, Hazel. Y si te sientes así respecto de Terry… bueno, todos nos equivocamos. A veces es muy difícil reconocer lo que queremos…

—Sí, ¿no es cierto? Sabía que me comprendería. Yo creía amarlo, señorita

Shirley. La primera vez que lo vi, me quedé sentada contemplándolo toda la tarde. Cuando sus ojos se topaban con los míos, me golpeaban oleadas de sensaciones. Era tan apuesto… aunque aún entonces me pareció que tenía el pelo demasiado rizado y las pestañas demasiado rubias. Eso debería haberme servido de advertencia. Pero siempre pongo el alma en todo, sabe… soy tan intensa. Me estremecía de éxtasis cada vez que se me acercaba. Y ahora no siento nada… ¡nada! Ay, he envejecido en estas semanas, señorita Shirley… ¡he envejecido! No he comido casi nada desde que nos comprometimos. Mi madre podría contárselo. Estoy segura de que no lo amo lo suficiente como para casarme con él. Puedo tener dudas sobre muchas otras cosas, pero eso lo sé con absoluta certeza.

—Entonces no deberías…

—Aun en aquella noche de luna, cuando me propuso casamiento, yo estaba pensando en qué vestido usaría para la fiesta de disfraces de Joan Pringle. Pensaba que sería bonito ir como Reina de Mayo, en verde pálido, con una faja en verde más oscuro, y una corona de rosas color rosado pálido en el pelo. Y una caña decorada con rosas y cintas verdes y rosadas. ¿No hubiera sido encantador? Y después el tío de Joan tuvo que morirse y Joan no pudo dar la fiesta, después de todo, así que de nada sirvió. Pero lo importante es que… realmente no puedo haberlo amado, si mis pensamientos vagaban de esa forma, ¿no cree?

—No lo sé… a veces los pensamientos nos juegan malas pasadas.

—Realmente creo que no quiero casarme en absoluto, señorita Shirley. Por casualidad, ¿tiene un palillo de naranjo a mano? Gracias. Tengo las uñas desparejas. Bien puedo limármelas mientras hablo. ¿No es agradable estar intercambiando confidencias de este modo? Son tan pocas las oportunidades que tenemos… el mundo se entromete tanto… Bien, ¿en qué estaba? Ah, sí, Terry… ¿Qué voy a hacer, señorita Shirley? Quiero que me dé un consejo. ¡Ay, me siento como una criatura atrapada!

—Pero Hazel, es tan sencillo…

—No, no es nada sencillo, señorita Shirley. Es terriblemente complicado. Mamá está escandalosamente complacida, pero la tía Jean, no. Terry no le gusta y todos dicen que ella es una mujer de buen juicio. No quiero casarme con nadie. Soy ambiciosa… quiero una carrera. A veces pienso que me gustaría ser monja. ¿No sería maravilloso ser la novia del Cielo? La Iglesia Católica es tan pintoresca, ¿no cree? Pero claro, no soy católica… y de todos modos, no se podría llamarlo una carrera. Siempre pensé que me gustaría ser enfermera. Es una profesión tan romántica, ¿no le parece? Acariciar frentes afiebradas y todo eso… ¡y un paciente millonario que se enamora de mí y me lleva a pasar la luna de miel en una casa veraniega en la costa del

Mediterráneo, bajo el sol de la mañana! Me he visto así. Sueños tontos, quizá, pero ay, tan dulces… No puedo renunciar a ellos por la prosaica realidad del matrimonio con Terry Garland y una vida en Summerside.

Hazel se estremeció ante la idea y se examinó una uña con ojos críticos.

—Supongo que… —comenzó a decir Ana.

—No tenemos nada en común, sabe, señorita Shirley. Él es indiferente a la poesía y el romance, y para mí son la vida. A veces pienso que debo de ser una reencarnación de Cleopatra… ¿o sería Helena de Troya…? En fin, una de esas mujeres lánguidas y seductoras. Tengo pensamientos y sensaciones tan maravillosos… No sé de dónde me vienen, si ésa no es la explicación. Y Terry es tan pragmático… no puede ser la reencarnación de nadie. Lo que dijo cuando le conté sobre la pluma de escribir de Vera Fry lo demuestra, ¿no cree?

—Es que nunca oí hablar de la pluma de escribir de Vera Fry —dijo Ana, con paciencia.

—¿De veras? Creí que se lo había contado. Le he contado tantas cosas… El novio de Vera le regaló una pluma de escribir que había hecho con una pluma caída de un ala de cuervo, que encontró en el suelo. Él le dijo: «Que tu espíritu se eleve al cielo con ella cada vez que la usas, como el pájaro que una vez la llevó». ¿No fue absolutamente maravilloso? Pero Terry dijo que la pluma se gastaría muy pronto, sobre todo si Vera escribía tanto como hablaba, y en cualquier caso, no le parecía que los cuervos se elevaran al cielo. Sencillamente, no captó el significado en absoluto… la esencia.

—¿Y cuál era el significado?

—Bueno… bueno… elevarse, entiende, alejarse de las bajezas de la Tierra. ¿Se fijó en el anillo de Vera? Un zafiro. Los zafiros me parecen demasiado oscuros para anillos de compromiso. Me gusta mucho más su romántico anillo de perlas. Terry quería darme el anillo de inmediato, pero le dije que todavía no… Iba a ser como un grillete… tan irrevocable, comprende. No hubiera sentido eso si lo amara, ¿no cree?

—No, creo que no…

—Ha sido tan maravilloso hablar con alguien de lo que realmente siento. Ay, señorita Shirley, si sólo pudiera encontrarme libre otra vez… libre para buscar el significado más profundo de la vida. Terry no sabría de qué estoy hablando, si le dijera eso. Y sé que tiene mal carácter, como todos los Garland. Ay, señorita Shirley, si usted pudiera hablarle… decirle lo que siento… Él tiene una opinión inmejorable de usted… se dejaría guiar por sus palabras.

—Hazel, mi querida niña, ¿cómo voy a hacer algo así?

—No veo por qué no. —Hazel terminó con la última uña y dejó el palillo

con aire trágico—. Si usted no puede, no podré obtener ayuda de ningún lado. Pero nunca, nunca, nunca podré casarme con Terry Garland.

—Si no amas a Terry, tendrías que ir y decírselo, por más que él se sienta mal al principio. Algún día conocerás a alguien a quien amarás de verdad, Hazel, querida… entonces, ya no tendrás dudas… lo sabrás con absoluta certeza.

—Nunca más amaré a nadie —aseguró Hazel, con calma pétrea—. El amor no trae más que sufrimiento. A pesar de mi juventud, eso lo he aprendido bien. Ésta sería una magnífica trama para una de sus historias, ¿no cree, señorita Shirley? Tengo que irme. No tenía idea de que fuera tan tarde. Me siento mucho mejor después de haberle contado todo… «tocado tu alma en la tierra de las sombras», como dice Shakespeare.

—Creo que era Pauline Johnson —la corrigió Ana suavemente.

—Bueno, sabía que era alguien… alguien que había vivido. Creo que esta noche dormiré, señorita Shirley. Casi no he dormido desde que me encontré comprometida con Terry, sin saber cómo había sucedido.

Hazel se pasó la mano por el cabello, para inflarse el peinado, y se puso el sombrero con ala forrada en rosado y flores rosadas alrededor. Le quedaba tan bonito que Ana, siguiendo un impulso, le besó la mejilla.

—Eres preciosa, querida —dijo con admiración.

Hazel permaneció inmóvil.

Luego levantó la mirada y contempló el techo de la habitación, como si pudiera ver, más allá, las estrellas.

—Nunca, nunca olvidaré este momento maravilloso, señorita Shirley —murmuró, extasiada—. Siento que mi belleza… si es que la tengo… ha sido consagrada. Ay, señorita Shirley, no sabe lo terrible que es tener fama de ser hermosa y siempre temer que cuando la gente la conoce a una, piense que no era tan bonita como decían. Es una tortura. A veces me siento morir de mortificación porque me parece ver que se sienten defraudados. Quizá sólo sea mi imaginación… soy tan imaginativa, demasiado para mi propio bien, temo. Imaginé que estaba enamorada de Terry, ¿comprende? Ay, señorita Shirley, ¿puede oler el aroma de las flores de manzano?

Como tenía nariz, Ana podía olerlo.

—¿No es absolutamente divino? Espero que el cielo sea todo flores. Una podría ser buena si viviera en un lirio, ¿no cree?

—Me temo que no habría demasiado lugar —respondió Ana con un dejo de malicia.

—Ay, señorita Shirley, no… no sea sarcástica con alguien que la idolatra. El sarcasmo me deja marchita como una hoja.

—Veo que no le habló hasta matarla —comentó Rebecca Dew cuando Ana volvió después de acompañar a Hazel hasta el final de la calle—. No entiendo cómo la soporta.

—Me resulta simpática, Rebecca, de veras. Yo era terriblemente charlatana cuando era niña. Me pregunto si a la gente que tenía que escucharme le parecería tan tonta como Hazel, a veces.

—No la conocí cuando era niña, pero estoy segura de que no era así —dijo Rebecca—. Porque lo dijera como lo dijera, hablaría con franqueza e intención, cosa que Hazel Marr no hace. No es más que leche gorda fingiendo ser crema.

—Sí, claro, a todo le da un aire dramático, como la mayoría de las chicas, pero creo que algunas cosas las dice en serio —replicó Ana.

Pensaba en Terry. Tal vez creía que Hazel hablaba con sinceridad respecto a él, porque ella no tenía la mejor de las opiniones sobre el mencionado Terry. Ana opinaba que Hazel «se desperdiciaría» con él, a pesar de los diez mil dólares que heredaría. Consideraba a Terry un muchacho apuesto, algo débil, que se enamoraría de la primera chica que le hiciera una caída de ojos, y con la misma facilidad, pasaría a enamorarse de la siguiente, si la primera lo rechazaba o lo dejaba solo demasiado tiempo.

Ana había visto bastante a Terry esa primavera, pues Hazel había insistido en que los acompañara en varias oportunidades, y estaba destinada a seguir viéndolo porque Hazel iba a visitar a unos amigos en Kingsport, y durante su ausencia, Terry se pegó a Ana; la llevaba a pasear y la acompañaba a su casa después de las fiestas o reuniones. Se llamaban «Ana» y «Terry», pues eran aproximadamente de la misma edad, aunque Ana se sentía bastante maternal respecto de él. Terry estaba encantado de que «la inteligente señorita Shirley» disfrutara de su compañía, y la noche de la fiesta de May Connelly, en un jardín iluminado por la luna, sobre el cual bailaban las sombras de las acacias, se puso tan sentimental, que Ana, divertida, le recordó a la ausente Hazel.

—Bah, Hazel… —dijo Terry—. Esa chiquilla…

—Estás comprometido con «esa chiquilla», ¿no es cierto? —replicó Ana con severidad.

—En realidad, no… fueron tonterías. Creo que me dejé llevar por la luna.

Ana pensó rápidamente. Si a Terry realmente le importaba tan poco Hazel, era mejor librar a la joven de él. Tal vez ésta fuera una oportunidad dorada para salvarlos a ambos del tonto enredo en el que se habían metido y del que

ninguno de los dos parecía poder salir.

—Por supuesto —continuó Terry, que había malentendido su silencio—, estoy en un lío, lo admito. Creo que Hazel me ha tomado muy en serio y no sé cómo hacerle ver su error.

Ana, impulsiva como siempre, adoptó su aire más maternal.

—Terry, ambos son un par de niños jugando a los adultos. Hazel siente tan poco por ti como tú por ella. Aparentemente, la luna os afectó a ambos. Ella quiere quedar libre, pero teme decírtelo y herir tus sentimientos. Es sólo una chiquilla romántica y confundida, y tú eres un muchacho enamorado del amor. Algún día, ambos reiréis a carcajadas recordándolo.

«Creo que me salió muy bien», pensó Ana, complacida.

Terry dejó escapar un suspiro.

—Me has quitado un peso de encima, Ana. Hazel es una dulzura, por supuesto, y por nada del mundo quería herirla, pero hace varias semanas que he tomado conciencia de mí… de nuestro… error. Cuando uno conoce a una mujer… a la mujer… ¿No vas a irte todavía, verdad, Ana? ¿Acaso vamos a desperdiciar esta hermosa luna? Pareces una rosa blanca bajo la luna… Ana…

Pero Ana había huido.

11

Ana, que se encontraba corrigiendo exámenes en la habitación de la torre, una tardecita de mediados de junio, hizo una pausa para sonarse la nariz. Se la había sonado tantas veces esa tarde, que la tenía enrojecida y algo dolorida. A decir verdad, era víctima de un muy severo y poco romántico catarro. No le permitía disfrutar del suave cielo verdoso detrás de los árboles de Siempreverde, ni de la luna plateada que colgaba por encima del Rey de las Tormentas, ni del perfume de las lilas bajo su ventana ni del de los lirios en el florero de la mesa. Oscurecía su pasado y le ensombrecía el futuro.

—Un catarro en junio es algo inmoral —le informó a Dusty Miller, que meditaba sobre el alféizar de la ventana—. Pero dentro de dos semanas, estaré en mi querida Tejas Verdes, en lugar de estar cocinándome aquí con estos exámenes llenos de errores y sonándome la gastada nariz. Piensa en ello, Dusty Miller.

Al parecer, Dusty Miller lo pensó. Quizá también haya pensado que la damisela que avanzaba a pasos rápidos por la Calle del Fantasma y luego

subía por el sendero tenía aspecto furioso, alterado y muy poco acorde con el mes de junio. Era Hazel Barr, que había vuelto el día anterior de Kingsport; resultaba evidente que estaba muy perturbada. Minutos después, entró como una tromba en el dormitorio de Ana, sin aguardar respuesta a su golpe a la puerta.

—Vaya, Hazel, querida… (¡Achís!). ¿Ya has vuelto de Kingsport? No te esperaba hasta la semana que viene.

—No, supongo que no —replicó Hazel con sarcasmo—. Sí, señorita Shirley, estoy de vuelta. ¿Y con qué me encuentro? Con que ha estado haciendo todo lo posible para quitarme a Terry… ¡y casi lo ha logrado!

—¡Hazel! (¡Aaachiiís).

—Sí, búrlese de mí… búrlese de todo. Pero no trate de negarlo. Lo hizo… y en forma deliberada.

—Claro que sí. Tú me lo pediste.

—¡Que yo se lo pedí!

—Aquí, en esta misma habitación. Me dijiste que no lo amabas y que nunca podrías casarte con él.

—Habré estado deprimida, supongo. Nunca soñé que me tomaría en serio. Pensé que usted comprendería el temperamento artístico. Es muchísimo mayor que yo, pero ni siquiera usted pudo haber olvidado la forma alocada en que hablan las muchachas jóvenes… la forma en que sienten. ¡Usted, que fingía ser mi amiga!

«Esto debe de ser una pesadilla», pensó la pobre Ana, secándose la nariz.

—Siéntate, Hazel… por favor.

—¡Sentarme! —Hazel iba de un lado a otro, alteradísima—. ¿Cómo puedo sentarme… cómo puede alguien sentarse cuando su vida está en ruinas? Si eso es lo que hace la vejez… volvernos celosos de la felicidad de los jóvenes y decididos a destruirla… rezaré para no envejecer nunca.

Ana tuvo un primitivo e intenso deseo de dar un buen tirón de orejas a Hazel. Lo reprimió tan pronto, que después nunca creyó haberlo tenido. Pero decidió que se imponía un castigo suave y gentil.

—Si no puedes sentarte y hablar con sensatez, Hazel, prefiero que te vayas. —Ana estornudó con violencia—. Tengo que trabajar.

—No me iré hasta decirle exactamente lo que pienso de usted. Sí, sé que la culpa es solamente mía, debí darme cuenta… de hecho, lo sabía. La primera vez que la vi, intuí que era peligrosa. ¡Ese cabello rojo y esos ojos verdes!

Pero nunca soñé que llegaría al punto de crear problemas entre Terry y yo. Pensé que por lo menos, era cristiana. Nunca oí de nadie que hiciera una cosa así. Me ha roto el corazón, si eso le produce satisfacción.

—Pero, tontita…

—¡No quiero hablarle! Terry y yo éramos tan felices antes de que usted arruinara todo. Yo era tan feliz… la primera del grupo en comprometerme. Hasta tenía la boda planeada en detalle… cuatro damas de honor vestidas de seda celeste con cintas de terciopelo negro en los volantes. ¡Tan elegante! ¡Ay, no sé si lo que más siento por usted es odio o compasión! ¡Cómo pudo tratarme de este modo… yo la quería tanto… confiaba tanto en usted… creía en usted!

A Hazel se le quebró la voz y los ojos se le llenaron de lágrimas. La muchacha se dejó caer sobre una mecedora.

«No deben de quedarte muchos signos de exclamación», pensó Ana, «pero no hay duda de que tu provisión de énfasis es inagotable».

—Mamá morirá de disgusto —sollozó Hazel—. Estaba tan contenta… todos estaban tan contentos… para todos era el matrimonio ideal. Ay, ¿alguna vez volverá todo a ser como antes?

—Espera hasta la próxima noche de luna y prueba —dijo Ana con suavidad.

—Ah, sí, ríase, señorita Shirley. Ríase de mi sufrimiento. Estoy segura de que todo le resulta muy divertido… ¡muy divertido! No sabe lo que significa sufrir. Es terrible… ¡terrible!

Ana echó una mirada al reloj y estornudó.

—Entonces no sufras —le aconsejó despiadadamente.

—Sí que sufriré. Mis sentimientos son muy profundos. Desde luego, una persona insensible no sufriría. Pero doy gracias porque puedo ser muchas cosas, pero no insensible. ¿Tiene alguna idea de lo que significa estar enamorada, señorita Shirley? ¿Verdadera, terrible, profunda y maravillosamente enamorada? ¿Y luego confiar en alguien y ser engañada? Me fui a Kingsport tan feliz… ¡enamorada de la vida y del mundo! Le pedí a Terry que fuera bueno con usted mientras yo no estaba, que no permitiera que se sintiera sola. Y anoche volví tan contenta. Entonces él me dijo que ya no me amaba… que era todo un error… ¡un error! ¡Y que usted le había dicho que yo ya no lo quería y que deseaba verme libre!

—Mis intenciones fueron honorables —objetó Ana, riendo. Su pícaro sentido del humor había acudido a su rescate y reía de sí misma tanto como de Hazel.

—¡No sé cómo hice para pasar la noche! —exclamó Hazel, desesperada—. La pasé caminando. Y no sabe… ni siquiera imagina lo que he tenido que pasar hoy. Tuve que quedarme sentada escuchando… escuchando… a la gente hablar de cómo Terry se enamoró de usted. ¡Sí, la gente los ha estado observando! Saben lo que yo no puedo comprender. Usted tenía su novio… ¿por qué no pudo dejarme a mí el mío? ¿Qué tenía en contra de mí? ¿Por qué? ¿Por qué? No lo puedo entender. ¿Qué le hice yo a usted?

—Pienso —dijo Ana, perdiendo la paciencia— que tanto Terry como tú necesitan una buena paliza. Si no estuvieras demasiado ofuscada para escuchar las razones…

—¡No estoy enfadada, señorita Shirley! Sólo herida… terriblemente herida —dijo Hazel en voz nublada de lágrimas—. Siento que he sido traicionada en todo… tanto en la amistad como en el amor. Bien, dicen que una vez que se nos ha roto el corazón, no sufrimos más. Espero que sea cierto, pero me temo que no será mi caso.

—¿Y qué pasó con tu ambición, Hazel? ¿Y con el paciente millonario y la luna de miel en una mansión sobre el Mediterráneo?

—No sé de qué está hablando, señorita Shirley. No soy en absoluto ambiciosa como esas espantosas mujeres modernas. Mi ambición principal era ser una esposa feliz y formar un hogar feliz con mi marido. ¡Era… era! ¡Pensar que debo usar el pasado! Bien, no se puede confiar en nadie. Al menos, aprendí eso. ¡Qué lección tan amarga!

Hazel se secó los ojos y Ana la nariz. Dusty Miller fulminó a la estrella vespertina con una mirada de misántropo.

—Creo que será mejor que te vayas, Hazel. Estoy realmente muy ocupada y no veo que se vaya a ganar nada prolongando esta conversación.

Hazel fue hasta la puerta con aires de María, Reina de Escocia, avanzando hacia el cadalso, y allí se volvió con movimientos teatrales.

—Adiós, señorita Shirley. La dejo con su conciencia.

Ana, a solas con su conciencia, dejó la pluma, estornudó tres veces y se dedicó a elaborar un discurso.

—Puedes ser Licenciada en Filosofía y Letras, Ana Shirley, pero todavía te quedan varias cosas por aprender… cosas que hasta Rebecca Dew podría haberte dicho… es más, te las dijo. Sé sincera contigo misma, querida, y trágate la medicina como una dama valerosa. Admite que te dejaste llevar por las ponderaciones. Admite que te gustaba la adoración que te profesaba Hazel. Admite que te resultaba agradable ser idolatrada. Admite que te gustaba la idea de ser una especie de deus ex machina… y salvar de su propia tontería a

personas que no deseaban ser salvadas en absoluto. Y habiendo admitido todo esto y sintiéndote más sabia, más triste y unos pocos miles de años más vieja, toma la pluma y procede a corregir los exámenes, dejando sentado, al pasar, que Myra Pringle piensa que un serafín es «un animal que abunda en África».

12

Una semana más tarde, Ana recibió una carta, escrita en papel celeste con borde plateado.

Estimada señorita Shirley:

Le escribo para decirle que todos los malentendidos entre Terry y yo se han aclarado y que somos tan profunda, intensa y maravillosamente felices, que hemos decidido que podemos perdonarla. Terry dice que la luna lo hizo ponerse romántico con usted, pero que su corazón nunca dejó realmente de serme fiel. Me asegura que le gustan las chicas dulces, sencillas (como a todos los hombres) y que no quiere saber nada con mujeres intrigantes y astutas. No podemos entender por qué se comportó con nosotros de la manera en que lo hizo… jamás lo entenderemos. Tal vez buscaba material para una historia y creyó que podría encontrarlo entrometiéndose con el primer amor dulce y trémulo de una jovencita. Pero le damos las gracias por haber logrado que nos reveláramos ante nosotros mismos. Terry dice que antes nunca había comprendido el sentido más profundo de la vida. De manera que todo ha terminado bien. Somos tan afines que podemos sentir los pensamientos del otro. Nadie comprende a Terry, salvo yo, y quiero ser una fuente de inspiración eterna para él. No soy inteligente como usted, pero siento que puedo ser la inspiración, puesto que somos almas gemelas y nos hemos jurado verdad y constancia eternas, a pesar de toda la gente celosa y todas las amistades falsas que quieran causar problemas entre nosotros.

Nos casaremos en cuanto tenga listo mi ajuar. Viajaré a Boston a comprarlo. En Summerside no hay nada. Mi vestido será de moaré blanco y el traje de viaje, gris, con sombrero, guantes y blusa celestes. Sé que soy muy joven, por supuesto, pero quiero casarme joven, antes de que mi vida se marchite.

Terry es todo lo que pude imaginar en mis sueños más fantasiosos y cada latido de mi corazón es para él. Sé que vamos a ser felicísimos. En un tiempo creí que todos mis amigos se alegrarían conmigo por mi felicidad, pero desde entonces he aprendido una amarga lección y ya no soy tan ingenua. Atentamente,

Posdata 1: Usted me dijo que Terry tenía muy mal carácter. Pero su hermana me ha asegurado que es un cordero.

Posdata 2: Dicen que el jugo de limón blanquea las pecas. Podría aplicárselo sobre la nariz.

H.M.

—Citando a Rebecca Dew —comentó Ana a Dusty Miller—, la segunda posdata es realmente la gota que colma el vaso.

13

Ana regresó a su casa para pasar sus segundas vacaciones con sentimientos encontrados. Gilbert no estaría en Avonlea ese verano. Se había ido al Oeste, a trabajar en un ferrocarril que se estaba construyendo. Pero Tejas Verdes seguía siendo Tejas Verdes, y Avonlea seguía siendo Avonlea. El Lago de las Aguas Refulgentes resplandecía como en los viejos tiempos. Los helechos crecían espesos como siempre, y el puente de troncos, aunque cada año estaba un poco más endeble y cubierto de musgo, seguía llevando a las sombras, los silencios y las canciones del viento del Bosque Encantado.

Ana había logrado que la señora Campbell permitiera a la pequeña Elizabeth ir con ella a pasar dos semanas, nada más. Pero Elizabeth, ante la idea de pasar dos semanas enteras con la señorita Shirley, no pedía nada más a la vida.

—Hoy me siento como la «señorita Elizabeth» —informó a Ana con un suspiro de deliciosa emoción mientras se alejaban de Álamos Ventosos—. ¿Quiere, por favor, presentarme como la señorita Elizabeth a sus amigos de Tejas Verdes? Me haría sentir tan adulta…

—Lo haré —respondió Ana, muy seria, recordando a una damisela pelirroja que una vez había pedido que la llamaran Cordelia.

El viaje desde Blight River hasta Tejas Verdes, por un camino como solamente la isla Príncipe Eduardo en verano puede mostrar, fue para Elizabeth algo casi tan fabuloso como había sido para Ana aquella memorable tarde de primavera tantos años atrás. El mundo era hermoso, con praderas ondeadas por el viento a cada lado, y sorpresas a la vuelta de cada curva. Estaba con su querida señorita Shirley; se vería libre de la «mujer» por dos semanas enteras; tenía un vestido nuevo rosado a cuadritos, y un par de preciosas botitas marrones. Era casi como si el Mañana hubiera llegado… con

catorce Mañanas siguiéndolo. Los ojos de Elizabeth brillaban de sueños cuando tomaron por el sendero de entrada de Tejas Verdes, donde crecían las rosas silvestres.

Para Elizabeth, las cosas parecieron cambiar mágicamente en cuanto llegó a Tejas Verdes. Durante dos semanas, vivió en un mundo de romance. No se podía salir de la puerta sin meterse dentro de algo romántico. En Avonlea, las cosas sucedían… si no era hoy, entonces mañana. Elizabeth sabía que todavía no había entrado del todo en el Mañana, pero era consciente de que estaba a unos pasos de él.

Todo en Tejas Verdes parecía conocerla. Hasta el juego de té con florecitas rosadas de Marilla le parecía un viejo amigo. Las habitaciones la miraban como si ella siempre las hubiera conocido y querido; hasta la hierba era más verde que en cualquier otra parte, y las personas que vivían en Tejas Verdes eran la clase de gente que había en el Mañana. Ella les brindaba su cariño y se lo devolvían con creces. Davy y Dora la adoraban y la mimaban; Marilla y la señora Lynde la miraban con aprobación. Elizabeth era ordenada, femenina, cortés con los mayores. Ellos estaban al tanto de que Ana no aprobaba los métodos de la señora Campbell, pero era evidente que la anciana había educado correctamente a su nieta.

—Ay, señorita Shirley, no quiero dormir —susurró Elizabeth cuando estaban acostadas en la buhardilla, después de haber pasado una bonita velada—. No quiero dormir ni un minuto de estas maravillosas dos semanas. Ojalá pudiera arreglármelas sin dormir mientras estoy aquí.

Se quedó despierta largo rato. Era un placer estar allí tendida, escuchando el magnífico y bajo ruido de trueno, que la señorita Shirley le había explicado era el mar. A Elizabeth le encantaba, al igual que el suspiro del viento entre las vigas. Elizabeth siempre había tenido «miedo a la noche». ¿Quién sabía qué cosas extrañas podían abalanzarse sobre nosotros desde las sombras? Pero ahora ya no la temía. Por primera vez en la vida, la noche le resultaba una amiga.

Irían a la playa al día siguiente, había prometido la señorita Shirley, y se darían un remojón en esas olas de borde plateado que habían visto romper más allá de las dunas verdes de Avonlea, cuando subían la última colina. Elizabeth las miraba llegar, una detrás de la otra. Una era una gran ola oscura de sueño… rompía sobre ella… Elizabeth se ahogó en la ola con un delicioso suspiro de entrega.

«Aquí… es… tan… fácil… amar… a… Dios…», fue su último pensamiento consciente.

Pero permanecía despierta un rato, pensando, todas las noches, en Tejas

Verdes, después de que la señorita Shirley se dormía. ¿Por qué la vida en Siempreverde no podía ser como en Tejas Verdes?

Elizabeth nunca había vivido en un sitio donde se podía hacer ruido, si lo deseaba. En Siempreverde, todos tenían que moverse despacio, hablar en voz baja, hasta pensar en voz baja, sentía Elizabeth. Había ocasiones en las que Elizabeth deseaba, perversamente, gritar con todas sus fuerzas.

—Puedes hacer todo el ruido que quieras, aquí —le había dicho Ana.

Pero lo curioso era que ya no deseaba gritar, ahora que nada se lo impedía. Le gustaba moverse en silencio, andar con cuidado entre todas las cosas bonitas que la rodeaban. Pero Elizabeth aprendió a reír durante su estada en Tejas Verdes. Y cuando volvió a Summerside, llevó consigo hermosos recuerdos, y dejó, también, recuerdos muy gratos de ella. Para los habitantes de Tejas Verdes, durante meses, la casa y los alrededores siguieron llenos de recuerdos de la pequeña Elizabeth. Porque para ellos, era «la pequeña Elizabeth», a pesar de que Ana la había presentado solemnemente como «la señorita Elizabeth». Era tan menuda, tan dorada, tan parecida a un duende, que sólo podían pensar en ella como en «la pequeña Elizabeth» … La pequeña Elizabeth, bailando al anochecer en el jardín entre los lirios de junio… enroscada sobre una rama del gran manzano, leyendo cuentos de hadas… La pequeña Elizabeth, hundida en una pradera llena de flores, donde su cabecita era solamente una flor más… persiguiendo mariposas por el Sendero de los Enamorados… escuchando zumbar a los abejorros entre las flores… comiendo fresas con crema con Dora, en la despensa, o grosellas, en el jardín.

—Las grosellas son hermosas, ¿no te parece, Dora? Es como comer joyas, ¿no?

La pequeña Elizabeth, cantando por lo bajo en el mágico atardecer entre los pinos… con dedos perfumados luego de juntar rosas… contemplando la luna sobre el valle del arroyo…

—La luna tiene ojos preocupados, ¿no cree, señora Lynde?

La pequeña Elizabeth, llorando amargamente porque un capítulo de la historia por entregas de la revista de Davy dejaba al héroe en un triste trance…

—¡Ay, señorita Shirley, creo que no saldrá de ésta!

La pequeña Elizabeth, acurrucada, rosada y dulce como una rosa silvestre, durmiendo la siesta en el sofá de la cocina, con los gatitos de Dora a su alrededor… chillando de alegría al ver al viento despeinar las colas de las gallinas, de aspecto tan digno… (¿era posible que la pequeña Elizabeth riera de ese modo?) … ayudando a Ana a adornar una tarta, a la señora Lynde a cortar los trozos de tela para un nuevo cobertor de «cadena irlandesa doble», a

Dora a frotar los candelabros de bronce hasta que se reflejaban sus rostros en ellos… cortando diminutas galletas con un dedal, bajo la tutela de Marilla. Los habitantes de Tejas Verdes casi no podían mirar hacia ningún lado sin recordar a la pequeña Elizabeth.

«Me pregunto si alguna vez volveré a pasar quince días tan felices», pensó Elizabeth mientras se alejaba de Tejas Verdes. El camino a la estación seguía tan hermoso como dos semanas atrás, pero ella estaba cegada por las lágrimas.

—No hubiera creído que se pudiera extrañar tanto a una criatura —suspiró la señora Lynde.

Después de haberse ido Elizabeth, Katherine Brooke y su perro vinieron a pasar el resto del verano. Katherine había renunciado a su puesto en la escuela al finalizar el año, y tenía pensado ir a Redmond en el otoño para seguir un curso de secretariado en la Universidad de Redmond. Ana se lo había aconsejado.

—Sé que te gustará… El trabajo de maestra nunca te ha gustado —dijo Ana una tarde, cuando sentadas entre unos helechos en un rincón de la pradera, contemplaban las glorias del crepúsculo.

—La vida me debe algo más que lo que me ha pagado, y me lo voy a cobrar —aseguró Katherine en tono decidido—. Me siento mucho más joven que a estas alturas del año pasado… —añadió, riendo.

—Estoy segura de que es lo mejor para ti, pero no me gusta pensar en Summerside y en la escuela sin ti. ¿Cómo será la habitación de la torre el año que viene, sin nuestras conversaciones nocturnas, nuestras discusiones y nuestras horas de tonterías, cuando convertíamos todo y a todos en una broma?

****

EL TERCER AÑO

1

Álamos Ventosos,

Calle del Fantasma

8 de septiembre

Queridísimo:

Ha terminado el verano… el verano en que te vi solamente ese fin de semana de mayo. Y estoy de vuelta aquí en Álamos Ventosos, para mi tercer y último año en la Escuela Secundaria de Summerside. Katherine y yo pasamos días deliciosos en Tejas Verdes, y la extrañaré muchísimo este año. La maestra nueva es una mujer alegre y pequeña, regordeta, rosada, y amistosa como un cachorro… pero de algún modo, no hay nada más en ella. Tiene brillantes y vacíos ojos celestes sin ningún pensamiento detrás. Me agrada… siempre me agradará, ni más ni menos, pero no hay nada para descubrir en ella. Había tanto para descubrir en Katherine, una vez que lograbas hacerle bajar la guardia.

No hay cambios en Álamos Ventosos… sí, los hay. La vieja vaca rojiza ha pasado a mejor vida, me informó Rebecca Dew con tristeza cuando bajé a cenar la noche del lunes. Las viudas han decidido ahorrarse las molestias de tener otra, y comprarle leche y crema al señor Cherry. Esto significa que la pequeña Elizabeth ya no vendrá hasta el portón a buscar la leche fresca. Pero la señora Campbell parece haberse reconciliado con la idea de dejarla venir aquí cuando lo desea, así que la leche no será un problema.

Y hay otro cambio en puerta. La tía Kate me contó, muy a mi pesar, que han decidido regalar a Dusty Miller en cuanto encuentren un hogar adecuado para él. Ante mis protestas, dijo que querían paz, y que Rebecca Dew se había estado quejando de él todo el verano. No parece haber otra forma de satisfacerla. Pobre Dusty Miller… ¡y es un gato tan ronroneante!

Mañana, sábado, iré a cuidar a los mellizos de la señora Raymond mientras ella va a Charlottetown al funeral de un pariente. La señora Raymond es una viuda que vino al pueblo el invierno pasado. Rebecca Dew y las viudas de Álamos Ventosos… la verdad es que Summerside es un sitio estupendo para viudas… A la señora Raymond la consideran «un poco demasiado estirada» para Summerside, pero fue una enorme ayuda para Katherine y para mí con nuestras actividades del Club de Arte Dramático. Un favor merece otro.

Gerald y Geraldine tienen ocho años y son un par de criaturas de aspecto angelical, pero Rebecca Dew «puso trompa», para usar una de sus propias expresiones, cuando le conté lo que iba a hacer.

«Pero me encantan los niños, Rebecca».

«Los niños sí, pero ésos son la peste, señorita Shirley. La señora Raymond no es partidaria de castigar a los niños, hagan lo que hagan. Dice que está decidida a que lleven una vida "natural". Engañan a la gente con ese aspecto angelical, pero he oído los cuentos de los vecinos. La esposa del ministro fue de visita una tarde… bien, la señora Raymond fue un almíbar con ella, pero cuando se iba, cayó una lluvia de cebollas por la escalera y una le derribó el sombrero. "Los niños siempre se portan mal cuando una quiere que sean

buenos", fue lo único que dijo la señora Raymond… como si se sintiera orgullosa de ellos por ser tan indomables. Son norteamericanos, ¿comprende?».

Como si eso explicara todo. Rebecca Dew tiene tanto aprecio por los «yanquis» como la señora Lynde.

2

A media mañana del sábado, Ana se dirigió a la bonita casa antigua sobre una calle que terminaba en el campo, donde vivían la señora Raymond y sus famosos mellizos. La señora Raymond estaba lista para partir… vestida algo alegremente, quizá, para un funeral, con un sombrero lleno de flores sobre el ondeado cabello castaño, pero muy hermosa. Los mellizos de ocho años, que habían heredado su belleza, estaban sentados en la escalera, con aspecto de querubines. Tenían piel rosada, grandes ojos celestes y esponjoso cabello rubio pálido.

Sonrieron con encantadora dulzura cuando su madre les presentó a Ana y les dijo que la querida señorita Shirley había sido tan buena al venir a cuidarlos mientras mamá iba al funeral de la querida tía Ella, y que por supuesto se iban a portar bien y no le iban a dar nada de trabajo, ¿no era así, tesoros? Los tesoros asintieron solemnemente y lograron parecer más angelicales que nunca.

La señora Raymond hizo que Ana la acompañara hasta el portón.

—Son lo único que tengo, ahora —declaró en tono patético—. Es posible que los haya malcriado un poco… sé que la gente lo piensa… la gente siempre parece saber mejor que una cómo criar a los hijos, ¿lo ha notado, señorita Shirley? Pero yo opino que es mejor quererlos que castigarlos, ¿sabe, señorita Shirley? Estoy segura de que usted no tendrá problemas con ellos. Los niños siempre se dan cuenta con quién pueden hacer travesuras y con quién no. La pobre señora Prouty, que vive aquí cerca, vino a quedarse con ellos un día, pero los pobrecitos no la pudieron soportar. De modo que le hicieron bastantes bromas, por supuesto… ya sabe cómo son los chicos. Se ha vengado contando las historias más absurdas por todo el pueblo. Pero usted les encantará y sé que se portarán como unos ángeles. Tienen mucha vivacidad, por supuesto… pero los niños tienen que ser así, ¿no cree? Es tan penoso ver niños con aspecto asustado, ¿no? Me gusta que sean naturales, ¿y a usted? Los niños demasiado buenos no parecen naturales, ¿no es cierto? No les permita hacer navegar sus barcos en la bañera ni meterse en el estanque, por favor. Tengo terror de que se

resfríen… su padre murió de neumonía.

Los ojos de la señora Raymond parecían a punto de desbordar, pero ella parpadeó valientemente y contuvo las lágrimas.

—No se preocupe si se pelean un poco… los niños siempre lo hacen, ¿no es cierto? Pero si alguno de fuera los ataca… ¡cielos! Se adoran, sabe. Podría haber llevado a uno al funeral, pero sencillamente no quisieron saber nada. Nunca han estado separados un solo día. Y no iba a poder cuidar a mis mellizos en un funeral, ¿no le parece?

—No se preocupe, señora Raymond —dijo Ana con gentileza—. Estoy segura de que Gerald, Geraldine y yo pasaremos un buen día. Los niños me encantan.

—Lo sé. En cuanto la vi, me di cuenta de que le gustaban los niños. Una siempre se da cuenta, ¿no es cierto? Las personas que quieren a los chicos tienen algo. La pobre anciana señora Prouty los detesta. Busca lo peor en los niños, y por supuesto, lo encuentra. No imagina el consuelo que es para mí pensar que mis tesoros están bajo el cuidado de alguien que ama a los niños y los comprende. Estoy segura de que disfrutaré el día.

—Podrías llevarnos al funeral —chilló Gerald, asomando repentinamente la cabeza por una de las ventanas del primer piso—. Nunca vamos a lugares divertidos como ése.

—¡Ay, están en el baño! —exclamó la señora Raymond con aire trágico—. Querida señorita Shirley, por favor, vaya a sacarlos. Gerald, tesoro, sabes que mamá no puede llevaros al funeral. Ay, señorita Shirley, tiene esa alfombra de piel de coyote del saloncito atada alrededor del cuello por las patas. La arruinará. Por favor, haga que se la quite de inmediato. Debo apresurarme o perderé el tren.

La señora Raymond se alejó con andar elegante y Ana corrió arriba para encontrar que la angelical Geraldine había tomado a su hermano de las piernas y aparentemente trataba de arrojarlo por la ventana.

—Señorita Shirley, dígale a Gerald que deje de sacarme la lengua —exigió con ferocidad.

—¿Te duele? —quiso saber Ana, sonriendo.

—Muy bien, a mí no va a sacarme la lengua —declaró Geraldine, dirigiendo una fulminante mirada a su hermano, que se la devolvió, interesado.

—La lengua es mía y no puedes impedir que la saque cuando quiera, ¿no es cierto, señorita Shirley?

Ana pasó por alto la pregunta.

—Mis queridos mellizos, falta justo una hora para el almuerzo. ¿Qué os parece si vamos a sentarnos al jardín a jugar y contar cuentos? Y Gerald, ¿quieres por favor llevar esa alfombra de coyote otra vez a la sala?

—Pero es que quiero jugar al lobo —objetó Gerald.

—Quiere jugar al lobo —exclamó Geraldine, aliándose de pronto con su hermano.

—Queremos jugar al lobo —dijeron al unísono.

El timbre de la puerta cortó el nudo del dilema de Ana.

—Vamos a ver quién es —dijo Geraldine.

Volaron hasta la escalera y, deslizándose por la barandilla, llegaron a la puerta mucho más rápido que Ana. La piel de coyote se soltó y quedó olvidada por el camino.

—No compramos nada a ningún vendedor —informó Gerald a la dama que estaba en el umbral.

—¿Puedo ver a tu madre? —preguntó la mujer.

—No, no puede. Mamá se fue al funeral de la tía Ella. La señorita Shirley nos está cuidando. Aquí viene. Ahora sí que tendrá que esfumarse.

Ana realmente sintió deseos de que la mujer se esfumara cuando vio de quién se trataba. La señorita Pame la Drake no era una visita que gozara de popularidad en Summerside. Siempre estaba vendiendo alguna cosa y era casi imposible deshacerse de ella a menos que uno se la comprara, puesto que era totalmente impermeable a desaires e insinuaciones, y al parecer, disponía de todo el tiempo del mundo.

Esta vez estaba «vendía» una enciclopedia… algo de lo que ninguna maestra podía prescindir. En vano protestó Ana que no necesitaba una enciclopedia… la escuela ya tenía una muy completa.

—De diez años de antigüedad —decretó la señorita Pamela con firmeza—. Nos sentaremos aquí, sobre este banco rústico, señorita Shirley, y le enseñaré mi folleto.

—Lo lamento, pero no tengo tiempo, señorita Drake. Tengo que cuidar a los niños.

—Sólo me llevará unos minutos. Tenía pensado pasar a verla, señorita Shirley, y es una suerte para mí haberla encontrado aquí. Id a jugar, niños, mientras la señorita Shirley y yo miramos este hermoso folleto.

—Mamá contrató a la señorita Shirley para que nos cuide —objetó Geraldine, sacudiendo sus rizos rubios. Pero Gerald la tironeó hacia atrás y la

puerta se cerró.

—Verá, señorita Shirley, lo que esta enciclopedia significa. Mire qué hermoso papel… tóquelo, vea qué maravillosos los grabados… Ninguna otra enciclopedia en el mercado tiene tantos grabados… Mire qué impresión… hasta un ciego podría leerla… y todo por ochenta dólares: ocho dólares de anticipo y ocho dólares por mes hasta que quede pagada. Nunca más tendrá una oportunidad así… Esta es la presentación, por eso damos tantas facilidades. El año que viene costará ciento veinte.

—Es que no quiero una enciclopedia, señorita Drake —dijo Ana, desesperada.

—Claro que quiere una enciclopedia. Todo el mundo quiere una enciclopedia… una enciclopedia Nacional. No sé cómo viví hasta que conocí la enciclopedia Nacional. ¡Vivir! No vivía, solamente existía. Observe el grabado del avestruz, señorita Shirley. ¿Alguna vez había visto un avestruz?

—Pero, señorita Drake, yo…

—Si los términos le parecen demasiado onerosos, estoy segura de que podremos llegar a un arreglo, puesto que es maestra… seis dólares por mes, en lugar de ocho. Francamente, no puede rechazar una oferta como ésta, señorita Shirley.

Ana ya sentía que no podía. ¿Acaso no valdría seis dólares por mes deshacerse de esta espantosa mujer que evidentemente ya había decidido no irse hasta conseguir un pedido? Además… ¿qué estarían haciendo los mellizos? El silencio era alarmante. ¿Y si estuvieran haciendo navegar sus barcos en la bañera? ¿Y si se estuvieran bañando en el estanque?

Hizo un último y penoso intento de escapar.

—Lo pensaré, señorita Drake, y le haré saber…

—No hay tiempo como el presente —dijo la señorita Drake, sacando la estilográfica con rapidez—. Sabe muy bien que va a llevarse la Nacional, de modo que le conviene firmar ahora y terminar con el asunto. No se gana nada postergando las cosas. En cualquier momento puede subir el precio y entonces tendría que pagar ciento veinte dólares. Firme aquí, señorita Shirley.

Ana sintió que le empujaban la pluma dentro de la mano… unos segundos más y… De pronto, la señorita Drake profirió un grito espeluznante; Ana dejó caer la pluma bajo las flores que rodeaban el banco, y contempló con asombro y horror a su compañera.

¿Ésa era la señorita Drake…? ¿Ese objeto indescriptible, sin sombrero, sin lentes, casi sin pelo? Sombrero, lentes y peluquín flotaban en el aire por encima de su cabeza, a mitad de camino hacia la ventana del baño, desde

donde asomaban dos cabezas doradas. Gerald sostenía una caña de pescar de la que colgaban dos hilos con anzuelos. Gracias a qué magia había logrado un triple enganche, sólo él lo sabía. Sin duda, se debía a un golpe fabuloso de suerte.

Ana voló escaleras arriba. Para cuando llegó al baño, los mellizos habían huido. Gerald había abandonado la caña de pescar, y al espiar por la ventana, Ana vio a una furiosa señorita Drake recuperando sus pertenencias, pluma incluida, y dirigiéndose luego hacia el portón. Por una vez en su vida, la señorita Pamela Drake había tenido que irse sin el pedido.

Ana descubrió a los mellizos comiendo manzanas con aire angelical en la galería trasera. Era difícil saber qué hacer. No podía dejarse pasar travesura semejante sin un reproche… pero Gerald la había rescatado de una posición difícil, y la señorita Drake era un odioso ser que necesitaba una lección. No obstante…

—¡Te has comido un gusano enorme! —chilló Gerald—. ¡Lo vi desaparecer por tu garganta!

Geraldine dejó la manzana y de inmediato vomitó. Ana estuvo ocupada durante un buen rato. Y cuando Geraldine estuvo mejor, era la hora del almuerzo, y Ana decidió dejar pasar el asunto con una leve admonición. Después de todo, no habían causado daños permanentes a la señorita Drake, que probablemente mantendría la boca cerrada por su propio bien.

—¿Te parece, Gerald, que te comportaste como un caballero? —preguntó con suavidad.

—No —respondió Gerald—. Pero fue divertidísimo. ¡Ja! Soy un buen pescador, ¿no cree?

El almuerzo estuvo excelente. La señora Raymond lo había preparado antes de partir, y fueran cuales fueren sus carencias disciplinarias, era una excelente cocinera. Gerald y Geraldine, ocupados en masticar y tragar con voracidad, no pelearon ni mostraron modales peores que cualquier otro niño. Después del almuerzo, Ana lavó los platos y logró que Geraldine la ayudara a secarlos y que Gerald los guardara con cuidado en el armario. Lo hicieron con pericia, y Ana reflexionó, complacida, que lo único que los niños necesitaban era un poco de disciplina y firmeza.

3

A las dos de la tarde, llegó el señor James Grand. El señor Grand era

presidente de la junta de la Escuela Secundaria; tenía asuntos importantes de los cuales hablar, y deseaba hacerlo antes de irse el lunes a asistir a una conferencia educacional en Kingsport. Ana le preguntó si podría ir a Álamos Ventosos por la tarde. Lamentablemente, no le era posible.

El señor Grand era un buen hombre a su manera, pero Ana había descubierto hacía tiempo que había que tratarlo con guantes. Además, estaba ansiosa por ponérselo de su parte para la batalla por material nuevo, que se avecinaba. Salió en busca de los mellizos.

—Queridos, ¿podéis jugar tranquilos en el jardín mientras hablo unos minutos con el señor Grand? No tardaré mucho… y luego haremos un picnic a orillas del estanque… y os enseñaré a soplar burbujas de jabón teñidas de rojo… ¡una belleza!

—¿Nos dará veinticinco centavos a cada uno, si nos portamos bien? —quiso saber Gerald.

—No, querido Gerald —respondió Ana con firmeza—. No voy a sobornarte. Sé que vas a portarte bien solamente porque te lo pido, como haría un caballero.

—Nos portaremos bien, señorita Shirley —prometió Gerald en tono solemne.

—Como santos —acotó Geraldine, con igual solemnidad.

Es posible que hubieran mantenido su promesa, si no hubiese llegado Ivy Trent en cuanto Ana se encerró con el señor Grand en la sala. Pero Ivy Trent llegó, y los mellizos Raymond detestaban a Ivy Trent… la impecable Ivy Trent, que nunca hacía nada mal y siempre parecía recién salida de una caja de sombreros.

Esa tarde en particular, no había dudas de que Ivy Trent había venido para ostentar sus preciosas botas marrones nuevas, su cinturón y sus lazos rojos. La señora Raymond, a pesar de sus carencias en otros aspectos, tenía ideas bastante sensatas sobre la vestimenta infantil. Sus caritativos vecinos decían que gastaba tanta plata en ella misma que no le quedaba nada para los niños… y Geraldine nunca tenía oportunidad de desfilar por la calle en el estilo de Ivy Trent, que tenía un vestido para cada tarde de la semana. La señora Trent siempre la vestía de «blanco inmaculado». Al menos, Ivy estaba inmaculada cuando salía de casa. Si no volvía en el mismo estado, era culpa de los niños «envidiosos» que abundaban en el vecindario.

Geraldine sentía envidia, sí. Ansiaba poseer un cinturón rojo y lazos del mismo color y vestidos blancos bordados. ¿Qué no hubiera dado por botas abotonadas como ésas?

—¿Os gustan mi cinturón y mis lazos nuevos? —preguntó Ivy, muy orgullosa.

—¿Os gustan mi cinturón y mis lazos nuevos? —la imitó Geraldine, provocadora.

—Pero tú no tienes lazos —objetó Ivy.

—Pero tú no tienes lazos —repitió Geraldine.

Ivy la miró, perpleja.

—Sí que tengo. ¿No los ves?

—Sí que tengo. ¿No los ves? —se burló Geraldine, encantada con la brillante idea de repetir en tono sarcástico todo lo que decía Ivy.

—No están pagados —dijo Gerald.

Ivy Trent era irascible. Su rostro se puso rojo como los lazos.

—Sí que lo están. Mi mamá siempre paga las cuentas.

—Mi mamá siempre paga las cuentas —canturreó Geraldine.

Ivy estaba incómoda. No sabía cómo manejar la situación. De modo que se volvió hacia Gerald, que era, sin duda, el chico más apuesto de la calle. Ivy se había decidido por él.

—Vine a decirte que aceptaré que seas mi pretendiente —declaró, mirándolo elocuentemente con un par de ojos castaños que, aun a los siete años, había descubierto Ivy, tenían un efecto devastador sobre la mayoría de los muchachitos que conocía.

Gerald enrojeció intensamente.

—No quiero ser tu pretendiente —dijo.

—Pero tienes que serlo —dijo Ivy con serenidad.

—Pero tienes que serlo —la imitó Geraldine, sacudiendo la cabeza en dirección a su hermano.

—¡Ni pensarlo! —chilló Gerald, furioso—. Y deja de decir tonterías, Ivy Trent.

—Tienes que serlo —insistió Ivy, obstinada.

—Tienes que serlo —acotó Geraldine.

Ivy le dirigió una mirada fulminante.

—¡Cállate de una vez, Geraldine Raymond!

—Es mi jardín y puedo hablar todo lo que quiera —afirmó Geraldine.

—Claro que sí —la apoyó Gerald—. Y si no te callas, Ivy Trent, iré a tu casa y le arrancaré los ojos a tu muñeca.

—Mi mamá te dará una paliza, si lo haces —exclamó Ivy.

—¿Ah, sí? ¿Y sabes lo que le hará mi mamá a la tuya? Le dará un puñetazo en la nariz.

—Bueno, de todos modos, tienes que ser mi pretendiente —dijo Ivy, volviendo al tema fundamental.

—Te… te… hundiré la cabeza en el barril de agua de lluvia —gritó Gerald, perdiendo los estribos—. Te apretaré la cara contra un hormiguero… ¡Te arrancaré los lazos y el cinturón!

Esto último fue dicho en tono triunfante, pues al menos era factible.

—Hagámoslo —propuso Geraldine.

Se abalanzaron sobre la desafortunada Ivy, que pateó y gritó y trató de morder, pero nada pudo hacer contra ellos dos. Juntos la arrastraron por el jardín hasta el cobertizo donde guardaban la leña y desde donde no se oirían sus gritos.

—Rápido —jadeó Geraldine—, antes de que salga la señorita Shirley.

No había tiempo que perder. Gerald sujetó las piernas de Ivy mientras con una mano, Geraldine le aferraba las muñecas y con la otra le arrancaba los lazos del pelo y del vestido y el cinturón.

—Pintémosle las piernas —gritó Gerald. Su mirada se topó con un par de latas de pintura dejadas allí por obreros la semana anterior—. Yo la sujeto; tú, píntala.

Ivy chillaba, desesperada. Le bajaron las medias y unos instantes después, sus piernas lucían anchas rayas de pintura roja y verde. El vestido se manchó con pintura, al igual que las botas. Como toque final, le llenaron los rizos de serrín. Ivy daba lástima cuando por fin la soltaron. Los mellizos aullaron de risa al contemplarla. Largas semanas de aires y condescendencias por parte de Ivy habían sido vengadas.

—Ahora vete a tu casa —le ordenó Gerald—. Así aprenderás a no ir por ahí diciéndoles a los hombres que tienen que ser tus pretendientes.

—¡Se lo contaré a mi mamá! —lloró Ivy—. ¡Iré directamente a contárselo! ¡Eres odioso, malo y feo!

—No le digas feo a mi hermano, niñita vanidosa —le espetó Geraldine—. ¡Tú y tus lazos! Toma, llévatelos. No los queremos en nuestra leñera.

Ivy, perseguida por los lazos que Geraldine le arrojaba, corrió sollozando

por el jardín y huyó calle abajo.

—¡Rápido! ¡Subamos por la escalera de atrás a limpiarnos antes de que la señorita Shirley nos vea! —exclamó Geraldine.

4

El señor Grand había dicho todo lo que tenía que decir y se había despedido con una inclinación. Ana se quedó un instante en la puerta, preguntándose dónde estarían los mellizos. Subiendo la calle en dirección al portón, venía una dama furibunda, trayendo a rastras a un desdichado y sollozante átomo de humanidad.

—Señorita Shirley, ¿dónde está la señora Raymond? —quiso saber la señora Trent.

—Se fue a…

—Insisto en ver a la señora Raymond. Verá con sus propios ojos lo que sus hijos le han hecho a la pobre Ivy, inocente e indefensa. ¡Mírela, señorita Shirley, mírela!

—Ay, señora Trent… ¡cuánto lo siento! Es todo culpa mía. La señora Raymond no está… y le prometí que cuidaría a los mellizos. Pero vino el señor Grand…

—No, no es culpa suya, señorita Shirley. No la culpo a usted. Nadie puede con esos niños diabólicos. Todo el vecindario sabe cómo son. Si la señora Raymond no está, no tiene sentido que me quede. Llevaré a la pobre niña a casa. Pero la señora Raymond se enterará de esto… se lo aseguro. ¡Escuche eso, señorita Shirley! ¿Acaso se están descuartizando mutuamente?

Eso era un coro de gritos, aullidos y chillidos que resonaba desde la escalera. Ana corrió arriba. En el corredor, se encontró con una masa que se retorcía, se enroscaba, mordía y arrancaba. Separó a los enfurecidos mellizos con dificultad y sujetando a cada uno de un hombro, les preguntó qué significaba ese comportamiento.

—Ella dice que tengo que ser el pretendiente de Ivy Trent —rugió Gerald.

—Y tiene que serlo —chilló Geraldine.

—¡Ni pensarlo!

—¡Tienes que serlo!

—¡Niños!

Algo en el tono de Ana los hizo callar. La miraron y vieron a una señorita Shirley desconocida. Por primera vez en la vida, sintieron la fuerza de la autoridad.

—Tú, Geraldine —dijo Ana en voz baja—, irás a acostarte por dos horas. Y tú, Gerald, pasarás el mismo tiempo dentro del guardarropa del vestíbulo. No quiero oír una palabra. Os habéis comportado de forma abominable y debéis aceptar el castigo. Vuestra madre os ha dejado a mi cargo y me vais a obedecer.

—Entonces castíguenos juntos —dijo Geraldine, echándose a llorar.

—Sí… no tiene derecho de separarnos… nunca nos han separado —masculló Gerald.

—Pues ésta será la primera vez.

Ana seguía hablando en voz baja. Geraldine se desvistió sumisamente y se metió en la cama. Gerald, también sumisamente, se metió dentro del guardarropa. Era grande y aireado, con una ventana y una silla, y nadie podría haber dicho que el castigo era demasiado severo. Ana echó llave a la puerta y se sentó con un libro junto a la ventana del corredor. Por lo menos, tendría dos horas de paz.

Cuando fue a espiar a Geraldine, unos minutos más tarde, la encontró profundamente dormida, con aire tan angelical, que Ana casi se arrepintió de su severidad. Bien, una siesta no le haría mal. Cuando despertara, le permitiría salir, aunque no hubieran transcurrido las dos horas.

Una hora después, Geraldine seguía durmiendo. Gerard había estado tan callado, que Ana decidió que había aceptado el castigo como un hombre y podía ser perdonado. Después de todo, Ivy Trent era una vanidosa y sin duda lo habría hecho enfurecer.

Giró la llave en la cerradura y abrió la puerta.

Gerald no estaba adentro. La ventana estaba abierta. Justo debajo de ella, se veía el techo de la galería lateral. Ana apretó los labios. Bajó las escaleras y salió al jardín. Ni rastro de Gerald. Exploró la leñera y miró hacia la calle. Nada.

Atravesó corriendo el jardín y cruzó el portón que daba a un bosquecillo que llegaba hasta el estanque del campo del señor Robert Creedmore. Gerald se estaba empujando alegremente con un palo en el botecito del señor Creedmore. Justo cuando Ana salió de entre los árboles, el palo, que se había hundido bastante en el barro, salió con facilidad al tercer tirón y Gerald salió disparado al agua.

Ana dejó escapar un grito de horror, aunque no había motivos para

alarmarse. El agua del estanque, en su parte más profunda, no llegaría a los hombros de Gerald, y allí donde había caído, apenas le llegaba a la cintura. El niño había logrado enderezarse y estaba allí de pie, con el pelo empapado y pegado a la cabeza. El grito de Ana hizo eco a sus espaldas y Geraldine, en camisón, apareció corriendo entre los árboles hasta el borde de la pequeña plataforma de madera donde estaba siempre amarrado el bote.

Al grito desesperado de «¡Gerald!», saltó y se arrojó al agua, yendo a caer junto a su hermano, que casi perdió el equilibrio nuevamente.

—Gerald, ¿te has ahogado? —chilló Geraldine—. ¿Te has ahogado, Gerald, querido?

—No… no… hermanita —le aseguró Gerald, castañeteando los dientes.

Se abrazaron con fuerza.

—Niños, venid aquí de inmediato —dijo Ana.

Caminaron hasta la orilla. La tarde de septiembre se había puesto fría y ventosa. Temblaban horriblemente… tenían las caras azules. Ana, sin una palabra de censura, los llevó a toda prisa a la casa, los desvistió y los metió en la cama de la señora Raymond, con bolsas de agua caliente en los pies. Seguían tiritando. ¿Se habrían resfriado? ¿Y si enfermaban de neumonía?

—Debió cuidarnos mejor, señorita Shirley —dijo Gerald, que seguía castañeteando los dientes.

—Claro que sí —acotó Geraldine.

Ana, desesperada, fue abajo y llamó al médico. Para cuando llegó, los mellizos habían entrado en calor, y el médico aseguró a Ana que no corrían peligro. Si se quedaban en la cama hasta el día siguiente, estarían muy bien.

El médico se encontró con la señora Raymond, que venía desde la estación, y fue una dama pálida y al borde de la histeria la que entró al cabo de unos minutos.

—Ay, señorita Shirley, ¿cómo pudo dejar que mis ángeles corrieran semejante peligro?

—Es lo que le dijimos, mamá —acotaron los mellizos.

—Confié en usted… le dije que…

—No veo que haya sido culpa mía, señora Raymond —dijo Ana, con ojos fríos como una niebla gris—. Se dará cuenta de esto, creo, cuando recupere la calma. Los niños están muy bien. Llamé al médico nada más que como medida de precaución. Si Gerald y Geraldine me hubieran obedecido, esto no habría sucedido.

—Pensé que una maestra tendría un poco de autoridad sobre los niños —dijo la señora Raymond con amargura.

«Sobre los niños quizá, pero no sobre los demonios», pensó Ana. Pero dijo solamente:

—Puesto que está aquí, señora Raymond, creo que me iré a casa. No creo que pueda ayudarla y tengo trabajos pendientes de la escuela.

Con un solo movimiento, los mellizos se arrojaron de la cama y le echaron los brazos al cuello.

—Espero que haya un funeral todas las semanas —exclamó Gerald—. Porque usted me gusta, señorita Shirley, y espero que venga a cuidarnos cada vez que mamá salga.

—Yo también —acotó Geraldine.

—Me gusta mucho más que la señorita Prouty.

—Sí, muchísimo más —asintió Geraldine.

—¿Nos pondrá en uno de sus cuentos? —quiso saber Gerald.

—Sí, hágalo —suplicó Geraldine.

—No dudo de que tuvo buenas intenciones —dijo la señora Raymond en voz trémula.

—Gracias —dijo Ana con voz gélida, tratando de liberarse de los brazos de los mellizos.

—Ay, no nos peleemos —suplicó la señora Raymond con ojos llenos de lágrimas—. No soporto pelearme con nadie.

—Claro que no. —Ana había adoptado un aire de altanera dignidad—. No creo que haya necesidad alguna de pelear. Pienso que Gerald y Geraldine se divirtieron mucho, aunque no creo que ése haya sido el caso de la pequeña Ivy Trent.

Ana regresó a su casa sintiéndose años más vieja.

«Pensar que Davy me parecía travieso», reflexionó.

Encontró a Rebecca Dew en el jardín, recogiendo flores tardías.

—Rebecca Dew, solía pensar que el dicho «A los niños hay que verlos y no oírlos» era demasiado severo. Pero ahora comprendo su lógica.

—Mi pobre criatura… Le prepararé una buena cena —dijo Rebecca Dew.

Y no añadió: «Se lo advertí».

5

(Extracto de una carta a Gilbert).

La señora Raymond vino hasta aquí anoche y, con lágrimas en los ojos, me suplicó que la perdonara por su «conducta apresurada». «Si conociera el corazón de una madre, señorita Shirley, no le resultaría difícil perdonar».

No me resultó difícil perdonar, de todos modos. Hay algo en la señora Raymond que me gusta, a pesar de mí misma, y fue realmente buenísima con el Club de Arte Dramático. De todos modos, no le dije: «Cualquier sábado que quiera salir, le cuidaré los niños». Una aprende por experiencia… aun una persona incorregiblemente optimista y confiada como yo.

He descubierto que un determinado sector de la sociedad de Summerside está muy revolucionado por los amoríos de Jarvis Morrow y Dovie Westcott… que como dice Rebecca Dew, han estado comprometidos más de un año y «no llegan a nada». La tía Kate, que es tía lejana de Dovie (para ser exacta, creo que es tía de una prima segunda de Dovie, por parte de la madre), está muy interesada en el asunto porque piensa que Jarvis es un partido excelente para Dovie… y también, creo, porque odia a Franklin Westcott y le gustaría verlo vencido por todos los flancos. No es que la tía Kate vaya a admitir que «odia» a nadie, pero la señora de Franklin Westcott era una amiga muy querida y la tía Kate afirma solemnemente que él la asesinó.

Y yo estoy interesada en el asunto, en parte porque quiero mucho a Jarvis y moderadamente a Dovie, y también porque comienzo a sospechar que soy una incurable entrometida en los asuntos de los demás… siempre con excelentes intenciones, por supuesto.

La situación, en resumen, es ésta: Franklin Westcott es un comerciante alto, sombrío y duro, cerrado y poco sociable. Vive en una casona antigua llamada Elmcroft, justo en las afueras del pueblo, en el camino que va al puerto. Lo he visto una o dos veces, pero realmente sé muy poco sobre él, salvo que tiene la extraña costumbre de decir algo y luego sacudirse con risa silenciosa. No ha pisado la iglesia desde que se han comenzado a cantar himnos e insiste en tener las ventanas abiertas aun cuando hay tormenta en invierno. Confieso que en esto último estoy de su lado, aunque debo de ser la única persona en Summerside que piensa así. Se ha convertido en un ciudadano importante y el municipio no hace nada sin su aprobación.

Su esposa murió. Se dice que era una esclava, que no podía declararse dueña ni de su propia alma. Al parecer; Franklin le dijo, cuando la trajo a su casa, que él sería el amo.

Dovie, cuyo verdadero nombre es Sibyl, es su única hija: una chica bonita, regordeta y amable, de diecinueve años, con una boca roja que siempre deja entrever los pequeños dientes blancos, brillo castaño en el pelo, atractivos ojos azules y pestañas negras tan largas, que una se pregunta si serán reales. Jen Pringle dice que Jarvis está enamorado de sus ojos. Jen y yo hemos hablado del asunto. Jarvis es su primo preferido. (A propósito, no creerías cuánto nos apreciamos Jen y yo. Es realmente una chiquilla deliciosa).

Franklin Westcott nunca permitió a Dovie tener pretendientes y cuando Jarvis Morrow comenzó a «prestarle atención», le prohibió acercarse a su casa y ordenó a Dovie dejarse de «andar por ahí con ese individuo». Pero era tarde: Dovie y Jarvis ya estaban muy enamorados.

Todo el pueblo se compadece de los novios. Franklin Westcott es realmente terco. Jarvis es un abogado de éxito, de buena familia, con buenas perspectivas; es un muchacho muy bueno y sano.

«Nadie podría ser más adecuado», asegura Rebecca Dew. «Jarvis Morrow podría conseguir a cualquier chica de Summerside. Franklin Westcott está decidido a que Dovie se convierta en una solterona. Quiere asegurarse un ama de llaves para cuando muera la tía Maggie».

«¿No hay nadie que tenga influencia sobre él?», pregunté.

«Nadie puede discutir con Franklin Westcott. Es tan sarcástico. Y si alguien lo pone en desventaja, tiene unas rabietas terribles. Nunca lo he visto presa de una rabieta, pero he oído a la señora Prouty describir la forma en que se comportó una vez que ella estaba allí cosiendo. Se enfureció por algo… nadie sabe por qué. Sencillamente arrojó por la ventana todo lo que estaba a su alcance. Los poemas de Milton salieron volando por encima de la cerca y cayeron al estanque de George Clarke. Siempre ha sido un resentido con la vida. La señora Prouty dice que su madre le contó que cuando Franklin nació, su llanto era algo digno de oírse. Supongo que Dios tiene algún motivo para crear hombres así, pero una no los entiende. No, no veo que Dovie y Jarvis tengan posibilidades, a menos que se escapen. Es una bajeza hacerlo, aunque se han dicho muchas tonterías románticas acerca de los que huyen para casarse. Pero éste es un caso en que cualquiera lo disculparía».

No sé qué hacer, pero debo hacer algo. Sencillamente no puedo quedarme sentada mientras las personas se arruinan la vida delante de mis propias narices, por más rabietas que pueda tener Franklin Westcott. Jarvis Morrow no esperará para siempre… Corren rumores de que ya está perdiendo la paciencia y lo han visto tachando con violencia el nombre de Dovie de un árbol sobre el que lo había tallado. Hay una bonita chica Palmer que, al parecer, se le arroja a los pies, y su hermana ha dicho que su madre ha dicho que su hijo no tiene necesidad de perseguir durante años a una muchacha.

Realmente, Gilbert, este asunto me tiene a maltraer.

Hay luna esta noche, amor mío, luz de luna sobre los álamos del jardín, brillo de luna sobre el puerto, donde una nave fantasma se aleja… luz de luna sobre el viejo cementerio, sobre mi valle privado, sobre el Rey de las Tormentas. Y debe de haber luz de luna en el Sendero de los Enamorados y sobre el Lago de las Aguas Refulgentes y en el viejo Bosque Embrujado y en el Valle de las Violetas. Seguramente habrá baile de hadas en las colinas. Pero Gilbert querido, la luz de luna sin nadie con quien compartirla no es luz… es penumbra.

Ojalá pudiera llevar a la pequeña Elizabeth a dar un paseo. Le encanta pasear a la luz de la luna. Dimos unos paseos encantadores cuando estaba en Tejas Verdes. Pero aquí, Elizabeth sólo ve la luna desde la ventana.

Estoy comenzando a preocuparme por ella, también. Va a cumplir diez años y esas dos ancianas no tienen la menor idea de lo que necesita, espiritual y emocionalmente. Mientras tenga buena comida y buena ropa, no se les ocurre que pueda necesitar otra cosa. Y cada año será peor. ¿Qué clase de adolescencia tendrá la pobre niña?

6

Jarvis Morrow volvió caminando con Ana de una reunión en la escuela, y le contó sus problemas.

—Tendrás que escaparte con ella, Jarvis. Todo el mundo lo dice. En general, no apruebo los casamientos clandestinos, pero hay excepciones a todas las reglas.

«Lo dije como una maestra con cuarenta años de experiencia», pensó Ana, disimulando una sonrisa.

—Se necesitan dos para llegar a un acuerdo, Ana. No puedo escapar solo. Dovie le tiene tanto miedo a su padre, que no puedo lograr que me dé su consentimiento. Y no sería un casamiento clandestino. Tendría que venir hasta casa de mi hermana Julia, la señora Stevens, sabes, alguna noche. Yo ya tendría al ministro allí, y podríamos casarnos en forma respetable para que todos queden contentos, e irnos de luna de miel a casa de mi tía Bertha, en Kingsport. Es tan sencillo como eso. Pero no puedo hacer que Dovie se atreva. La pobrecilla ha sido víctima de los caprichos de su padre durante tanto tiempo, que ya no tiene fuerza de voluntad.

—Pues tendrás que obligarla a hacerlo, Jarvis.

—Santo Cielo, ¿crees que no lo he intentado, Ana? Se lo he suplicado hasta quedar ronco. Cuando está conmigo, casi llega a prometérmelo, pero en cuanto vuelve a su casa, me manda decir que no puede. Parece extraño, Ana, pero la pobrecilla quiere realmente al padre y no soporta la idea de que él no vaya a perdonarla.

—Debes decirle que tiene que elegir entre su padre y tú.

—¿Y si lo elige a él?

—Creo que no hay peligro de que eso suceda.

—Nunca se sabe —se quejó Jarvis con aire sombrío—. Pero pronto tendremos que tomar una decisión. No puedo seguir así para siempre. Estoy loco por Dovie… todo Summerside lo sabe. Es como una rosa que está apenas fuera de mi alcance… Tengo que alcanzarla, Ana.

—La poesía es muy buena cosa, Jarvis, pero creo que de nada te servirá en esta instancia —dijo Ana con tranquilidad—. Parece un comentario de Rebecca Dew, pero es verdad. Lo que necesitas es sentido común. Dile a Dovie que estás cansado de dar vueltas y que tiene que tomarte o dejarte. Si no te quiere lo suficiente como para dejar a su padre por ti, es mejor que lo sepas de una vez.

Jarvis gimió.

—No has estado bajo la bota de Franklin Westcott toda tu vida, Ana. No sabes cómo es. Bien, haré un último intento. Como dices tú, si Dovie realmente me quiere, vendrá a mí… y si no me quiere, es mejor que me entere de lo peor. Comienzo a pensar que he hecho un papel ridículo.

«Si estás comenzando a pensar eso, será mejor que Dovie se cuide», pensó Ana.

La propia Dovie acudió a Álamos Ventosos unas noches después, para consultar con Ana.

—¿Qué voy a hacer, Ana? ¿Qué puedo hacer? Jarvis quiere que nos casemos clandestinamente. Papá se irá a Charlottetown una noche de la semana que viene, a un banquete masónico; ésa sería una buena oportunidad. La tía Maggie no sospecharía nada. Jarvis quiere que vaya a casa de la señora Stevens y que nos casemos allí.

—¿Y por qué no lo haces, Dovie?

—Ay, Ana, ¿realmente te parece que debería hacerlo? —Dovie levantó hacia ella un rostro dulce, persuasivo—. Por favor, por favor, ayúdame a tomar una decisión. Me estoy volviendo loca. —La voz de Dovie se quebró—. Ay, Ana, no sabes cómo es papá. Detesta a Jarvis… no puedo imaginar por qué…

¿y tú? ¿Cómo puede alguien odiar a Jarvis? Cuando vino a visitarme por primera vez, papá le prohibió la entrada en la casa y le dijo que le echaría el perro encima si volvía… nuestro bulldog. Has visto que una vez que muerden, no sueltan la presa. Y jamás me perdonará, si me fugo con Jarvis.

—Debes optar por uno de los dos, Dovie.

—Es justamente lo que dijo Jarvis —lloró Dovie—. Ay, estaba tan severo… nunca antes lo vi así. Y no puedo… no puedo vivir sin él, Ana.

—Entonces vive con él, mi querida muchacha. Y no lo llames una fuga. El venir a Summerside y casarte delante de todos sus amigos no es una fuga ni una boda clandestina.

—Papá dirá que sí —vaticinó Dovie, tragando un sollozo—. Pero seguiré tu consejo, Ana. Estoy segura de que tú no me recomendarías dar un paso equivocado. Le diré a Jarvis que consiga la licencia e iré a casa de su hermana la noche que papá esté en Charlottetown.

Jarvis, triunfante, contó a Ana que Dovie había accedido, por fin, a casarse con él.

—Tengo que encontrarme con ella al final de la calle el próximo martes por la noche… No quiere que vaya hasta la casa por temor a que la tía Maggie me vea… Iremos a casa de Julia y nos casaremos en un abrir y cerrar de ojos. Toda mi familia estará allí, de modo que la pobrecilla se sentirá cómoda. Franklin Westcott dijo que nunca conseguiría a su hija. Pues bien, le demostraré que estaba equivocado.

7

El martes fue un día sombrío de fines de noviembre. Chaparrones ocasionales llegaban desde las colinas. El mundo parecía un sitio gris y cansado, visto a través de la llovizna opaca.

«A la pobre Dovie no le ha tocado un día muy bonito para la boda»", pensó Ana. «Y si… y si…». Se estremeció. «Y si las cosas no salieran bien, después de todo, será mi culpa. Dovie nunca hubiera accedido a hacerlo, si yo no se lo hubiera aconsejado. ¿Y si Franklin Westcott no la perdona nunca? Ana Shirley, déjate de tonterías. Tu problema es el tiempo».

Al caer la noche, la lluvia había cesado, pero el aire estaba frío y áspero, y el cielo, tormentoso. Ana estaba en la habitación de la torre, corrigiendo evaluaciones, con Dusty Miller acurrucado debajo de la estufa. Se oyó un atronador golpe en la puerta principal.

Ana bajó corriendo. Rebecca Dew asomó la cabeza por la puerta de su dormitorio. Ana le hizo señas para que no saliera.

—¡Hay alguien en la puerta principal! —exclamó Rebecca, alterada.

—No pasa nada, Rebecca, querida. Es decir, sí, pasa de todo, me temo, pero es solamente Jarvis Morrow. Lo vi desde la ventana y sé que quiere hablar conmigo.

—¡Jarvis Morrow! —Rebecca se metió en su cuarto y cerró la puerta—. ¡Esto sí que es el colmo!

—Jarvis, ¿qué sucede?

—Dovie no ha venido —dijo Jarvis, enloquecido—. Estuvimos esperando horas… el ministro está allí… mis amigos… Julia tiene lista la cena… y Dovie no ha venido. La esperé al final de la calle hasta perder la razón. No me atrevía a ir a la casa porque no sabía qué había sucedido. Quizás ese viejo malvado de Franklin Westcott ha vuelto. Quizá la tía Maggie la haya encerrado. Pero tengo que saber qué sucedió. Ana, debes ir a Elmcroft a averiguar por qué no vino.

—¿Yo? —exclamó Ana con incredulidad.

—Sí, tú. No confío en nadie más… en nadie más que esté enterado de todo. Oh, Ana, no me falles ahora. Nos apoyaste desde el principio. Dovie dice que eres la única amiga verdadera que tiene. No es tarde… son solamente las nueve. Ve, por favor.

—¿Para que me coma el bulldog? —preguntó Ana en tono sarcástico.

—¡Ese perro viejo! —se mofó Jarvis—. No asustaría ni a un pato. ¿No creerás que le tenía miedo al perro, verdad? Además, por las noches lo encierran. Sencillamente no quiero causarle problemas a Dovie, si nos han descubierto. ¡Por favor, Ana!

—Supongo que no hay salida —dijo Ana, encogiéndose de hombros.

Jarvis la condujo hasta la calle que llevaba a Elmcroft, pero ella no quiso que él pasara de allí.

—Como dices tú, si el padre de Dovie ha vuelto, podrías complicar las cosas.

Ana caminó rápidamente por la calle bordeada de árboles. De tanto en tanto, salía la luna por entre las nubes cargadas de viento, pero la mayor parte del tiempo la oscuridad era total, y pensar en el perro la inquietaba aún más.

Parecía haber solamente una luz encendida en Elmcroft… y brillaba desde la ventana de la cocina. La tía Maggie abrió la puerta cuando Ana golpeó. La

tía Maggie era una anciana hermana de Franklin Westcott, una mujer encorvada y arrugada que nunca había tenido muchas luces, aunque era una excelente ama de casa.

—Tía Maggie, ¿está Dovie?

—Dovie está en la cama —respondió la tía Maggie con decisión.

—¿En la cama? ¿Está enferma?

—Que yo sepa, no. Estuvo nerviosa todo el día. Después de la cena, dijo que estaba cansada y se fue a la cama.

—Debo verla un instante, tía Maggie. Sólo… sólo quiero averiguar algo importante.

—Entonces sube a su cuarto. Es el de la derecha.

La tía Maggie hizo un gesto hacia la escalera y regresó a la cocina.

Dovie se incorporó en la cama cuando Ana entró, sin ceremonias, tras de llamar a la puerta. La luz de una pequeña vela reveló que Dovie estaba llorando, pero sus lágrimas hicieron perder la paciencia a Ana.

—¡Dovie Westcott, has olvidado que prometiste casarte con Jarvis Morrow esta noche…! ¡Esta noche!

—No… no… —gimió Dovie—. Ay, Ana, soy tan infeliz… he pasado un día atroz. No sabes, no puedes saber, lo que ha sido este día para mí.

—Sé lo que ha sido para el pobre Jarvis, que te estuvo esperando dos horas en la calle, bajo la llovizna —replicó Ana, implacable.

—¿Está… está muy enfadado, Ana?

—Puede decirse que un poco, sí. —Lo dijo con sarcasmo.

—Ay, Ana, me asusté. Anoche no pegué ojo. No podía hacerlo… no podía… Hay algo realmente feo en casarse clandestinamente, Ana. Y nadie me hará regalos… bueno, ningún regalo bueno. Siempre quise casarme… en… en… la iglesia… adornada con flores… y velo blanco y vestido… y zapatitos plateados…

—Dovie Westcott, levántate de esa cama… ¡ahora mismo! Vístete y ven conmigo.

Ana… ya es demasiado tarde.

—No es demasiado tarde. Y es ahora o nunca… tienes que darte cuenta de eso, Dovie, si tienes una pizca de sentido común. Tienes que darte cuenta de que Jarvis jamás volverá a dirigirte la palabra, si lo haces quedar como un tonto de esta manera.

—Ay, Ana, me perdonará cuando se entere…

—No. Conozco a Jarvis Morrow. No va a dejar que juegues con su vida indefinidamente. Dovie, ¿quieres que te saque a empujones de la cama?

Dovie se estremeció y suspiró.

—No tengo ningún vestido adecuado…

—Tienes media docena de vestidos bonitos. Ponte el de tafetán.

—Y no tengo ajuar. Los Morrow siempre me lo echarán en cara…

—Te comprarás uno después. Dovie, ¿no pusiste todo esto en la balanza antes?

—No… no… Ése es el problema. Sólo empecé a pensar en esas cosas anoche. Y papá… no conoces a papá, Ana…

—¡Dovie… te doy diez minutos para que te vistas!

Dovie estuvo lista antes de que expirara el tiempo.

—Este vestido… es muy ajustado —sollozó mientras Ana se lo abrochaba—. Si engordo, Jarvis no me querrá más. ¡Ojalá fuera delgada, alta y pálida como tú, Ana! Ay, Ana, ¿y si la tía Maggie nos oye?

—No nos oirá. Está encerrada en la cocina, y sabes muy bien que es un poco sorda. Aquí tienes el sombrero y el abrigo. Puse unas cuantas cosas dentro de esta maleta.

—Ay, el corazón me late a todo galope. ¿Cómo estoy, Ana? ¿Espantosa?

—Estás preciosa —respondió Ana con sinceridad.

La piel satinada de Dovie estaba rosada y cremosa, y el llanto no le había estropeado los ojos. Pero Jarvis no podía verle los ojos en la oscuridad, y se mostró algo fastidiado con su amada durante el trayecto hasta el pueblo.

—Por Dios, Dovie, no pongas esa cara de espanto por tener que casarte conmigo —dijo con impaciencia cuando ella bajó las escaleras de la casa de los Stevens—. Y no llores. Se te hinchará la nariz. Ya son casi las diez y tenemos que tomar el tren de las once.

Dovie recobró la compostura en cuanto se descubrió unida irrevocablemente a Jarvis. Ya tenía aspecto de luna de miel, como le contó Ana a Gilbert en una carta, con un dejo de malicia.

Ana, querida, te lo debemos todo a ti. Jamás lo olvidaremos, ¿verdad, Jarvis? Y ay, Ana, querida, ¿podrías hacerme un último favor? Por favor, dale la noticia a papá. Llegará a casa mañana por la tarde… y alguien tiene que decírselo. Si alguien puede aplacarlo, eres tú. Por favor, trata de lograr que me

perdone.

Ana sintió que necesitaba que la aplacaran a ella, pero como también se consideraba responsable por la boda, prometió que lo haría.

—Desde luego… se pondrá muy mal… se volverá loco, Ana… pero no puede matarte —le decía Dovie para consolarla—. Ay, Ana, no sabes… no imaginas lo segura que me siento con Jarvis.

Cuando Ana volvió a casa, Rebecca Dew había llegado al punto en que o satisfacía su curiosidad o perdía la razón. Siguió a Ana hasta la torre, en camisón y con un pañuelo de franela alrededor de la cabeza y escuchó toda la historia.

—Bien, supongo que esto es lo que puede llamarse «vida» —comentó con sarcasmo—. Pero me alegra que Franklin Westcott haya recibido su merecido, por fin. La señora del capitán MacComber también se alegrará. Pero no le envidio la tarea de darle la noticia. Se enfurecerá y dirá cosas espantosas. Si estuviera en su lugar, señorita Shirley, no pegaría ojo esta noche.

—Sí, pienso que no va a ser una experiencia agradable —asintió Ana con pesar.

8

Ana fue a Elmcroft la tarde siguiente, caminando por el paisaje onírico de una bruma de noviembre, con pasos apesadumbrados. No era precisamente una tarea encantadora la que le esperaba. Como había dicho Dovie, Franklin Westcott no podía matarla, por cierto. Ana no temía la violencia física… aunque si todo lo que se contaba de él era cierto, quizá le arrojara algo. ¿Se enfurecería hasta el punto de decir cosas sin sentido? Ana nunca había visto a un hombre presa de una furia ciega, e imaginó que debía de ser un espectáculo nada agradable. Pero era probable que sacara a relucir su famoso sarcasmo feroz, y al sarcasmo sí que Ana le temía, ya fuera en un hombre o en una mujer. Era un arma que siempre la hería… le sacaba ampollas en el alma, que le dolían durante meses. «La tía Jamesina solía decir: "Nunca seas portadora de malas noticias"», reflexionó Ana. «Era sabia en eso, como en todo. Pues bien, aquí estoy».

Elmcroft era una casa antigua, con torres en cada esquina y una cúpula en forma de bulbo. En el escalón superior de la entrada, estaba el perro.

«Si muerden la presa, no la sueltan», recordó Ana. ¿Acaso debería tratar de entrar por la puerta lateral? Entonces, la idea de que Franklin Westcott pudiera

estar observándola por la ventana le dio coraje. Jamás le otorgaría la satisfacción de ver que le tenía miedo a su perro. Con aire decidido y la cabeza erguida, subió los escalones, pasó junto al perro e hizo sonar la campanilla. El perro no se había movido. Ana le echó una mirada por encima del hombro, y vio que parecía dormido.

Franklin Westcott no había llegado, pero debía hacerlo en cualquier momento, pues el tren de Charlottetown estaba por arribar. La tía Maggie hizo pasar a Ana a la biblioteca, y la dejó allí. El perro se había despertado y las había seguido; entró y se echó a los pies de Ana.

A Ana le gustó la biblioteca. Era una habitación alegre, desordenada, con un agradable fuego en el hogar y alfombritas de piel de oso sobre la gastada alfombra roja que cubría el piso. Resultaba evidente que Franklin Westcott se trataba bien en lo que se refería a libros y pipas.

Minutos después, lo oyó entrar. Colgó el sombrero y el abrigo en el vestíbulo y apareció en la puerta de la biblioteca con expresión decididamente ceñuda. Ana recordó que la primera impresión que había tenido de él había sido la de un pirata algo caballeresco, y ahora le volvió la imagen a la mente.

—Ah, es usted, ¿eh? —dijo con aspereza—. Bien, ¿qué desea?

Ni siquiera había querido estrecharle la mano. «De los dos», pensó Ana, «el perro tiene mejores modales».

—Señor Westcott, por favor, escúcheme con paciencia antes…

—Soy paciente… muy paciente. ¡Proceda!

Ana consideró que no tenía sentido irse por las ramas con un hombre como Franklin Westcott.

—Vine a decirle que Dovie se ha casado con Jarvis Morrow —le informó con serenidad.

Y esperó el terremoto. No llegó. Ni un músculo se movió en el rostro enjuto y moreno de Franklin Westcott. Entró y se sentó en el sillón, frente a Ana.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Anoche… en la casa de la hermana de Jarvis —respondió Ana.

Él la miró largamente con los ojos de un marrón amarillento hundidos debajo de cejas hirsutas. Ana se preguntó cómo habría sido de bebé. Entonces, Franklin Westcott echó la cabeza hacia atrás y sucumbió a uno de sus espasmos de risa silenciosa.

—No debe culpar a Dovie, señor Westcott —dijo Ana con vehemencia,

recuperando el habla, ahora que la terrible revelación había sido hecha—. No fue su culpa…

—Apuesto a que no —replicó Franklin Westcott.

¿Estaba tratando de ser sarcástico?

—No, fue todo culpa mía —confesó Ana con sencillez y valentía—. Le aconsejé que se fug… que se casara… la obligué a hacerlo. Así que, por favor, señor Westcott, perdónela.

Franklin Westcott tomó una pipa y comenzó a llenarla, sin inmutarse.

—Si logró que Sibyl se fugue con Jarvis Morrow, señorita Shirley, ha logrado más de lo que creí posible. Comenzaba a temer que ella nunca tuviera el coraje suficiente de hacerlo. Y entonces hubiera tenido que retractarme… ¡y nosotros, los Westcott, detestamos retractarnos! Me ha salvado el honor, señorita Shirley, y le estoy profundamente agradecido.

Se hizo un largo silencio, mientras Franklin Westcott aplastaba el tabaco y miraba a Ana con aire divertido. Ana estaba tan anonadada, que no sabía qué decir.

—Supongo —observó él— que vino aquí temiendo darme la terrible noticia.

—Sí —asintió Ana.

Franklin Westcott rio en silencio.

—No era necesario asustarse. No podría haberme dado una noticia mejor. Pero si yo mismo elegí a Jarvis Morrow para Sibyl, cuando eran niños. En cuanto los otros muchachos comenzaron a fijarse en ella, los espanté. Eso hizo morder el anzuelo a Jarvis. ¡Él iba a darle una lección al viejo! Pero era tan popular con las chicas, que no pude creer la suerte que tuve cuando realmente se enamoró de ella. Entonces tracé mi plan de campaña. Conozco a los Morrow como a la palma de mi mano. Son buenos, pero los hombres no quieren las cosas que consiguen con facilidad. Y se obstinan en conseguir algo cuando se les dice que no podrán. Son muy tercos. El padre de Jarvis le destrozó el corazón a tres chicas porque las familias de ellas lo querían atrapar. Yo sabía lo que sucedería con Jarvis. Sibyl se enamoraría perdidamente de él… y él se cansaría enseguida. Estaba seguro de que no la seguiría queriendo, si ella le resultaba demasiado fácil de conseguir. Así que le prohibí acercarse a la casa y le prohibí a Sibyl dirigirle la palabra y representé el papel de ogro a la perfección. Todo salió a pedir de boca, pero encontré un obstáculo en la falta de coraje de Sibyl. Es una criatura encantadora, pero carece de agallas. Creí que nunca se atrevería a contrariarme y casarse con él. Ahora, querida, si ha recuperado el aliento, cuénteme toda la historia.

El sentido del humor de Ana había acudido otra vez al rescate. Nunca dejaba pasar la oportunidad de una buena carcajada, aunque riera de ella misma. Y de pronto sintió que conocía a Franklin Westcott desde hacía mucho tiempo.

El escuchó el relato, disfrutando del humo de la pipa. Una vez que Ana hubo terminado, asintió con la cabeza.

—Veo que estoy más en deuda con usted de lo que creía. Ella nunca hubiera tenido el coraje de hacerlo, si no hubiera sido por usted. Y Jarvis Morrow no se hubiera dejado tomar por tonto dos veces… conozco muy bien a los de su raza. ¡Cielos, cómo me salvé! Seré su esclavo para siempre. Ha sido usted muy buena al venir aquí, a pesar de todos los chismes que le han contado. Y le han contado bastantes, ¿no es así?

Ana asintió. El perro había apoyado la cabeza sobre su regazo y roncaba, feliz.

—Todos estaban de acuerdo en que usted tenía muy malhumor —respondió con candidez.

—Y supongo que le contaron que era un tirano y que le arruiné la vida a mi esposa y que manejaba a mi familia con el látigo.

—Sí, pero en realidad eso lo tomé con pinzas, señor Westcott. Sentía que Dovie no podía quererlo tanto como lo quiere, si usted fuera tan terrible como le pintaban los chismes.

—¡Qué chica sensata! Mi esposa era una mujer feliz, señorita Shirley. Y cuando la señora del capitán MacComber le diga que mis malos tratos le causaron la muerte, hágala callar de mi parte. Disculpe mis modales. Mollie era bonita… más bonita que Sibyl. Una piel tan rosada y blanca… el pelo castaño dorado… ¡los ojos azules y húmedos como rocío! Era la mujer más bonita de Summerside. Tenía que serlo. No hubiera soportado que un hombre hubiera entrado en la iglesia con una esposa más guapa que la mía. Manejaba a mi familia como un hombre, pero no era un tirano. Por cierto, tenía arrebatos de ira de tanto en tanto, pero a Mollie no le molestaban, una vez que se acostumbró a ellos. Un hombre tiene derecho a pelear un poco con su mujer de vez en cuando, ¿o no? Las mujeres se cansan de los maridos monótonos. Además, siempre le regalaba un anillo o un collar o algo así cuando me calmaba. ¡Ninguna mujer de Summerside tenía joyas tan bonitas! Debo buscarlas y dárselas a Sibyl.

Ana no pudo resistirse a un pícaro impulso.

—¿Y qué me dice de los poemas de Milton?

—¿Los poemas de Milton? ¡Ah, eso! No eran los poemas de Milton… eran

los de Tennyson. Siento reverencia por Milton, pero no soporto a Alfred. Es demasiado empalagoso. Esos dos últimos versos de Enoch Arden me pusieron tan furioso una noche, que realmente arrojé el libro por la ventana. Pero al día siguiente lo recogí, por mérito de Bugle Song. Por un poema así, se puede perdonar cualquier cosa… No fue a parar al estanque de George Clarke; eso fue el bordado de la vieja Prouty. ¿Ya se va? Quédese a cenar con un anciano solitario que se ha quedado sin su cría.

—Realmente lo lamento, pero no puedo, señor Westcott. Tengo una reunión de maestros esta noche.

—Bien, la veré cuando regrese Sibyl. Tendré que dar una fiesta, sin duda. Caray, qué alivio ha sido esto para mí. No sabe cómo habría detestado tener que retractarme y decir: «Llévatela». Ahora lo único que tengo que hacer es fingir que estoy resignado y con el corazón destrozado y perdonarla tristemente por causa de su pobre madre. Lo haré a la perfección… Jarvis no debe sospechar nada. No vaya a delatarme.

—No lo haré —prometió Ana.

Franklin Westcott la acompañó hasta la puerta. El perro se sentó y aulló su pérdida.

Franklin Westcott se sacó la pipa de la boca cuando llegaron a la puerta, y le palmeó el hombro con ella.

—Recuerde siempre —le dijo con solemnidad— que hay más de una forma de pelar un gato. Se puede hacer de manera tal que el animal nunca sepa que ha perdido el cuero. Dele mis saludos a Rebecca Dew. Una gata muy buena, si no se la acaricia a contrapelo. Y Gracias… gracias.

Ana volvió a casa, disfrutando de la noche serena. La niebla se había levantado, el viento había cambiado y el cielo verde pálido presagiaba la escarcha.

«Todos decían que no conocía a Franklin Westcott», reflexionó Ana. «Y tenían razón. No lo conocía. Nadie lo conocía».

—¿Y cómo lo tomó? —quiso saber Rebecca Dew. Había estado nerviosa durante la ausencia de Ana.

—No tan mal, después de todo —respondió Ana en tono confidencial—. Creo que con el tiempo perdonará a Dovie.

—Nunca he visto a nadie como usted para convencer a la gente, señorita Shirley —afirmó Rebecca Dew, admirada—. Usted sí que sabe ser persuasiva.

—«Algo intentado, algo logrado, una noche de reposo se ha ganado» —recitó Ana, cansada, mientras trepaba los tres escalones hasta su cama—.

¡Pero ya verán cuando alguien vuelva a pedirme mi opinión sobre las fugas y los casamientos clandestinos!

9

(Extracto de una carta a Gilbert).

He sido invitada a cenar, mañana por la noche, con una dama de Summerside. Sé que no me creerás, Gilbert, cuando te cuente que su apellido es Tomgallon… la señorita Minerva Tomgallon. Dirás que he estado leyendo demasiado a Dickens.

Mi amor, ¿no te alegras de llamarte Blythe? Estoy segura de que no podría casarme contigo, si tu apellido fuera Tomgallon. Imagina… ¡Ana Tomgallon! No, es imposible de imaginar.

Es el máximo honor que Summerside tiene para ofrecer… una invitación a la Casa Tomgallon. No tiene otro nombre. Nada de Robles ni Arces ni Castaños para los Tomgallon.

Tengo entendido que eran la «Familia Real» en los viejos tiempos. Los Pringle son hongos comparados con ellos. Y ahora sólo queda la señorita Minerva, única sobreviviente de seis generaciones de Tomgallon. Vive sola en una enorme casa sobre la calle Queen… una casa con grandes chimeneas, persianas verdes y la única ventana con vitrales que hay en una casa particular en Summerside. En ella podrían vivir cuatro familias, y la ocupan solamente la señorita Minerva, una cocinera y una criada. Está muy bien mantenida, pero no sé por qué, cada vez que paso por allí tengo la sensación de que es un sitio que la vida ha olvidado.

La señorita Minerva sale muy poco, solamente va a la iglesia anglicana; la conocí la semana pasada, cuando vino a una reunión de maestros y tutores para donar la valiosa biblioteca de su padre a la escuela. Tiene el aspecto exacto que se esperaría de una Minerva Tomgallon: alta y delgada, con cara larga, angosta y pálida, nariz larga y delgada y boca larga y delgada. Esto no suena muy atractivo; sin embargo, la señorita Minerva es muy agradable en un estilo digno y aristocrático, y siempre está vestida con ropa sumamente elegante, aunque algo anticuada. Era una belleza cuando era joven, me cuenta Rebecca Dew, y sus grandes ojos negros todavía tienen fuego y brillo. No sufre de timidez para hablar y creo que nunca he visto a nadie disfrutar tanto al hacer un discurso de presentación. La señorita Minerva se mostró muy amable conmigo, y ayer recibí una nota formal en la que me invitaba a cenar con ella. Cuando se lo conté a Rebecca Dew, abrió los ojos como si hubiera sido

invitada al Palacio de Buckingham.

«Es un gran honor ser invitado a la Casa Tomgallon», observó, impresionada. «Nunca oí que la señorita Minerva invitara a ninguno de los directores anteriores. Desde luego, eran todos hombres, así que no hubiera sido adecuado. Bien, espero que no le hable hasta cansarla, señorita Shirley. Los Tomgallon siempre fueron de lengua ágil. Y les gustaba estar en todo. Algunos piensan que el motivo por el que la señorita Minerva vive tan aislada es que como ahora ya no puede liderar todo como solía hacer, no quiere ser segundona de nadie. ¿Qué se va a poner, señorita Shirley? Me gustaría verla con el vestido de seda color crema, con los lazos de terciopelo negros. Es tan elegante».

«Me temo que sería demasiado formal para una cena tranquila», le contesté.

«A la señorita Minerva le agradaría, creo. A los Tomgallon siempre les gustó que los invitados estuvieran bien vestidos. Dicen que el abuelo de la señorita Minerva una vez cerró la puerta en la cara de una mujer que había sido invitada a un baile, porque vino con su segundo mejor vestido. Le dijo que su mejor vestido era poco para los Tomgallon».

«No obstante, creo que me pondré el vestido de gasa verde, y los fantasmas de los Tomgallon tendrán que arreglárselas».

Tengo que confesarte algo que hice la semana pasada, Gilbert. Supongo que pensarás que otra vez me estoy metiendo en los asuntos ajenos. Pero tenía que hacer algo. No estaré en Summerside el año que viene y no soporto la idea de dejar a la pequeña Elizabeth a merced de esas dos mujeres que no le brindan cariño y que se están volviendo cada vez más amargadas y llenas de prejuicios. ¿Qué clase de adolescencia tendrá en esa casona deprimente?

«Me pregunto», me dijo con aire melancólico no hace mucho tiempo, «cómo sería tener una abuela a la que no se tiene miedo».

Lo que hice fue esto: le escribí a su padre. Vive en París y yo no sabía la dirección, pero Rebecca Dew había oído el nombre de la firma cuya sucursal maneja, y pudo recordarlo, de modo que me arriesgué y le envié la carta a la empresa. Escribí en la forma más diplomática que pude, pero le dije claramente que debería llevarse a Elizabeth. Le conté cómo sueña ella con él y que la señora Campbell era realmente demasiado severa y estricta con ella. Tal vez no salga nada de esto, pero si no le hubiera escrito, me hubiera quedado siempre con la convicción de que debería haberlo hecho.

Lo que me hizo pensar en escribirle fue que Elizabeth me dijo, muy seria, un día, que le había «escrito una carta a Dios» para pedirle que le enviara a su padre y que hiciera que él la quisiera. Me contó que se detuvo a la vuelta de la

escuela en medio de un terreno vacío y la leyó, mirando hacia el cielo. Yo sabía que había hecho algo raro, porque la señorita Prouty la vio y me lo contó al día siguiente, cuando vino a coser para las viudas. Le parecía que Elizabeth «se estaba volviendo rara… hablando con el cielo de esa forma».

Le pregunté a Elizabeth qué había sucedido y me lo contó.

Antes de terminar, debo contarte acerca de Dusty Miller. Hace un tiempo, la tía Kate me dijo que creía que debía buscarle otro hogar porque Rebecca Dew se quejaba todo el tiempo de él, y al parecer, ya no podía soportarlo. Una tarde de la semana pasada, cuando volví a casa desde la escuela, Dusty Miller no estaba. La tía Chatty dijo que se lo habían dado a la señora Edmonds, que vive del otro lado de Summerside. Sentí pena, pues Dusty Miller y yo nos habíamos hecho muy buenos amigos. «Pero al menos», pensé, «Rebecca Dew se sentirá feliz».

Rebecca se había ido por el día a ayudar a una parienta a hacer alfombras. Al anochecer, cuando volvió, nadie tocó el tema; antes de ir a acostarse, Rebecca se puso a llamar a Dusty Miller desde la galería trasera. La tía Kate aprovechó para decirle en voz baja:

«No necesitas llamar a Dusty Miller, Rebecca. Ya no está. Le encontramos otro hogar. Ya no te ocasionará más molestias».

Si Rebecca Dew hubiera podido ponerse pálida, lo habría hecho.

«¿No está aquí? ¿Le encontraron otro hogar? ¡Santo cielo! ¿No es éste su hogar?».

«Se lo regalamos a la señora Edmonds. Ha estado muy sola desde que se casó la hija, y pensó que un lindo gato le haría buena compañía».

Rebecca Dew entró y cerró la puerta. Se la veía muy alterada.

«Esto es la gota que desborda el vaso», afirmó.

Y parecía que realmente lo fuese. Nunca he visto a Rebecca Dew echar chispas por los ojos de ese modo.

«Me iré a fin de mes, señora MacComber, y antes también, si usted puede arreglárselas».

«Pero Rebecca», exclamó la tía Kate, desconcertada. «No comprendo. Siempre le tuviste antipatía a Dusty Miller. La semana pasada dijiste…».

«Eso es», replicó Rebecca con amargura. «¡Écheme las cosas en cara! ¡No tenga consideración alguna por mis sentimientos! ¡Ese pobre gato querido! Lo he atendido y mimado y me he levantado de noche para dejarlo entrar. Y ahora lo hacen desaparecer detrás de mi espalda sin siquiera decir agua va. ¡Y se lo dan a Sarah Edmonds, que no le compraría un trozo de hígado ni si el pobre

animal se estuviera muriendo! ¡La única compañía que yo tenía en la cocina!».

«Pero Rebecca, siempre te…».

«Sí, siga, siga. No me deje intercalar una palabra, señora MacComber. Crie a ese gato desde que era gatito… cuidé su salud y su educación… ¿y para qué? Para que Jane Edmonds tuviera un gato bien entrenado como compañía. Bien, espero que se quede fuera en la escarcha por las noches, como he hecho yo, llamando al pobre gato durante horas antes que dejarlo fuera para que se congele, pero dudo de que lo haga. Lo dudo mucho. Muy bien, señora MacComber, sólo espero que su conciencia no le remuerda la próxima vez que haya diez grados bajo cero. Yo no pegaré un ojo cuando eso suceda, pero claro, eso ya no es importante para nadie».

«Rebecca, si solamente quisieras…».

«Señora MacComber, no soy una lombriz ni un felpudo. Bien, esto ha sido una lección para mí. ¡Nunca más permitiré que mis afectos se enreden con un animal de cualquier tipo o descripción! Y si lo hubieran hecho abiertamente… pero a mis espaldas… ¡aprovecharse de mí de ese modo! Jamás oí algo más malvado. ¡Pero quién soy yo, desde luego, para pretender que se consideren mis sentimientos!».

«Rebecca» suplicó la tía Kate, desesperada, «si quieres que Dusty Miller vuelva, podemos ir a buscarlo».

«¿Y por qué no me lo dijo antes, entonces?», quiso saber Rebecca Dew. «Además, lo dudo. Jane Edmonds ya le debe de haber clavado las garras. ¿Acaso es probable que nos lo devuelva?».

«Creo que lo hará», dijo la tía Kate, que al parecer, se había convertido en gelatina. «Y si vuelve, ¿no nos dejarás, verdad, Rebecca?».

«Tal vez lo reconsidere», replicó Rebecca con la expresión de quien hace una tremenda concesión.

Al día siguiente, la tía Chatty trajo a Dusty Miller a casa, dentro de una cesta cubierta. Capté la mirada que intercambió con la tía Kate después de que Rebecca se llevó al gato a la cocina y cerró la puerta. ¡Me siento muy intrigada! ¿Acaso todo habrá sido una trama urdida por las viudas, con la ayuda de Jane Edmonds?

Rebecca nunca más volvió a emitir una palabra de protesta contra Dusty Miller, y cuando lo llama, por las noches, hay en su voz un verdadero tañido de victoria. ¡Parece que quisiera que todo Summerside se enterara de que Dusty Miller está nuevamente donde le corresponde estar y que, una vez más, ella ha triunfado sobre las viudas!

10

En un anochecer oscuro y ventoso de marzo, cuando hasta las nubes que disparaban por el cielo parecían estar apresuradas, Ana subió ligeramente los escalones anchos y bajos, flanqueados por urnas de piedra y leones también de piedra, que llevaban a la imponente puerta principal de la Casa Tomgallon. Por lo general, cuando había pasado por allí después de la caída del sol, la casa estaba sombría y severa, con un tenue brillo de luz en una o dos ventanas. Pero ahora resplandecía en todo su esplendor; hasta las alas laterales estaban iluminadas, como si la señorita Minerva fuera a recibir a todo el pueblo. Tanta iluminación en su honor abrumó a Ana. Casi deseó haberse puesto el vestido de seda color crema.

No obstante, se la veía muy bonita con el vestido verde de gasa, y tal vez, la señorita Minerva, al recibirla en el vestíbulo, también lo pensó, pues su rostro y su voz irradiaban cordialidad. La anciana lucía majestuosa con su vestido de terciopelo negro, una peineta con diamantes en el pelo grisáceo, y un gran camafeo rodeado por una trenza de pelo de algún Tomgallon difunto. Toda su vestimenta era anticuada, pero la llevaba con tanta majestuosidad, que la hacía parecer eterna como la ropa de la realeza.

—Bienvenida a la Casa Tomgallon, querida —dijo, extendiendo hacia Ana una mano huesuda, salpicada también de brillantes—. Me alegro mucho de tenerte aquí como mi invitada.

—Y yo…

—La Casa Tomgallon siempre fue un reducto de belleza y juventud en los viejos tiempos. Solíamos dar muchas fiestas y agasajar a todas las celebridades que venían de visita —prosiguió la señorita Minerva, guiando a Ana por la gastada alfombra roja hacia la gran escalinata—. Pero ahora todo ha cambiado. Recibo muy poco. Soy la última de los Tomgallon. Quizá sea mejor así. Nuestra familia, querida, está bajo una maldición.

La señorita Minerva infundió una nota tan macabra de misterio y horror a su voz, que Ana contuvo un estremecimiento. ¡La Maldición de los Tomgallon! ¡Qué título para un cuento!

—Ésta es la escalera por la que cayó mi bisabuelo Tomgallon. Se rompió el cuello, la noche de la fiesta que daba para inaugurar su nueva casa. Esta casa fue consagrada por sangre humana. Cayó allí… —La señorita Minerva apuntó con un dedo largo y pálido hacia una alfombra de piel de tigre. Lo hizo con tanto dramatismo, que Ana casi pudo ver al difunto Tomgallon muriéndose sobre ella. No sabía qué decir, de manera que atinó a exclamar:

—¡Oh!

La señorita Minerva la llevó por un vestíbulo, lleno de retratos y fotografías de descolorida belleza, con la famosa ventana con vitrales al final. Entraron en un gran dormitorio de huéspedes, de altos techos y mucha dignidad. La alta cama de madera de nogal, con la enorme cabecera, estaba cubierta por un cobertor de seda tan fabuloso, que a Ana le pareció una profanación apoyar el abrigo y el sombrero sobre él.

—Tienes un cabello hermoso, querida —comentó la señorita Minerva—. Siempre me gustó el pelo rojizo.

Mi tía Lydia era pelirroja… la única pelirroja de los Tomgallon. Una noche, cuando se lo estaba cepillando en la habitación que da al norte, se le prendió fuego con la vela y ella corrió gritando por el corredor, envuelta en llamas. Todo parte de la maldición, querida… todo parte de la maldición.

—¿Y ella…?

—No, no murió quemada, pero perdió toda su belleza. Era muy guapa y vanidosa. Desde aquel día, nunca salió de la casa hasta que murió, y dejó indicaciones para que el ataúd estuviera cerrado, de manera que nadie pudiera ver su cara llena de cicatrices. ¿No quieres sentarte para quitarte las botas de goma, querida? Este sillón es muy cómodo. Mi hermana murió de un ataque cardíaco, sentada en él. Era viuda y volvió aquí a vivir después de la muerte de su marido. Su hijita se volcó encima una olla de agua hirviendo, en nuestra cocina. ¿No te parece una forma trágica de morir, para una criatura?

—¿Pero ¿cómo…?

—Pero al menos sabemos cómo murió. Mi medio tía Eliza… es decir, hubiera sido mi medio tía si hubiera vivido… sencillamente desapareció cuando tenía seis años. Nadie supo nunca qué fue de ella.

—Pero sin duda…

—La buscaron por todas partes, pero nunca se supo nada. Dicen que su madre… mi abuelastra… había sido muy cruel con una sobrina de mi abuelo, una huérfana que se criaba aquí. La encerró en el armario, en el rellano de la escalera, un día caluroso de verano, para castigarla, y cuando fue a sacarla, la encontró… muerta. Algunas personas dijeron que en castigo, su propia hija desapareció. Pero yo pienso que fue todo por nuestra maldición.

—¿Quién puso…?

—Qué empeine alto tienes, querida. El mío también provocaba admiración. Se decía que un chorro de agua podía correrle por debajo… la prueba de una aristócrata.

La señorita Minerva asomó con modestia un zapatito por debajo de la falda de terciopelo y reveló lo que, sin duda alguna, era un pie muy elegante.

—Por cierto…

—¿Te gustaría recorrer la casa, querida, antes de cenar? Solía ser el orgullo de Summerside. Supongo que todo debe de resultar terriblemente anticuado, ahora, pero tal vez haya algunas cosas de interés. Esa espada que cuelga en el rellano de la escalera perteneció a mi tatarabuelo, que fue oficial del Ejército Británico y recibió tierras en la isla Príncipe Eduardo por sus servicios. No llegó a vivir en esta casa, pero mi tatarabuela sí, durante algunas semanas. Murió muy poco después de la trágica muerte de su hijo.

La señorita Minerva guio implacablemente a Ana por toda la enorme casa, llena de gigantescas habitaciones cuadradas: salón de baile, sala de música, sala de billar, tres saloncitos, sala de desayuno, un sinnúmero de dormitorios y un amplísimo altillo. Todas eran magníficas y sombrías.

—Ésos eran mis tíos Ronald y Reuben —explicó la señorita Minerva, señalando a dos caballeros que parecían fulminarse mutuamente con la mirada desde los lados opuestos de un hogar—. Eran mellizos y se detestaron desde la cuna. La casa retumbaba con sus peleas. Arruinaron la vida de su madre. Y durante su última pelea, en esta misma habitación, durante una tormenta, a Reuben lo mató un rayo. Ronald nunca se repuso. Desde ese día, fue un hombre acosado. Su esposa —añadió la señorita Minerva en tono reminiscente — se tragó el anillo de bodas.

—Qué cosa más…

—A Ronald le pareció un gran descuido y no quiso que se hiciera nada. Un rápido emético hubiera podido… pero no se volvió a saber de él. Le arruinó la vida. Siempre se sintió tan descasada sin el anillo.

—Qué hermosa…

—Ah, sí, ésa era mi tía Emilia… bueno, no mi tía, en realidad, sino solamente la mujer de mi tío Alexander. Era famosa por su aspecto etéreo y espiritual, pero envenenó a su marido con un guiso de hongos… venenosos, claro está. Siempre fingimos que fue un accidente, puesto que un asesinato es algo tan engorroso para una familia, pero todos sabíamos cuál era la verdad. Por cierto, ella se casó contra su voluntad. Era una jovencita alegre y él era demasiado viejo para ella. Diciembre y mayo, querida. No obstante, eso no justificaba los hongos venenosos. Poco después, ella desmejoró mucho. Están sepultados juntos en Charlottetown… todos los Tomgallon tienen sepultura en Charlottetown. Ésta era mi tía Louise. Bebió láudano. El médico se lo extrajo con un lavaje y la salvó, pero desde entonces, todos sentimos que no podíamos confiar en ella. Realmente fue un alivio cuando murió de una respetable

neumonía. Desde luego, algunos de nosotros no la culpábamos. Verás, querida, el marido le había pegado una paliza.

—Pegado…

—Exacto. Realmente hay cosas que ningún caballero debería hacer, querida, y una de ellas es darle una paliza a la esposa. Derribarla, quizá… pero darle una paliza, ¡nunca! Me gustaría —dijo la señorita Minerva, en tono majestuoso— ver al hombre que se atreviese a darme una paliza a mí.

Ana sentía que también le gustaría verlo. Comprendía que había límites para la imaginación, después de todo. Ni aun estirando la suya al máximo, podía imaginar a un marido propinándole una paliza a la señorita Minerva Tomgallon.

—Éste es el salón de baile. Por supuesto, ya nunca se usa. Pero ha habido un sinnúmero de bailes aquí. Los bailes de los Tomgallon eran famosos. Los invitados venían desde toda la Isla. Esa araña le costó quinientos dólares a mi padre. Mi tía abuela Patience cayó muerta mientras bailaba aquí una noche… justo allí en ese rincón. Se afligía mucho por un hombre que la había defraudado. No puedo imaginar a una chica permitiendo que su corazón se rompa por un hombre. Los hombres (declaró la señorita Minerva, contemplando una fotografía de su padre, un caballero con hirsutas patillas y nariz aguileña) siempre me han parecido tan triviales.

11

El comedor concordaba con el resto de la casa. Había otra gigantesca y elaborada araña, un elegante espejo trabajado sobre la repisa del hogar y una mesa muy bien puesta con plata, cristalería y vajilla de porcelana. La cena, servida por una sombría y anciana criada, era abundante y deliciosa, y el joven y saludable apetito de Ana le hizo justicia. La señorita Minerva guardó silencio por un rato y Ana no se atrevió a decir nada por temor a dar comienzo a una nueva avalancha de tragedias. En un determinado momento, un elegante gato negro entró en la habitación y se sentó junto a la señorita Minerva con un fuerte maullido. Ella llenó un platito con crema y lo puso en el suelo delante de él. Después de eso, a Ana le pareció mucho más humana y perdió gran parte de su temor ante la última de los Tomgallon.

—Sírvete un poco más de melocotón, querida. No has comido nada… absolutamente nada.

—Ay, señorita Tomgallon, he disfrutado…

—Los Tomgallon siempre sirvieron una buena mesa —le aseguró la señorita Minerva, complacida—. Mi tía Sophia hacía la mejor torta esponjosa que he probado en mi vida. Creo que la única persona a la que mi padre odiaba ver entrar en nuestra casa era su hermana Mary, porque tenía poco apetito. Apenas probaba bocado. Él lo tomaba como una ofensa personal. Mi padre era un hombre inflexible. Nunca perdonó a mi hermano Richard por casarse en contra de su voluntad. Lo echó de la casa y nunca le permitió volver a pisarla. Papá siempre rezaba el padrenuestro durante las plegarias familiares por la mañana, pero después de que Richard lo desafió, siempre omitía la parte: «y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores». Puedo verlo —prosiguió la señorita Minerva con aire soñador—, arrodillado allí, omitiendo esa frase.

Después de cenar, fueron al más pequeño de los tres saloncitos, que, de todos modos, era grande y sombrío, y pasaron la velada delante de un enorme fuego, agradable y amistoso. Ana tejía y la señorita Minerva hacía punto con dos agujas, manteniendo lo que era prácticamente un monólogo, compuesto en gran parte por coloridas y macabras anécdotas sobre los Tomgallon.

—Ésta es una casa de recuerdos trágicos, querida.

—Señorita Tomgallon, ¿nada agradable sucedió en esta casa? —preguntó Ana. Logró terminar la frase por un pelo, pues la señorita Minerva había tenido que dejar de hablar el tiempo suficiente para sonarse la nariz.

—Sí, supongo que sí —respondió la anciana, como si detestara tener que admitirlo—. Sí, desde luego, lo pasábamos de maravillas cuando yo era pequeña. Tengo entendido que estás escribiendo un libro sobre todos los de Summerside, querida.

—En absoluto… no hay una palabra de verdad…

—Ah, bueno. —La señorita Minerva parecía decepcionada—. Bien, si alguna vez lo haces, puedes usar cualquiera de nuestras anécdotas, quizá con los nombres cambiados. ¿Y qué te parece ahora una partida de parchís?

—Creo que ya es hora de irme…

—Ay, querida, no puedes volverte a tu casa esta noche. Está lloviendo a cántaros… y escucha el aullido del viento. Ya no tengo carruaje… no tengo oportunidad de usarlo… y no puedes caminar medio kilómetro bajo ese diluvio. Debes hospedarte aquí hasta mañana.

Ana no estaba segura de querer pasar la noche en la casa Tomgallon. Pero tampoco quería caminar hasta Álamos Ventosos bajo una tempestad primaveral. De modo que jugaron al parchís; la señorita Minerva se concentró tanto en el juego, que olvidó narrar más horrores. Luego comieron un

tentempié: tostadas con canela, acompañadas por chocolate servido en hermosas tazas de porcelana.

Por fin, la señorita Minerva llevó a Ana a una habitación de huéspedes. Ana notó con alivio que no era el dormitorio donde había muerto la hermana de la señorita Minerva de un ataque cardíaco.

—Éste es el cuarto de mi tía Anabella —explicó la señorita Minerva. Encendió las velas en los candelabros de plata, sobre una bonita cómoda verde, y apagó luego el gas. Matthew Tomgallon había soplado el gas una noche… la última de Matthew Tomgallon.

—Era la más guapa de las Tomgallon. Allí está su retrato, encima del espejo. ¿Has visto qué boca orgullosa tiene? Fue ella la que hizo ese edredón tan extraño que está sobre la cama. Espero que estés cómoda, querida. Mary ha aireado la cama y ha puesto dos ladrillos calientes, y ha aireado este camisón para ti. —Señaló una amplia prenda de franela que colgaba sobre una silla y olía a naftalina—. Espero que te quede bien. La última persona que lo usó fue mi madre, el día de su muerte. Ah, casi olvido decirte… —La señorita Minerva se volvió al llegar a la puerta—. Ésta es la habitación donde Oscar Tomgallon volvió a la vida después de haber sido considerado muerto por dos días. Pero nadie quería que viviese, sabes, ésa fue la tragedia. Espero que duermas bien, querida.

Ana no sabía si podría dormir o no. De pronto, le parecía que había algo extraño en la habitación… algo hostil. Pero ¿acaso no hay algo extraño en cualquier habitación que ha sido ocupada durante generaciones? La muerte ha merodeado por ella… el amor ha florecido en ella… se han producido nacimientos… han arreciado las pasiones, ha cobijado la esperanza. Y está llena de rencores.

Pero ésta era realmente una casa terrible, llena de fantasmas de odios muertos y corazones rotos, atestada de hechos oscuros que jamás habían conocido la luz y seguían fermentando en sus rincones y escondrijos. Demasiadas mujeres debían de haber llorado allí. El viento gemía entre los abetos junto a la ventana. Durante unos instantes, Ana sintió deseos de echar a correr, a pesar de la tormenta.

Enseguida se controló y sacó a relucir su sentido común. Si habían sucedido cosas terribles y trágicas allí, hacía muchísimos años oscuros, sin duda también debían de haber sucedido cosas divertidas y alegres. Muchachas vivaces y traviesas habían bailado allí y habían intercambiado secretos encantadores; bebés rosados habían nacido allí; había habido bailes, bodas, música y risas. La dama de la tarta esponjosa debió de haber sido una señora hogareña, y el imperdonable Richard, un amante gallardo.

«Pensaré en estas cosas y me iré a dormir. ¡Qué edredón más extraño! Me pregunto si estaré loca como él por la mañana. ¡Y éste es un cuarto de huéspedes! Nunca he olvidado lo emocionante que me parecía dormir en la habitación de huéspedes de cualquier casa».

Ana se soltó el pelo y se lo cepilló bajo las narices de Anabella Tomgallon, cuyos ojos la contemplaban desde una cara en la que había orgullo y vanidad y algo de la insolencia de la gran belleza. Ana sintió algo extraño al mirarse en el espejo. ¿Quién podía saber qué rostros podían estar observándola desde el otro lado? Todas las damas trágicas y perseguidas que se habían contemplado en él, quizás. Abrió con valentía la puerta del guardarropa, esperando a medias que cayeran varios esqueletos, y colgó el vestido. Se sentó con serenidad sobre una silla rígida (que parecía considerar una ofensa que se sentaran sobre ella) y se quitó los zapatos. Luego se puso el camisón de franela, apagó las velas y se acostó en la cama que, gracias a los ladrillos de Mary, estaba agradablemente tibia. Durante unos minutos, el ruido de la lluvia contra la ventana y el aullido del viento entre las vigas le impidieron conciliar el sueño. Luego olvidó todas las tragedias de los Tomgallon en un pesado sueño que duró hasta que se descubrió contemplando las oscuras ramas de los pinos contra un amanecer rojo.

—Ha sido un gran placer tenerte aquí, querida —dijo la señorita Tomgallon cuando Ana se disponía a marcharse, después del desayuno—. Ha sido una visita realmente alegre, ¿no te parece? Aunque he vivido sola tanto tiempo que casi he olvidado cómo se habla. Y no es necesario que te diga lo encantador que me resulta conocer a una muchacha encantadora y refinada en esta era tan frívola. Ayer no te lo dije, pero era mi cumpleaños y fue muy agradable tener un poco de juventud en la casa. Ya no queda nadie para recordar mi cumpleaños… —La señorita Minerva dejó escapar un suspiro—. Y en un tiempo eran tantos…

—Bien, supongo que habrá escuchado una crónica horrorosa —comentó la tía Chatty esa noche.

—Todas esas cosas que me contó la señorita Minerva, ¿realmente sucedieron, tía Chatty?

—Lo curioso es que sí —respondió la tía Chatty—. Es extraño, señorita Shirley, pero a los Tomgallon les han sucedido muchas cosas terribles.

—No creo que hayan sido más que las que le suceden a cualquier familia grande en el transcurso de seis generaciones —observó la tía Kate.

—Yo creo que sí. En verdad, parecían estar bajo una maldición. Hubo tantos que murieron de muerte repentina o violenta. Desde luego, hay una veta de locura en la familia… todos los saben. Eso ya era bastante maldición…

pero he oído una vieja historia… no puedo recordar los detalles… algo acerca de que el carpintero que hizo la casa la maldijo. Fue a causa de algo del contrato… el viejo Paul Tomgallon lo hizo atenerse a él y lo arruinó, pues costó mucho más de lo que había calculado.

—La señorita Minerva parece casi orgullosa de la maldición —dijo Ana.

—Pobrecilla, es lo único que le queda —comentó Rebecca Dew.

Ana sonrió al pensar en la digna señorita Minerva considerada una «pobrecilla». Pero fue a la habitación de la torre y le escribió a Gilbert.

Creía que la Casa Tomgallon era una casona añeja y soñolienta donde nunca sucedía nada. Bueno, quizás ahora no sucedan cosas, pero es evidente que han sucedido. La pequeña Elizabeth está todo el tiempo hablando del Mañana, pero la Casa Tomgallon es el Ayer. Me alegro de no vivir en el Ayer… de que el Mañana siga siendo un amigo.

Desde luego, pienso que la señorita Minerva disfruta siendo el centro de atención, y obtiene mucha satisfacción de sus tragedias. Son para ella lo que un marido y niños son para otras mujeres. Pero, ay, Gilbert, aunque nos pongamos muy viejos con los años, nunca veamos la vida como una tragedia, y disfrutemos de ella. Creo que detestaría una casa de ciento veinte años. Espero que cuando consigamos nuestra casa de los sueños, sea nueva, sin fantasmas ni tradiciones, y si eso no es posible, que al menos haya sido ocupada por personas razonablemente felices. Jamás olvidaré mi noche en la Casa Tomgallon. Y por una vez en la vida, me topé con alguien que hablaba más que yo.

12

La pequeña Elizabeth Grayson había nacido esperando que sucedieran cosas. El hecho de que nunca sucedieran bajo la atenta vigilancia de su abuela y la «mujer» en absoluto truncó sus expectativas. En algún momento iban a suceder cosas… si no era hoy, sería mañana.

Cuando la señorita Shirley vino a vivir a Álamos Ventosos, Elizabeth sintió que Mañana debía de estar muy cerca, y su visita a Tejas Verdes fue como un anticipo. Pero ahora, en junio del tercer y último año de la señorita Shirley en Summerside, el corazón de la pequeña Elizabeth había descendido hasta las bonitas botas abotonadas que la abuela siempre le compraba. Muchos niños de la escuela a la que asistía Elizabeth le envidiaban esas preciosas botas de cuero. Pero a la pequeña Elizabeth no le importaban nada, pues con ellas no podía ir por la senda de la libertad. Y ahora su adorada señorita Shirley se iría

para siempre. A fines de junio, se marcharía de Summerside y regresaría a la hermosa Tejas Verdes. La pequeña Elizabeth sencillamente no soportaba la idea. De nada servía que la señorita Shirley prometiera que la recibiría en Tejas Verdes el verano antes de casarse. La pequeña Elizabeth sabía que su abuela no le permitiría volver a ir. Su abuela nunca había aprobado del todo su estrecha amistad con la señorita Shirley.

—Será el final de todo, señorita Shirley —sollozó.

—Tesoro, esperemos que sea solamente un nuevo comienzo —dijo Ana alegremente.

Pero hasta ella se sentía oprimida. No había sabido nada del padre de Elizabeth. Su carta no le había llegado nunca, o a él no le importaba nada de la niña. Y si ése era el caso, ¿qué sería de Elizabeth? Bastante mala había sido su niñez pero ¿qué podía esperarse de los años venideros?

—Esas dos ancianas la tratarán siempre con mucho rigor —había dicho Rebecca Dew.

Ana sentía que había mucha verdad en el comentario.

Elizabeth sabía que la «mandaban». Y la fastidiaba mucho que la «mujer» la tratara en forma despótica. No le gustaba que lo hiciera la abuela, por cierto, pero se podía admitir que quizás una abuela tuviera algún derecho de mandarnos. ¿Pero qué derecho tenía la «mujer»? Elizabeth siempre había querido preguntárselo directamente. Algún día lo haría… cuando llegara Mañana. ¡Y cómo disfrutaría al ver la cara de la «mujer»! La abuela nunca permitía a Elizabeth salir a caminar sola… por temor, decía, a que la raptaran los gitanos. Hacía cuarenta años, eso le había sucedido a una niña. Ya casi nunca venían gitanos a la Isla, y a la pequeña Elizabeth le parecía que era solamente una excusa. ¿Por qué iba a importarle a la abuela que la raptaran? Elizabeth se daba cuenta de que ni su abuela ni «la mujer» la querían. Si casi nunca la llamaban por su nombre; siempre era «la niña». ¡Cómo detestaba Elizabeth que la llamaran «la niña», como podrían haberse referido al «perro» o al «gato», si hubieran tenido uno! Pero cuando Elizabeth se había atrevido a protestar, el rostro de la abuela se había ensombrecido de furia, y la pequeña Elizabeth había sido castigada por impertinente, bajo la satisfecha mirada de la «mujer». La pequeña Elizabeth con frecuencia se preguntaba por qué la odiaría la «mujer». ¿Por qué alguien tenía que odiarla, si era tan pequeña? ¿Acaso se hacía odiar? La pequeña Elizabeth no sabía que su madre (que había muerto al nacer ella) había sido la niña mimada de esa anciana amargada, y si lo hubiera sabido, no hubiera podido comprender qué formas perversas puede tomar el cariño contrariado.

La pequeña Elizabeth odiaba la sombría y magnífica casona, donde todo

parecía resultarle desconocido, aunque había vivido allí toda la vida. Pero después de la llegada de la señorita Shirley a Álamos Ventosos, todo había cambiado en forma mágica. La pequeña Elizabeth vivía en un mundo de romance desde la llegada de la señorita Shirley. Había belleza por donde se mirara. Por fortuna, abuela y la «mujer» no podían impedirle mirar, aunque Elizabeth no dudaba de que lo harían, si pudiesen. Los breves paseos por la magia roja del camino al puerto, que tan pocas veces le permitían compartir con la señorita Shirley, eran el foco de luz en su vida opaca. Le encantaba todo lo que veía… el faro distante, pintado con extraños anillos rojos y blancos… las lejanas y borrosas costas… las olas plateadas… las luces que se veían en los atardeceres violáceos… todo le producía tanto placer, que le dolía. ¡Y el puerto, con sus islas brumosas y sus ocasos resplandecientes! Elizabeth siempre subía hasta una ventana del desván para contemplarlos por encima de los árboles… Y los navíos que zarpaban al salir la luna, naves que volvían… o que no volvían nunca. Elizabeth deseaba partir en una de ellas… en un viaje a la Isla de la Felicidad. Los navíos que nunca volvían se quedaban allí, donde era siempre Mañana.

Ese misterioso camino rojizo seguía y seguía y sus pies ardían por recorrerlo. ¿Adónde llevaba? A veces, Elizabeth pensaba que estallaría, si no lo averiguaba. Cuando llegara realmente Mañana, tomaría por ese camino y quizás encontraría una isla para ella sola, donde podría vivir con la señorita Shirley, lejos de abuela y la «mujer». Las dos odiaban el agua y por nada del mundo pisarían un barco. La pequeña Elizabeth disfrutaba imaginándose sobre su isla y burlándose de ellas, que permanecerían, furiosas, en tierra firme.

—Esto es Mañana —les diría, provocativa—. Ya no podéis atraparme. Os habéis quedado en Hoy.

¡Qué divertido sería! ¡Cómo disfrutaría al ver la expresión de la «mujer»!

Luego, una tarde de fines de junio, sucedió algo asombroso. La señorita Shirley le había dicho a la señora Campbell que debía hacer algo en la isla Nube Voladora (ir a ver a una tal señora Thompson, que estaba a cargo de la comitiva de refrigerios de las Damas de Caridad) y le pidió permiso para llevar a Elizabeth con ella. La abuela accedió con su habitual acidez… Elizabeth nunca entendía por qué decía que sí, ya que desconocía el horror que sentía cualquier Pringle ante cierta información que poseía la señorita Shirley… Pero le había dado permiso.

—Iremos directamente a la boca del puerto —susurró Ana, una vez que haya terminado mi diligencia en Nube Voladora.

La pequeña Elizabeth se fue a la cama presa de tanta emoción, que creyó que no pegaría ojo. Por fin iba a responder a la atracción del camino que la llamaba desde hacía tanto tiempo. A pesar de su entusiasmo, se esmeró en el

rito cotidiano que precedía al acostarse. Dobló la ropa, se lavó los dientes y se cepilló el pelo dorado. Su pelo le parecía bastante bonito, aunque desde luego no era tan hermoso como el de la señorita Shirley, rojizo y ondulado, con esos rizos preciosos que se le formaban sobre las orejas. La pequeña Elizabeth hubiera dado cualquier cosa para tener pelo como el de la señorita Shirley.

Antes de acostarse, la pequeña Elizabeth abrió uno de los cajones de la alta y lustrosa cómoda y sacó una fotografía muy bien oculta debajo de una pila de pañuelos… una fotografía de la señorita Shirley, recortada de una edición especial del Weekly Courier, que había reproducido una fotografía del personal de la Escuela Secundaria.

—Buenas noches, mi queridísima señorita Shirley.

Besó la fotografía y volvió a guardarla en su escondite. Luego trepó a la cama y se acurrucó bajo las sábanas, pues la noche de junio estaba fresca y soplaba brisa del mar. De hecho, era más que una brisa. El viento soplaba, aullaba, sacudía y golpeaba, y Elizabeth sabía que el puerto sería una turbulenta extensión de olas bajo la luna. ¡Qué divertido sería verlo de noche! Pero esas cosas se hacían solamente en Mañana. ¿Dónde quedaba Nube Voladora? ¡Qué nombre! Sacado del Mañana. Era enloquecedor estar tan cerca de Mañana y no poder meterse en él. ¿Y si al día siguiente llovía? Elizabeth sabía que no le permitirían ir a ningún lado con lluvia.

Se incorporó en la cama y entrelazó las manos.

—Dios querido —dijo—, no me gusta meterme, pero ¿podrías encargarte de que mañana fuera un bonito día? Por favor, querido Dios.

La tarde siguiente fue una gloria. La pequeña Elizabeth sintió que se había librado de unas cadenas invisibles cuando ella y la señorita Shirley se alejaron de esa casa sombría. Tragó una gran bocanada de libertad, a pesar de que la «mujer» las miraba con furia por el vidrio rojo de la gran puerta principal. ¡Qué hermoso era caminar por el mundo con la señorita Shirley! Era siempre tan lindo estar sola con ella. ¿Qué haría cuando la señorita Shirley se fuera? Pero la pequeña Elizabeth alejó esa idea de su cabeza. No arruinaría la tarde pensando en eso. Tal vez… un gran tal vez… ella y la señorita Shirley pudieran entrar en Mañana esa misma tarde y no separarse nunca más. La pequeña Elizabeth deseaba solamente seguir caminando hacia esa extensión azul al final del mundo, absorbiendo la belleza que la rodeaba. Cada curva ocultaba una nueva hermosura… y el camino serpenteaba interminablemente, siguiendo el curso de un río diminuto que parecía haber aparecido de la nada.

A ambos lados había campos con flores silvestres sobre las que zumbaban las abejas. De tanto en tanto, cruzaban por una vía láctea de margaritas. En la lontananza, el estrecho reía con olas plateadas. El puerto parecía seda mojada.

A Elizabeth le gustaba más así que cuando parecía raso celeste. Absorbieron el viento. Era una brisa suave. Ronroneaba alrededor de ellas y parecía impulsarlas hacia adelante.

—¿No es fantástico caminar así con el viento? —preguntó la pequeña Elizabeth.

—Un viento amistoso y perfumado —dijo Ana, más para sí misma que para Elizabeth—. Así creía yo que era el mistral. Mistral suena así. ¡Qué desilusión cuando me enteré de que era un viento fuerte y desagradable!

Elizabeth no comprendía del todo (jamás había oído hablar del mistral) pero la música de la voz de su amada señorita Shirley le bastaba. Hasta el cielo estaba alegre. Un marinero con aretes de oro (el tipo de persona que una conocería en Mañana) sonrió al pasar junto a ellas. Elizabeth pensó en un verso de una poesía que había aprendido en la escuela dominical: «Las pequeñas colinas se alegran en cada ladera». ¿Acaso el hombre que había escrito eso había visto colinas como las que se elevaban, azules, encima del puerto?

—Creo que este camino lleva directamente a Dios —comentó con expresión soñadora.

—Tal vez —respondió Ana—. Tal vez todos los caminos lleven a Dios, pequeña Elizabeth. Aquí nos desviamos. Debemos cruzar a esa isla. Se llama Nube Voladora.

Nube Voladora era un islote largo y estrecho que estaba a unos cuatrocientos metros de la costa. Había árboles y una casa. La pequeña Elizabeth siempre había deseado tener una isla propia, con una bahía de arena plateada.

—¿Y cómo llegaremos hasta allí?

—Remando en este bote —respondió la señorita Shirley, y cogió los remos de un bote atado a un árbol.

La señorita Shirley sabía remar. (¿Existía algo que no supiera hacer?). Cuando llegaron a la isla, resultó ser un lugar fascinante donde podía suceder cualquier cosa. Por supuesto, quedaba en Mañana. Las islas como ésa no aparecían, salvo en Mañana. No tenían cabida en el monótono Hoy.

La criada que les abrió la puerta de la casa informó a Ana que encontraría a la señora Thompson en el extremo de la isla, recogiendo fresas silvestres. ¡Una isla donde crecían fresas silvestres!

Ana fue en busca de la señora Thompson, pero primero preguntó si la pequeña Elizabeth podía esperar en la sala. Le parecía que Elizabeth tenía aspecto de estar cansada luego de la larga caminata, y que necesitaba un

descanso. Elizabeth no opinaba lo mismo, pero el menor deseo de la señorita Shirley era ley.

Era una preciosa habitación, con flores por todas partes y brisa del mar, que entraba por las ventanas. A Elizabeth le gustaron el espejo sobre la repisa de la chimenea, donde se reflejaba la sala, y la vista del puerto, las colinas y el estrecho.

Súbitamente, entró un hombre en la sala. Elizabeth sintió un instante de pánico y horror. ¿Sería un gitano? No se asemejaba a la idea que tenía ella de los gitanos, pero desde luego, nunca había visto uno. Podría serlo… Con repentina intuición, Elizabeth decidió que no le importaba si la raptaba. Le gustaban sus ojos castaños con arruguitas alrededor, el ondulado pelo oscuro, el mentón cuadrado y la sonrisa. Porque estaba sonriendo.

—Vaya… ¿quién eres? —preguntó.

—Soy… soy yo —respondió Elizabeth, algo agitada.

—Sí, desde luego… tú. Saliste del mar, supongo… o de las dunas… sin nombre conocido entre los mortales.

Elizabeth sintió que se estaba burlando un poquito de ella. Pero no le importaba. Es más, le gustaba. Respondió decorosamente:

—Me llamo Elizabeth Grayson.

Hubo un silencio… un silencio muy extraño. El hombre la miró durante un instante, sin decir nada. Luego la invitó amablemente a sentarse.

—Estoy esperando a la señorita Shirley —explicó Elizabeth—. Fue a ver a la señora Thompson por algo de la cena de las Damas de Caridad. Cuando regrese, iremos al fin del mundo.

«¡Toma, por si tienes intenciones de raptarme, señor Hombre!».

—Por supuesto. Pero mientras tanto, podrías ponerte cómoda. Y debo hacer los honores. ¿Qué te gustaría tomar o comer? Es probable que el gato de la señora Thompson haya traído algo.

Elizabeth se sentó. Se sentía extrañamente contenta y cómoda.

—¿Puedo pedir lo que quiera?

—Por supuesto.

—Entonces —dijo Elizabeth en tono triunfal—, me gustaría un poco de helado con dulce de fresas encima.

El hombre hizo sonar una campanilla y pidió el refrigerio. Sí, esto debía de ser Mañana… no había dudas. El helado con dulce de fresas no aparecía de

este modo mágico en Hoy, con gatos o sin ellos.

—Dejaremos una porción para tu señorita Shirley —sugirió el hombre.

Se hicieron buenos amigos de inmediato. El hombre no hablaba mucho, pero miraba con atención a Elizabeth. Había ternura en su rostro… una ternura que ella nunca había visto antes… ni siquiera en la cara de la señorita Shirley. Sintió que el hombre la veía con agrado. Y a ella, él le gustaba mucho.

Por fin, él miró por la ventana y se puso de pie.

—Creo que debo irme —dijo—. Veo a tu señorita Shirley subiendo por el camino, así que ya no estarás sola.

—¿No quiere esperar y conocer a la señorita Shirley? —preguntó Elizabeth, lamiendo la cuchara para disfrutar de los últimos vestigios de dulce. La abuela y la «mujer» hubieran muerto de horror, si la hubieran visto.

—Ahora no —dijo el hombre.

Elizabeth comprendió que no tenía la menor intención de raptarla y sintió una inexplicable decepción.

—Adiós y gracias —dijo, cortésmente—. Es muy bonito estar aquí, en Mañana.

—¿Mañana?

—Esto es Mañana —explicó Elizabeth—. Siempre quise entrar en el Mañana y ahora ya estoy aquí.

—Ah, comprendo. Bueno, lamento decir que no me vuelve loco el Mañana. A mí me gustaría volver al Ayer.

La pequeña Elizabeth sintió pena por él. ¿Pero cómo era posible que no fuera feliz? ¿Cómo era posible que alguien que viviera en Mañana no fuera feliz? Elizabeth contempló con melancolía la isla Nube Voladora, mientras se alejaban remando. Después, justo cuando salían hacia el camino por entre los abetos que ocultaban la orilla, se volvió para echar una última mirada de despedida. Un carro tirado por caballos que galopaban a toda velocidad apareció por la curva, evidentementemente fuera de control.

Elizabeth oyó gritar a la señorita Shirley…

13

La habitación se movía en forma extraña. Los muebles se sacudían. La

cama… ¿por qué estaba en la cama? Una persona con gorro blanco estaba saliendo por la puerta. ¿Qué puerta? ¡Qué extraña sentía la cabeza! Había voces en alguna parte… voces bajas. No podía ver quién hablaba, pero de algún modo adivinó que eran la señorita Shirley y el hombre.

¿Qué estaban diciendo? Elizabeth oía frases sueltas, que asomaban por entre una confusión de murmullos.

—¿De verdad es…? —La voz de la señorita Shirley sonaba tan emocionada.

—Sí… su carta… Quise venir a ver por mí mismo… antes de enfrentarme con la señora Campbell… Nube Voladora es la residencia veraniega de nuestro gerente general…

¡Si por lo menos la habitación se quedara quieta! Realmente, las cosas se comportaban de modo muy extraño en Mañana. Si al menos pudiera volver la cabeza y mirar a los que hablaban… Elizabeth dejó escapar un largo suspiro.

Entonces se acercaron a su cama… la señorita Shirley y el hombre. La señorita Shirley, alta y pálida, como un lirio, con expresión de haber pasado por una experiencia terrible, pero con una especie de brillo interior… un brillo que parecía parte de la luz dorada del atardecer que de pronto inundaba la habitación. El hombre le sonreía. Elizabeth sintió que la quería mucho y que había un secreto tierno y valioso, entre ambos, del que se enteraría en cuanto aprendiera a hablar el idioma de Mañana.

—¿Te sientes mejor, tesoro? —preguntó la señorita Shirley.

—¿Estoy enferma?

—Unos caballos descontrolados que tiraban de un carro te derribaron en el camino —explicó la señorita Shirley—. Yo… no me moví con suficiente rapidez. Creí que habías muerto. Te traje directamente aquí en el bote y tu… y este caballero llamó a un médico y a una enfermera.

—¿Me voy a morir? —preguntó la pequeña Elizabeth.

—No, tesoro, en absoluto. Solamente quedaste aturdida y estarás bien muy pronto. Elizabeth, querida, éste es tu padre.

—Papá está en Francia. ¿Yo también estoy en Francia?

Elizabeth no se había sorprendido en absoluto. ¿Acaso no era esto el Mañana? Además, todavía todo le resultaba algo confuso.

—Papá está aquí, contigo, cariño. —Tenía una voz tan encantadora… había que quererla por su voz. Él se inclinó y la besó.

—He venido a buscarte. Nunca más nos separaremos.

La mujer de gorro blanco estaba entrando otra vez. De algún modo, Elizabeth comprendió que lo que tuviera para decir, debía decirlo ahora, antes de que ella entrara del todo.

—¿Viviremos juntos?

—Siempre —respondió papá.

—¿Y abuela y la «mujer» vivirán con nosotros?

—No —respondió papá.

El atardecer dorado se apagaba y la enfermera miraba con aire reprobador. Pero a Elizabeth no le importaba.

—Encontré el Mañana —dijo, en el momento en que la enfermera echaba a papá y a la señorita Shirley.

—Encontré un tesoro que no sabía que poseía —dijo papá, cuando la enfermera cerró la puerta—. Y nunca podré terminar de darle las gracias por esa carta, señorita Shirley.

Y así —escribió Ana a Gilbert esa noche—, el camino de misterio de la pequeña Elizabeth la llevó a la felicidad y al fin de su antiguo mundo.

14

Álamos Ventosos,

Calle del Fantasma,

(Por última vez),

27 de junio.

Queridísimo:

He llegado a otra curva en el camino. Te he escrito muchas cartas desde esta vieja habitación de la torre, en estos tres últimos años. Supongo que ésta será la última que te escribiré en mucho, mucho tiempo. Porque después de ésta, no habrá necesidad de cartas. Dentro de unas pocas semanas, nos perteneceremos el uno al otro para siempre… estaremos juntos. Piensa en ello… estar juntos… hablar, caminar, comer, soñar, planear juntos cómo hacer un hogar de nuestra casa de los sueños. Nuestra casa ¿No suena «místico y maravilloso», Gilbert? He estado construyendo casas de ensueño toda mi vida y ahora una de ellas se hará realidad. En cuanto a con quién quiero compartirla… bien, te lo diré a las cuatro del año próximo.

Tres años parecían eternos al principio, Gilbert. Y ahora han pasado como un buque en la noche. Han sido años muy felices… excepto por aquellos primeros meses con los Pringle. Después de eso, la vida pareció fluir como un agradable sueño dorado. Y mi antiguo conflicto con los Pringle parece un sueño. Ahora me quieren por lo que soy… han olvidado que me odiaban. Cora Pringle (de la familia de las viudas Pringle) me trajo ayer un ramo de rosas, y enroscado alrededor de los tallos, había un papelito que decía: «Para la maestra más dulce del mundo». ¡Demasiado para salir de una Pringle!

Jen está muy triste porque me voy. Observaré su carrera con interés. Es brillante y tempestuosa. Una cosa es segura: no llevará una existencia aburrida. No por nada se parece tanto a Becky Sharp.

Lewis Allen irá a McGill. Sophy Sinclair irá a Queen's. Luego piensa enseñar hasta haber ahorrado lo necesario para ir a la Escuela de Arte Dramático de Kingsport. Myra Pringle «se presentará en sociedad» en el otoño. Es tan bonita, que a nadie le importará que no pueda reconocer un pasado pluscuamperfecto ni siquiera si se lo encuentra por la calle.

Y ya no tengo una vecinita del otro lado del portón. La pequeña Elizabeth se ha ido para siempre de esa casa sombría… se ha ido a su Mañana. Si tuviera que quedarme en Summerside, se me partiría el corazón de tanto que la echaría de menos. Pero tal como están las cosas, me alegro. Pierce Grayson se la llevó con él. No volverá a París, sino que vivirán en Boston. Elizabeth lloró amargamente cuando nos separamos, pero está tan feliz con su padre, que estoy segura de que sus lágrimas se secarán muy pronto. La señora Campbell y la «mujer» se mostraron muy agrias y me echan toda la culpa… culpa que acepto con alegría y sin remordimientos.

«Ha tenido un buen hogar aquí», dijo la señora Campbell en tono majestuoso.

«En el que jamás oyó una palabra de afecto», pensé, pero no lo dije.

«Creo que seré Betty todo el tiempo, ahora, mi adorada señorita Shirley», fueron las últimas palabras de Elizabeth. «Excepto cuando la extrañe, y entonces seré Lizzie».

«No te atrevas a ser Lizzie nunca, pase lo que pase», le respondí.

Nos arrojamos besos por el aire hasta que ya no pudimos vernos y subí luego a mi torre con lágrimas en los ojos. Ha sido tan dulce, esa preciosa cosilla dorada. Siempre me pareció que era un arpa de Eolo, sensible a la menor brisa de afecto que soplaba en su dirección. Ha sido una ventura ser su amiga. Espero que Pierce Grayson valore la hija que tiene, y creo que lo hace. Se mostró muy agradecido y arrepentido.

«No me había dado cuenta de que ya no era un bebé», dijo, «ni de lo poco cálido que era el ambiente en que vivía. Gracias mil veces por todo lo que hizo por ella».

Hice enmarcar el mapa del País de las Hadas y se lo di a Elizabeth como regalo de despedida.

Lamento irme de Álamos Ventosos. Por supuesto, estoy algo cansada de vivir sola, pero he disfrutado estando aquí… he disfrutado de las horas frescas de la mañana junto a la ventana… de mi cama alta, a la que literalmente tuve que trepar todas las noches… de mi almohadón azul… de todos los vientos que soplaron. Temo que nunca más volveré a sentirme tan compañera de los vientos como aquí. ¿Y volveré a tener una habitación desde la que pueda ver el amanecer y el atardecer?

He terminado con Álamos Ventosos y con los años ligados a ella. Y he cumplido. No revelé el escondite de la tía Chatty a la tía Kate ni los secretos tratamientos con suero de leche que se ocultaban entre sí.

Creo que lamentan verme partir… y me alegro. Sería terrible pensar que se alegran de que me vaya… o que no me extrañarán nada cuando ya no esté. Rebecca Dew ha estado preparando mis platos preferidos desde hace una semana; hasta gastó diez huevos para una tarta dos veces, y ha estado usando la porcelana «para visitas». Y los ojos suaves de la tía Chatty desbordan cada vez que hablo de mi partida. Hasta Dusty Miller parece mirarme con aire de reproche, sentado sobre sus pequeñas posaderas.

La semana pasada recibí una larga carta de Katherine. Tiene don para escribir cartas. Consiguió empleo como secretaria de un miembro del Parlamento, un trotamundos. ¡Qué fascinante es la palabra trotamundos! Una persona que diría: «Vayamos a Egipto», con la misma facilidad con que una sugeriría: «Vayamos a Charlottetown…», y lo haría. Esa vida será ideal para Katherine.

Insiste en responsabilizarme por el cambio en su forma de ver la vida y en sus perspectivas. «Ojalá pudiera decirte lo que has traído a mi vida», me escribió. Supongo que ayudé un poco, sí. Y no fue fácil al principio. Ella casi nunca decía nada que no tuviera veneno y escuchaba cualquier sugerencia que yo pudiera hacer respecto de la escuela, con el aire desdeñoso con que se le sigue la corriente a un lunático. Pero de algún modo, lo he olvidado todo. Era solamente producto de su secreta amargura contra la vida.

Todo el mundo ha estado invitándome a cenar… hasta Pauline Gibson. La anciana señora Gibson murió hace unos meses, de manera que Pauline se atrevió a hacerlo. Y estuve en la Casa Tomgallon, cenando otra vez con la señorita Minerva y soporté otro monólogo. Pero me divertí mucho, comiendo

cosas deliciosas y escuchando unas cuantas tragedias más. Ella no podía ocultar el hecho de que sentía pena por todo aquel que no fuera un Tomgallon, pero me hizo varios cumplidos agradables y me regaló un precioso anillo con una aguamarina (una hermosa mezcla de azul y verde) que su padre le había regalado en ocasión de su decimoctavo cumpleaños… «cuando era joven y bonita, querida, muy bonita». Supongo que puedo decirlo ahora. Me alegré de que hubiera sido de la señorita Minerva y no de la esposa del tío Alexander. Estoy segura de que no hubiera podido usarlo, si le hubiera pertenecido a ella. Es muy bonito. Las joyas del mar tienen un encanto misterioso.

La Casa Tomgallon es ciertamente magnífica, sobre todo ahora, cuando el jardín está florecido. Pero no cambiaría mi casa de los sueños por la Casa Tomgallon, ni por el jardín y los fantasmas que allí habitan.

Aunque en realidad, un fantasma sería un toque aristocrático, ¿no? Mi única queja contra la Calle del Fantasma es que no hay ninguno.

Ayer fui al viejo cementerio, a dar un último paseo… Lo recorrí todo y me pregunté si Herbert Pringle, alguna vez, reiría para sus adentros en la tumba. Y esta noche me despido del Rey de las Tormentas, con el atardecer sobre la cima, y de mi pequeño valle en sombras.

Estoy un poco cansada después de un mes de exámenes, despedidas y «cosas de última hora». Durante una semana, después de volver a Tejas Verdes, sucumbiré a la pereza. No haré nada, salvo correr libremente por el verde mundo de belleza estival. Soñaré junto al arroyo al atardecer, vagaré sobre el Lago de las Aguas Refulgentes en una barcaza hecha de rayos de luna… o en el bote del señor Barry, si las barcazas de rayos de luna no se consiguen. Juntaré flores en el Bosque Encantado. Recogeré fresas silvestres en el prado del señor Harrison. Me uniré a la danza de las luciérnagas en el Sendero de los Enamorados y visitaré el olvidado jardín de Hester Gray… y me quedaré sentada en el escalón de la puerta trasera bajo las estrellas, escuchando el susurro del mar adormilado.

Y cuando haya pasado la semana, tú habrás vuelto… y ya no desearé ninguna otra cosa.

Cuando al día siguiente llegó el momento de que Ana se despidiera de las mujeres de Álamos Ventosos, Rebecca Dew brillaba por su ausencia. La tía Kate entregó solemnemente a Ana una carta.

Querida señorita Shirley —escribía Rebecca Dew—, le escribo esto para despedirme, porque no confío en mí misma para hacerlo en persona. Durante tres años ha habitado bajo nuestro techo. Afortunada poseedora de un espíritu vivaz y un gusto natural por las alegrías de la juventud, nunca sucumbió a los placeres vanos de la muchedumbre frívola y vertiginosa. Se ha conducido, en

toda ocasión y ante todos, sobre todo ante quien escribe estas líneas, con la más refinada delicadeza. Siempre ha sido muy considerada con mis sentimientos, y descubro una gran pesadez sobre mi ánimo al pensar en su partida. Pero no debemos afligirnos ante lo que ha ordenado la Providencia. (Samuel I, 29 y 18).

Será recordada por todos los habitantes de Summerside que hayan tenido el privilegio de conocerla, y el homenaje de un corazón fiel, aunque humilde, será siempre suyo, y mi plegaria pedirá siempre su felicidad y bienestar en este mundo y su gozo eterno en aquel que vendrá.

Algo me susurra que no será la «señorita Shirley» por mucho más tiempo, pero que celebrará una unión de almas con la elección de su corazón, que, según tengo entendido, es un joven excepcional. La que suscribe, dueña de pocos encantos personales y que comienza a sentir su edad (aunque todavía sirve para unos cuantos años más), jamás se permitió albergar aspiraciones matrimoniales. Pero no se niega el placer de interesarse en las nupcias de sus amigos y ¿puedo expresar un ferviente deseo de que su vida matrimonial sea de continua e ininterrumpida felicidad? (aunque no debe esperar demasiado de un hombre).

Mi estima y, permítame decir, mi afecto por usted jamás disminuirá, y de tanto en tanto, cuando no tenga nada mejor que hacer, recuerde que existe una persona que es

Su obediente servidora,

REBECCA DEW

Posdata: Que Dios la bendiga.

Los ojos de Ana estaban húmedos cuando volvió a doblar la carta. Aunque sospechaba que Rebecca Dew había sacado la mayoría de las frases de su obra preferida, el Libro de comportamiento y etiqueta, eso no las volvía menos sinceras, y la posdata venía directamente de su corazón afectuoso.

—Díganle a mi querida Rebecca Dew que nunca la olvidaré y que volveré a visitarlas todos los veranos.

—Tenemos recuerdos suyos que nada puede borrar —sollozó la tía Chatty.

—Nada —asintió la tía Kate con énfasis.

Pero al alejarse de Álamos Ventosos, el último mensaje que Ana recibió fue el de una gran toalla blanca que flameaba desde la ventana de la torre. Rebecca Dew la agitaba.


Freeditorial